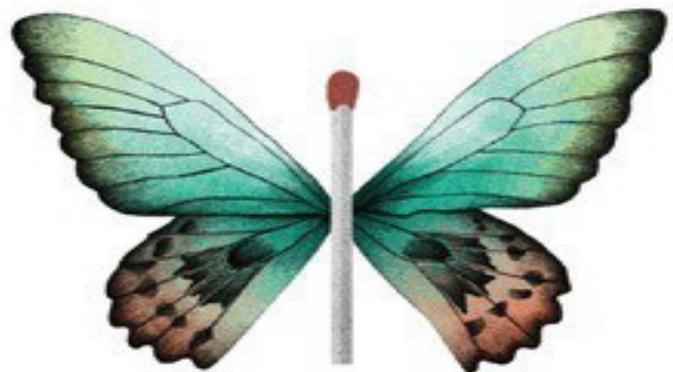
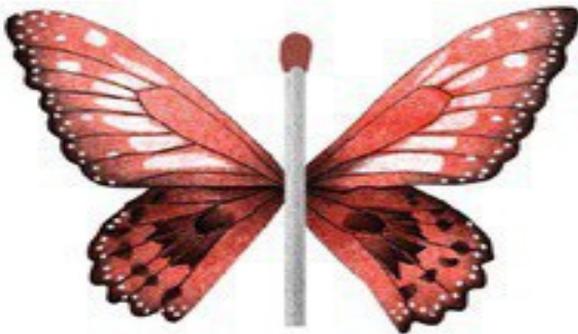
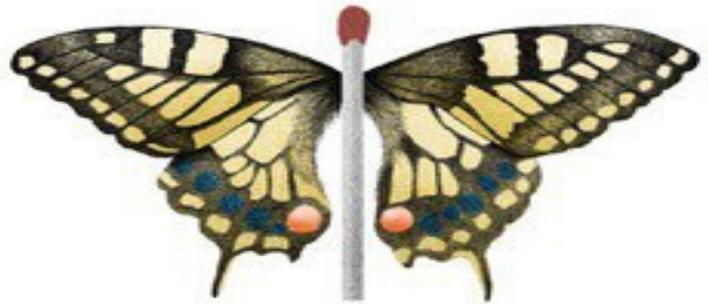


Rhidian Brook

El asesinato de Butterfly Joe





Seix Barral Biblioteca Formentor

Rhidian Brook

El asesinato de Butterfly Joe

Rhidian Brook
El asesinato de Butterfly Joe

Índice

PRIMERA PARTE

- I. *En el que conozco a Joe Bosco y a su hermana Mary-Anne en las cascadas de Kaaterskill*
- II. *En el que Joe me trae una ofrenda y me hace una oferta*
- III. *En el cual soy rebautizado y reubicado*

SEGUNDA PARTE

- IV. *En el que conozco a la familia de Joe y me ponen «a prueba»*
- V. *En el que me drogo con Mary y me cuenta cosas*
- VI. *En el que despierto en una casa vacía y con una asquerosa sorpresa*
- VII. *En el que pierdo una discusión y la recompensa se retrasa*
- VIII. *En el que Isabelle me muestra la colección y Edith me pone en mi lugar*
- IX. *En el que Joe vuelve con una nueva contratación y la noticia de un negocio increíble*

TERCERA PARTE

- X. *En el que Joe, Mary, Jimmy Carter y yo nos vamos al oeste*
- XI. *En el que Joe me enseña cómo vender y Mary cree que nos están siguiendo*
- XII. *En el que encuentro mi voz y Joe es arrestado*
- XIII. *En el que descubro que Mary no es lo que pensaba*
- XIV. *En el que enfrento a Joe sobre el pasado mientras nos dirigimos al gran océano*
- XV. *En el que conozco al Mago y todo cambia*

CUARTA PARTE

- XVI. *En el que nos vamos a casa sintiéndonos millonarios*

XVII. *En el que un banquete de Acción de Gracias se convierte en la última cena*

XVIII. *En el que Joe es arrestado (otra vez) y decido renunciar*

XIX. *En el que me reúno con el hombre que atrapó a «Butterfly Joe»*

QUINTA PARTE

XX. *En el que convenzo a Isabelle de que hay un tiempo para la mentira y un tiempo para la verdad*

XXI. *En el que nos encontramos con el Malvado Wolff*

XXII. *En el que regresamos a casa y las buenas nuevas se vuelven malas*

XXIII. *En el que Joe conoce a su padre en el juicio*

XXIV. *En el que vuelvo a la casa por última vez*

SEXTA PARTE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Para Adam y Joe

Pues...
estábamos ahí,
trabajando con esmero.
Y de pronto apareció
¡EL GATO CON SOMBRERO!

DR. SEUSS

PRIMERA PARTE

Les cuento la historia de Butterfly Joe,
fantástica aventura e increíble aflicción.
Pero ¿cómo contarla en tal dirección
que se salve mi pellejo y también mi corazón?
Llamaría a una musa (pero ellas callan
desde que Cupido cambió el arco por metralla),
dejando la música de su nombre
y a diez mil escritores buscando renombre
y gloria y laureles en sus plumas,
por una historia que crece como espuma.
No. No las voy a esperar.
Simplemente lo contaré
empezando por el principio:
el primer encuentro con mi héroe
y su hermana *selkie*, desnuda
en las frías aguas
de las cascadas de Kaaterskill,
cerca de donde
Rip van Winkle tomó
su siesta de veinte años.
Aquí comienza la aventura
y así se cuenta mi historia...

I

En el que conozco a Joe Bosco y a su hermana Mary-Anne en las cascadas de Kaaterskill

Lo conocí hace toda una vida de mariposa, lo cual equivale a seis meses si eres una mariposa excepcionalmente fuerte, grande y afortunada. Fue a principios de mayo. Yo estaba tendido junto a un río en las montañas Catskill, leyendo y fumando, cuando me quedé dormido y comencé a soñar. Fue uno de esos hermosos sueños vagos que te llegan al dormir superficialmente. Había estado leyendo sobre Rip van Winkle, el tipo que tomó una siesta al aire libre y despertó veinte años después en un mundo que había seguido sin él, y ese hombre estaba en mi sueño. Había una mariposa amarilla, blanca y negra. Y estaba en el funeral de mi padre, esparciendo sus cenizas. Sabía que estaba durmiendo y disfrutaba la ilógica avalancha de disparates que acontecían uno tras otro. Pero alguien intentaba meterse en mi sueño. Escuché una voz desde afuera que me despertó de golpe. Incluso recuerdo que, en mi sueño, pensé: «¡No despiertes, no despiertes!». Pero la voz intrusa tenía la insistencia y el entusiasmo de un bebé. Era la voz de alguien que disfruta interrumpir y a quien le importa un pepino lo que la gente piense.

—Es un monstruo. ¡Es todo un monstruo!

Era una voz estadounidense. Pero, claro, estaba en Estados Unidos.

Abrí los ojos y ahí estaba él, eclipsando al sol. Iba desnudo de la cintura para arriba, descalzo, con una red para cazar mariposas en una mano y una sonrisa en el rostro. Los cristales de sus lentes le agrandaban los ojos, dándole la apariencia de un gálago. Tenía el cabello corto arriba y largo abajo, lo cual lo hacía parecer menos inteligente de lo que resultó ser en realidad. Le

calculé unos veintitantos, quizá un par de años más que yo. Un chico en el cuerpo de un superhombre.

—No se mueva, señor —dijo. Soltó un ruidito por la nariz e hizo un gesto de concentración—. Tienes que ver esto, Mary. ¡Es gigante!

Le estaba hablando a alguien en el agua. Me incorporé y vi a una chica de unos diecisiete o dieciocho años, nadando en el remanso detrás de la cascada mayor. Estaba completamente desnuda, con la piel color aceituna y su largo cabello serpenteándole por la espalda. Me pregunté si un espíritu de aquellos bosques embrujados me había lanzado un hechizo y, como Rip, desperté en un mundo que siguió sin mí.

—¡Es una *Papilio glaucus*! —le dijo a la chica.

—No es tan especial —respondió ella a gritos.

¿Qué eran? ¿Entomólogos naturistas? ¿Hippies prelapsarios? (Los Woodstocks no estaban muy lejos). O, quizá, considerando que estábamos en lo más lejano de los Apalaches, eran un par de endógamos salvajes.

—No se mueva, señor. Haga favor de quedarse... muy... quieto.

Bajó la red sobre la enorme mariposa amarilla, negra y blanca que se estaba asoleando en la roca junto a mí. El tipo metió la mano en la red y mató a la mariposa aplastándole el tórax entre sus dedos pulgar e índice (si no escuché realmente un crujido, lo imaginé). Luego se puso la mariposa en la palma y extendió el brazo hacia mí.

—*Papilio glaucus*. Mariposa tigre cola de golondrina para usted. ¿A poco no es superhermosa?

Con las alas dobladas y por el hecho de que estaba muerta, era difícil reconocer su belleza.

—Ay, no ponga esa cara. Hará más feliz a la gente estando muerta que viva. Ya verá.

Metió el espécimen en un triángulo de papel glassine que sacó de un Tupperware.

—«Lo bello es un gozo eterno» —dije.

Él respondió con un «mmm», aunque no estoy seguro de que haya captado el sarcasmo. Volvió a mirarme, pero ahora con curiosidad. ¿Quizá me estaba evaluando antes de lanzar la red, atraparme y aplastarme? De pronto extendió una mano.

—Joe Bosco, *Alexandre boscensis*.

—Llewellyn Jones.

—¿Llewequé?

—Lew es más sencillo.

—Okey. Lew. Ella es mi hermana Mary-Anne. *Paradoxa boscensis*. Una disculpa de antemano por lo que haga.

No sabía hacia dónde mirar, al coloso en la roca o a la náyade en el agua. Joe era inmenso: un metro noventa sin un gramo de grasa en su cuerpo atlético; tenía la proporción perfecta, con la constitución de una estatua griega de lanzador de disco. Su impactante presencia física provocaba que su voz fuera aún más incongruente. Era aguda, infantil, y tan poco creíble que pensé que podría estar fingiéndola, una voz para convencerte de subestimarla.

—¿Qué está leyendo?

—Un libro de historias —dije.

Le mostré la portada de mi libro: *Historias clásicas de América*. Tenía la imagen del jinete sin cabeza de *Sleepy Hollow*.

Miró el libro con desconfianza e hizo un gesto de desinterés. Luego me mostró, con un movimiento de su mano, la cascada y los árboles más allá.

—La verdadera historia está aquí, amigo mío. Aquí, allá y más allá. —Abrió los brazos y dio una vuelta de trescientos sesenta grados mostrándome la cascada, los árboles de cicuta y toda aquella cornucopia de vida—. ¿No le dan ganas de meterse?

—Me estoy preparando—respondí.

Intentaba no mirar a la figura en el agua, pero aun sin verla podía sentirla, con su desnudez más amenazante que cualquier depredador.

—No le haga caso —dijo él—. Mi hermana odia a los hombres.

—¿Que yo qué? —gritó ella, que claramente estaba escuchando y su desinterés solo era fingido.

—¿Dije que odias a los hombres!

—¿No conozco a ninguno!

Ahora estaba nadando de espaldas y sus pechos sobresalían en la superficie del agua.

—¿De dónde viene, Lew? Lo escucho algo inglés. ¿Viene de Inglaterra?

Asentí, sin molestarme en aclarar que soy galés y cuál es la diferencia.

—¿Anda de viaje? ¿Trabajando? ¿De qué se trata? ¿Cuál es el plan?

¿De qué se trataba? Mi plan era vago: conocer Estados Unidos, pasarla bien.

—Aún no lo sé. Solo estoy disfrutando el momento.

—¿Está deprimido o algo?

—¿Deprimido? No. —Me reí, pero fue una risa tan patética que me odié por ello—. ¿Por qué?

—Se ve tristón.

—¿En serio?

—Pues... está aquí, junto a un río fresco en un día caluroso, acostado junto a la maravilla natural más hermosa, y está leyendo un libro.

Me encogí de hombros.

—¿Tengo razón o no?

Sí estaba un poco desanimado, pero no le iba a contar a un completo desconocido sobre la reciente muerte de mi padre o mi tendencia a fumar para animarme.

—Estoy bien.

—¡Ja! No le creo. Pero me gusta esa voz. Oye, Mary, deberías venir a escuchar esto. ¡Qué manera de hablar!

Desde el principio me pareció que Joe escuchó algo en mi voz que podría servirle. Tengo buena voz: clara, con un acento neutral y apenas un toque galés que le da un buen tono. Sé que el acento británico tiene un efecto desproporcionadamente hechizante en la gente de por aquí pero, para los oídos de Joe, mi voz era de las que abría puertas y cerraba tratos.

Joe dejó su red en el piso.

—¿Va a meterse o no?

—Quizá.

Dejó sus lentes sobre la red y subió a la plataforma de piedra que hacía las veces de trampolín. Levantó los brazos formando una «V» y se quedó ahí como si estuviera por dirigir una orquesta de plantas; saboreó la espera y luego se lanzó con gran teatralidad y una coordinación sorprendentemente pobre. Cuando volvió a la superficie soltó un escandaloso «¡wuuup!».

—¡No sabe lo que es esto!

Sabía exactamente lo que era eso: era carecer del pudor necesario para desvestirse y lanzarse al agua mientras su hermana seguía ahí, con su desnudez cada vez más seductora al estar protegida por las agitadas aguas bajo la cascada.

—¡Mary! No avergüences al hombre. ¡Vístete! —Se volteó hacia mí encogiéndose de hombros—. Así protesta ella. Cree que nadar desnuda es su derecho, como lo habría hecho Eva antes de la caída, porque no hizo nada malo. Anda mal de su teología, ¿verdad? Mary, ¡ven para acá!

La chica se abrió paso en el agua y no pude descifrar la mirada que me lanzó, pero no fue algo completamente hostil. Lentamente avanzó hasta la orilla y salió, un paso, dos pasos, sacudiendo la cabeza para luego tomarse el cabello entre las manos y exprimir el agua, inclinada e ignorándome, pero comprobando que la miraba, cosa que sí estaba haciendo, como una rana hechizada ante una serpiente hipnotista. Fuera del agua, su piel era pálida como la leche y su delgadez parecía la de un niño. Recogió la toalla y se envolvió con ella de la cintura para abajo. Había algo que no era muy estadounidense en esa demostración de impudicia. Bien podría ser francesa.

—Todo suyo, señor —dijo. A diferencia de la de su hermano, su voz era ronca y profunda.

Quería demostrarles (sobre todo a ella) que yo era más que intelecto. Me levanté, me desnudé hasta quedar en bóxeres y me puse de espaldas al agua, avergonzado por mi leve excitación. Luego me quité el reloj, herencia de mi fallecido padre, y lo acomodé con cuidado junto a mis shorts. Avancé hacia la orilla con la mirada de esa chica sobre mí, sintiéndome como si estuviera caminando por la plancha hacia unas aguas infestadas de tiburones. Me quedé ahí un rato, mirando el agua, calculando su profundidad. Observé durante un momento la juguetona refracción de la luz, y el miedo hizo que la distancia entre el agua y yo incrementara y que la profundidad aminorara. Joe me animó desde la orilla.

—¡Vamos! ¡Láncese!

Así lo hice, totalmente enfocado en mantener las piernas juntas y los brazos rectos, decidido a impresionar a la chica. El fondo del remanso me encontró más rápido de lo que esperaba; mis manos lo tocaron y alborotaron la tierra, formando pequeñas nubes. El sol lanzaba haces de luz a mi alrededor. Me

quedé bajo el agua por un rato, para demostrar que me sobraba el aliento, disfrutando la frescura de mi nuevo mundo. Cuando volví a la superficie grité, tanto por volver a respirar como para celebrar la vida. Era mayo y el agua seguía helada. Esperaba aplausos o algún tipo de emoción, pero solo encontré el sonido del agua chocando contra el agua. Miré hacia el pedestal de piedra, pero no había señales ni de Joe ni de su hermana. No le di gran importancia y nadé con grandes brazadas hasta llegar a un punto soleado donde me dejé flotar de espaldas. Un ave de rapiña cruzó la cascada (ahora sé que era un águila calva). Luego escuché un grito que venía desde el arroyo, la voz de un hombre seguida por un crujido de madera y las carcajadas de una chica, luego otro grito de hombre. Tontamente me pregunté si vendrían más personas a arruinar el idilio, y luego me di cuenta: todo esto, la caza de mariposas, el interés en la conversación, los ánimos para que nadara, la chica desnuda... todo había sido una trampa. Y caí. Nadé hasta la orilla, salí del agua y corrí al lugar donde había dejado el reloj y la ropa. El reloj de oro seguía sobre mi camisa, brillando bajo el sol, pero las hadas del bosque se habían robado mi libro. Eché un vistazo hacia el arroyo y consideré correr tras ellas, pero ya estaban muy lejos y, de todos modos, solo era un libro. Un libro que podía reemplazar sin que mi tía lo notara.

A lo lejos, los tonos azules se fueron volviendo púrpuras durante el camino hacia la casa de mi tía. El robo fue un crimen leve, pero me dejó sintiéndome intranquilo y como un bobo. Me gusta pensar que soy bueno para juzgar a las personas, pero eso no lo vi venir. Claro, la chica fue huraña y agresiva, pero el tipo parecía sinceramente amistoso. Probablemente estafaban personas así todo el tiempo. Sentí que además del libro me habían robado el criterio y, mientras caminaba junto al arroyo, estaba seguro de que los árboles y el agua se reían de mí. Sé que era solo una proyección de mis sentimientos, pero desde que llegué a Catskill sentí como si la naturaleza tuviera una especie de inteligencia misteriosa, como si supiera cosas sobre mí, cosas sobre mi pasado, cosas sobre mi futuro, cosas que ni yo sé sobre mí. Y si hubiera estado más atento a las señales, podría haberme prevenido.

II

*En el que Joe me trae una ofrenda
y me hace una oferta*

Esa noche, el sueño que durante el día me mantuvo entre sus brazos comenzó a hacerse el difícil. Mi encuentro con la gente mariposa creó un intenso coctel de obvios deseos, emocionantes posibilidades y abstractas ansiedades. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué se llevaron el libro y no el reloj Omega Seamaster de 1950, que claramente era más valioso? ¿Realmente los conocí? El fantasma del libro perdido en mi mesita de noche confirmaba que sí, pero los acontecimientos del día, revueltos como en un sueño, además del porro de la tarde, confundían mi entendimiento de qué era qué. Tendido en la cama noté, por primera vez desde que llegué a casa de mi tía, los sonidos del bosque. Intentando identificarlos, recorrí la jerarquía de depredadores norteamericanos desde la cigarra hasta el oso, pasando por ranas, serpientes, búhos, lince, coyotes y jaguares, con la hermana *selkie* del tipo de las mariposas en lo más alto de la pirámide. Ella seguía allá afuera, desnuda en el fresco remanso bajo la cascada, más caliente que una rana, más astuta que una serpiente, más poderosa que un oso, llamándome con sus cantos de sirena.

Pero, aunque lograra borrar su imagen con fantasías bobas y unos cuantos giros de mi muñeca, no conseguiría sacarme de la cabeza al tipo de las mariposas. Su presencia se había grabado en mi retina desde el primer vistazo a su figura, que cubría el sol como un eclipse, y sus comentarios respecto a mí, tan presuntuosos, tan prejuiciosos, ¡tan acertados!, se repetían en mi mente como una canción pop insoportablemente pegajosa.

«¿Está deprimido o algo?». «Se ve tristón». «La verdadera historia está allá

afuera».

Fue como si me leyera el pensamiento. Vine a conocer Estados Unidos pero, en las dos semanas que llevaba, las cosas no habían salido como las planeé. Me despidieron de mi primer trabajo en un bar por llegar tarde. Mi tía, por lástima, me ofreció trabajo pintando su granero, pero, al ser un hombre poco práctico, me resultó difícil y tardado. Además, me distrajo su enorme colección de literatura norteamericana. El granero tenía diez mil libros y mi tía me pidió que los catalogara y ordenara alfabéticamente, un trabajo que me gustaba pero que me hizo perderme en las tierras ficticias de la literatura en vez de salir y explorar el territorio real en el que se desarrollaban muchas de las historias. «¿Para qué dejar el hermoso mundo descrito en los libros e ir a la desastrosa realidad, que me exige sudor, sangre y dinero, si todo está aquí, a mi disposición?», me dije. La verdad es que la lectura agudizó mi introspección. Y estaba fumando demasiado.

Al día siguiente, desperté dos horas después de que la alarma sonó con las notas típicas de los teléfonos estadounidenses (en ese momento, aquellas diferencias seguían siendo lo suficientemente novedosas para sorprenderme). Me sentía abotagado y con resaca. Mi brazo derecho estaba muerto y la sensación de agujas y alfileres picándome me recorría toda la pantorrilla. Cuando puse los pies sobre el suelo sentí la espalda dislocada, como si toda la noche hubiera luchado contra un fortachón y hubiese perdido. Juré que nunca volvería a fumarme un porro.

—¿Te desperté, cariño?

Cubrí la bocina y me aclaré la garganta para desaparecer la flema que ahí habitaba, en un intento de hacerle creer a mi tía que llevaba despierto un rato.

—Para nada, tía Julia.

—¿No te sientes solo y aburrido allá, Lew?

—No. Tengo buena compañía. Estoy avanzando en la biblioteca.

—Pa tenía cosas bastante raras en ese granero.

Decidí no mencionar el libro robado ni a la gente de las mariposas. No quería que mi tía pensara que estaba perdiendo la razón, además de sus pertenencias.

—¿Y el carro? ¿Lograste que encendiera?

—Se lo llevé a Hunter. Funciona bien.

Eso también era una mentira. En las dos semanas que llevaba en casa de mi tía no había sacado el auto ni una vez. La lectura y la ligera agorafobia provocada por el exceso de hierba habían limitado mis excursiones a la cascada y a la tienda.

—Escucha, Lew, no iré este fin de semana. Pero si quieres tomarte un descanso puedes venir a la ciudad unos días. Tenemos espacio.

—Estoy bien, gracias. He agarrado buen ritmo por acá.

—Y ¿cómo va el granero?

—Un poco lento. Pero lo estoy disfrutando. Es muy terapéutico.

Eso no era mentira. El trabajo manual era una tarea realizable, que no me exigía pensar y me obligaba a salir. Había establecido una rutina que consistía en pintar de nueve a doce, almorzar, ir a la cascada, leer, catalogar los libros por las tardes y usar las noches para leer un poco más, fumar y, supuestamente, escribir; aunque pintar era la mejor parte.

—¿Y el libro? ¿Has escrito algo ya?

—Va muy bien. Fluye como las cascadas de Kaaterskill, tía Julia. —Hice una mueca de vergüenza ante tal floritura.

—Qué maravilla, Lew.

Mi tercera mentira en unos cuantos minutos. Era interesante lo fácil que me resultaba decirlas. Solía considerarme una persona honesta, pero a lo largo de los años he aprendido a decir muchas mentiras para no decepcionar a la gente, en parte por amabilidad y en parte como autoprotección. El año en que abandoné la universidad, comencé a decirle a la gente que era escritor. Eso era una mentira que encontró tierra fértil en mi incapacidad para conseguir un trabajo decente y en la necesidad de diferenciarme de mis hermanos y amigos profesionalmente exitosos que me llevaban gran ventaja en el mundo; también era una forma de tranquilizar a mi padre, quien se lamentaba ante mi imposibilidad de encontrar una profesión real. También era una respuesta enigmática y útil (además de, convenientemente, difícil de verificar) para la pregunta: «¿En qué andas, Lew?». Cuando la probé por primera vez con una chica en una fiesta, ella se interesó tanto que decidí usarla mientras me funcionara. Parecía hacer magia con la gente, me daba ventaja y, en el peor de los casos, me concedía una admiración injustificada

por parte de desconocidos e incluso de amigos. Solo mi padre discrepaba; se rio en mi cara cuando le conté mi plan de escribir un libro, un diario de viaje en verso que se desarrollaría en América (mi *Americodisea*). Pero a mi tía le encantó la idea de que yo, o alguien, cualquiera, escribiera un libro y me apoyó colocando un escritorio con una máquina de escribir en el granero y preguntándome amablemente cómo iba cada que llamaba, lo cual era casi diario. Seguí con la farsa, hablando sobre las cosas que no había escrito como si existieran en el papel. A veces me gustaba tanto cómo sonaba eso que no estaba escribiendo que me preguntaba por qué no lo escribía realmente. La verdad era que había escrito algo la noche anterior, pero no era «el libro» que me propuse escribir. Era un poema inspirado en mi extraño día en la cascada, pero no quise contarle a mi tía sobre eso para no terminar hablándole sobre el libro robado y la gente de las mariposas o, peor, que me pidiera que le leyera el poema. De algún modo era más fácil contarle sobre el libro que no estaba escribiendo que sobre el poema que sí había escrito.

—Me alegra que las cosas vayan bien, Lew. ¿Ya estás bien con aquello?

—Creo que sí. Ya casi.

Con «aquello» se refería a la muerte de mi padre, de la que en ese momento apenas hacía cuatro semanas. No la había sacado de la creencia de que su muerte me había dejado muy mal. Mi «pérdida» me dio ventajas y me permitió pedir cosas que en otro caso hubieran parecido impertinentes, por ejemplo, quedarme más de las dos semanas planeadas en su casa.

—El dolor hace cosas extrañas —dijo—. Yo me sentí muy rara cuando mi pa murió. No pude ver a nadie en dos meses. Creo que vas muy bien, Lew.

Cuando fui a trabajar en el granero esa mañana, continué la discusión con el tipo de las mariposas, que en realidad era una discusión conmigo mismo que tuve la noche anterior. Era sobre «leer» contra «experimentar», y estaba ganando la discusión con creces cuando un auto, con música country a todo volumen, se acercó a la casa. Era un sedán de un modelo o marca indefinible; el cofre era rojo metálico, y el resto, azul cobalto. Un hombre con chaqueta amarilla de algodón, camisa lila, shorts verdes, calcetines blancos y tenis salió del auto y me tardé un momento en darme cuenta de que era Joe Bosco. La chaqueta le quedaba muy pequeña y sus shorts eran de dos tonos de verde,

musgo y lima. Pese a lo espantoso del atuendo, mal proporcionado y sin combinar, su buen ánimo y su maravilloso físico hacían que se le viera bien.

—¡Hola, Lew!

Como prueba de mi necesidad de contacto, el escuchar a alguien pronunciando mi nombre fue una agradable sorpresa, aunque considerara a tal persona, en ese momento, un ranchero ladrón. Pero inmediatamente me alegré de verlo. Traía un libro y una caja de cristal y se acercó a mí mirando a su alrededor, evaluando el lugar como si lo estuviera midiendo para sus propósitos personales.

—¡Vaya! —dijo—. Mira nada más.

La casa de mi tía era bastante linda, pero nada excepcional. Era una típica casa de madera blanca al estilo Nueva Inglaterra; tenía una veranda con sillas de mimbre y rosales en las jardineras, una cerca de estacas y un granero tamaño promedio. Podría transportarse a cualquier pueblo cercano sin causar ningún revuelo.

—Toma. —Me entregó el libro. Eran las *Historias clásicas de América* que me robó—. Mi canija hermana se lo llevó. La alcancé hasta el final del río. Hace cosas así. Es cleptómana. —El lomo del libro estaba roto, pero su regreso fue tan inesperado que no me quejé—. Y esto también es para ti.

Me dio una caja de cristal de quince por diez centímetros, con cinco lados transparentes y la base cubierta. Adentro estaba la mariposa cola de golondrina que había atrapado y matado frente a mí el día anterior. La había montado sobre un trozo de madera gris pálido, con las alas completamente abiertas. Pude ver claramente su intrincada nervadura, como las juntas que sostienen las distintas partes de un vitral. Es fácil perderse esos detalles en los breves instantes en que una mariposa pasa volando, pero, al estar atrapada y expuesta en una caja, las notas. Fue tal como él me dijo el día anterior: «Hará más feliz a la gente estando muerta que viva».

—Qué buen granero tienes aquí.

Me entregó la mariposa y el libro y fue hacia la escalera. La tomó por los lados y la sacudió para probar su firmeza. Miró el bote de pintura y lo olió.

—Necesitas que te echen una mano.

No era una pregunta ni tampoco me estaba pidiendo permiso. Creo que Joe nunca pedía permiso.

—¿Y tu ropa? —pregunté tontamente, pues no quería que arruinara mi sistema. Si acaso tenía un sistema, Joe sin duda lo arruinaría.

Se quitó la chaqueta y la echó al pasto; se enrolló las mangas de la camisa, tomó la brocha, la metió al bote y comenzó a pintar a toda velocidad, con capas gruesas y escandalosas brochadas mientras cantaba «Di di di. Di di di». Era tal su superabundancia de energía que no podía contenerse.

—Veo que ya has hecho esto antes.

—He pintado graneros desde que comía Gerber. Hay que hacerlo rápido. Una vez, cuando vivíamos en Michigan, estaba pintando horas antes de que llegara un tornado. Cuando llegó, nuestros perros no querían meterse al refugio. Les gritábamos pero ellos no dejaban de ladrarle al remolino. Y el remolino se acercó y los levantó y los azotó contra el granero y dejó dos marcas con forma de perro sobre la pintura sin secar.

Pintó como loco durante unos diez minutos, cubriendo el doble de lo que yo hubiera logrado en ese tiempo, y mientras pintaba, me preguntaba cosas como si yo fuera el visitante y él el anfitrión. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo se atrevía ese tipo a entrar de golpe en mi vida agradable y ordenada y desacomodarlo todo con sus teologías y entomologías y retorcidas etimologías!

—Me da curiosidad. ¿Qué te trae por aquí, Lew? No viniste hasta acá solo para pintar un granero.

Dejé la caja con la mariposa en la mesa del jardín y le expliqué mi conexión familiar, que la hermana de mi mamá se casó con un estadounidense y se mudó cuando tenía veinte años. Que siempre quise conocer Estados Unidos. Le hablé con eufemismos sobre mis planes de viajar. Mi intención de trabajar aquí y allá. Por precaución, le dije que estaba escribiendo un libro. Le conté un poco de mi propia historia y, mientras hablaba, se volvía cada vez más claro que mi necesidad de platicar con alguien era mucho más grande de lo que me hubiera gustado admitir. La información se me salía a chorros con una facilidad que era casi inapropiada fuera de una sesión de terapia o en la cama con una pareja.

Joe no parecía estar escuchando. Asentía pero, como un actor en una película extranjera con mal doblaje, sus movimientos de cabeza y expresiones no estaban sincronizadas con lo que yo le estaba diciendo. Y luego, tan abruptamente como comenzó a pintar, se detuvo, bajó de la escalera y lanzó

la brocha al suelo, manchando el pasto de azul.

—Tengo que ver el interior de esto.

En dos saltos, bajó los escalones hasta la puerta abierta. Todo el tiempo se estaba moviendo, como el Gato con Sombrero, haciendo girar un plato para luego pasar al otro y luego al otro. Nunca escuchaba cómo se quebraban porque para entonces ya estaba en otra parte.

—¡No es posible!

Cuando lo alcancé, Joe estaba pasando una mano por la repisa llena de libros y negando con la cabeza.

—¿Cuántos libros hay aquí?

—Diez mil. Al parecer, exactamente diez mil.

—Te tardarías veinte años en leerlos todos.

Joe se detuvo y tomó un libro de la repisa. Comenzó a leer acartonadamente, con un tono robótico y monótono que no le daba a la prosa ni una oportunidad de funcionar.

—«En la casa club a la mañana siguiente, los desprolijos Knight estaban... agotados y con los ojos enrojecidos. Andaban de aquí para allá des... desganadamente y maldecían cada paso». —Dejó de leer y descartó el libro mientras ya estaba tomando otro. Leyó el siguiente de la misma forma, logrando que un autor distinto sonara igual que el pasado—. «“Caracoles, los policías”, susurró Betina. “Oh, Blake”, dijo en voz alta, “ángel bruto... ángel bruto... y macho, ¿a quién crees que le estoy hablando?”». ¡Puaj! Qué asco — Tiró el libro y, al chocar contra el suelo, sus páginas se abrieron como las alas de un pájaro herido. Tomó otro—. «Unos cuantos meses después, arrastrado hacia la horca por la cola de una mula, el negro conoció su silencioso... su silencioso final». —Hizo una pausa para mirar la portada. Esta vez me acerqué para quitarle el libro, *Billy Budd y otras historias*, antes de que lo aventara por ahí.

—Ten cuidado, por favor. No son míos. Además, no es muy justo, ¿verdad? Leer partes sueltas para probar un punto.

—El punto es este, Lew: hay un tiempo para leer historias y hay un tiempo para hacerlas. Si lees demasiado sobre la vida de otras personas, te olvidas de vivir la tuya.

Avanzó, midiendo el suelo con sus pasos de un metro. Cuando llegó al final

vio algo en la esquina.

—¿Qué tenemos aquí? —Estaba inspeccionando una telaraña en la que había un ala de mariposa. Tomó el ala cuidando no romper los hilos. Joe podía ser increíblemente delicado cuando quería y, pese a la violencia de lo que estaba por venir, en ese momento creí y aún creo que no dañaría ni a una mosca (a menos que la mosca lo provocara) ni a una mariposa (a menos que pudiera venderla). Estudió el ala, que a mis ojos era café y sin gracia, como alguien que lee un texto. Al estar entre mariposas se le veía más tranquilo y en paz que nunca. Mientras observaba el insecto, lo estudié y noté una decoloración en sus muñecas y brazos, cicatrices que parecían injertos de piel.

—¿Una *Papilio ulysseus* aquí? Increíble —dijo—. Seguro se perdió.

¿Una mariposa con el nombre de mi héroe? Lo tomé como una señal.

En ese momento, el gato se puso el sombrero y volvió a revolverlo todo. La máquina de escribir era lo que le quedaba más cerca y se le lanzó encima antes de que me diera cuenta de que mi trabajo de la noche anterior aún estaba en el rodillo.

—¿Este es tu libro? —Sentí cómo el corazón se me aplastaba para luego echarse a correr.

—No...

Se inclinó y le dio vuelta al rodillo para liberar la hoja. Luego, para mi horror, comenzó a leer el poema en voz alta con el mismo tono horrible con el que leyó los otros libros:

En las cascadas de Kaaterskill
conocí a un tipo
que mató una mariposa
para clavarla en un pico;
luego vi a una chica
en el arroyo
que con una mirada
me lanzó a un hoyo.

—Por favor. No es realmente para...

—Esto es genial. ¡Salgo en un poema! Somos yo y Mary, ¿verdad?

—Podrían serlo. Solo son... pensamientos.

—Pues me gustan esos pensamientos —Y continuó leyendo:

Me robaron mis historias,
me robaron mi honor,
el libro ya no estaba
en mi...

Tuve que quitarle la hoja para que dejara de leer.

—No es para que los demás lo lean —dije, estirando la mano hacia él.

—Ay, no seas tan sensible. Es gracioso.

—Pues no se supone que lo sea.

Me devolvió el poema. Parecía realmente intrigado por mi trabajo, pero yo hubiera preferido nadar desnudo frente a él que seguir escuchando su lectura.

—Te voy a decir algo. Nos vendría bien un tipo que sabe de palabras. Estoy buscando uno.

Comenzó a frotarse las manos y luego tomó la pose de alguien que está por hacer una oferta: las manos extendidas con las palmas hacia arriba y una sonrisa decidida.

—Mira, Llewellyn, Lew... como te llames, y vamos a tener que hacer algo con ese nombre, te voy a ser sincero. Cuando te vi por primera vez, pensé: «¿Quién es este europeo paliducho, enclenque y bueno para nada que está tirado junto al río, fumando hierba y leyendo un libro?». Te vi desde lo alto de la cascada antes de que bajáramos al remanso, y parecías una especie de filósofo insatisfecho, estabas acostado de lado con una pierna levantada. Hacía un calor endemoniado y ahí estabas, con la nariz metida en un libro, leyendo como si ahí estuvieran las respuestas a los grandes misterios de la vida. Estaba seguro de que no se encontraban ahí y, aunque así fuera, no ibas a usarlas. Cuando hablamos me caíste bien, y me agradó algo que dijiste sobre la belleza y eso, aunque sabía que nos mirabas como si fuéramos menos, como si pensaras que éramos un par de rancheros idiotas. Eso no lo disimulaste muy bien.

—No estaba pensando en eso.

—No pasa nada. Ya estoy acostumbrado. Pero me impresionó que te

lanzaras al agua. No creí que lo harías. Eso me demostró que tienes algo dentro de ti, algo atrevido. ¡Pero luego Mary-Anne se robó tu libro! Me eché a perseguirla. Volvimos a casa y al rato ya estaba en la cama sintiéndome mal por eso, pensando en lo que pasó en el día y algunas cosas que dijiste, y en cómo las dijiste, y se me ocurrió que quizá tú podrías ser la respuesta a mis oraciones. En el momento exacto en el que mi negocio está creciendo y necesito gente inteligente y articulada, te conozco. ¡Puede que seas el hombre correcto llegando en el momento indicado! Con esa voz y la forma en la que hablas y tus modos recatados. Por eso vine, no solo para devolverte tu libro, sino para proponerte algo: te ofrezco un trabajo con nosotros. Te pondré a cargo de la mercadotecnia. Te pagaré bien. Tendrás un auto. Y, como un extra, podrás conocer este gran país con nosotros. Aunque su grandeza no está exactamente donde los estadounidenses piensan o dicen que está. Pero esto sí te lo prometo: si vienes y trabajas conmigo, te mostraré Estados Unidos.

Joe estaba presentando un fuerte reto contra mis días de aislamiento. Cuando quería vender, cuando quería algo, las palabras y las ideas le fluían como un Ontario sobre un Niágara. Aprovechaba la corriente y se abría paso entre la espuma.

—Alguna vez trabajé en ventas por teléfono, pero no estoy seguro de ser un buen vendedor.

—Esa será tu arma secreta. La modestia. Subestimarte. Este país está lleno de tipos con la cabeza en el culo y no hay un solo truco en las ventas que la gente no haya visto o escuchado. Pero tú les traerás algo nuevo con tu cinismo europeo y tu capacidad para recordar citas. Veo que eres un hombre educado. Una persona refinada. No te impresionas fácilmente. Necesitamos esas cosas. Yo necesito esas cualidades.

—¿Qué tendría que vender? Ni siquiera sé qué haces o cuál es tu negocio.

—Ven a ver.

Me llevó a su carro. Pese a que mi conocimiento sobre autos norteamericanos era superior al promedio, no pude identificar su vehículo. El cofre no parecía pertenecer al resto del auto y estaba chueco de un lado. En la parrilla del radiador tenía un emblema de Buick, pero en los costados decía que era un Chevrolet. En la defensa trasera llevaba una calcomanía que

decía «Qué diablos, funciona».

—¿Qué clase de auto es este?

—Es mi Chuick. Tal vez el único Chuick del mundo. Más raro que una mariposa morfo de cinco alas. Atropellé un venado en Pensilvania y tuve que reconstruir el frente. Solía ser un Chevrolet Caprice Classic, pero después del accidente tuve que repararlo con el cofre y la defensa de un Buick Delta 88. Ese día casi me reúno con el Creador. El carro dio una vuelta completa y se fue contra un árbol. Quedé muy machucado.

—¿Por eso tienes esas... cicatrices?

Se rascó los brazos y se quedó quieto por un momento (el estado de movimiento perpetuo de Joe hacía que cualquier pausa pareciera un estado meditativo). Luego se rio.

—Nah. Estas me las hice cuando era niño.

Se metió al asiento del conductor para abrir la cajuela y luego fue hacia atrás y me invitó a mirar. ¿Estaba por mostrarme algo terrible, quizá un cadáver, armas o algún otro producto ilícito para contrabando? No. Era una cajuela llena de mariposas. Mariposas en cajas de cristal. Cajas pequeñas, medianas y grandes con una, dos o tres mariposas cada una, todas montadas sobre un trozo de madera y algunas decoradas con flores secas. Los colores y diseños salieron como un tornado de información visual, manchas negras, almenas azules, ocelos bermellón, azules neón, verdes perico (términos que aprendería y usaría más tarde).

—¿Vendes esto?

—Claro que sí.

—¿A quién?

—A tiendas de regalos. Florerías. Algunas tiendas departamentales. Y muy pronto a la cadena de venta por menudeo número uno en Estados Unidos: J. C. Penney's. Hasta ahora vendemos en once estados. Pero estamos por volvernos nacionales. Y ahí es donde entras tú. Voy a necesitar manos extra en el timón. Cabezas extra en la habitación.

—¿Es... o sea, está bien venderlas?

—Claro.

—¿Tú mismo las atrapas?

—¡De qué hablas! —Tomó una caja que contenía una diminuta belleza con

un extravagante diseño verde lima y negro—. Esta viene de Australia. Esa es de Alaska. Y esta... —Se estiró para tomar una caja con un único ejemplar gigante azul neón—. Estas morfos azules son de una granja en Costa Rica. Nuestro vendedor número uno. Aunque estamos intentando criarlas por nuestra cuenta.

El increíble espécimen era del tamaño de una mano de hombre.

—Parece exótica.

—¡Nah! Estos bichos son tan comunes como las hormigas. Ofrecemos setenta y dos especies en total. Todas obtenidas de forma legal y aprobada por la CITES. Te lo explicaré después. Mírala.

Puso esa belleza en mis manos y comenzó a vendérmela, adoptando un ligero acento sureño.

—Mire, señor, por quince dólares se llevará algo que le recordará que hay belleza en este mundo y que la naturaleza nos habla y nos dice: «¡Mira! ¡Qué maravilla!». Por favor, ¡vea nada más! La criatura que tiene frente a usted comenzó su vida como un huevo y luego creció siguiendo el orden establecido en la metamorfosis de los insectos: larva, pupa, imago, todo esto tras haber salido de un adulto masculino y uno femenino, en un acto originario de creación, para luego reproducir su especie a lo largo del tiempo. Y ahora está aquí, capturada en este escenario para su deleite durante el resto de su vida. Es más que una pieza de información científica, es un mensaje de Dios mismo, un mensaje que dice: «¡Mira cuánto te amo, mira lo que puedo hacer!». Y por quince dólares no está nada mal. ¿Qué le parece?

Ese era Joe en su estado más puro: un encarnizado juego de estira y afloja entre el vendedor, el científico y el santo.

—Casi me convences de comprarlo. —Me reí.

—Ese es mi tono para el discurso de la región del Cinturón Bíblico. Para los ateos, y estoy asumiendo que lo eres, tengo uno diferente. Si estoy en Virginia o Georgia, voy amontonando todas esas cosas sobre la creación. Si estoy vendiendo en la costa este, apuesto por asuntos de la naturaleza y el medio ambiente. En el Medio Oeste les gusta la combinación de armas, Dios y la grandeza de Norteamérica. Si estoy en California, les hablo sobre espiritualidad y la «mariposa interior» de las personas. Pero el tono que funciona con todos es el que uso cuando les cuento cómo empezamos a

vender mariposas. Funciona en la mayoría de los lugares, con sus respectivos ajustes. Entonces, tienes que utilizar todo tu poder de observación y simpatía para tratar de comprender qué es lo que quiere nuestro cliente potencial. Así como hacen las mariposas, tienes que adaptarte al entorno para sobrevivir. Creo que se te dará de forma natural, Lew. Ayúdame a correr la voz. ¿Qué dices?

—Es una oferta interesante.

—¿Interesante? ¡Es una oportunidad única! Puedes quedarte aquí leyendo tus libros sobre gente que ni siquiera existe, escritos por personas que ya están muertas, e intentar escribir sobre cosas que ni has experimentado. ¡O puedes salir y vivir! No debes poner en la mesa algo que no cocinaste. Solo escribiste ese poema por mí. Sígueme y te daré para escribir todo un libro.

Joe conocía la forma (muy útil para un vendedor) de hacerte sentir que tu vida podía ser mucho más interesante si lo dejabas todo para seguirlo; le encantaba hacer que tus planes y proyectos alternativos perdieran la gracia al encontrar tus deseos más profundos y sugerir que él podría cumplirlos. Sus métodos no eran sutiles, y siempre corría el riesgo de ofenderte o insultarte mientras te halagaba y elogiaba, pero me ganó. Diagnosticó mi enfermedad y su medicina sonaba muy bien.

—Toma.

Metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña caja con tarjetas de presentación. La caja aún estaba sellada, pero tenía una tarjeta de muestra en la parte de afuera. Tomó esa y me la entregó.

JOSEPH BOSCO

PRESIDENTE

EL MUNDO DE LAS MARIPOSAS

«REGALOS HECHOS A MANO Y CON AMOR»

CELULAR 201 345711

No había ninguna dirección.

—¿Dónde están tus oficinas?

Señaló hacia las montañas con un movimiento de cabeza.

—En las colinas, no muy lejos. Trabajamos desde casa. Es un negocio familiar: «Regalos hechos a mano y con amor».

Pasé un dedo sobre las letras para ver si estaban en relieve, pero se sentían suaves.

—Piénsalo. Solo no te tardes veinte años en responderme, ¡como el tipo ese de la historia!

—O sea que sí lees.

—Claro que sí. Y si esa historia tenía un mensaje para ti, yo diría que fue: «¡Despierta, Rip! Antes de que se te pasen los mejores años». Oye, quizá debería decirte así: Rip.

Lanzó su chaqueta al asiento trasero del Chuick, que seguía cubierto con restos de sus últimos viajes. Se metió al auto y lo encendió. El suave rugido de su motor V8 estaba lleno de posibilidades y de anhelo por recorrer el camino, y me estaba llamando.

Se fue a toda velocidad e hizo sonar su claxon. Yo me quedé ahí, observándolo hasta que el auto desapareció por la esquina hacia las colinas de cicutas. Sentí la tristeza de quien se queda atrás, la envidia de quien no va a ninguna parte. Mientras volvía al granero, casi me estremecí al pensar en seguir siendo el mismo y nunca recorrer El Camino.

Tomé la caja con la mariposa amarilla. La base tenía una pequeña etiqueta dorada con su nombre en latín, *Papilio glaucus*, pero debajo tenía un mensaje escrito a mano: «Lo bello es un gozo eterno».

Joe Bosco. Cómo te subestimé. Pensé que no escuchabas, pero lo oíste todo, lo viste todo, lo calculaste todo. Diste la impresión de ser un tonto impaciente y tosco, y luego mostraste tal delicadeza y consideración que me ganaste.

No puedo sobrestimar lo fácil que era subestimarlo. Crees que lo tienes, que lo atrapaste, que ya lo identificaste y lo categorizaste, y luego cambia de color, le crece una quinta ala o se le revelan diseños distintos a los que debería tener. Era fácil desestimarlo con su voz chillona, su ropa del botadero, su palabrería hiperbólica, su invasión al espacio personal, su antiintelectualismo, sus certezas espirituales, su explotación de la naturaleza para fines comerciales, sus conjeturas y sus presunciones. La mayoría de las personas que conozco no habrían tenido nada que ver con ese tipo y, dada la forma en la que se dieron las cosas, quizá yo tampoco debí hacerlo. Debí haber tirado su tarjeta de presentación barata y sin relieve al bote de basura, y seguir con mi rutina, terminar el granero, leer más libros, fumar mi hierba e

irme a conocer Estados Unidos yo solo y a mi manera. Pero ya era demasiado tarde. El gato me tenía dando vueltas en su Reino de Platos Giratorios.

III

En el cual soy rebautizado y reubicado

Me cambiaron el nombre a Rip van Jones en una planicie sobre el río Hudson en el que las grandes familias norteamericanas (los Roosevelt, los Vanderbilt y los van Cortland) habían construido sus prodigiosos hogares. La ceremonia fue dirigida por Joe teniendo como testigo a Elijah, un chico negro de dieciséis años que Joe encontró intentando robarse su auto en Albany y quien ahora trabajaba haciendo cajas de cristal en El Mundo de las Mariposas. Mientras Joe me salpicaba con Coca-Cola, sacudiendo sus dedos, pronunció su rito bautismal personal:

—En el nombre del Camino que conduce a las ventas y la gloria, yo te bautizo como Rip van Jones, vendedor de mariposas. Estamos aquí reunidos para orar por tu alma mientras necesite oraciones, y para asegurarnos de que le lleves los productos a la gente de esta gran nación, aunque no debemos olvidar que su grandeza no necesariamente está en lo que su gente cree que la hace grande, y que hagas tu trabajo lo mejor posible a través de Su Gracia. ¿Hay algún testigo? —Joe miró a su alrededor. Elijah estaba comiéndose unas papas fritas y mirándose los pies—. ¿Hay algún testigo? —dijo que sí entre dientes, y Joe terminó la ceremonia soltando un sonoro «¡A-mén!». Luego sacó una cajita de tarjetas de presentación y me la entregó.

—Me las hicieron en Lexington, de camino a Misisipi.

También en esta caja había una tarjeta pegada a la tapa.

RIP VAN JONES

JEFE DE VENTAS Y MARKETING

EL MUNDO DE LAS MARIPOSAS

La letra estaba en relieve. Mientras yo la acariciaba con un dedo, Joe soltó unas risitas complacidas.

—Vi cómo menospreciaste mi tarjeta, así que hice estas y otras nuevas para mí. ¡Ya verás, Rip! Esta es la clase de mejoras que tus modos sofisticados nos van a traer. ¿Viste que cambié el lema?

—¿Las hiciste antes de que te dijera que sí?

—Por favor, ya sabía que ibas a decir que sí.

Cuando se trata de tomar decisiones importantes, mi abuelo decía que hay que consultarlo con la almohada, y luego consultar esa consulta con la almohada. Solo para estar seguro-seguro. Antes de llamar a Joe para aceptar su oferta, la pasé por la prueba de la doble almohada, para darme tiempo a cambiar de opinión o a que el destino hiciera lo suyo; pero sabía cuál iba a ser mi decisión. Lo supe en cuanto se fue, dejándome con la sensación abismal de una oportunidad desperdiciada; lo supe cuando vi la cita de Keats retándome tan inesperadamente desde la base de la caja de la mariposa. Y lo sentí en mi deseo animal de volver a ver a su hermana robalibros. En los dos días previos a hacer la llamada, hice lo que a veces hago cuando espero ansiosamente la confirmación de una decisión que ya tomé: busqué señales en fenómenos ordinarios. Dije: «Si los dígitos de este teléfono suman un número significativo, lo haré» y, sorpresa, sumaron veintitrés, mi edad en ese momento. Dije: «Si veo algo inusual, algo que no esperaba, aceptaré» e, increíblemente, en el desayuno de la mañana siguiente, un oso negro pasó por el jardín frente a mis ojos (en veinte años de tener la casa, mi tía nunca había visto un oso en Catskill, mucho menos en su jardín). Incluso le di al destino una oportunidad de último minuto para intervenir. Mientras marcaba el teléfono de Joe, me dije que si su teléfono timbraba tres veces antes de que me respondiera, era definitivo que debía hacerlo. Contestó en el cuarto timbrado.

—El Mundo de las Mariposas. ¡Habla con Joe Bosco!

Una balada country sonaba a todo volumen desde el radio del auto:

«*Gonna make my man see, gonna take him home, see*».

—¿Joe? Soy Lew Jones.

—¡Rip! ¡Eres tú! O sea que... ¡decidiste trabajar conmigo!

—Creo que sí.

—¿Crees que sí? ¿O sabes que sí?

La música seguía tan fuerte que era necesario gritar.

—¡Me encantaría trabajar contigo! ¡Si aún quieres!

—¡Pero claro que quiero! Oye, Mary, bájale, ¿sí? ¡Qué bien! ¡Qué bien! No te vas a arrepentir de esta decisión, Rip. Vamos a arrasarnos con este país. Los estados caerán. En este momento estoy en el Estado Magnolia. ¿Sabes cuál es?

—No.

—¡Misisipi! Vamos hacia el norte, al Estado Voluntario. Luego al Estado Bluegrass. Luego cruzaremos el Estado Casi Paradisiaco hasta el Estado Piedra Angular ¡y de vuelta al Estado Imperial! Paso por ti en un par de días.

—En unas cuantas frases sobre estados, Joe redujo la nación entera a un viaje de domingo—. ¿Tienes un traje?

—Tengo una camisa formal y un saco.

—Eso está bien, pero tenemos que conseguirte un traje. Tienes que verte como un jefe. He estado usando tu frase de «lo bello» con la gente toda la semana. Por ejemplo, hoy, cuando estaba vendiendo, se la dije a la dueña de una tienda y se quedó callada. Pensé que la había cagado, pero luego ella dijo: «Eso es lo más hermoso que he escuchado, señor Bosco». ¡Compré una caja con doce mariposas variadas en ese mismo momento! ¿Ya ves, Rip? Tus palabras ya me están dando dinero.

—Me alegra. Aunque no son mis palabras.

—¡Róbate el crédito! ¡Nadie se va a enterar! Ah, por cierto, Mary te manda saludos. Y dice que la perdones por robarse el libro. ¿Verdad, Mary?

Pude escuchar que Mary no dijo eso. Pero me la podía imaginar: overol de mezclilla, los pies descalzos sobre el tablero, pintándose de negro las uñas de los pies, y confieso que la idea de verla de nuevo era mucho más atractiva que conocer el país.

—Bueno. Paso por ti el viernes por la tarde. Te llevaré a conocer a la familia. ¡Te van a amar! Te enseñaré cómo trabajamos. Cargaremos la

mercancía y estaremos en la carretera antes de que puedas decir Kalamazoo.
¿Has visto la gran migración de las monarcas?

—No.

—Ya la verás. Es una de las grandes maravillas de la naturaleza.

—Tengo que decirle a mi tía qué estaré haciendo. Le diré eso.

—Dile que estarás trabajando con una de las personas más *emprendedurísticas* de esta nación y ayudando a llenar de alegría y belleza la vida de las personas.

—¿Y mis cosas? ¿Me llevo todo?

—Es un negocio familiar, Rip, y vas a ser parte de la familia. Tráetelo todo.

—Pero... ¿tienen espacio?

Esto lo hizo reír con ganas.

—¡Ay! Pregunta si tenemos espacio, Mary. ¿Oíste? Dile. Dile cuántos cuartos tenemos.

—Dile tú.

—Hay muchos cuartos en mi mansión, Rip. Ya verás.

Comenzó a cantar como lo hacía siempre que se emocionaba, imitando la tonada que sonaba en la radio y adaptando la letra al momento: «Le enseñaré a mi hombre; lo llevaré a casa a ver, a ver a los tipos que va a conocer, ¡a ver cuántos cuartos va a ver! ¡Rip va a trabajar para mí! ¡Di di di di di di!».

En ese momento aún consideraba a Joe como un gringo pobre con muchos planes. Me lo imaginaba viviendo en una casucha con carcachas sobre ladrillos en el patio, con el perímetro rodeado por malla ciclónica y sus hermanas durmiendo de a tres por cama. Ni me lo imaginaba ni podía imaginarlo viviendo en una mansión. Los vendedores de mariposas no viven en mansiones.

Mi tía pareció genuinamente complacida al escuchar sobre el trabajo. Admito que lo pinté más legítimo y formal de lo que era, en parte porque no quería que pensara que me estaba metiendo en algo raro, pero en parte también porque no quería decepcionarla o parecer ingrato con ella. Había sido buena conmigo. Le dije que conocí al CEO de una compañía nacional especializada en hacer «distintos tipos de regalos» y que estaban buscando a alguien que los ayudara a llevar su negocio «a un nuevo nivel». Sazoné el

platillo con frases como «ventas y marketing», «textos promocionales», y agregué la posibilidad de vender en J. C. Penney's como toque final. Y, en cualquier caso, se lo planteé como una oportunidad de conocer Estados Unidos y que me pagaran por ello. No describí a Joe ni mencioné las mariposas, pero nada de lo que le dije fue falso.

Y así, cinco días después, estaba en el porche esperando a Joe con mis maletas hechas y listo para partir. El cielo estaba nublado y podía sentir la electricidad de la tormenta que se aproximaba. Las nubes se estaban formando, amenazantes. Sé que quizá ahora lo veo todo con ojos de mal augurio, pero aquellas nubes iban tomando la forma de las que anuncian que un cambio se acerca. Un cambio, y quizá problemas. *Cumulo portentous*. Las primeras gotas comenzaron a azotar la calle y el delicioso aroma de la lluvia sobre el asfalto caliente llenó el aire. El chubasco fue torrencial pero rápido, a diferencia de la lluvia de mi lugar de origen, que es tímida y persistente; esta lluvia pasó tan rápido que, para cuando Joe llegó, el sol ya había salido y en la calle brillaban los restos de la tormenta. Se apareció en un Cadillac Seville nuevo, de color azul medianoche, con Elijah en el asiento del copiloto. Joe sonrió con orgullo al acercarse al porche para saludarme. Había abandonado el peinado estilo *mullet* y también su ropa horrible. Se había hecho un corte convencional en el cabello y lo llevaba recogido con gel hacia atrás; lucía un traje negro nuevo, camisa blanca de algodón, una sobria corbata de puntos y zapatos de vestir. Parecía un mormón buscando convertirme, comparación que él hubiera rechazado terminantemente, argumentando que el mormonismo se basa en una revelación absurda y es el mejor ejemplo del mundo de la mala teología. Se abrió la solapa del saco para mostrarme el forro.

—¿Qué te parece?

—Muy elegante.

—El presidente de El Mundo de las Mariposas necesita verse bien. ¿Te gusta la corbata? Es del mismo color que la malaquita. ¿Te gusta el Caddy?

—Sí. ¿Lo... acabas de comprar?

—¡No! Lo renté. Cuando llegas al estacionamiento de un banco debes verte como un ejecutivo con ambiciones nacionales. Si hacemos el negociazo nos

compraremos nuestros propios Caddies. Velo como un incentivo.

Estaba un poco ancho para ser un Cadillac y le faltaba el encanto rudimentario del Chuick, pero era nuevo, caro y daba la idea de éxito, que era de lo que se trataba. Pude sentir cómo las preguntas se iban formando en mi cabeza, pero, en aquellos primeros días que pasaron como bólidos, las preguntas obvias casi nunca llegaban de mi cabeza a mi lengua porque siempre había una nueva distracción para perderme en ella, una nueva sorpresa por asimilar.

Como el hecho de que un jovencito negro estuviera dentro del auto de Joe.

Joe le hizo al chico una seña con la mano, que estaba escuchando un Walkman y moviendo la cabeza al ritmo de la música.

—¡Oye! ¡Elijah! ¡Elijah! ¡Ven a saludar!

Elijah se quitó los audífonos y salió del auto. Mientras avanzaba a grandes zancadas hacia mí, se iba rascando las manos y evitaba el contacto visual.

—¡Saluda, pues! —le dijo Joe, con súbita exasperación.

—Hola.

Le respondí el saludo y estreché su mano, que estaba seca, callosa y cubierta de un fuerte sarpullido.

—¡Di algo, caray! —le ordenó Joe al niño.

—¿Tienen carros en Inglaterra? —preguntó Elijah.

—Sí. Sí tenemos.

—¿Tienen Cadillacs?

—Pues puede que haya algunos, pero nosotros no los hacemos.

—¿Tienen Fords?

—Sí. Sí tenemos Fords. Son más pequeños que los suyos. Todo es más pequeño que lo suyo.

—Oh.

Esto pareció satisfacerlo.

—Elijah antes se llamaba Leroy, pero ese nombre no sirve de nada en este país y en Albany es un pasaporte seguro al bote. Le di un nombre para que la gente se ponga de pie y lo respete. Ahora es gerente de Producción de El Mundo de las Mariposas y es el fabricante de cajas más rápido que hemos tenido. Las hace más rápido que mi hermana Isabelle. ¿A poco no, Eli?

Elijah asintió con modestia.

—El buen Rip te va a conseguir tantos pedidos que no vas a poder seguirle el ritmo.

El altruismo de Joe era admirable, pero me molestó un poco escuchar eso. Minimizaba mi recién encontrada sensación de ser alguien importante, así como mi esperanza de que El Mundo de las Mariposas fuera una compañía con futuro. Si un chiquillo torpe podía ser gerente de Producción en la compañía de Joe, entonces mi rápido ascenso a jefe de Ventas y Marketing no era un gran logro. Pese a lo hiperbólico de Joe, quería creer en su palabrería sobre cómo yo era «el hombre correcto llegando en el momento indicado»; quería que me eligiera por mis méritos y no que me rescatara por casualidad.

Estos miedos pronto quedaron olvidados por la simple emoción de ir en un auto nombrado en honor a un explorador francés y una ciudad andaluza, con un hombre con el cuerpo de un titán y un chico con el nombre de un profeta que fue llevado al cielo en una carroza dorada. Le lancé un último vistazo a la casa de mi tía y su granero recién pintado. Me estaba despidiendo de la introspección, la contemplación sedentaria y el no ir a ninguna parte; y saludaba a la experiencia sensorial, al mundo exterior y al llamado de El Camino. También le decía adiós a Llewellyn Jones, pues en menos de una hora tendría un nuevo nombre, un nombre con el peso del mito estadounidense, y estaba lleno de esperanza por lo que todavía era invisible.

Mientras subíamos por la montaña Hunter, Joe no dejó de parlotear. Creo que estaba aún más emocionado que yo. Manejaba como un actor en una película antigua, diciendo sus parlamentos casi sin mirar el camino mientras un paisaje falso se proyecta en la ventana trasera.

—Toda la familia quiere conocerte, Rip. Les conté que eres un tipo encantador y culto con opiniones y gustos elegantes, así que más te vale que no me hagas quedar mal.

—Me esforzaré.

—Les dije que te llamaran Rip. No te vayas a ofender, pero tu otro nombre no es muy útil. No puedes tener un nombre que la gente no puede pronunciar. Es terrible para las ventas. Así que vamos a hacer una pequeña ceremonia allá arriba, en el mirador del Hudson. Elijah, pásame esa Coca.

Y fue así como Joe me renombró y rebautizó con el dulce líquido de su

tierra. La verdad me gustó lo conciso y las asociaciones de mi nuevo nombre. Era agradable estar libre de mis estiradas «L». Y cuando terminamos, Joe rodeó mis hombros con un brazo y me mostró la vista como si todo eso fuera suyo y estuviera por entregármelo.

—Ahí está: Estados Unidos. Cuando nos mudamos traje a ma a este lugar y le dije los nombres de las grandes familias que vivieron en el Hudson y le prometí que los Bosco serían a las mariposas lo que los Carnegie fueron para el acero, los Vanderbilt para los trenes y los Rockefeller para el petróleo. Que estábamos por llevarlas a un nuevo nivel. Y tú nos vas a ayudar a eso, Rip. Fuiste enviado para este momento.

Joe era una persona que encontraba libros en los ríos, sermones en las piedras y lo bueno en todo. No creí nada de lo que me decía ni por un segundo, y no estoy seguro de que el mismo Joe lo haya creído, pero le seguí el juego por el simple placer de la fantasía, y porque a veces las fantasías crean lo imposible. Tenía esa sensación que la gente debe sentir al inicio de los grandes viajes, una sensación de comienzo, como si tú mismo fueras el viaje y sientes que estás comenzando de cero, sin el peso de la historia. Es ridículo, pero desde el momento en que Joe me dio mi nuevo nombre, realmente me sentí como una nueva persona.

Joe no fue muy claro sobre dónde vivía ni el tiempo que nos tomaría llegar hasta ahí. Simplemente decía: «Por las colinas, no muy lejos». Su casa estaba a menos de cincuenta kilómetros del este de las Catskill y hacia el oeste, siguiendo el vuelo del águila, pero el camino pareció durar horas; recuerdo mis sentimientos de aquel día con más claridad que la ruta para llegar a nuestro destino. Recuerdo los remotes abandonados por el verano del complejo turístico de Hunter y los adornos hippies del otro Woodstock. Y aún puedo verme entre los bosques de falsos abetos y blancas iglesias con delgados campanarios y estrechos peristilos, aunque mi mente estaba puesta en lo que me esperaba al doblar la esquina. El escuchar la mención de la madre de Joe hizo que mis pensamientos se volcaran en su familia y su «mansión con muchos cuartos».

—Entonces, ¿tu familia es muy grande?

—Pues, a ver. Soy yo. Y ma. Mis hermanas. A Mary-Anne ya la conoces.

Isabelle, ella es la seria. Luego la pequeña Celeste, a ella la adoptamos. Al viejo Clay lo encontramos en un camión de basura. Y Elijah. Y ahora tú. O sea que somos ocho. Si cuentas a los perros, Nancy y Ronnie, entonces somos diez.

—¿Y tu padre?

Joe se quedó callado por unos segundos, una era de silencio en su caso, y luego soltó un débil lamento, como un animal moribundo. Inmediatamente me arrepentí de mi pregunta.

—Perdón.

Parecía que Joe estaba considerando qué decirme y qué no. Lanzó una mirada hacia el asiento trasero a través del retrovisor.

—¿Elijah? —El chico no se movió, pero Joe repitió su nombre más alto, por si las dudas. Luego se volteó hacia mí.

—Hay algo que tengo que decirte desde ya, Rip. No hablamos de mi padre. Es El Innombrable. Es el cáncer que te acaban de diagnosticar. Las hemorroides que te salieron. El elefante en la cristalería.

—Chivo. Chivo en cristalería. O el elefante en la habitación.

—¿Ya ves, Rip? Esa es la clase de *refinancia* que necesito. Serás quien arregle mis imperfecciones. Lo que quiero decir es que no hagas esa pregunta en la casa. Especialmente a ma. Jamás a ma.

¿Eso significaba que tenía permiso para tocar el tema con él? Es la clase de prohibición que quieres romper de inmediato.

—Perdón, no quiero ser entrometido.

—Está bien. Pero no quiero que le preguntes algo malo a ma y la cagues.

—Me callaré la boca.

—Pero debes saber cómo llegamos adonde estamos. Eso es importante. Debes conocer la historia por si necesitas usarla. Es parte del proceso de venta.

Y fue así como Joe me contó su versión de la historia de la familia Bosco, una historia que (como descubriría después) iba mutando con el tiempo y variaba según quien la contara.

Joe (veinticinco) era el mayor de tres hijos: Isabelle (veinte) y Mary-Anne (diecinueve). El padre de Joe era un destacado entomólogo y profesor de zoología. La madre de Joe, Edith, venía de una familia sureña pobre, pero fue

lo suficientemente inteligente para aprender contaduría por su cuenta y ganarse un dinero extra como modelo de ojos. Joe describió su linaje como de campesina convertida en clasemediera. Sus padres eran una pareja razonablemente próspera que vivía en Palos Verdes, un suburbio cerca de Long Beach, California. Su padre pasaba casi todo el año en expediciones en Sudamérica, buscando nuevas y extrañas especies de mariposas. Sus largos viajes eran una fuente de tensión con su madre. A veces desaparecía por meses en la selva de Yucatán o los bosques de Colombia siguiendo su obsesión, enviándole a Edith paquetes de especímenes increíblemente raros en sobres de papel glassine que ella guardaba en un baúl lleno de naftalina. Las largas ausencias fueron haciendo mella en el matrimonio, y un día el padre de Joe llamó desde Bogotá y anunció que se había acabado. Se iba. No volvería. Esa misma noche un incendio destruyó la casa y casi mató a Edith, quien tenía ocho meses de embarazo. El fuego se inició por los químicos para preservar a las mariposas. Esa fue «la gota que tiró el vaso». La madre de Joe solicitó el divorcio. El padre no le respondió. Edith se llevó a la familia a Tucson y luego a Michigan, donde consiguió un trabajo como asistente personal de un administrador de la universidad. Fue en Michigan donde Joe se convirtió en un ávido coleccionista de bichos y cazador de mariposas. Un día, cuando la madre de Joe estaba enferma y en cama, él colocó una hermosa *Colias eurydice* sobre un pedazo de madera dentro de una caja de cristal de diez por quince centímetros, la adornó con unas flores secas y se la dio como regalo para que se sintiera mejor. En cuanto la miró, Edith dijo: «Deberíamos hacerlas para vender». Joe sabía dónde abastecerse de mariposas; solo necesitaban cristal, silicón y unos trozos de madera para montarlas. La florería local les compró una orden de dos docenas y las vendió de inmediato. Emocionados, Joe y su madre comenzaron a venderlas de pueblo en pueblo, alejándose cada vez más, por Ann Arbor hasta Saginaw y de ahí al oeste hacia Kalamazoo, llenando la cajuela de su Caprice Classic y manejando hasta que estuviera vacía. Eran productos no solicitados y no todos les compraban, pero cuando una tienda les hacía un pedido, por lo general el negocio continuaba. Al poco tiempo aumentó el volumen de los pedidos y se aventuraron a atravesar las fronteras del estado hacia Wisconsin, Indiana, Ohio, Illinois y Pensilvania, vendiendo las mariposas de su cajuela y

enseñando cajas de muestra para que les hicieran pedidos por adelantado. El negocio familiar pronto estaba recibiendo órdenes regulares de tiendas de regalos y florerías de seis estados. Luego, hace casi un año, los Bosco decidieron ir más al este, «en busca de nuevas oportunidades». Encontraron una casa en las Catskill con suficiente espacio para crear una fábrica con la cual cumplir con todos los pedidos que les estaban llegando. Comenzaron a contratar gente para que los ayudara y Joe empezó a hacer planes para venderles sus productos a las grandes cadenas de tiendas y conseguir los «pedidos nacionales» que buscaban.

Y fue entonces cuando me conoció.

Si alguien a quien no conoces bien te cuenta la historia de su familia, en especial si es una historia tormentosa, ¿qué puedes hacer sino creerla? En ese momento no tenía razón para desconfiar de su relato y no lo hice; creí que me estaba diciendo la verdad, incluso la verdad sobre las mentiras.

—Gracias por contármelo.

—A veces me enredo, Rip. Cuando necesito agarrarme de las fibras sensibles durante una venta que está flaqueando, puedo contar con esa historia para conseguir algunos pedidos extra. Incluso doy detalles sobre cómo salvé a ma del incendio. A veces les digo que mi padre desapareció en la selva. Que me convertí en el principal «proveedor del pan y de las mariposas» como a los diez años. A las personas les encantan esas historias de superación. Y les encanta que haya salvado a ma del incendio. Y a todos les encantan las historias donde alguien se muere. Eso sí que los emociona. Es un camino directo a caerles bien. Sin falla.

No supe si lo decía en serio o no hasta que empezó a reírse.

—Es broma.

—¿Lo de que tu mamá casi se muere en el incendio?

—¡Nooo! —gritó—. ¡No inventaría algo así! ¡Cómo se te ocurre!

—Por supuesto que no. Perdón.

—Pero si es tu historia, puedes hacer lo que quieras con ella. Por lo general me preguntan cómo me hice estas.

Quitó una mano del volante y me mostró las cicatrices de su muñeca, que ya había visto en el granero. Luego comenzó a tararear una tonada inexistente, dando a entender que la conversación había terminado. El fuego

en el clímax de esa historia encendió rápidamente mis especulaciones, pero decidí no preguntarle más por el momento.

Estábamos casi al final de las Catskill, al oeste, e íbamos subiendo por una carretera que se fue estrechando hasta convertirse en un camino de tierra. Una de las cimas estaba cubierta de niebla y con la puesta del sol se formaba un resplandor en el cielo que mi nuevo homónimo sin duda habría descrito como sanguino (una palabra que aplica mejor a los atardeceres que a las personas). Por primera vez en días, se me antojó un porro.

—Tienes que saber unas cuantas cosas más sobre mi madre —dijo Joe—. Pasa de la calma a la locura así. —Chasqueó los dedos—. De pronto es dulce como el jarabe de maple. Te trata como si fueras su hijo. Y al otro instante ya te está maldiciendo. Y cuando maldice parece que le pagaran por palabra. Es difícil al principio, pero te acostumbras. Empezó a ser así el día después del incendio. Aún está enojada con Dios, con el mundo y con El Innombrable. Cuando lleguemos quizá se porte como si no tuviera idea de que ibas a ir, aunque se lo dije mil veces. Tendré que explicarle todo de nuevo. Puede que me grite como loca, me dirá toda clase de cosas, pero no serán en serio. Será como un huracán de abril; en el centro está su lado tranquilo, generoso y amable. Recuerda aferrarte a eso en medio de la tempestad.

—Pero ¿sí sabe que voy a trabajar con ustedes?

—¡Claro! Pero se le olvidan las cosas. Y se enoja conmigo por llevar gente a la casa, ¿verdad, Eli?

Elijah ya estaba despierto, con el rostro recargado contra el cristal, mirando con nostalgia los árboles que pasaban.

—Supongo.

—Cuando llevé a casa a Clay fue un escándalo. Siempre nos enseñó a ser caritativos. Encontré a Clay literalmente en la caja de un camión donde echan la basura. Pensé en llevarlo a casa. Cuando llegué, creí que ella lo iba a matar. Tuve que esconder la pistola. Tiene una pistola en su cama, bajo la almohada, para espantar. A veces le gusta sacarla y dispararle al candelabro, pero no hay que preocuparse por eso. Va a ser igual contigo. Puede que te ponga una prueba cuando la conozcas, pero te va a ir bien.

—¿Una prueba? ¿Qué clase de prueba?

—Si te dijera cuál es la prueba, no sería una prueba. Solo no hables mucho.

Eso la haría creer que eres petulante. Y no hables demasiado poco. Eso la haría creer que eres tímido y si hay algo que mi madre no soporta es la timidez. Odia la debilidad y odia el orgullo. Es una cuerda floja por la que tendrás que aprender a caminar. Y di la verdad. Si te mira a los ojos y te hace una pregunta, ¡di la verdad! Sabe cuándo mientes. Y no hay nada que odie más en este mundo que a un mentiroso.

El sol estaba a punto de ponerse cuando llegamos al portón de entrada que conducía a la casa. Los pilares tenían la altura de un hombre y había unas bolas en el frontón. Las puertas de hierro forjado se hallaban abiertas y una de ellas estaba colgando. El camino hacia la casa se curvaba hasta perderse de vista, con un bosque a un lado y un jardín descuidado al otro. El pasto sin cortar rozaba el chasis del carro y Joe iba manejando despacio, por consideración a mí. Todo el rato me lanzó miraditas y me sonrió como diciendo: «Apuesto a que no te imaginabas esto».

Dos perros, un pastor alemán y una dóberman, se lanzaron hacia el carro, ladrando y soltándole mordidas a las llantas. Recuerdo haber pensado que eran o los perros de un rico con algo que proteger o los perros de un criminal con algo que temer.

—¡Esos son Nancy y Ronnie! —gritó Joe—. No te bajes hasta que los amarremos. No te conocen y se te irían a la yugular.

Los perros nos acompañaron ladrando por todo el largo camino de entrada, y Joe los iba retando con volantazos, acelerando y frenando.

—¡Vamos, perros! ¡Vamos, perros locos!

Seguimos más o menos durante un kilómetro y medio por un denso bosque sobre un ligero peralte, y luego el camino se recompuso y una casa apareció en nuestro campo de visión. Aun entonces yo seguía esperando una casucha, quizá una choza o cabaña dentro de las tierras de un hombre rico. Cuando Joe usó la palabra «mansión» para describir su casa, asumí que era un eufemismo o una más de sus exageraciones para vender. Pero la casa era una majestuosa construcción neogótica y, con el sol poniéndose y dibujando las siluetas de su gablete, sus torreones y su ático, la imagen era espléndida, una casa digna de cualquiera de esos grandes negociantes que han construido sus casas en las colinas cercanas. Joe estaba encantado con mi sorpresa, disminuyendo la velocidad del auto para disfrutar hasta la última gota de mi

asombro.

—Era de un fabricante de armas. ¡Es una casa construida por el homicidio!
—Se rio de su propio chiste, un chiste que parecía tener bien ensayado—. Estuvo abandonada por treinta años. Nadie la quería porque había una estúpida superstición sobre los crímenes con los que se pagó. Pero el verdadero crimen es que un lugar así haya estado solo por tanto tiempo. Así que nos mudamos y la reparamos. Hicimos unas cuantas mejoras. Arreglamos las tuberías, lijamos los pisos. Trajimos a un cura para que ungiera las puertas con aceite. Su reputación ya está bien exorcizada.

—O sea que... ¿es tuya?

—Como todo en la vida, Rip: solo es prestada.

Cuando Joe acercó el auto a la entrada de la casa, el sol dejó de suavizarlo todo y vi su condición real. Casi ninguna de las ventanas de la planta baja tenía cristales ni marcos, y muchas partes del techo no tenían tejas. Una sección entera de las paredes exteriores estaba al aire libre, cubierta solo por una lona triste. Sin duda había electricidad, porque las luces de los cuartos de arriba estaban encendidas, y también había señales de vida, pero la casa, básicamente, estaba en ruinas.

—Bienvenido a mi mansión, Rip.

—¿Está muerto?

—Eso no se lo puedo decir.

—¿No puede decirme o no lo sabe?

—Como dije, no se lo puedo decir.

—Yo no lo hice. Sé lo que parece, pero yo no lo hice. Sé que tiene que hacerme muchas preguntas, pero necesito decir eso desde ahora. Antes de que mi memoria y la presión de recordar confunda las cosas. Además, me duele la cabeza.

—Lo entiendo, señor. Y es su derecho decir lo que crea que es verdad. Lo revisaremos todo. Créame. Tenemos tiempo. Pero primero lo primero. ¿Por qué no comienza diciéndome su nombre?

—Llewellyn Jones.

—¿Podría deletreármelo, señor Jones?

—L.L.E.W.E.L.L.Y.N.

—Su tarjeta de presentación dice «Rip van Jones».

—Ese era mi nombre de trabajo. Joe dijo que necesitaba un nombre más breve para las ventas.

—¿Se refiere al señor Joseph Bosco?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro. Desde la semana pasada.

—Es de Inglaterra, ¿verdad?

—De Gales. Pero sí, soy británico. ¿Él está bien? ¿Joe está bien?

—No podemos decírselo en este momento.

—Pero ¿está vivo? ¿Puede al menos decirme eso?

—Lo siento. ¿Podría decirme qué hacía usted en Estados Unidos? ¿Negocios o placer?

—Placer. Planeaba hacer algo de trabajo manual, en bares por aquí y por allá, para pagar mi estancia. Pero vine a conocer el país.

—Al parecer sí lo hizo. Treinta y dos estados en seis meses. Eso es algo. Entonces, ¿cómo conoció al señor Bosco?

—¿Tiene un cigarro, sheriff?

—Claro.

—Me estaba quedando en la casa de mi tía Julia. Cerca de Hunter. Estaba haciéndole algunos trabajitos pero planeaba irme a conocer el país. Quizá escribir sobre eso. Y luego conocí a Joe... en las cataratas de Kaaterskill. Le dije que quería conocer Estados Unidos; él se ofreció a mostrármelo. Ese hombre podía vender... cualquier cosa. Y me cayó bien. Me pareció un tipo inusual, pero inusual para bien. Creo que la mayoría de las personas en mi lugar hubieran aceptado el trabajo.

—¿Vendiendo mariposas?

—Era un buen negocio.

—¿No vio nada que lo hiciera pensar que debería mantenerse lo más lejos posible de ese hombre?

—Pues sí, muchas cosas. Era enfadoso y siempre andaba atrayendo problemas. Haciendo enojar a la gente. No le importaba realmente lo que alguien pensara de él. No le tenía miedo a nadie. Salvo por una persona, quizá. Hacía toda clase de cosas que no rompían la ley exactamente, pero que sí causaban líos. Se podría decir que esas eran señales de alerta, pero nada que pudiera prepararme para lo que estaba por venir.

—¿Qué clase de señales?

—Por ejemplo, cómo discutía. Hablaba sobre la buena teología y la mala teología. Le molestaban sobre todo las autoridades religiosas. En realidad cualquier autoridad, especialmente las autoridades masculinas. Se metía a las iglesias, se sentaba al fondo y esperaba a la hora del sermón para comenzar a hacer preguntas. «¿Qué están haciendo por los pobres?». «¿Cuánto le pagan, reverendo?». «¿En serio necesita ese Mercedes?». Cosas así.

—¿Era ateo?

—No. Solo tenía problemas con la religión y lo que les hace a las personas y lo que este país ha hecho con ella. Quería ayudar a los pobres y daba dinero por aquí y por allá. Incluyendo el dinero que se necesitaba para otras cosas. Como pagar cuentas. Su nobleza era caótica.

—Parece que siempre buscaba problemas.

—Habla en pasado, como si ya no estuviera con nosotros.

—¿Este es su carro?

—Sí.

—No reconozco el modelo.

—Es un *Chuick*. Me lo dio cuando hice mi primera gran venta.

—No es algo que grite éxito, la verdad.

—Quizá no. Pero era bueno y confiable. Hacía su trabajo.

—Encontramos esto en la guantera. ¿Es suyo?

—Sí.

—¿Consume mucho *cannabis*?

—Fumo para escapar o cuando estoy estresado. Me ayuda a no pensar.

—Y ¿fumaba mucho cuando conoció al señor *Bosco*?

—¿Qué quiere decir?

—¿Diría que su juicio estaba nublado cuando conoció al señor *Bosco*? ¿Que no estaba pensando con claridad?

—Posiblemente. Me perdía en mis pensamientos y dormía mucho. Algunas noches hasta doce horas. Y había perdido recientemente a mi padre.

—Lamento escuchar eso.

—Está bien. No era un hombre agradable.

—Cuidado con decir esas cosas. «Honrarás a tu padre y a tu madre y vivirás una larga vida en la tierra».

—Eso dígaselo a *Joe*. No sé cómo se puede honrar a padres como los suyos.

—Como sea, perder a un padre es algo fuerte. Quizá afectó su juicio.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a *Joseph Bosco*. La verdad me cuesta trabajo comprender cómo terminó relacionándose con un tipo así. Un hombre arrestado por alterar la paz en siete estados. Un hombre buscado por una agencia del gobierno. Alguien que andaba en ese auto y diciendo que tenía negocios por todas partes. Suena como un charlatán. ¿En qué estaba pensando?

—Ya se lo dije. Quería conocer el país y esa era mi oportunidad para hacerlo. Y me cayó bien. Por más exasperante que fuera... que sea. De alguna manera sentía... más cuando estaba con él, como si la vida fuera más interesante. Era un hombre increíble. Y no solo él. Toda la familia era... extraordinaria. Me... encariñé. Podría decirse que la lujuria tuvo también algo que ver. Al menos al

principio. La lujuria y las ganas de demostrar algo. Y el simple hecho de formar parte de una... aventura.

—¿Lujuria hacia quién?

—Su hermana.

—O sea... ¿la señorita Isabelle Bosco?

—Ella... no. Me refiero a su hermana menor. Mary-Anne.

—¿En qué momento se dio cuenta de lo que realmente se trataba?

—¿Qué cosa?

—Lo de los insectos.

—Demasiado tarde, supongo. Aunque no sé si alguna vez supe realmente qué estaba pasando. Creía que estaba alerta, pero resultó que no. Una parte de mí aún guarda la esperanza de que despertaré y descubriré que todo fue... ya sabe.

—¿Un sueño?

—Que no fue real.

—Es real, señor Jones. Tan real como usted y yo sentados aquí, en esta celda. Y vamos a necesitar que recuerde tanto como le sea posible. Perfeccione su declaración. Pula su historia. Su futuro depende de eso. Veo que ya ha comenzado.

—Sí. Aunque quizá le he estado metiendo demasiados detalles. No lo sé.

—Si es relevante para el caso, escríbalo. Algunos dicen que el diablo está en los detalles, pero yo prefiero pensar que es el Señor quien aprecia hasta la más mínima precisión. Al final son los detalles los que lo salvarán, señor Jones.

SEGUNDA PARTE

Y Butterfly Joe dijo:

«Bebe tu té,

deja tu libro

y sígueme.

La historia está allá,

lo debes saber,

este es el momento,

lo tienes que ver».

Sequé mi pluma,

dejé mis deberes

y me fui a la carretera

a gozar sus placeres.

Con un nuevo nombre, rebautizado,

llegué a una mansión

bajo un cielo dorado.

Me pusieron a prueba

(y sobreviví).

Miré a un monstruo

en su ojo lo vi.

Y al tener que elegir

entre mujer y chiquilla,

tomé lo sencillo

y guardé lo que brilla.

IV

*En el que conozco a la familia de Joe
y me ponen «a prueba»*

El hogar de Joe era más que una mansión.

—¡Oh!

—¿A poco no es increíble? —dijo, riéndose ante mi expresión.

—Es... extraordinaria.

—No era lo que esperabas, ¿verdad?

No era lo que esperaba. Probablemente fue el primer (aunque no el último) caso de algo real en las exageraciones de Joe. La casa era un Frankenstein de inspiraciones: cabañas de caza escocesas, museos victorianos ingleses, castillos franceses, castillos galeses. Había cacharros apilados contra un vergel. El Chuick estaba estacionado junto a lo que debían ser los restos del Buick que le dio su cofre; había una Ford de redilas y un Chevy Camaro Z28 sobre ladrillos. Todos los alrededores combinaban un esplendor gótico venido a menos con el toque pueblerino, y ninguno de los dos ganaba.

Mientras tanto, los perros estaban saltando junto a mi lado del carro y Joe en realidad no hacía ni el intento por calmarlos.

—¡Oigan, perros, saluden a Rip! ¡No te van a morder! No cuando sepan que eres de la familia.

Los perros no parecían ni sonaban convencidos, y yo tampoco.

—¿Seguro?

—Para mañana ya estarán lamiéndote la cara. Eli, ¿por qué no los amarras?

Esperé a que Eli llevara a los chuchos hacia una construcción externa y luego seguí a Joe a la casa, donde una elegante joven y una pícara niña negra aparecieron en el porche. La niñita bajó los escalones saltando y se lanzó a los

brazos de Joe, abrazándolo con un cariño voraz.

—Hola, Ceelee. Saluda a Rip.

—Hola, Rip.

—Rip, ella es Celeste. Es una loquita de los abrazos.

Celeste era como un hada-elfa: vestido blanco, afro enorme y pies descalzos. Cuando Joe la soltó, la niña comenzó a tocar mi camisa, dándome unos piquetes con el dedo para ver si era real y jalándome de las manos para luego abrazarme como si me conociera de toda la vida. La joven fue menos entusiasta en su recibimiento. Extendió una mano para quitarme a la pequeña lapa.

—Ceelee, deja en paz al hombre. Lo siento. ¡Abraza a todo lo que se mueve!

—No me molesta —dije, pero la lapa obedeció la instrucción y me soltó para luego irse corriendo.

—Rip, ella es Isabelle. Izzy, te presento al nuevo jefe de Ventas y Marketing.

Joe había descrito a Isabelle como la seria de la familia, así que la miré con mi gesto más serio. Nos saludamos con una inclinación de cabeza.

—Rip vino a ayudarnos a darle belleza y alegría al mundo.

—Excelente ambición —dijo ella.

—No estoy seguro de que sea mi ambición. —No quería que pensara que se me podía manipular fácilmente o que era incapaz de pensar por mí.

—¿Cuál es tu ambición? —preguntó. Parecía demasiado pronto para hacer una pregunta así, pero sentí la necesidad de justificarme e impresionarla.

—Rip va a ser escritor —exclamó Joe—. ¡Va a escribir un libro sobre sus aventuras conmigo!

Cuando Joe le contaba a la gente sobre mi sueño de ser escritor, sentía la fuerza de las emociones encontradas: quisiera que no dijeras eso, pero ¡me alegra que lo digas!

—Por lo general, Joe siempre logra que las ambiciones de todos los demás sean útiles para las suyas —dijo Isabelle con un tono tranquilo y sin juicios que parecía completamente honesto.

—Ay, ¡eso no es justo! —protestó Joe, sin sonar ofendido. Estaba mirando algo dentro de la casa, escaleras arriba—. ¿El volcán ya está listo para

explotar?

Desde la ventana nos observaba una silueta.

—Lleva toda la semana a punto de hacer erupción. Te va a costar trabajo convencerla de bajar hoy.

—Enséñale el lugar a Rip y yo me encargo de ella. ¿Qué hay de cenar?

—Clay está haciendo hamburguesas de alce con pan de maíz.

—¡Alce! ¿Has comido alce, Rip? Es algo especial. Es como la res, pero más suave. Tenemos que darte algo de músculo, prepararte para el combate.

Quería seguirlo solo para ver qué tenía que hacer para convencer a su madre de que bajara.

—¿Traes equipaje?

—Está en la cajuela.

—Haré que Clay lo lleve a tu habitación. ¿Vamos?

Con su elegante delgadez y su piel oliva, Isabelle lucía mucho más como la hermana de Joe que Mary-Anne. Como el de Joe, su rostro no era agradable en los detalles, pero había algo hermoso en el conjunto. Claro que, en cuanto a personalidad, ella era un estanque y él un río agitado. Era amable y lánguida en sus movimientos y palabras, cualidades que las personas ruidosas que la rodeaban ayudaban a amplificar. Pese a eso, mientras comenzaba el tour, me pregunté dónde estaría la hermana salvaje.

Entramos a la casa por el marco sin puerta hacia lo que algún día fue el vestíbulo principal. Había muebles y adornos rotos por todas partes, un candelabro en el suelo, un montón de esquís de madera y la cabeza de un venado. La casa era antigua, pero los adornos de sus habitantes actuales le daban un toque futurista y postapocalíptico. Era como entrar al cuartel de un sobreviviente encargado de rehacer el mundo. Junto a las ventanas había una mesa de carpintero y un marco estaba esperando a ser colocado.

—Joe quiere restaurarlo todo. Tiene la esperanza de que algún día podrá comprar esta casa. Por ahora vivimos arriba.

—Joe dijo que la casa era un «préstamo».

—Sí. Hizo un trato con un coleccionista. Le vendió un set de rarezas de nuestra colección.

—¡Oh! ¿Tan valiosas son?

Isabelle asintió, pero dejó claro que no quería hablar más del tema al

guiarme escaleras arriba. Las escaleras eran de madera descubierta, pero a partir del primer piso estaban alfombradas. El tejido bermellón y dorado se había ido destiñendo hasta quedar café y amarillo, y tenía un diseño que, asumí, era un escudo familiar: armas y palomas.

—Las habitaciones están en el otro piso. Probablemente te pondremos en el cuarto de Ceelee, en el ático. Debo limpiarlo. Permíteme enseñarte la fábrica.

La seguí por el descanso y entramos a una enorme habitación con puertas dobles. De inmediato me golpeó el olor de las flores secas y la naftalina, que, tras inhalar, me hizo soltar el aire escandalosamente por la nariz.

—Aquí hacemos las cajas. Te acostumbrarás al olor.

La habitación tenía paredes de madera y una mesa de billar grande con una lámpara retráctil acomodada sobre el fieltro. La mesa la habían transformado en el espacio para el equipo de la fábrica; estaba cubierta con todo lo necesario para hacer una caja de mariposas: mariposas, cristal, tubos de silicón, flores secas y trozos de madera.

—Detuvimos la producción brevemente porque nos quedamos sin madera, pero nos acaban de entregar un nuevo cargamento. Clay la trajo de los lagos Finger. —La madera estaba arrumbada en una pirámide en el rincón, con dos canastas grandes a cada lado de la pila. Isabelle se acercó para tomar un trozo—. Separamos la áspera de la suave. —Tocó la madera para valorar qué tanto raspaba y luego me la entregó.

—¿Suave?

—En realidad esa es una áspera. —Señaló hacia la canasta correspondiente y la lancé ahí.

—¿Esto es lo que hacen todos, todo el tiempo?

—Todos contribuimos. Joe se encarga de las ventas. Ma también solía vender, pero ahora por lo general solo se encarga de la contabilidad y de dirigir el negocio. Mary también vende y le gusta conducir. Ya conociste a Mary, ¿verdad?

—La... la vi. Un poco.

—Estoy segura de que llamó tu atención.

—Pues estaba desnuda, así que intenté no mirarla.

—Si hay algo que Mary no tolera es que no la miren. —Isabelle se ruborizó por hablar mal de Mary; luego masculló algo, como si se estuviera regañando

interiormente por ello.

—¿Y tú? ¿No vendes?

—Soy pésima vendedora. —Su voz tenía una ligera vibración, y en su mano podía percibirse un temblor de lo más sutil—. Ayudo con la producción de las cajas y la administración, pero principalmente me encargo de la colección.

—Espero que me la enseñes.

Asintió, pero sin muchas ganas.

—¿Tienes otros intereses? ¿Además de las mariposas?

—Espero ir a la universidad. Un poco tarde, porque tuve que posponer las cosas. Por lo de ma y... bueno, por el dinero.

—¿Qué vas a estudiar?

—Me gustaría Literatura Europea. Quiero especializarme en los rusos. ¿Y tú? Joe me dijo que ya te graduaste.

—Estudié Cultura Clásica. Para lo mucho que me ha servido hasta ahora. Mi padre tenía razón.

—Tanto conocimiento. Algo debe habérsete pegado.

—Quizá.

—Joe te describió como el mejor vendedor de Inglaterra.

—Pero ¡claro! —dije, y ambos nos reímos, encontrando algo en común en nuestra opinión sobre Joe.

—También dijo que estabas en busca de un sentido.

Me sorprendió que Joe hubiera pensado eso, y ni hablar de que me hubiera descrito así.

—No estoy seguro de que se pueda encontrar en esta vida.

—Quizá por eso lo dijo.

Luego me llevó a un cuarto adyacente, un salón donde alguna vez los hombres fumaron puros mientras planeaban nuevas formas para explotar a las masas.

—A esto le decimos la Sala de Operaciones.

Sobre una mesa estaba extendido un enorme mapa de Estados Unidos. Era el tipo de mapa que un general de alto rango analizaría a profundidad mientras planea un gran ataque. Varios pines de distintos colores, los mismos que usaban para atravesar los tórax de las mariposas, estaban colocados sobre pueblos, ciudades y estados. Un grupo de pines por toda la costa este y la

zona de los Grandes Lagos daba la impresión de ser una playa tomada por los enemigos. También había pines solitarios por aquí y por allá en algunas de las grandes ciudades: San Francisco, Dallas, Denver, Santa Fe, Phoenix, Seattle (incluso había un pin en Anchorage, Alaska).

—Los pines negros marcan los lugares donde hemos vendido mariposas. Los rojos indican repetición de pedidos. Esos son importantes. —El sur y el este tenían muchos pines, pero el oeste estaba bastante libre de mariposas—. La ambición de Joe es tener un pin en cada estado y una caja de mariposas en cada hogar para el fin del siglo.

—Trece años. ¿Crees que sea posible?

—Mi hermano tiene unas ideas gigantes. A veces tienes que atarlo, como a Gulliver. No es mala persona, pero su entusiasmo puede traer desgracias. Necesita gente a su alrededor que lo mantenga con los pies en la tierra.

Isabelle me miró intensamente, como para asegurarse de que la estaba entendiendo. Sí, me habían llevado para ayudar en la venta de mariposas, pero mi trabajo real era afianzar las cuerdas liliputienses en la tierra para que el gigante no se hiciera daño ni aplastara a otros.

—¿Cómo se hace eso?

—Todos lo intentamos a nuestra manera. Ma le grita, como podrás escuchar. En cualquier momento, te lo aseguro. Yo intento atraparlo cuando está quieto, lo cual en estos días no es fácil, pues siempre anda de aquí para allá. Mary simplemente se burla de él.

—¿Qué hay ahí? —pregunté, señalando hacia una puerta al otro lado de la «oficina».

—Es la biblioteca. Ahí guardamos la colección.

Unos estruendosos improperios que venían de arriba interrumpieron nuestro diálogo y disimularon mi rubor. Sonaba como si la mamá de Joe lo estuviera acribillando con su escopeta de groserías.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso? ¡Maldito tarado! Ya tengo demasiados gastos.

Isabelle me miró, preocupada.

—Joe te contó sobre ma, ¿verdad?

—Dijo que tenía su carácter. Pero que también puede ser dulce.

—¿Te contó algo más? —preguntó.

—Me contó la historia familiar. Sobre... el fuego y el divorcio.

Al parecer Isabelle quería averiguar algo, pero el diálogo entre Joe y su madre subió aún más de volumen. Y ya era claro que estaban hablando de mí.

—Vino a ayudarnos, ma. Es superinteligente y letrado. Gran vendedor. Espera a que escuches su voz.

—No le voy a pagar ni un centavo. Ya tenemos todo un ejército que alimentar. Me la paso aquí todo el día mientras tú andas de callejero.

—¡No ando de callejero! Estoy trabajando y mucho, ¡carajo! ¿Quién crees que trae el dinero a esta casa?

—A mí no me hables con groserías, ¡infeliz hijo de puta!

—¡Eso es verdad!

—¡Bastardo maricón!

—¡Eso no es verdad!

—Bien podría serlo. Para lo que me importa. Bien podría serlo. ¡Imbécil!

—Cuenta hasta sesenta, ma. Anda, quiero que bajes. Vamos a que conozcas a Rip.

—Ya lo vi. Se ve como un tonto.

—Vamos. Nos va a ayudar. Habla bien. Tiene encanto y me ayudará a hablar con algunas personas. Y escribe bien.

—Parece un rufián. Un rufián bueno para nada.

Al ser tan normal en mi vestimenta y moderado en mi actitud, me gustó escuchar que parecía un rufián, aunque fuera uno bueno para nada, pero Isabelle estaba apenada e hizo una seña para desestimar la descripción.

—No te fijas.

—Sesenta, ma, vamos. Eso es... ahí está... eso es.

Luego se hizo el silencio.

—Cuando se pone mal, Joe es el único que puede tratar con ella y ayudarla a volver en sí. Está bien. Las groserías son una especie de tic. Cuando la veas será una persona distinta. Va a ser como la primera dama conociendo al rey de Inglaterra.

Resultó que los modales de Edith Bosco no eran lo más difícil que tendría que enfrentar. ¿Por qué Joe no me había dicho eso que obviamente debió haber mencionado? ¿Era que, tras casi veinte años, se había vuelto inmune a

aquello y era incapaz de ver lo que cualquiera notaría al verla por primera vez? Edith entró a la habitación con una mano chueca enlazada al brazo de Joe y la otra apoyada en un bastón; la imagen denotaba tanto respeto maternal y filial que era difícil de creer que apenas minutos antes habían estado a punto de matarse. Joe ni siquiera me regaló una mirada de «Sí, sé que esto debe impactarte».

—Rip, ella es ma. Ma, él es Rip —dijo como si nada.

El rostro de Edith Bosco estaba desfigurado, con cicatrices e injertos de piel que le fruncían todo un lado de la cara; uno de sus ojos era un cristal negro sin vida y la mitad de su nariz estaba reconstruida. De inmediato noté que aun así debía ser un milagro de la reconstrucción y que el tiempo había permitido algo de sanación y regeneración natural, pero ni siquiera dos décadas de cirugía plástica y curación natural podían disimular tal horror.

Pensé que esa debía ser la pequeña prueba. No desvíes la mirada. No la mires demasiado. Mírala a los ojos. Mírala al ojo bueno. Al ojo con el que solía modelar.

—Hola, señora Bosco. —Extendí una mano, pero ella la descartó con una seña.

Clavé mi mirada en su ojo bueno, el cual, si pudiera separarse de lo demás, era un ojo bastante lindo, lleno de vetas verdes y amarillas. Con ese ojo casi era posible reconstruir lo que alguna vez fue.

—Un gusto conocerla. Gracias por darme alojamiento.

—No fue mi idea. Este tarado me dice que eres un gran vendedor con educación de riquillo y que vas a civilizarnos y a enseñarnos cómo transformar sus porquerías en oro.

No pude evitar reírme.

—¿De qué carajos te estás riendo? —Su voz era tan suave que parecía falsa.

—Perdón. Es... una... metáfora graciosa.

—¿Metáfora? Lo digo completamente en serio. Si trabajas para nosotros tienes que dar algo. ¿Quieres trabajar para nosotros?

—Sí. Pues... yo...

—¿Dudas? Odio las dudas. No podemos tener a un dudoso. ¿Joe?

Me erguí, intentando compensar mi aparente achicamiento.

—Realmente sí quiero trabajar con ustedes.

—¿Por qué?

Recuerda: ni demasiado tímido ni demasiado petulante.

—Pues siempre quise conocer Estados Unidos y...

—¡No somos una maldita agencia de viajes!

—Y creo que ustedes tienen un producto que puede llevar alegría y belleza a la vida de las personas, y quisiera ser parte de...

—¡Sentimentalismos de mierda!

Busqué ayuda con la mirada, pero Joe estaba disfrutando mi incomodidad, sonriendo como un tonto, mientras Isabelle estaba detrás de mí, fuera de mi campo visual.

—Dime. ¡Rip! ¿Crees que soy una mujer atractiva? —Se inclinó hacia adelante apoyándose en su bastón, estudiando mis reacciones.

Así que esa era la pequeña prueba. Hagas lo que hagas: di la verdad. Intenté mirarla en su ojo bueno y pude ver más allá de las cicatrices, hasta lo que quizá alguna vez fue. Su boca era bonita. Su rostro tenía buena estructura ósea. Sus ojos preincendio seguramente hechizaban a la gente. Apúrate. Está esperando. Tienes que decir algo.

—Pese a sus cicatrices, sí.

Pensé que era una buena respuesta y, envalentonado, me erguí aún más y le sostuve la mirada.

—¿Cicatrices?

—Sí. Usted... Joe me contó. Lo del incendio.

Hubo un silencio. ¿Esa mujer estaba tan fuera de la realidad que creía que quizá no lo había notado? ¿Ya había fallado la prueba?

—Sí, carajo, tengo cicatrices. ¿Y eso qué? Responde la pregunta.

Me dejé ir.

—Puedo ver que tenía... tiene... una belleza natural. Las cicatrices hacen que sea más difícil apreciarla, pero no la representan.

Siguió mirándome y yo la miré directamente a su ojo bueno, intentando con todas mis fuerzas no fijarme en su contraparte negra y sin vida.

—Adulador. —Miró a Joe—. Espero que le vaya mejor que al último tipo que trajiste. —Señaló con su bastón hacia la ventana—. Lo enterramos en el bosque. Por allá. ¿Inglés? ¿Irlandés? ¿Boliviano? No lo recuerdo. Igual era otro tonto.

Joe estaba disimulando la risa.

Luego Edith se acercó a mí, me tomó de las manos, las tocó y les dio la vuelta para evaluarlas, como se haría con un esclavo.

—Suaves y regordetas. No me sirve lo suave y regordeto. ¿Te pintas las uñas? —En las uñas de mi mano derecha había restos de pintura.

—Estaba pintando el granero de mi tía.

—Saca la lengua. ¡Lengua!

Miré a Joe. «¿Es realmente necesario?». Él asintió: «Más te vale hacer lo que te pide». Así que saqué la lengua y la dejé afuera durante un par de segundos, o hasta que noté que Joe se estaba riendo con ganas, incapaz de contenerse más. Edith me soltó las manos. ¡Ella también se estaba riendo!

—Si puedes describirme como si fuera Miss Estados Unidos, quizá sí tengas futuro en las ventas. Pero ¡te voy a dar un consejo, Rip! Una venta deshonesto es mucho más fácil que una honesta. La honestidad paga, pero ¡la deshonestidad paga mejor! —dijo.

Al parecer había pasado la «pequeña prueba».

Mientras Edith y Joe iban hacia el comedor, Isabelle fue a pararse junto a mí.

—No me gusta que ma haga eso, pero lo hace con todos, así que no te sientas tan mal. Nadie trabaja con nosotros a menos de que estén preparados para decir las cosas como son.

Más tarde, todos (es decir, Edith, Joe, Isabelle, Celeste, Elijah y yo) nos sentamos alrededor de un pedazo de *triplay* sobre unas cajas, en unas sillas tan variadas que nos dejaron a todos en distintas alturas. Isabelle llevó las hamburguesas de alce cocinadas por el viejo Clay, a quien aún no había visto y quien al parecer tenía distintos roles: sirviente, cocinero, valet, portero, recolector de madera. Joe estaba a la mitad de una oración profana y sin mucho sentido para bendecir los alimentos cuando Mary-Anne entró, aún más bella al ir vestida. Su hermano improvisó un final.

—... y también te damos gracias por Mary, quien, poco a poco, va aprendiendo a portarse como los humanos después de todos esos años en el bosque. Amén.

—Amén.

—Jódete, Joe.

—¿Qué son esas palabras, Mary? —dijo Isabelle, intentando mantener el orden. Todos en la familia eran buenos para las maldiciones salvo por Isabelle, quien no cesaba en sus intentos por controlar a los demás, principalmente por el bien de Elijah y Celeste.

—Es inglés, ¿no? —cuestionó Mary, tomando su hamburguesa y acomodándose en el descansabrazos de mi silla, esforzándose por parecer casual aunque sabía que era el centro energético de la habitación. Mordió su hamburguesa, y logró que hablar y comer al mismo tiempo pareciera algo atractivo.

—¿Ya trabajas con nosotros?

—Sí.

—¡Rip pasó la prueba! —confirmó Joe—. Hasta ahora, mejor que cualquiera. ¿O no, ma?

—Le fue bien, para ser un inglesito.

Esa harpía que era la madre de Joe, si bien no era la primera dama recibiendo al rey de Inglaterra, ahora parecía amigable. Se concentró en su comida y dejó que la siguiente generación tomara la palabra.

Mary estaba ansiosa por marcar su territorio.

—¿Cómo les fue en el banco?

—Son unos tontos —dijo Joe—. No necesitamos ningún banco. He estado trabajando en el supertrato del siglo. Además, ahora tenemos a Rip para ayudarnos. En cuanto tenga un poco de experiencia, lo pondremos en camino. Lo van a amar. Iremos al Medio Oeste. Vas a ser nuestra arma secreta, Rip.

—Yo voy a manejar, ¿verdad? —preguntó Mary.

—Este viaje le toca a Izzy. Tú acabas de ir conmigo a Misisipi.

—Pero ella no maneja.

—Está bien si vas tú, Mary —dijo Isabelle—. Yo tengo mucho trabajo y libros por leer.

—Nuestra Izzy va a ir a Yale —comentó Edith con orgullo.

—Tenemos que vender muchos bichos para que Izzy pueda aprender todo sobre esos europeos deprimidos —dijo Joe.

—Lo agradezco —señaló Isabelle, ruborizándose.

—Tú tuviste tu oportunidad, Joe —intervino Edith.

—Ya sé. No es queja. Aprendo todos los días.

—Pero leer no es trabajar, ¿verdad, Iz? —La mayoría de los comentarios de Mary buscaban desinflar la emoción de Joe o minimizar los intereses de Isabelle. Claramente tenía algo contra su hermana, y desde el principio me pareció que eso empeoró gracias a mí.

—¿No te molesta, Iz? —preguntó Joe.

—No.

Pasé la vista de Isabelle a Mary-Anne y luego a Joe. A mí no me parecía mal ese arreglo. A Mary-Anne también parecía gustarle.

—No quieres pasar tanto tiempo solo con mi hermano —me dijo ella—. De todas esas palabras que escupe casi ninguna significa nada. Necesitas a alguien que te interprete sus locuras.

Joe se rio; las críticas de su hermana se le resbalaban. Pero Isabelle parecía angustiada por la desvergüenza de su hermana y comenzó a servir agua como distracción.

—¿Has ido a Europa? —le pregunté a Isabelle.

—Todavía no. Me gustaría. Joe cree que me va a parecer demasiado decadente y la gente demasiado cínica.

—Es un lugar más viejo, así que hay más respecto a lo cual ser cínico —dije.

—Quizá Estados Unidos solo necesita más tiempo para volverse cínico —comentó Isabelle—. Primero tiene que vivir su declive.

—No me parece que este país esté en declive —señalé—. Aunque vaya hacia abajo, siempre rebota.

—Ya verás el declive —aseguró ella.

—Pero también verás las maravillas —agregó Joe—. Maravillas que te harán chillar como un nene.

—Qué ansias.

El fin de la comida estuvo marcado por Edith alejando su plato.

—Me voy a mi cuarto. ¿Dónde van a poner al huésped?

—Lo pusimos en el cuarto de Ceelee —respondió Isabelle—. Ceelee puede compartir cama conmigo.

—Bueno. Entonces enseñale dónde es.

—Que le enseñe Ceelee —dijo Mary—. Izzy tiene que estudiar. ¿O no,

Izzy?

—Claro. Como sea.

Si a Isabelle le molestó que le quitaran el trabajo de chaperona, no lo demostró, pero desde aquel primer día mi presencia avivó los conflictos entre las hermanas.

Luego Edith se levantó y me miró fijamente.

—Bueno, qué bien que estés aquí, Rip; pero recuerda: si la cagas, te mato.

V

En el que me drogo con Mary y me cuenta cosas

Celeste me llevó a mis aposentos. Esa pequeñita indomable me tomó de la mano y me fue jalando mientras me lanzaba pregunta tras pregunta como el Hijo del Elefante.

—Soy adoptada. ¿Sabes qué es eso?

—Sí.

—Mamá Edith me escogió entre cientos de niños. Dice que me eligió porque parecía inteligente. ¿Tú crees que soy inteligente?

—Sí, lo eres.

—Me sé los nombres de cientos de mariposas. Mi favorita es la mariposa reina Alexandra, porque es verde, grande y rara. Joe dice que cuando tenga dieciocho años me dará una y, si la vendo, me voy a poder comprar mi propia casa. Tenemos cinco, que son más de las que tiene el museo de Washington.

La habitación de Celeste estaba en el tejeroz, en lo más alto de la casa, y se llegaba hasta allá por una escalerilla de madera. Las paredes de su cuarto estaban cubiertas con dibujos hechos por ella.

—Yo los hice todos. ¿Te gusta dibujar?

—No podría dibujar ni aunque mi vida dependiera de ello.

Celeste se rio al escuchar esto.

—Qué chistoso.

Las imágenes eran retratos con cabezas enormes y detalladas, todas con cuerpos de palitos.

—Adivina quiénes son.

Me detuve a identificar a cada uno, diciendo sus nombres:

—Veamos. —El primero era un hombre. Llenaba toda la página. Lentes y sonrisa enormes. Una mariposa sobre su cabeza y otra sobre una mano extendida—. A este lo conozco. Es Joe.

—Sip.

—Y esta... —Era una mujer. Cabello recogido en un chongo. Enormes ojos y largas pestañas. Un libro contra su pecho sostenido con una mano. El otro brazo extendido como Julie Andrews—. ¿Isabelle?

—Ajá.

—Bien. Y esta... —Otra mujer. Pechos exagerados. Cintura de Barbie. Nariz grande. Cigarro. Sombrero vaquero—. ¿Mary-Anne?

—No me salió bien su cara. ¿Quién se te hace más bonita? —me preguntó Celeste—. ¿Mary o Izzy?

Observé a ambas hermanas un rato y al fin puse mi dedo sobre Mary.

—Izzy dice que es mejor ser bonita por dentro. El hombre mira el exterior, Dios ve nuestro corazón. ¿Te sabes esa canción? La cantamos en el catecismo. —Celeste comenzó a cantar la canción y a actuarla con las manos: «El hombre mira el exterior, Dios ve nuestro corazón» (mano extendida, mano en el pecho, repetir).

Era una reflexión noble y a la que debí haberme apegado, pero la «belleza interior» podía esperar.

—¿Y esta quién es? —Otra vez una mujer. Sonrisa amable, ojos llenos de vida y una enorme cabellera dorada. Amigable. Caja de pizza. Pistola.

—¿Es mamá Edith, tontito! —Por un proceso de eliminación supuse que era Edith, pero no había ni indicios de su deformidad; o Celeste quiso ser amable o simplemente no lo veía. O veía «lo de adentro».

—¿Por qué tiene una pistola?

—Para el Coco.

Celeste pasó al siguiente dibujo.

—Adivina.

Identifiqué a Elijah fácilmente por su gorra de beisbol y el color café con el que rellenó su rostro. Y asumí sin equivocarme que el retrato de un hombre negro con cabello canoso era el viejo Clay. También había un dibujo de los perros, Nancy y Ronnie, adorables como cachorros. El autorretrato de Celeste era una niñita con su mismo vestido, parada en la cima de una montaña bajo

un cielo con sol, luna y estrellas al mismo tiempo.

—Esta debes ser tú.

—Ajá.

—Ceelee... ¡ya deja en paz a nuestro huésped! Es hora de dormir. —Era Isabelle, llamándola desde debajo de la escalera.

—Creo que Isabelle te necesita, Ceelee.

—¿Cuánto te vas a quedar? ¿Te quedarás para siempre?

—Pues... eso es mucho tiempo.

—¿Ceelee?

—¡Ya voy!

—Gracias por dejar que me quede en tu cuarto.

Isabelle asomó su cabeza por la puerta.

—¿Ceelee? Ya deja a nuestro huésped. —Se volteó hacia mí—. Te traje una toalla. Hay un baño al final de las escaleras. No te fijas en el color del agua. Es por el óxido.

—Gracias.

Miré a Isabelle a los ojos. Sus pestañas eran realmente gruesas y oscuras, rodeando un par de pequeñas almendras. A mi parecer, los ojos pequeños siempre son más lindos.

—Bueno. Si te da mucho calor, hay un ventilador en el armario de allá. Vámonos, Ceelee. Dile buenas noches al señor Jones.

Ceelee me dio un abrazo de buenas noches y casi esperé que Isabelle hiciera lo mismo. En vez de eso, hizo una pequeña reverencia y se fue, cerrando la puerta con cuidado al salir.

Ya solo en el cuarto, tuve la sensación (una sensación que fue constante en mis primeras semanas con los Bosco) de no saber si realmente había conocido a esas personas, o si sus rarezas y monstruosidades eran prueba de que aún estaba en un elaborado sueño que comenzó en las cataratas de Kaaterskill. Para contrarrestar esto, pensé en escribir algo, compartir algo de lo que estaba pasando con alguien más, ¡antes de que se evaporara o yo despertara! Saqué el bloc para cartas por correo aéreo que mi mamá me había regalado. «¿Me escribirás, Lew?». «Sí, mamá. Claro». Pero excepto por una llamada cuando llegué a Nueva York, no me había comunicado con nadie en casa. Me quedé ahí, atorado en «Querida mamá» por varios minutos, lo suficiente para que el

calor de mi mano manchara el papel y me obligara a comenzar de nuevo con una hoja limpia. No decidía cuál dirección poner, la de mi tía Julia o la de Joe Bosco, y finalmente decidí dejarla como «Las montañas Catskill». En cuanto a la fecha, bueno, literalmente no sabía qué día de la semana era, mucho menos el día del mes, así que solo escribí «tarde», lo cual me pareció suficientemente enigmático y literario. Pero cuando comencé la carta me sentí como un hombre escribiendo con la boca; no lograba precisar lo que había estado haciendo. Arranqué otra página y comencé por tercera vez y terminé escribiendo una de esas cartas que detesto, como las que escribe mi hermana Fran: competente, llena de información, pero que no dice nada sobre sus sentimientos y que no comunica nada original. Relaté diligente y mecánicamente las cosas que mi madre querría saber: cómo estaba, cómo estaba su hermana, lo que había visto. Pero lo que realmente quería expresar, ese fenómeno que eran Butterfly Joe y su exótica familia, simplemente no podía explicarse. Terminé la carta en una sola página con la promesa de que después enviaría una más larga, dando la idea, no totalmente falsa, de que aún faltaba más. Mi madre estaría suficientemente complacida con eso tras no saber nada de mí en semanas, pero seguiría sin saber qué estaba pasando en realidad. Cuando acabé, me sorprendí al firmar como Rip en vez de Lew, y entre corchetes agregué la explicación: «Mi nuevo apodo». Doblé la carta y la metí en un sobre de correo aéreo, escribiendo el nombre de mi madre sin el de mi padre por primera vez en mi vida. Mientras anotaba la dirección de mi casa, un acto simple que me resultó extrañamente difícil, como si temiera que eso pudiera transportarme de golpe hasta allá, Mary-Anne entró sin tocar.

—Hola.

—Hola.

—¿Tienes hierba?

—Sí. Claro. ¿Está bien? O sea, ¿a tu madre no le molesta?

—Ella fuma a veces. Para el dolor.

Rebusqué entre el desorden hasta encontrar mi lata de hierba y mis cigarros Kent. Luego puse la lata sobre la caja de juguetes y me puse a forjar un porro.

—¿Joe fuma?

—Joe odia que yo fume. Es muy decente.

—¿E Isabelle?

—¿Es broma?

Mary se acostó en mi cama y vio mi libreta en la mesilla de noche junto al bloc de cartas.

—Joe dice que escribiste un poema sobre mí.

—Bueno, te mencioné, sí.

—Quizá podrías escribir otro sobre mí. Puedo quedarme aquí acostada y cuando termines me lo puedes leer.

Encendí el porro y le di una fumada larga y profunda antes de pasárselo. Seguí los pasos de su idea: tomé mi libreta y mi pluma y me senté en una silla frente a ella como si la fuera a dibujar, lo cual, en cierta manera, sí quería hacer: intentaba capturar su esencia. Mary tenía la piel más oscura que sus hermanas, había algo de norteamericana nativa en ella. Era difícil creer que fuera hermana de Isabelle. No solo eran diferentes en su aspecto físico, modos, gustos y comportamientos; también parecían ser de épocas distintas.

—Te fue bien con ma. Algunas personas ni siquiera aguantan estar en la misma habitación que ella. ¿Te contó Joe cómo se hizo esas cicatrices?

—Sí, en el incendio.

—Yo aún no nacía cuando pasó eso. Estaba dentro de ella. Dijeron que fui una bebé milagro. A veces, cuando me acerco a una llama, grito. Si me da calor, tengo que meterme al agua. Por eso voy al lago de aquí, para apagar el fuego. Como el lago de fuego de la Biblia. No creo en todas esas idioteces. El infierno. Ir al cielo. ¿Sabes cómo es lo de ir al cielo? Se llevan a la gente buena. La mala se queda. Ojalá Jesús se diera prisa y se llevara a toda la gente religiosa y me dejaran en paz para vivir mi vida.

—¿Qué quieres hacer con tu vida?

—Tengo planes. Quiero manejar. La NASCAR. Me gusta la velocidad. Como Shawna. Shawna Robinson. Va a ser la primera mujer en ganar en las carreras europeas. Cuando era más chica quería ser bailarina. ¿Quieres verme bailar? —Se levantó e hizo unas piruetas perfectas por todo el cuarto con el porro en la boca.

—Eres buena. —No eran elogios.

—De niña quería ser bailarina y cuando tomé clases la maestra dijo que tenía talento natural. Pero nos la pasábamos mudándonos y las clases eran

caras. Creo que en otra vida fui reina —dijo, mordiéndose el cabello—. Una 'gipcia o algo así. De una de esas tribus de otros tiempos. ¿Alguna vez has sentido como si no pertenecieras al lugar donde estás? ¿Como si tu familia no fuera tu familia?

—A veces quisiera que no lo fuera.

—¿Ya terminaste tu poema?

—Tengo un verso. Pero es... Déjame seguir.

—¿Tienes una chica en Inglaterra?

—Ya no.

—¿Has estado con muchas chicas?

Había «estado» con dos.

—Cinco.

Mary-Anne se acomodó de lado y se estiró para jalar un hilo imaginario de mi camisa.

—¿Prefieres a Isabelle o a mí?

—Las conozco muy poco a las dos.

—No tienes que conocer a alguien para saber si es la persona con la que quieres estar. La conoces después de eso, ¿o no?

Estaba disfrutando el momento, escuchando sus discursos de niña drogada y viéndola hacer piruetas y arabescos perfectos (a mis ojos); no quería pensar en Isabelle. Isabelle despertaba mi «lado decente», como diría mi madre, y eso era como un balde de agua fría sobre mis intenciones.

—Vi cómo hablaban. Pero Isabelle no te dejará entrar. Se está guardando. Y a menos de que creas que Jesucristo es el Señor, no podrás tenerla. Así que supongo que solo quedo yo.

Mary llevaba shorts y una playera que dejaba a la vista su ombligo salido. Los suaves vellos de su vientre estaban erguidos y la brisa había erizado su piel, lisa como una mesa. Y cuánto deseaba comer en ella. Tenía una pierna arriba, como una vela, y la otra recta, hacia un lado, y ambas piernas estaban hermosamente intactas y sin rasurar. Podía percibir el olor del humo de la hierba, champú y naftalina. Y a ella. Me pasó el porro y le di una larga fumada.

—Ella no cree en el sexo antes del matrimonio. Pero yo digo que el sexo es para cuando tú quieras.

—Estoy de acuerdo.

—¿Te gustaría cogermé?

—Sí. —No pude pensar en otra respuesta lo suficientemente rápido.

—Te dejaré cogermé con una condición.

Me parecía una vileza preguntar, pero tenía que saberlo.

—¿Cuál?

—Que no intentes meterte con Isabelle. Jamás.

A veces se necesita una prohibición para hacernos ver lo que realmente queremos. Quería a Mary-Anne con todo mi cuerpo, pero aun así quería guardar una parte de mi alma para Isabelle.

—Júralo.

—¿Que jure qué?

—Jura que no intentarás acostarte con ella.

—Yo... Qué tontería.

—¡Júralo!

—Okey. Lo juro.

—¿Qué juras? ¡Dilo!

—No intentaré acostarme con Isabelle.

—Por tu vida.

—¡Por mi vida!

Cuando los términos y condiciones de nuestra futura unión estuvieron aclarados, nos acabamos el porro en silencio.

—No podemos hacerlo bajo el techo de mi madre. Ya tendremos oportunidad en el viaje.

Vaya oferta, vaya promesa. ¡Vamos, viaje, dame sexo! Andaríamos por el camino como una versión sexosa de Bonnie y Clyde, haciendo ventas y el amor.

—Y ¿con cuántos chicos has estado tú?

—Eso no lo dice una dama.

—¿En serio? ¿Por qué no? Yo te dije con cuántas chicas he estado.

—Es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Porque sí.

—Dime. ¿Uno? ¿Tres? ¡Diez!

—¡No soy una sinvergüenza!

—¿O sea que ninguno?

—Jódete —soltó. Por su reacción, se pensaría que ser virgen era peor que ser promiscua.

—Okey. No te estoy juzgando. En ninguno de los casos. No importa.

Pero a Mary le importaba. Más de lo que yo en ese momento podía comprender. Se movió incómodamente y se puso de pie, con su cabello colgando a partes iguales a cada lado de su rostro, como una hermosa cortina que solo mostraba la mitad de sus ojos, su nariz y sus labios.

—¿Alguna vez te has puesto naftacheco? —preguntó—. Mezclas bolitas de naftalina con barniz y tabaco y te pones muy pacheco y tienes unos sueños muy locos. Los sueños de naftalina son los mejores. No has vivido si no te has puesto naftacheco. Cuando estoy drogada con nafta puedo decirte cosas... cosas sobre el futuro. Sobre tu futuro.

El menjunje sonaba horrible, pero no quería contrariarla de ninguna manera ni parecer débil. Me dijo que continuara con mi poema y se fue a conseguir lo necesario. Me quedé ahí, con mi erección que no había bajado ni un poco, dolorosa entre mis muslos. Me levanté e intenté desaparecerla caminando. Las visiones de Mary y yo en un motel desatando nuestro deseo no ayudaban, así que pensé en Isabelle sentada en su cama leyendo alguna novela rusa, al borde de su destartalado catre metálico. Cinco minutos después Mary regresó con el equipo. Tenía un envase de cristal para usarlo como pipa, unas cuantas bolitas de naftalina en una bolsa de celofán y barniz de uñas. Se hincó en el suelo y se puso a armar sus materiales con la destreza de una profesional. Cubrió cada bolita con barniz y las fue echando una a una en la botella. Las encendió con un trocito de papel y comenzó a cocinar los vapores. El humo era entre amarillo y rosado, y el olor a chicle del barniz cubría el repugnante olor de la naftalina. Luego se recogió el cabello con una mano y se echó hacia adelante, sosteniendo el recipiente con la otra, llevándose la boquilla a los labios y cubriéndola con ellos. Luego me pasó la pipa e inhalé los vapores. Era como respirar la esencia de un viejo ropero y el tocador de mi abuela. Al principio no pude notar ningún efecto.

—¿No te molesta mi ombligo?

—Es lindo. No son comunes los saliditos.

—Yo lo odio. —Se tocó el ombligo salido, haciendo círculos con su índice para luego presionarlo y mantenerlo hundido—. Ma dice que es porque nació muy pronto y no lo cortaron bien. Estaban más preocupados por ella, por lo de sus quemaduras. —Se retiró el dedo y el ombligo volvió a botarse. Parecía un pezón sin color y sentí deseos de chuparlo—. Casi toda la gente lo tiene para adentro. Apuesto que tú lo tienes para adentro.

Estiró un pie y me levantó la camisa con los dedos, revelando los vellos que rodeaban mi ombligo invertido. Luego bajó el pie y casi acarició la cremallera de mis jeans. Quería preguntarle más cosas sobre el incendio y sobre su padre, pero no lograba apegarme a ninguna de mis intenciones más allá del momento de pensarlas.

—Me gusta que puedo cambiar tu cuerpo sin siquiera tocarlo. Como lo hice en la cascada. Cuando te echaste el clavado.

Necesitaba recuperar algo de control.

—¿Por qué te llevaste mi libro ese día?

Se acomodó el cabello. Parecía molesta.

—No me llevé tu libro.

—Joe dijo que sí.

—¿Eso te dijo?

—Ajá.

Su indignación fue bastante convincente.

—Qué infeliz. Él se llevó tu libro, no fui yo.

—Pero... a él no le gustan los libros.

—¿A Joe? Ha leído más libros que nadie que yo conozca. Ni siquiera Isabelle. Se las va a ver conmigo. ¿En serio te dijo eso?

—No importa. Me devolvió el libro. Solo es raro que te haya echado la culpa. ¿Por qué no simplemente dijo que él lo tomó? No me habría molestado.

—No seas tarado. Es obvio por qué.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque mi hermano es un maldito mentiroso, por eso.

Joe no me parecía un mentiroso; quizá un cuentero, un exagerado, un tergiversador, un charlatán... pero no un mentiroso. La desconcertante idea de que me hubiera equivocado al juzgar a Joe me golpeó al mismo tiempo

que los primeros efectos del tras aspirar de la pipa. Comencé a notar mi respiración y creí que podía verme el pulso en la muñeca. Mary volvió a ponerse mística y parecía conectada con la tierra, como cuando la vi por primera vez en la cascada.

—Me siento un poco raro —dije.

—Te ves raro.

—No, tú te ves rara.

—No, tú te ves raro.

Algo le estaba pasando a Mary. El narcótico me mostró algo que no podía ver estando sobrio. Era como si pudiera ver más allá de su encanto exterior y hasta su «ser profundo»; ahí vi un corazón en llamas, consumido por las pasiones, los rechazos, la envidia y las más burdas manipulaciones.

—Puedo ver tu futuro —me dijo.

—No quiero saberlo.

—Puedo ver tu futuro —repitió, como si por alguna razón no me hubiera escuchado—. ¿Sabes qué veo? —De su boca salía humo y parecía que sus palabras estaban hechas de él. El humo se mezclaba con las palabras como mágicos signos de puntuación. Me hablaba con señales de humo; se había conectado con las raíces de un don ancestral—. Llegarás lejos. Pero habrá problemas. Veo humo. Y fuego.

—No me digas eso —pedí—. Tengo derecho a no saber.

Mary me estaba asustando. Su voz era cada vez más lenta, como si saliera de un tocadiscos de cuarenta y cinco revoluciones tocada a treinta y tres , y su hosco tono de soprano se volvía cada vez más y más profundo.

—No hables así —le dije—. Habla normal. —Ella me sonrió y se mordisqueó el cabello que le caía sobre la boca—. No te comas. ¿Qué le pasa a tu cara?

Se levantó y fue a hablar con un hombre al otro lado de la habitación.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El hombre era mi padre, pero él le dijo que no tenía nada que ver conmigo. Que yo lo desperdiciaba todo. Que era un vividor. Una decepción.

—No es verdad —dije.

—No es verdad —reiteró Mary—. Rip va a llegar lejos.

—Ese no es su nombre real —dijo mi padre.

—Puedo sentir que estoy cambiando —anunció ella—. ¿Tú también puedes sentirlo? ¿Estás cambiando?

—No. Me gustas como eres.

Mary me dio la espalda y lentamente se quitó la blusa. Su espalda era del color de una nuez, inmaculada, pero donde debían estar sus escápulas, había alas. No tenían plumas, sino las vetas de las alas de mariposas. Y luego se volteó hacia mí y me mostró el resto de su metamorfosis: su nariz era una probóscide; su boca, una masa suave; sus orejas, antenas. Me observó con sus enormes ojos compuestos y me hizo una pregunta.

—¿Alguna vez te has cogido a una mariposa?

VI

*En el que despierto en una casa vacía
y con una asquerosa sorpresa*

Unas mariposas azules de papel daban vueltas en el calor. Percibí el olor de las bolas de naftalina y el humo de madera. Me moría de sed. Mi lengua se sentía hinchada y desagradable, mi boca estaba seca y el sabor en mi buche era repugnante. Sentí el desconcierto de despertar en una cama distinta. Luego, lenta y borrosamente, lo recordé: estaba durmiendo en la habitación de una niña adoptada de nombre Celeste, que era parte de una familia que incluía a dos hermanas, una a la que admiraba y otra a la que deseaba. La que deseaba había ido a mi cuarto por la noche y nos drogamos; me dijo que podía ver el futuro y que me esperaban problemas. Me esperaban problemas. Luego se... ¡se convirtió en mariposa!

Me incorporé, me di unos golpes en el rostro y sacudí mis cachetes. La causa de mi confusión (y de la metamorfosis de Mary) estaba en el suelo, manchada por los vapores que inhalamos. Unas bolitas barnizadas y quemadas estaban en la base, como los huevos malditos de una criatura mitológica. Me di un baño para deshacerme de las costras de la noche. El agua salió café, tal como Isabelle me advirtió que pasaría. Después de bañarme, me paré frente al espejo para lavarme los dientes, haciendo la pose que hago cuando me creo guapo: todo ligeramente inclinado, la cabeza, la boca, las cejas, con un puchero receloso en la boca. Recordé mi nuevo nombre y practiqué diciéndolo, como un actor que hace ejercicios antes de salir al escenario. «Hola. Mi nombre es Rip van Jones. Rip. Van. Jones. Van Jones. Ripvanjones. Y tengo algo que creo que les gustará a todos». Me sentí bien con la nueva y mejorada versión de mí que me miraba desde el espejo

empañado por el vapor. Lew siempre había tenido un hueco de credibilidad entre sus ambiciones y su capacidad para concretarlas; siempre se sometió a la indecisión, la holgazanería y la procrastinación. Rip parecía alguien que no solo tenía una meta, sino que iba a alcanzarla. Después de establecer quién era yo, me vestí y fui a buscar almas y sustento.

En el descanso me detuve frente a una habitación con ropa de mujer por aquí y por allá. A un lado de la cama había un edredón hecho bola. Un póster con diseño de cachemira y las palabras «Si se siente bien, hazlo» estaba pegado en la pared sobre la cabecera. Había una cajonera con los dos primeros cajones abiertos y chuecos, con ropa saliendo de ellos; un tocador cubierto de joyas y cachivaches; una pared adornada por ídolos recortados de revistas. Debía ser el cuarto de Mary. La siguiente habitación estaba bien organizada y tenía pocos adornos. Había una cama individual pulcramente tendida, un buró con libros y una repisa llena de copias de *Entomologist's Review* y *Butterfly Monthly*; dos Tolstois y un Dostoyevski en la mesita de noche. En la esquina de la habitación había cajas para atrapar mariposas, frascos para matarlas y redes, incluyendo una que parecía muy antigua, una tira de muselina sostenida entre dos palos. ¿La habitación de Isabelle? El cuarto al final del descanso solo tenía un colchón en el suelo, no una cama. Ni siquiera una almohada. El único mueble era una silla cubierta por una chamarra de estopilla a rayas blancas y azules. En una esquina se veía una enorme maleta abierta llena de ropa desordenada. Junto al colchón había una pequeña y desgastada Biblia de Gedeón, de esas que encuentras en los cajones de los moteles. De hecho, la habitación parecía estar siendo usada por alguien que no se quedaba mucho tiempo en ninguna parte y que había salido de ahí a las prisas. Joe.

En la cocina encontré los restos de un desayuno comido apenas unas horas antes: un tazón de cereal sin terminar, con la leche ya amarillenta y grumosa; una olla de café y un *waffle* empapado en jarabe de maple a medio comer. Me comí el *waffle* sintiéndome tan culpable como Ricitos de Oro, me serví una taza de café frío y me fui a seguir buscando a los osos.

La fábrica estaba vacía, la línea de producción pausada, con una fila de cajas de cristal sin tapa esperando recibir sus mariposas y ser tapadas y selladas. Tampoco había nadie en la Sala de Operaciones, aunque el mapa de

Estados Unidos, esos Estados Unidos que Joe quería conquistar y yo quería conocer, tenía una taza con restos de café sobre Massachusetts y unos pines sueltos a sus lados, como si alguien hubiera estado planeando un viaje hacia el oeste. La puerta de la biblioteca que albergaba la colección estaba abierta. En vez de encontrar libros y libreros, me descubrí en un cañón de cajoneras de caoba de dos metros, con veinte cajones cada una. Abrí uno de los cajones, que se deslizó suave y silenciosamente gracias al interior de fieltro; contenía una caja con mariposas de puntos verdes, alas delanteras color crema y espirales rojas en las traseras. El golpe de color en ese espacio oscuro fue una agradable sorpresa, como encontrar un cajón lleno de joyas (y, de hecho, pronto aprendería que algunos de esos especímenes eran valiosos como gemas). Dejé el cajón abierto y fui por otro. Una tarjeta indicaba el nombre de la especie con una letra malhecha. *Nessaea batessi* azul y amarilla. En ese lugar había un sistema que no encajaba con el resto de la poética del caos de la familia. Una mano y una mente más ordenadas que las de Joe estaban detrás de eso. Abrí otro cajón que contenía una *Asterope* zafiro. Otro. Prístinas mariposas mucho más grandes y maravillosas, con enormes abdómenes amarillos y alas verdes y azules. Mientras los brillantes fantasmas de las mariposas muertas iluminaban la habitación, con sus colores abriéndose paso por el cristal, tuve la sensación de querer que alguien (¡yo!) las liberara. Luego los cajones comenzaron a crujir. Fue un fenómeno tan escalofriante en un momento tan insólito (Isabelle luego me explicó que el calor expande la madera) que cerré los cajones y salí de la habitación, hablándome en voz alta, desdoblándome para tener compañía.

—Quizá todos están afuera.

—Entonces ¿por qué no vas a ver?

—Sí. Buena idea. Iré a ver.

—Sí. Hazlo.

El interior de la casa estaba tan oscuro que me sorprendió descubrir que afuera hacía un día lindo. El Cadillac de Joe no estaba, ni tampoco la camioneta Ford que solía estar estacionada junto al Chuck. Decidí seguir el camino para ver si la familia estaba en el lago que Mary había mencionado, pero al verlo noté que sus aguas estaban inmóviles como un espejo, oscuras y sin náyades. Pensé en gritar «¿Hay alguien ahí?», pero el miedo de que solo

el eco de mi voz me respondiera me detuvo de hacerlo. Es riesgoso preguntarle al vacío si hay alguien ahí.

Ya iba de vuelta a la casa cuando vi a los perros, Nancy y Ronnie, olisqueando por ahí, ¡libres! Seguí caminando mientras rezaba pidiendo que no me vieran, pero los perros siempre te ven cuando no quieres que lo hagan. En el preciso instante en que eché a correr, vi la mancha oscura de esas bestias persiguiéndome por el rabillo del ojo. No iba a llegar a la casa antes de que me alcanzaran, así que doblé hacia el Chuck y lo alcancé cuando Nancy (la dóberman) ya estaba a pocos pasos de mí. La puerta estaba cerrada y mientras jalaba la manija, la perra se lanzó contra mi pierna. Me defendí con la otra pierna y le di justo en el ojo. Segundos después Ronnie (el rottweiler) llegó y hundió sus dientes en mis nalgas. Hice un extraño movimiento acucillándome y aventándolo, y luego le di una patada doble en las ancas, obligándolo a retroceder. Rodé hasta la cajuela del auto y me arrastré hacia el techo. Nancy (la más inteligente de los dos) corrió hacia el frente del carro y se le echó encima corriendo. Logró aterrizar con las cuatro patas sobre el cofre, pero no se pudo agarrar bien y se cayó por un lado, soltando un chillido de frustración. Me puse de pie sobre el techo del auto, abollándolo. ¡Esos canes eran imparables! Lo intentaron treinta, cuarenta veces, con sus garras haciendo estragos en la pintura del auto, pero no podían alcanzarme y, cuando me di cuenta de eso, comencé a provocarlos.

—¡Vamos! ¡Perros locos! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡No me pueden alcanzar! ¡Ja! ¡Ja! ¡Rar! ¡Raaar! ¡Raaar! ¡Soy el rey del castillo! ¡Y ustedes unos tristes bandidos!

Ronnie se paró sobre sus patas traseras, con las delanteras sobre la ventana del lado, dejando sus colmillos expuestos a unos centímetros de mis pies mientras sus fauces se abrían y cerraban violentamente, salpicando baba por todas partes. ¡Recuerdo que pensé en lo vergonzoso que habría sido si alguno de los Bosco me hubiera visto! Luego, sin razón aparente, los perros se detuvieron, se dieron la vuelta y se echaron a correr hacia la construcción a las afueras de la casa. Me sentí tan aliviado y desquiciado por la adrenalina, que los volví a provocar.

—Aaay. ¡Vamos, perritos! ¿Ahora me tienen miedo?

Pero los perros siguieron su camino hacia donde alcancé a ver a un hombre hablándoles tranquila pero firmemente, guiándolos hasta una estaca de metal

con una cadena con la cual los amarró. Tras atar a los perros, el hombre fue hacia mí, el loco del tejado, con un gesto de divertida confusión.

—Creo que ya puede bajarse de ahí, señor.

Iba vestido con un overol azul oscuro, camisa a cuadros y un sombrero de ala corta inclinado hacia atrás sobre su cabello gris, contrastando con el negro de su piel. Sus ojos tenían grandes bolsas con el cansancio del mundo en ellas, y su voz era suave y con poca vida. Pese a lo que dijo, yo no quería moverme. Podía ver a los perros en posición de ataque, jaloneando las cadenas, aún saboreándose sus fantasías de perrito de irse contra mi yugular.

—Joe dijo que estarían encadenados.

—Pues ya están bien encadenados.

Me bajé, con el corazón latiendo a toda velocidad y las piernas temblorosas, y cuando me deslicé por el cofre para llegar al suelo, sentí la mordida y solté un grito.

—¿Lo mordieron?

—Ajá.

—Más vale que revisemos eso. Por Dios, maltrataron mucho el coche. — Pasó un dedo húmedo sobre los rasguños y los talló—. Qué bueno que se llevaron el nuevo. Soy Clay, por cierto. Usted debe ser el señor Rip, ¿verdad?

—Sí. —Qué rápido mi nuevo nombre se estaba convirtiendo simplemente en mi nombre.

—¿Le duele?

—Ahora que lo pienso, sí. —Las nalgas me ardían y las piernas me temblaban visiblemente.

—Es la adrenalina. Estaba como un loco allá arriba.

Saber que ese tipo había visto y escuchado mis locuras desde el techo era tan doloroso como el dolor punzante en mi culo. Lo seguí mientras pasábamos la construcción exterior hacia una casucha de madera independiente que estaba junto a un enorme invernadero lleno de plantas y rodeado de cristales empañados. Alcancé a ver un destello azul eléctrico que pasó volando. Luego otro.

—¿Son mariposas?

—Ajá. Esa es la granja de las morfo azules. Tuvimos una buena cosecha este año. Casi mil. La señorita Edith no sabe si vale la pena tanto trabajo. Joe

dice que se gana más que criando ganado. Yo estoy en medio. El jurado sigue deliberando.

Afuera de la puerta de la casucha de Clay había un tapete en el que se leía: «Hogar, dulce hogar». Adentro tenía un catre, un quinqué, un refrigerador, una parrilla de gas y un ropero. Fuera de eso, solo había un libro de Harold Robbins y una fotografía autografiada de un jugador de futbol americano.

—Sé que nos acabamos de conocer, pero necesito que se quite los pantalones y me muestre su trasero.

El dolor le ganó a mi pudor, así que me desabroché el cinturón y los jeans y dejé que cayeran hasta mis tobillos, haciendo un gesto cuando la tela rozó la mordida. Luego me levanté los bóxers sobre las nalgas para que Clay pudiera echar un vistazo.

—No lo perforaron. Pero tenemos que limpiarlo, por si acaso. Espere. —Fue por algo al ropero—. Déjeme ver... Tengo todo lo necesario aquí para cuando llegue el fin.

El ropero de Clay era en parte alacena, en parte botiquín y en parte cofre de guerra: un almacén construido para el Fin de los Tiempos. Rebuscó hasta encontrar una botella con líquido púrpura y gasas. Empapó la gasa con el líquido y luego me pidió que me parara derecho.

—Le va a doler.

Me anticipé al ardor del astringente respirando profundo. El dolor tardó unos segundos en llegar, pero cuando lo hizo, gemí. Era como si le hubiera aplicado fuego a una quemadura. Tuve que agacharme hacia adelante y apoyarme en la mesa.

—Okey. Aguante. Le traeré un Tylenol.

Volvió a su cofre de guerra y sacó unos analgésicos. Abrió el grifo, llenó un vaso con agua café y me lo entregó junto con las pastillas.

—A esos perros no se les va a olvidar su cara pronto. Ni sus nalgas.

Me tragué las pastillas pensando que lo que en realidad quería era algo para la vergüenza. Clay fue al refrigerador y sacó un té helado, el cual, en circunstancias normales, no me gustaba. Pero me lo bebí y dejé que su asquerosidad me distrajera del dolor.

—¿Dónde están todos?

—En la iglesia.

Claro: era domingo. Desde que Joe me recogió, había perdido toda noción de qué día era, qué fecha y hasta en qué época estaba viviendo.

—¿Fueron todos?

—La señorita Edith insiste en que así sea.

—¿Mary también?

—Es una regla de la casa. Nomás para mí no. —Clay soltó una risita—. La señorita Edith me llevó una vez a su iglesia y resalté como serpiente en gallinero. La música es tan triste que te dan ganas de matarte. Que Dios me perdone por decir eso. Me gusta que mis rituales sean alegres. Asambleas de Dios. Le expliqué lo que pensaba y con el tiempo entendió. Yo también voy a mis propias reuniones, en el AA de Hancock. No he tocado una gota de licor en diez años.

—¿Desde hace cuánto conoces a la familia?

—Diez años, más o menos. La señorita Edith me recibió el 5 de julio de 1977. Comencé a recuperar mi independencia después del Día de la Independencia. No ha pasado un día en que no le agradezca al Señor por esa mujer. No me importa lo que piense la gente. Ni lo que digan. Ella es única. Lo que el fuego le hizo hubiera acabado casi con cualquiera. Ella crio una familia sola. Comenzó un negocio. No podría decir nada malo de la señorita Edith con todo lo que ha hecho por mí.

Estos halagos me parecieron demasiado exagerados. Había un «pero» en el silencio que les siguió, un silencio que dejé pasar por un momento.

—Joe me dijo cómo te... encontró.

—Oh, a Joe también le agradezco. Ese chico me salvó la vida. —Clay torció la boca haciendo un puchero y soltó un silbido lento, una nota alta y una nota baja—. Estaba tan borracho en ese tiempo que me registré en el hotel Plaza. Resultó era la caja de un camión de basura. Joe me sacó de ahí y me trajo a casa. Incluso entonces ese chico era más fuerte que un hombre adulto. La señorita Edith aceptó que me quedara con la condición de que dejara el vino y los ayudara con el negocio de las mariposas. En ese tiempo aún vivían en Michigan. Trabajo con ellos desde entonces. Tienen sus defectos, como todos. Pero fueron amables conmigo y la amabilidad es lo único que vale en esta vida. Y bueno. ¿Qué lo trajo a usted por aquí? Joe casi no acepta gente con credenciales. O sea, tipos educados. Los que caen aquí tienen problemas

de un modo u otro. Están necesitados y desesperados. ¿Usted está necesitado y desesperado, señor Rip?

—No. Creo que no. Me ofreció trabajo. Quiere que lo ayude a hacer crecer el negocio. Llevarlo al siguiente nivel.

—Suena como algo que diría Joe. Todo al siguiente nivel. No hay montaña lo suficientemente alta. ¿Le prometió la tierra?

—Dijo que me mostraría Estados Unidos.

—Bueno, con algo hay que empezar. Mientras diluya todo lo que Joe le diga con un galón de agua salada, estará bien. Pero supongo que eso usted ya lo sabía.

—¿Estoy cometiendo un error al trabajar para él? ¿Debería preocuparme?

Clay me miró y lo pensó por unos segundos, atrapado entre la lealtad a la familia y la gentileza con un extraño.

—Basta con que sepa en qué se está metiendo. Joe es un torbellino humano con corazón de oro. Es fuerte y tiene energía, Dios mío, tiene tanta energía que es imposible contenerla; si encuentra alguna forma de amarrarlo, podría suministrar a toda una ciudad. Las leyes naturales no pueden contenerlo, y las leyes del hombre, bueno, son como los barrotes de una celda. Jamás aceptará que le digan qué hacer. O adónde ir. ¡Ni le dejará saber adónde va! Por ejemplo, ¿sabe dónde está ahora?

—Me dijiste que estaba en la iglesia, con los demás, ¿no?

—Pero claro que no. Joe tiene prohibida la entrada a la iglesia de la señorita Edith. Se fue anoche a alguna parte.

—¿Anoche? ¿Sabes adónde?

Clay se rio.

—No dijo. Nunca dice. Siempre tiene algo que hacer. Puede estar en una reunión con el rey de Siam. Puede estar almorzando con un vagabundo. Puede haberse ido a buscar mariposas. Hasta cuando tiene un destino fijo, siempre se encuentra otro en el camino.

—A mí no me dijo que iría a ningún lado. Debió hacerlo, siendo mi primer día.

—No se lo tome personal. El señor Joe no se puede quedar en un lugar más de un día sin volverse loco. Una vez se fue a buscar unas piezas para el carro o algo así en Albany. Cuando supimos ya estaba en las montañas Azules de

Jamaica, buscando frutas raras para hacer gelatina. Dice todo menos lo que debe decir. Y nunca le da la misma respuesta a nadie. Puede que a mí me diga que va a Washington. A la señorita Edith que va a devolver el carro. Seguro a sus hermanas les dice que fue por comida. Y probablemente a Nuestro Señor le diga que va a buscar un alma perdida. Donde sea que esté, no será donde dijo que estaría. Andará por ahí sin que se sepa dónde hasta el día de su muerte.

Eso no me ayudó a relajarme. La postura de «No le debo explicaciones a nadie» que Joe tenía ante la vida era algo especial y hermoso, hasta que era a ti a quien no le daba explicaciones. Pero al menos Clay me estaba describiendo a un Joe que yo sí reconocía. Era la misma montaña, aunque desde un ángulo distinto.

—¿Por qué le prohibieron la entrada a la iglesia a Joe?

—Se peleó con el pastor. A medio sermón. Siempre hace lo mismo. Un día lo van a linchar por eso.

—Pensé que Joe era un hombre de fe.

—Claro que sí. No ha hecho un solo viaje en el que no rescate a alguien abandonado o necesitado. O que le entregue hasta su último dólar. Sin fe, ese joven sería un peligro para sí mismo y para todos los demás. Pero tiene sus propias nociones de lo que es verdad y lo que no lo es. De lo que es del hombre y lo que es de Dios. Él es de la congregación de un solo hombre. Sin padre que le enseñara, aprendió a tener sus propias opiniones desde niño. Es alérgico a cualquier autoridad masculina, ¿sabe? No escucha a nadie. No respeta mucho a los hombres. Lo cual no sorprende considerando el ejemplo que le dieron los hombres. Pero supongo que usted ya sabe todo eso.

«Supongo que usted ya sabe todo eso». Clay no dejaba de repetir esa frase, mirándome con intriga como queriendo saber qué sabía y qué no, indagando qué tanto me había confiado la familia. Por mucho que Clay dijera que era un sirviente fiel y leal, a mí me daba la impresión de que bien podría soltar toda la sopa.

Lo miré con mi expresión más ingenua.

—Me dijo algo de que su padre se fue cuando él era joven. Pero que no hablan de eso y que le dicen El Innombrable.

—Ajá. —Clay me miró con ojos suspicaces.

El plato se había movido y la sopa se acercaba a la orilla, así que seguí inclinándolo.

—Me dijo que era entomólogo. Que siempre estaba de viaje. Dejó su colección de mariposas poco comunes. Dijo que amaba a los insectos más que a la gente.

Estaba seguro de que Clay ardía en ganas de contarme lo que sabía. Lo que sabemos de las personas cercanas suele ser el único poder que tenemos sobre ellas, nuestra única seguridad en la vida. Y Clay estaba sopesando si debía gastar la suya o no.

—¿Tú lo conociste?

—No. Era un tipo importante en el mundo de los bichos. Pero tenía... — Clay decidió dejarlo hasta ahí.

—¿Qué tenía?

Clay negó con la cabeza y se reprendió.

—Basta, Clay Cornelius Beauregard, ¡ya basta!

El hombre se alejó de mí, recogiendo mi botella de té helado y reacomodando su ropero. Seguía regañándose. El sonido de un auto y los ladridos de los malditos perros evitaron que me dijera algo más.

—Deben ser ellos, volviendo de la iglesia. Ya bien limpios para enfrentar otra semana. Mejor nos vamos.

—¿Podrías salir primero tú para asegurarte de que los perros estén amarrados?

—Ya voy a ver eso.

—No les cuentes... ya sabes, lo que viste. Me refiero a la forma en la que reaccioné.

—¿Que se puso como una llorona loca? —Se rio—. No se preocupe. Los secretos de todos están seguros con Clay.

Lo dejé ir, dándole tiempo para que se asegurara de que nadie hubiera soltado a los perros. Lo miré por la ventanita de la casucha recibiendo a la familia, abriéndole la puerta del auto a Edith como un chofer y extendiéndole un brazo para que se apoyara en él. ¿Había algo más que deferencia en la forma en que la recibía? No era exactamente un empleado, no era exactamente familia. Parecía amigable, pero la forma en la que dejó de hablar de golpe sobre el padre de Joe fue rara. El veto alrededor de cualquier

mención a ese hombre se tomaba muy en serio, y quizá debí haberlo respetado. Pero, como todos saben, entre más te refuercen una prohibición, más tentación te da romperla.

VII

*En el que pierdo una discusión
y la recompensa se retrasa*

—¿Que pateaste a mis perros? Oye, tonto, ¿pateaste a mis perros?

Acababa de sentarme en el aro de plástico que Clay me dio para aminorar el dolor de la mordida del perro. Entré dramáticamente, en parte para ganar su compasión, pero también para distraerlos de los daños causados por las garras de los perros en el Chuick. Isabelle y Clay estaban sirviendo el almuerzo. Edith estaba en la cabecera de la mesa, mirándome fijamente con su único ojo. Un parche de pirata cubría su ojo muerto y tenía las manos extendidas con las palmas hacia arriba y la boca abierta simulando sorpresa e indignación (esa boca que no estaba ni un poco limpia por la gracia del Señor). Mary, Elijah y Celeste me miraban también, esperando mi respuesta. Solo Isabelle siguió sirviendo la comida, decidida a no mirarnos ni a mí ni a su madre.

—Clay dijo que los pateaste y los maldijiste. Que les gritaste cosas. Y Clay no dice mentiras.

Comprendía que la lealtad a la casa desbancara a cualquier otra, pero esa traición me decepcionó. Claramente Clay no era el receptáculo seguro para las confesiones que él decía que era. Y no lograba quitarme la idea de que fue él quien soltó a los perros.

—Yo... No estoy seguro, señora Bosco. Fue todo muy rápido —dije—. Solo intentaba defenderme.

—Esos perros no le harían daño ni a una mosca. Debes haberlos provocado de algún modo. Apenas llevas un día aquí, ¿y ya estás agrediendo a mis animales? Destrozando mis cosas. Ese carro va a necesitar pintura nueva.

Luego Celeste llenó su rostro con una sonrisa, puso sus dedos en forma de garras y comenzó a imitar mi escena sobre el techo del carro con penosa exactitud.

—¡Rar, rar, rar! Perros locos, perros locos. ¡Rar, rar, rar! —Vaya que Clay les había dado una descripción detallada de mi show.

—Me atacaron, señora Bosco. Lamento lo del carro, pero no tenía adónde más ir.

La habitación se quedó en silencio. Quizá retar a Edith era un concepto nuevo y revolucionario.

La mujer se limpió la boca con una servilleta y me miró con su ojo encendido.

—Lo que realmente quiero saber es esto: ¿perro que ladra sí muerde? —Luego hubo otra pausa larga y después soltó una risita nasal, como lo hacía Joe cuando se divertía como un niño; después Mary y Elijah comenzaron a reírse, todos a mis costillas. ¡Vaya júbilo les había regalado! Levanté las manos en señal de derrota y me uní. Recibir el ataque sin rechistar era el precio por ser aceptado en el seno de aquella familia. Sin duda, las futuras generaciones de los Bosco algún día narrarían «La historia de las nalgas de Rip».

—Ya en serio, Rip, ¿cómo está tu trasero? —preguntó Edith, suavizándose.

Me acomodé en el aro de plástico.

—Está... está bien, gracias. —Y luego, para rematar, agregué—: ¿Le gustaría verlo?

Eso hizo el día.

Elijah escupió el bocado sobre su plato y se llevó las manos a la boca sin poder creerlo. Mary, a quien le gustaba pensar que tenía el monopolio de la insolencia, pareció realmente impresionada por mi descaró. Edith guardó silencio de nuevo y me señaló con el dedo, apuñalando el aire con él, mientras su ojo vivo centelleaba.

—Hijo. De. Puta. Llegarás lejos, Rip. Llegarás lejos.

Vaya halago (el segundo que recibía en menos de veinticuatro horas).

Solo Isabelle seguía inmune a mis poderes de autocrítica. Había estado callada desde que volvieron de la iglesia y no mostró compasión por mí ante el ataque de los perros. Llevaba su ropa de domingo y, aunque se recomienda

no sobrevalorar la moda, no se esforzaba ni un poco por sacarse provecho. La blusa le aplastaba los pechos y su cabello estaba recogido en un chongo demasiado apretado, lo cual la hacía parecer decididamente desaliñada. Era como si intentara ser el extremo opuesto de su hermana. ¿Cómo hizo Edith para engendrar a dos seres tan distintos? Eran como el fuego y el agua.

—¿No tienes calor con esa ropa? —le preguntó Mary.

—Al menos traigo ropa.

No llevaba más de un día conociendo a Isabelle, pero el comentario ácido me pareció extraño en ella.

Mary portaba las críticas de su hermana como un manto de victoria, recibiendo su desaprobación con una sonrisa satisfecha.

—Puedes vestirme como una institutriz de otra época si quieres, pero estamos en 1987, no en 1887, por si no lo habías notado.

—Es solo que es inapropiado, Mary.

—O sea, ¿es de puta?

—No dije eso.

—Jesús amaba a las putas. El pastor lo dijo hoy. ¿Que no estabas poniendo atención? Quizá nuestro huésped podría ser el juez de qué es lo correcto.

Mary llevaba un chaleco *tie-dye* sin brasier, y sus enormes senos llenaban por completo la tela y se desparramaban por los lados; además traía los shorts de mezclilla más cortos del mundo. A mí me parecía apropiado. Si está bien para Jesús, está bien para mí. Pero, como el tipo complaciente que soy, no quise meterme en el pleito, así que solo les ofrecí una expresión de «Cada quien lo suyo» encogiéndome de hombros, y miré amablemente a ambas hermanas.

—Lo que le acomode a cada quien, supongo. «Si se siente bien, hazlo».

Mary me lanzó una mirada rápida. «Cobarde». Estaba en modo despiadado.

—Este cuerpecito me lo dio Dios. Me hizo asombrosa y maravillosamente.

Todos los Bosco podían citar las Escrituras cuando era necesario, incluso aquellas en las que no creían ni un poco.

—No deberías burlarte —dijo Isabelle.

Mary se siguió burlando.

—Es la verdad. Mi cuerpo es un templo. —Se acomodó la nave y sacó los

transeptos para demostrarlo.

—Entonces ¿por qué le faltas al respeto fumando?

—Casi ni fumo. Cigarros no. —Mary me lanzó otra mirada.

—Sabes de lo que hablo. Si vas a fumar no lo hagas en la habitación de Ceelee.

Isabelle se ruborizó hasta tornarse bermellón al decir esto, pues el regaño era extensivo a mí. Al fin caí en cuenta. Qué tonto había sido, ¡qué lento para comprender lo que estaba pasando! Isabelle no estaba realmente molesta porque Mary hubiera fumado en la habitación de Celeste (Mary fumaba todo el tiempo), estaba molesta porque Mary hubiera fumado conmigo, en mi habitación. No le importaban las pocas ropas de Mary (la mayor parte del tiempo usaba menos que pocas), le importaba el efecto que dicha escasez tenía en mí. Obviamente sabía que Mary había ido a mi habitación y no estaba de acuerdo con nuestro encuentro nocturno, solo que era demasiado amable o demasiado tímida para decirlo abiertamente. O quizá demasiado orgullosa para aceptar que posiblemente estaba celosa de la atención que yo le daba a su hermana. ¡Sí! Eso es, pensé. Isabelle está de malas porque le gusto y le acongoja pensar que ya caí con su hermana la descarada. Sintiendo pena por ella, intenté meterla en la conversación.

—¿Qué tal estuvo la iglesia?

Ella no quitó la vista de su plato, cortando la carne hasta convertirla en diminutos bocados y tomándose un tiempo ridículo para masticarlos a fin de no tener que hablar. Por su naturaleza amable, a Isabelle le costó un gran esfuerzo no responderme. Mary, con su extrema seguridad, se encargó del silencio.

—El pastor es un imbécil. Le encanta escuchar su propia voz. Joe tiene razón: ¿para qué vamos a la iglesia y tenemos que escuchar a un hombre hablando por tanto rato?

—A mí me agrada el pastor Jennings —dijo Edith, mostrando interés—. Es mejor que Cara-de-rata. ¿Se acuerdan cuánto duraba hablando? Una hora para decir tres puntos, empezando siempre con lo mismo, una y otra vez, como si fuéramos niños. Al menos Jennings lo hace en menos de una hora.

—¿Hay iglesias en Inglaterra? —preguntó Elijah. La idea que tenía Elijah sobre Inglaterra como un país primitivo y carente de cualquier cosa más allá

de los rudimentos mismos de la existencia era profunda.

—Claro que tienen iglesias en Inglaterra, Eli —dijo Edith—. Inglaterra es un país cristiano, ¿verdad?

—Ya no —respondí—. Casi no conozco personas que crean en Dios.

—Pero tú crees en Dios, ¿verdad, Rip? —preguntó Celeste, con preocupación.

—No lo sé. —Sentí que era lo más honesto que había dicho en días.

—Qué estupidez —dijo Celeste.

—De donde vengo la gente cree que lo estúpido es creer en Dios.

—Eso también es una estupidez.

Miré a Isabelle como para animarla a integrarse. Ya me imaginaba lo que estaba pensando: «No te lanzaré mis perlas, cerdo. Crees que eres interesante, inteligente y profundo, pero te atrae lo superficial, y el hecho de que hayas caído en la trampa de mi hermana lo demuestra. Y ahora estás diciendo estupideces sobre algo que no sabes o no te importa».

—¿Tus padres no te enseñaron el temor de Dios? —me preguntó Edith.

—No iban a la iglesia. Mi madre decía que era una persona espiritual. Mi padre no creía. Así fue hasta su muerte. Incluso pidió que no hubiera nada religioso en su funeral. No quería que Dios tuviera la última palabra.

—Bien por él —dijo Mary, más para provocar que por convicción.

—Mary-Anne se cree atea —comentó Edith, como si fuera una locura de Mary que luego se le pasaría.

—Sé qué es lo que creo —dijo Mary.

El ateísmo de Mary me parecía más una rebelión emocional que un rechazo intelectual, pero lo que me sorprendió fue que a Edith no parecía molestarle. Pese a la regla de ir a la iglesia, tenía una política de no intervención ante las creencias de sus hijos. Ella fue criada como católica (Joe decía sobre los católicos: «Esa gente hace un banquete de una sola palabra») y, aunque la fe de Edith «colgaba del hilo más fino» (en sus propias palabras), quería que sus hijos tuvieran las armas necesarias para seguir debatiendo al respecto. Por eso la familia sabía mucho de religión y, como después descubriría, no tenía problemas para discutir lo ontológico tanto como lo entomológico.

—Y entonces ¿de qué se trató el sermón? —pregunté mirando de nuevo a Isabelle, decidido a involucrarla en la conversación antes de que terminara la

comida.

Otra vez Mary se metió.

—Fue sobre Adán y Eva y quién tuvo la culpa —dijo.

—¿Tú quién crees que tuvo la culpa, Rip? —preguntó Edith.

No había pensado realmente en ese asunto, pero sabía lo suficiente, y si mi costosa educación me había enseñado algo, era cómo hacer que un poco de conocimiento pareciera la gran cosa; lo que la gente llama patrañas.

—Siempre me han dado un poco de pena Adán y Eva —respondí, como si toda mi vida hubiera cargado una profunda tristeza por nuestros primeros padres.

Isabelle inhaló profundamente y levantó sus ojos a medias con gesto suspicaz. Estaba por morder mi anzuelo.

—¿Sí? —comentó Edith—. Yo siempre he creído que si esos tarados hubieran hecho lo que el Señor les dijo, no tendríamos tantos problemas.

—Me parece un poco duro —dije, encontrando mi argumento—. Dios les dijo que no hicieran algo, pero cuando alguien te dice que no hagas algo, en realidad lo que está haciendo es invitarte a hacerlo.

Edith lo pensó, pero no parecía muy impresionada.

—Mmm. ¿Estás diciendo que Dios los tentó?

—Pues sí. En cierta forma.

Isabelle suspiró, ese tipo de suspiros que suelta una maestra cuando ya fracasaron todos sus intentos de hacer que un alumno estúpido entienda una máxima básica.

—Pero tenían la libertad de decidir —dijo. ¡Ya estaba metida en la conversación!

—Pero si Dios sabía que iban a tomar la decisión equivocada —contraataqué—, no debió dejarlos.

—Si no tenemos la libertad para tomar la decisión equivocada, entonces no es libertad.

Su voz se quebró ligeramente al decir esto, y su palidez, que aún no se había recuperado de la discusión con Mary, ahora incluía manchas rojas en el cuello alrededor de los holanes de su blusa. No estaba hecha para la confrontación ni para los comentarios listillos. Era una persona seria y sin labia, que solo discutía cuando algo realmente le importaba. Y esto le

importaba.

—¿Estás diciendo que el deseo es algo malo?

—No. Lo que importa es lo que deseas.

Sentí cómo algo tibio me rozaba el muslo. Era el pie de Mary diciendo «Eres mío, recuerda lo que deseas, y recuerda tu juramento».

Isabelle me miró al fin y, por un breve instante, me sentí transparente. Ella tenía razón, pero el orgullo intelectual es primo hermano de las patrañas y no podía dejarlo así.

—Yo creo que tenían curiosidad. Estaban probando los límites. Querían saber. Como los niños. Y luego los castigaron por ser curiosos.

—No los castigaron por su curiosidad —replicó Isabelle, aún con la vibración nerviosa en su voz, pero con la férrea determinación de apegarse a su doctrina—. Pusieron su fe en el lugar equivocado.

Esto parecía razonable y posiblemente cierto. Al no encontrar respuesta, le lancé lo mejor que me alcanzó con mi educación.

—A fin de cuentas, no puedes confiar en algo que no puedes ver o demostrar.

Este comentario se quedó sin respuesta por unos segundos y una sonrisita malévola de Mary sugirió que, a su parecer, le había dado la estocada final a su hermana.

—Pero eso precisamente es la fe —dijo Isabelle—. Creer en algo que no puedes ver y no comprendes por completo. La mayoría de la gente cree en cosas que no comprende... o no puede ver.

—¿Por ejemplo?

Isabelle me miró, honestamente sorprendida por mi pregunta.

—¿El amor?

Dejó que un jódete teológico se posara entre nosotros por unos segundos, para ver si yo tenía algo que decir. Como eso no ocurrió, se levantó y comenzó a recoger los platos. Cuando salió de la habitación, Edith miró a Mary.

—¿Qué trae esa?

—Es una estirada —dijo Mary.

—¿Por qué te estabas portando grosera con ella?

—No fui grosera. Tal vez no le gusta que la reten. Se cree muy inteligente.

Pero ya le enseñaste, Rip. La pusiste en su lugar como se merece.

Mary me guiñó como si hubiéramos ganado, pero fue Isabelle quien tuvo la última palabra. Y fue una gran palabra. Mientras Mary me acariciaba el muslo con su pie y yo le respondía el guiño, mis pensamientos se fueron detrás de la hermana más inteligente hasta su cuarto. «Te voy a recuperar», me dije. Pero, por el momento, estaba preparado para creerme esa mentira que supuestamente la serpiente trajo al mundo: que la oscuridad es interesante y la luz aburrida y que en el conocimiento de todo está la libertad. Joe tenía razón en ese sentido: la mala teología puede llevarte por el mal camino.

Joe no le dijo a nadie adónde iba y, salvo por mí, a nadie precía importarle. El mensaje general era que las caprichosas desapariciones de Joe eran parte de su personalidad y debería acostumbrarme a eso; por mi salud mental era mejor no asir a Joe a un horario ni a un lugar en especial. Isabelle dijo que llamaría pronto. El teléfono era el cordón umbilical por el que seguía unido a su madre. Y tal cual, llamó tres días después. Todos estábamos trabajando en la fábrica, armando una orden de cincuenta cajas para un florista en Bangor, Maine. Edith tomó la llamada en su teléfono portátil, sentada en su «trono» en la cabecera de la mesa de trabajo, y de inmediato fue claro quién estaba al otro lado de la línea.

—¿Dónde diablos estás?

Edith presionó un botón del teléfono para que todos pudiéramos escuchar la respuesta de Joe. Aunque no era necesario. Joe siempre gritaba al teléfono, como quien grita por encima del barullo de una fiesta llena de gente.

—¡Ma! ¿Me escuchas?

—Ajá. ¡Demasiado fuerte y demasiado claro!

—¡Adivina desde dónde te estoy hablando!

—No me importa si me estás hablando desde la Gran Muralla China. Deberías estar aquí. Trabajando y no callejeando.

—¡En Dollywood! Es un lugar de absoluta *serenidad*, ma. Estaba poniendo gasolina en Nueva Jersey y conocí a un tipo que arma parques temáticos. Él hizo Dollywood y cuando vio mis cajas me dijo que debería venir de inmediato.

—¿Adónde?

—Espera. Estoy dando la vuelta.

—¿Adónde?

—Al Estado Voluntario.

—Recuérdamelo.

—¡Tennessee! Dijo que a Dolly le encantan las mariposas. Hizo esa canción de que el amor es como una mariposa, suave y gentil, y es así, da di da. Está pensando en poner un mariposario en el parque. El tipo me dijo que fuera a ver. Y eso me puso a pensar que deberíamos hacer un parque temático ¡y ponerle El Mundo de las Mariposas! Sería una cruce entre Disneyworld y el Smithsonian envueltos en una «experiencia *entretenimientosa*».

—Tú crees que soy más tonta que un loco. Nadie quiere un parque temático de mariposas. Estás tramando algo.

—Ma, si hicieron un parque temático para una cantante de country pueden hacer uno para las mariposas. A Dolly le encantará la idea.

—Y ¿cómo vas a pagar esta idea sin pies ni cabeza? Ahorita tengo que pagar las llamadas que te la pasas haciendo. Y tenemos que hacer cajas y venderlas. Necesito que regreses y te enfoques en la realidad.

—Muy pronto no tendrás que preocuparte por nada de eso, ma. Estoy armando un negocio tan grande que podrás ver tele todo el día.

—Ya basta.

—¿Cómo le está yendo a Rip? ¿Está agarrándole el modo?

—Ha estado pontificando sobre cosas que ni sabe. Además, hizo que los perros lo mordieran.

—¡No! ¡Ja! ¿En serio? Pásamelo. ¿Lo mordieron?

—Te habla la Gran Caca. No lo dejes ir. Todavía no termino con ese idiota.

—Hola, Joe.

Saludé tras tomar la bocina, de pie junto a Edith.

—¿Te mordieron! ¿Fue Ronnie? ¿O Nancy? Apuesto a que fue Ronnie.

—Fue él.

—Vaya. Así es él. ¿Cómo van las cosas allá? ¿Ya te aman todos?

—Eh... claro. Menos los perros.

—¡Ja! ¿Ya conociste a Clay?

—Sí. Me salvó de la muerte segura.

—Clay le sabe. ¿Te enseñó la granja de morfos?

—Las vi por el cristal. Pero no muy bien.

—¿Isabelle ya te enseñó la colección?

—Aún no.

—¡Tienes que verla! Debes saberlo todo. Y dile a ma que necesitamos cien cajas para nuestro viaje al oeste. Y dile a Clay que necesitamos mochilas de viaje. Cuando vuelva quiero que estés listo para irnos, Rip. Tenemos mucho que vender.

—¿Cuándo será eso?

—En cualquier momento. Yo te llamo. Apréndete los nombres de todas las mariposas que vendemos. Hay veintiséis especies básicas que debes conocer. Quiero que estemos superpreparados. Necesito que te aprendas esos nombres. Apréndetelos bien. Debes prepararte para esta venta como un astronauta de la NASA que va a viajar a Marte, Rip.

—Okey —dije, no muy convencido de que la NASA enviara astronautas a Marte.

—Debo irme.

—Tu mamá quiere...

Le devolví el teléfono a Edith, pero Joe ya había colgado.

Aunque estaba frustrado porque Joe me dejó, los días en que no estuvo me dieron tiempo para ganarme el cariño de la familia y tomar confianza, lo cual, como me di cuenta después, era parte del plan caótico de Joe. Por las mañanas participaba en la construcción de las cajas. El trabajar en la línea de producción me hacía sentir parte de las cosas y hacía que todos nos uniéramos alrededor de un propósito compartido: Elijah sellaba las cajas con la pistola de silicón, Celeste acomodaba las flores, Isabelle montaba las mariposas y Edith pegaba las etiquetas a la base. Yo metía el producto en cajas de cartón, y Mary y Clay las sellaban cuando estaban llenas y las llevaban a la bodega. Realmente era una producción familiar y, si esos regalos no siempre estaban «hechos a mano y con amor», sí eran, como decía Edith: «Hechos en Estados Unidos por manos estadounidenses, no por máquinas en tierras lejanas».

Mi trabajo era empacar las cajas envueltas en páginas del *National Enquirer*

hechas bola, y mientras lo hacía, de vez en vez me detenía a leer un encabezado con mi mejor pronunciación neutral («“Mi padre es un monstruo”, dice el hijo de Ryan O’Neal», «Cómo ser más rico en un año: 42 sencillos pasos para meter miles de \$\$ en tu cartera»), un performance que parecía caerle bien a todos. También comencé a aprenderme los nombres, en inglés y en latín, de las mariposas que vendería. Mientras construíamos las cajas, Elijah o Celeste me mostraban una mariposa para ponerme a prueba. Memorice los precios, de mayoreo y menudeo, de los cinco diferentes tamaños de cajas y sus variaciones según el estado: en algunas partes de Nueva Inglaterra agregas un veinticinco por ciento, en algunas partes del sur quitas un veinticinco por ciento. Me enseñaron la diferencia entre cómo venderle a un florista y cómo venderles a las tiendas de regalos (los floristas son más amigables, tienen el trabajo más feliz de cualquier minorista, y son mejores si necesitas dinero rápido, pero generalmente compran menos cajas que las tiendas de regalos), y la regla de oro: «Nunca le vendas a un Muppet» (alguien que no tiene la autoridad para comprar). O como Edith decía: «Ahórrate tu saliva para los que firman el cheque».

Tras unos cuantos días ya me sabía todos los nombres de las mariposas y las frases que me ayudarían a venderlas en el viaje, y me sentía listo para partir. Mi deseo de irme no era solo por vender o conocer Estados Unidos. La cercanía física con Mary era una exquisita tortura que la promesa de satisfacción en el viaje no ayudaba a aminorar, y ella hacía poco por calmarla. Toda esa semana el calor subió; era ese calor húmedo y pegajoso de los Apalaches que te hace anhelar un baño frío, un río en la montaña y retozar al aire libre. Era opiáceo y afrodisíaco, hacía todo más lento y todo lo engrosaba. La fábrica estaba mal ventilada y los aromas de las flores secas, el pegamento, los químicos y la pasión contenida hacían que me doliera la cabeza. Intenté doblegar la resistencia de Mary; le decía lo que quería hacerle a su templo asombroso y maravillosamente construido. Le susurraba palabrerías dulces sin gracia: «Te deseo», «Nunca he conocido a nadie como tú», «Eres tan hermosa». Las frases sacadas de novelas rosa te vienen a la mente con facilidad cuando estás sumergido en el delirio del deseo. Una tarde, le pedí que me mostrara adónde iríamos en el mapa de la Sala de Operaciones para que pudiéramos estar solos. Estábamos inclinados sobre el mapa de Estados

Unidos, yo a un extremo y ella al otro. Comencé a mover mis dedos de este a oeste, hacia los estados más calientes, hacia ella. Mary estaba sobre el mapa del lado de Canadá, con sus pechos cayendo sobre el paralelo 49 hacia Montana, con los codos enterrados en Alberta y Manitoba, sus hermosos y suaves brazos café recorriendo las Rocallosas y las Badlands. Me miró pasando mi dedo desde las Catskill hacia el oeste, enunciando los nombres de los lugares. Se acercó y comenzó a pasar su dedo por California, a lo largo de la interestatal 80, y nuestros dedos se encontraron por Nebraska, donde mi dedo subió por el puente de su mano hasta su brazo, de ahí al hombro y luego a sus labios. Abrió la boca ligeramente y yo metí mi dedo. Ella cerró la boca y me mordió suavemente. Mi corazón latía a la velocidad del de un pájaro atrapado.

—¿No podemos encontrar dónde hacerlo en esta enorme casa en ruinas? — le pregunté.

—Como dije: no lo haré bajo el techo de ma. Me mataría. Y luego te mataría a ti. Pronto me clavarás tu pin.

—Pero ¿dónde? —pregunté, tomando un pin y sosteniéndolo sobre el mapa—. ¿Aquí? —Lo puse sobre Pensilvania—. O aquí—. Lo moví al oeste, hacia Iowa.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuántas mariposas vendas. Debes vender doscientas cincuenta cajas primero.

—Cambiaste los términos de nuestro acuerdo.

—Porque puedo.

—¿Cómo?

—El proveedor decide el precio.

—Creía que la demanda decidía el precio.

—¿Crees que eres el único que quiere tenerme?

—¿Tienes novio?

—Doscientas cincuenta cajas.

Ningún vendedor jamás tuvo mejor incentivo para alcanzar sus metas.

VIII

*En el que Isabelle me muestra la colección
y Edith me pone en mi lugar*

No había visto mucho a Isabelle desde nuestro enfrentamiento teológico. Solía llegar a la fábrica antes de que yo despertara, hacía lo suyo y luego se iba a la biblioteca para seguir trabajando en la colección. Estaba seguro de que la había hecho enojar y, pese a las advertencias de Mary, estaba decidido a recuperar su agrado, en parte para saciar mi necesidad de aceptación, pero también porque me había ganado y no descansaría hasta demostrarle quién era yo. Usé la excusa de que necesitaba ver la colección como razón para buscarla y fui lo suficientemente ladino para esperar que Mary no estuviera en la casa (había llevado a su Z28 a las carreras en Watkins Glen) antes de pedirle a Isabelle que me la mostrara. Estaba en su habitación, en un escritorio en el rincón. Los rayos del sol la iluminaban. Parecía estar en su elemento, y cuando ves a alguien en su elemento, siendo lo que debe ser, suele ser su punto más atractivo; en ese momento, Isabelle era una obra de arte. Tenía el cabello recogido, pero le caían largos mechones negros sobre su pálido, delgado y besable cuello. Estaba tan concentrada que ni siquiera notó mi presencia en la puerta. Toqué suavemente para no asustarla.

—Lamento interrumpir.

Me miró y rápidamente volvió a lo que estaba haciendo. ¿Seguía enojada conmigo o solo estaba ocupada? Era difícil saber.

—Me preguntaba si sería un buen momento para ir a ver la colección.

—Oh...

—O podemos hacerlo después.

—Solo tengo que terminar de enmarcar estas dos. Me tomará unos

minutos.

Tenía un marco sobre su escritorio y estaba pegando las alas de una mariposa con tiras de papel. En el cartón había un espacio para acomodar el cuerpo de la mariposa de modo que no se aplastara y permitiera que las alas se extendieran de forma natural. Isabelle tenía la quijada tensa por la concentración, con la lengua sobre el labio y los ojos entrecerrados para seguir los diminutos movimientos necesarios para acomodar la mariposa sin dañarla.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—*Instrucciones para hacer una colección*, de Benjamin Wilkes. ¿Podrías pasarme esa lupa?

Le entregué la lupa, con la cual examinó su trabajo.

—¿Cuánto tiempo te toma cada una?

—Si lo hago bien, cinco minutos para acomodarla y pegarla. Luego unos cuantos días para que esté lista.

—Parece engorroso.

—Lo hago a la antigua, poniéndolas con las alas delanteras ligeramente hacia atrás, como es natural. Los coleccionistas de ahora ponen el dorso, la cola, en el ángulo necesario para que el cuerpo esponga más el diseño de las alas traseras. Pero yo prefiero este método. Es más natural. De hecho, es el antiguo método británico. El preferido de... mi padre.

Noté una ligerísima vacilación antes de que mencionara a su padre, pero lo mencionó. La palabra prohibida.

Las dos mariposas que estaba enmarcando eran pequeñas pero brillantes, con rayas y puntos turquesa sobre unas aterciopeladas alas negras.

—¿Qué son?

—Tigres azules. Hembra y macho.

—¿Cómo sabes cuál es cuál?

—En este caso el macho es ligeramente más lindo. En su hábitat natural son más fáciles de distinguir porque los machos suelen rondar obsesivamente un sitio mientras que las hembras van adonde quieren.

—¿A diferencia de esta casa?

Sonrió por mi burla hacia Joe.

—Mi padre se especializaba en la región neotropical. Ahí están las especies

más coloridas y espectaculares. Y algunas de las más raras.

—¿O sea que a esas las atraparon hace veinte años?

—Sí.

—Se ven como nuevas.

—Estos sobrecitos son un milagro de la practicidad —dijo—. Antes solían aplastar las mariposas dentro de los libros, como se hace con las flores. Pero los especímenes no duraban. En estas cosas un espécimen puede durar indefinidamente, mientras mantengas alejadas a las plagas. Ese es el gran reto de casi todos los coleccionistas de lepidópteros.

—¿No te aburres?

—Pienso mejor cuando estoy acomodándolas.

—¿Has pensado algo bueno hoy? —pregunté sin ninguna intención, pero ella volvió a ruborizarse.

—Oh... Muchas cosas. Y nada. Yo... no. Voy a aplicar para una beca en Yale. Y tengo que escribir un ensayo de cinco mil palabras.

—¿Sobre qué?

—No quieres saber.

—Ponme a prueba.

—Es... Bueno. Me temo que es más teología. Compararé y contrastaré las diferentes expresiones de la fe en las novelas de Tolstói y Dostoyevski.

—Claro. —Había visto *Los hermanos Karamazov* y *Ana Karenina* en su mesita de noche. Al ver esos libros sentí una envidia pasajera por la vida intelectual que ella estaba disfrutando y que yo, no mucho tiempo atrás, había cambiado por los placeres presenciales que me prometió Joe.

—No he llegado aún a los Grandes Rusos. ¿Tolstói o Dostoyevski?

—Oh. No podría elegir. Los admiro tanto a ambos.

Me hacía sentir tan superficial. Ella quería meterse en las mentes de los grandes novelistas rusos y yo quería meterme en los calzones de su hermana.

—¿Cuáles son las diferencias? En una frase. Ahórrame la lectura de esos ladrillos.

—Pues... *deberías* leerlos. Si te importa la literatura y quieres escribir. Es difícil decirlo en una frase. Tolstói crea muy bien las atmósferas y su prosa fluye limpia y elegantemente. Las ideas de Dostoyevski están menos pulidas, pero tienen más pasión. Y profundiza un poco más en las problemáticas de

sus personajes. Ambos son hombres de fe, pero creo que sus reacciones a las ideas del cristianismo son muy distintas. Y eso es lo que planteo en mi ensayo.

—Continúa.

—Bueno... ¿En verdad quieres saber?

—Sí. —¡Cómo se regodeaba en su compañía el espíritu de mi lado decente!

—Okey. Pues... me parece que la fe de Tolstói era más teórica, deísta y no ortodoxa, mientras que la de Dostoyevski era más íntima, centrada en Cristo y dogmática.

—¿Tolstói, mala teología; Dostoyevski, buena?

—¡Ja! Joe podría decirlo así. Es difícil saber lo que realmente cree la gente. Incluso los que se expresan mejor que los demás. Lo que la gente escribe y hasta lo que dice no es siempre un testimonio exacto. Ya casi termino.

Me gustaba esperarla, mirándola mientras acomodaba cuidadosamente las alas de las mariposas y hablaba sobre Dios y los grandes escritores o el tercer estadio de los *Papilios*. Mary tenía razón: Isabelle vivía en otro tiempo, no solo respecto a su generación, sino a la época, que es descarada, presumida y está abrumada por la necesidad de recompensa inmediata («Si se siente bien, hazlo»). Pero eso la hacía tan original. Y sin duda era más fácil apreciar las tímidas cualidades de Isabelle cuando no estaba junto a su escandalosa hermana.

—La verdad, quería disculparme si te ofendí de alguna manera el otro día —dije—. Cuando estábamos hablando sobre las creencias. Estaba fanfarroneando.

—Disculpa si fui un tanto estridente.

—Me criaron para tener una opinión respecto a todo... incluidas las cosas sobre las que no sé. No quería molestarte.

—Gracias por decirlo. Mi cabeza estaba en otra parte.

—¿En Rusia?

—En Rusia. Pero también en otros lugares.

Me gustaba la idea de estar en esos otros lugares con ella, fueran donde fueran.

—A Mary le gusta estar en desacuerdo con la gente. Es su forma de manejar las cosas. Probablemente quería impresionarte. Creo que está

encandilada contigo. Y parece que tú con ella.

Isabelle lo dijo sin rastro de la envidia que creía que podría estar sintiendo, o que Mary había sugerido. Solté una risa falsa y patética.

—¿En serio? —Mi sorpresa fingida provocó el más súbito y profundo cambio de color en el rostro de Isabelle: un púrpura mortificado.

—Lo siento. Eso fue una insolencia de mi parte.

—No. Ella es... atractiva. Y atrevida. Tiene una personalidad fuerte. Pero no siento nada por ella... no así. Aunque me halaga.

¿Era alivio eso que veía en sus ojos? ¡Por favor, que lo fuera!

—Mary puede parecer una jovencita segura y libre, pero en realidad es una niña insegura. Más vulnerable de lo que te imaginas.

Me sentí transparente de nuevo, con mis intenciones expuestas. Parecía una amable advertencia. ¿Estaba protegiendo a su hermana o a mí? ¿O a sí misma?

—No planeo nada con ella, si es lo que quieres decir. No es mi tipo.

Me avergüenzo un poco de mi frío y camaleónico oportunismo. Con qué facilidad mentía para mantener el campo abierto. Estaba preparado para minimizar a ambas hermanas a fin de que se enfrentaran: cuando estaba con Isabelle, Mary era una nínfula encimosa; cuando estaba con Mary, Isabelle era una mojigata persignada.

—¿Realmente alguien puede ser de un tipo? —preguntó—. En las novelas, quizá. Creamos categorías, pero cada ser vivo es esencialmente único.

De nuevo me había caído en mi bache superficial. Con Isabelle siempre había una prueba (que yo no lograba pasar): el reto de lo inalcanzable. Realmente necesitaba esforzarme más con ella.

—Yo... supongo que creamos categorías por conveniencia. Porque la vida es demasiado corta para descubrir quién es el otro.

Esto pareció gustarle.

—Sí. Todas las categorizaciones son para ahorrar tiempo. Creo que por eso elegí las artes sobre la ciencia. La taxonomía trata sobre nuestra necesidad de ordenar las cosas tanto como de entenderlas. Si no es que más. Probablemente crees que yo también soy de un tipo. Puedo ver que lo crees. Está bien. Confieso que creo lo mismo de ti.

—¿Y qué tipo soy? —le pregunté.

—Oh.

—¿Tan malo es?

—Eres... eres un donjuán. Astuto. Quizá un buscador de placer.

—Gracias.

—Creo que quieres serlo todo para todos.

—¿Un *quedabién*?

—¿Estoy siendo grosera?

—No. Es bastante cierto —admití.

No estoy seguro de que me haya gustado el modo en que me había definido. El encanto de un donjuán es una cualidad dudosa. Implica cierto atractivo e inteligencia emocional, pero requiere de artimañas, y las artimañas son ángeles del infierno. La astucia es buena para la escuela y las cenas con amigos, pero implica falta de profundidad y no era el halago intelectual que yo esperaba. Y en cuanto a lo de buscador de placer... bueno, eso no podía negarlo: era un hedonista. El placer era mi verdadera meta, y el placer a expensas de los demás, una parte necesaria de esa filosofía.

En el camino a la biblioteca decidí portarme como si estuviera viendo la habitación y sus tesoros por primera vez, a fin de concederle el placer de mostrármelos (como el *quedabién* que soy).

—Estas cajoneras son increíbles. ¿Ya estaban aquí cuando llegaron?

—Joe encontró un especialista en muebles así en un lugar llamado Hancock, una comunidad Shaker. Vendimos algunos especímenes poco comunes para pagarlos, pero lo valieron.

Isabelle abrió un cajón.

—Supongo que hay un sistema, ¿no? —pregunté. ¿Qué taxonomista se resistiría a responder tal pregunta?

—Sí. Mi padre usaba un sistema estandarizado creado especialmente para llevar registro de la localidad, frecuencia, proceso de desarrollo y números de serie de cada insecto que capturaba. Cada sobre que enviaba tenía esa información. Y anotaba en sus libros cada uno de los especímenes que atrapaba. Le encantaban las anomalías. Tenemos algunas especies que no están ni en el Smithsonian.

La colección, «una de las más extraordinarias del mundo», como aprendería después, era un desperdicio en mí. Para mis ojos poco

entrenados, las mariposas eran maravillosas, pero no más lindas, no más brillantes que las que pronto venderíamos a las tiendas de regalos y a los floristas de pueblo en pueblo; pero si era con aquella tutora, estaba feliz de que me educaran. Isabelle tuvo el tacto de solo enseñarme lo más destacado, incluyendo una maravillosa y ligeramente perturbadora reina Alexandra alas de pájaro que, junto con las Hesperon, Homerus y Chika, era una de las Cuatro Grandes rarezas, las mariposas más valiosas del mundo.

—Tenemos las diecinueve mariposas del Apéndice I. Ahora se considera un delito comerciar con ellas. En aquel entonces no era problema. Pero la humanidad es voraz. Las especies se están acabando.

—Y ¿por qué tu padre no las enmarcó él mismo?

—Nunca tuvo tiempo para eso. Trabajaba en lugares muy lejanos y se especializaba en especímenes muy grandes. Nos enviaba las poco comunes para cuando tuviera tiempo de prepararlas y enmarcarlas. Ma las ponía en su «cofre de colección».

—¿El baúl que salvó del incendio? —Isabelle asintió—. Pagó un precio muy alto por salvarlas.

—Sabía que eran valiosas. Pero fue en los últimos años que descubrimos qué tan valiosas. —Fue al otro lado de la habitación y abrió dos cajones—. Si vuelve a haber un incendio... estos son los bichos que hay que salvar.

Para mí se veían como morfos azules de las que reproducían en la granja, las más vendidas de su negocio.

—¿Morfos azules?

—Casi. Pero con un extra.

Observé y no pude notar nada espectacularmente distinto salvo por un pequeño apéndice entre las alas.

—Son morfos azules de cinco alas. Una especie nueva. Hasta donde sabemos, son los únicos ejemplares en el mundo. Por mucho tiempo se pensó que eran un mito, una ilusión, como el Moby Dick de los cielos. Los rumores de su existencia revoloteaban por los pasillos y los cajones de los grandes museos y en las convenciones de los mayores coleccionistas. Pero nunca nadie había visto una. Luego mi padre encontró estas. Veinticuatro de ellas.

La tarjeta de información decía «*Morpho wolffii*».

—¿«*Morpho wolffii*»?

—Wolff es el apellido de mi padre. Ma volvió a su nombre de soltera cuando se divorciaron. Y nosotros hicimos lo mismo.

—No parece molestarte hablar de él. Pensé que estaba prohibido.

No respondió nada.

—Supongo que no lo recuerdas.

—Tengo el vago recuerdo de un hombre con barba, cabello largo, shorts y sandalias. Recuerdo la caja. Era como un cofre del tesoro. Cuando la abrías, te deslumbraban todos los colores. Aunque estuvieran en sus sobres. Casi todas eran mariposas de la selva, así que los colores eran fuertes y alegres. Si entrecerrabas los ojos, podías imaginarte que la caja estaba llena de zafiros y rubíes, diamantes y esmeraldas.

—¿Lamentas... no haberlo conocido?

—Lo que pasó, pasó. A veces pienso que cuando estoy preparando las mariposas me conecto con él de alguna forma, pero no sé bien qué me dicen sobre él, fuera de que estaba obsesionado con ellas, que viajaba mucho, que era meticuloso. Admiro eso de él. Sería triste que se fuera.

—¿Que se fuera?

—Joe cree que encontró a un comprador para toda la colección. Aunque, claro, ya ha dicho eso antes. Lleva años intentando hacer el gran negocio, el negocio que lo cambie todo. Pero esta vez parece estar seguro.

—¿Te molesta? ¿Después de todo tu trabajo armándola?

—Sería bueno para nosotros no tener que pasarnos la vida persiguiendo el dinero. Dejar de vivir al día. Joe tiene una gran carga sobre sus hombros, aunque no siempre lo demuestra. Y no tiene caso que esto esté guardado, sin que nadie lo vea.

—¿Cuánto pueden valer?

—No lo sé. Joe cree que mucho. Pero es difícil saber si las cantidades que dice son reales o si son cifras de Joe; a mí me parecen ligeramente excesivas.

—¿Qué clase de cifras?

—No lo sé.

—Dime.

—Hace un año le vendió un set de las Cuatro Grandes a un coleccionista japonés por cinco mil dólares.

—Por Dios. Entonces... toda la colección...

—Podría valer mucho.

—Pero no pareces muy emocionada.

—Si fuera por mí, se las daría al Smithsonian.

—Eso es muy noble.

—Sí. Pero, como diría ma, «la nobleza no paga las malditas cuentas».

La imitación que hizo Isabelle del tono ronco y hosco de su madre fue sorprendentemente acertada y reconfortante: su lealtad no la cegaba y su sentido del humor no estaba muerto. Y cuando Isabelle maldecía era tan poco común y hermoso como una Alexandra alas de pájaro.

—¿Y Mary?

—No creo que le interese. Nunca ha mostrado ningún interés en las mariposas.

Isabelle comenzó a recorrer el cañón de caoba, cerrando aquellos cajones deliciosamente silenciosos.

—¿Alguna vez has querido ver a tu padre en todos estos años?

No respondió nada, pero lo tomé como un sí.

—Hace un tiempo le escribí. Cuando tenía dieciséis años. No sé qué estaba buscando. Lo envié a Princeton. Fue una tontería. Le contaba boberías y nimiedades sobre mi vida.

—¿Qué tiene de tonto eso? A mí me parece perfectamente normal.

—Mi problema era cómo ser honesta con ma sobre lo que estaba haciendo, pues, como sabes, ella no acepta ni la sola mención de mi padre, mucho menos cruzar cartas con él. Claro que respetaba su posición, y también la de Joe. Pero él tiene recuerdos de nuestro padre. Yo no. Tenía curiosidad por saber algo. Aun así, me sentí desleal al escribir esas cartas y al pedirle a Clay que las enviara por mí.

—¿Te contestó?

Isabelle dudó.

—¿Isabelle?

—Ma terminó enterándose.

—¿Cómo?

—Clay se lo dijo. En su jerarquía de lealtad, ma va primero. Ella dijo que no podía acercarme de ningún modo a él mientras viviera bajo su techo o hasta que cumpliera veintiún años.

—Y ¿cuándo los cumpleaños?

—En el otoño.

En ese momento Mary apareció sin aviso. Estoy seguro de que había estado escuchándonos a escondidas.

—¿Izzy te enseñó a sus grandes amores?

Mary llevaba solo una playera y calzones, el cabello recogido hacia un lado. Le dirigió sus palabras afiladas a su hermana, pero las miradas iban para mí. Isabelle cerró los cajones y salió de la habitación, sin querer avivar el fuego.

—Ma quiere verte.

—¿Por qué?

—No me dijo.

—¿Cómo está su ánimo?

Mary se encogió de hombros.

—No sé bien. Podría matarte o podría abrazarte. Llévale un té helado, eso la endulzará.

Mary estaba en la puerta y levantó una pierna oscura para bloquear mi salida.

—Recuerda tu juramento.

—Lo recuerdo.

Fui a ver a Edith sin miedo. Se había vuelto un poco más amable conmigo en los últimos días; mi combinación de ridiculizarme y ser directo le caía bien. Yo confiaba en mi capacidad para agradecerles a personas con distintos caracteres, incluso los más duros. Debió escuchar el crujido de la madera bajo mis pies, pues dijo: «Entra», antes de que mis nudillos llamaran a la puerta. Por los problemas en sus piernas, pasaba casi todas las mañanas en su enorme cama con cuatro pilares tallados, rodeada de pagos, pedidos y recibos. Estaba recargada en varias almohadas y parecía la gobernanta de su reino. Los muebles y adornos originales de la habitación estaban intactos. La única anomalía era una enorme televisión colocada sobre una caja de madera al pie de su cama. Estaba mirando sin ver una telenovela romántica mientras hacía la contabilidad. Dejé el té helado en su mesilla de noche y me quedé ahí, sin saber qué más hacer. Ella seguía mirando de sus papeles a la televisión y de regreso.

—¿Señora Bosco?

—Nadie me dice así salvo por AT&T y no soy su amiga. Le quitan dinero a la gente nada más por hablar. Dime Edith o no me digas nada.

—Le traje un té helado.

—Siéntate.

No había asientos en la habitación más que la banca acojinada junto a la ventana. Al otro lado de la cama de Edith estaba un catre. Más tarde, Isabelle me explicó que ella dormía ahí en las noches en que a su madre le volvían los terrores por el incendio, y le leía salmos o artículos del *National Enquirer* hasta que se quedaba dormida.

—No te voy a violar, ¿okey? —Me acomodé en la esquina de la cama, a unos centímetros de sus piernas estiradas. Llevaba una bata de seda sobre una blusa. Tenía las piernas rectas, pero cubiertas por un cubrecama. Su prótesis estaba recargada en el buró que sostenía una pila de *National Enquirers*. En su regazo había un montón de cartas recién abiertas. Tomó una, con sus uñas como inmaculadas almendras moradas, y leyó:

—«Querida señora Bosco, con respecto a su solicitud de crédito con fecha» bla, «lamentamos informarle que esta ha sido rechazada...». ¡Blah! —Arrugó la carta hasta convertirla en una pelota y la lanzó hacia el aro de básquetbol que estaba clavado en los postes al final de la cama—. ¡El maldito banco de Manhattan! Esa gente caga dinero, pero nadie nos quiere ayudar. Malparidos hijos de puta.

Me gustan las malas palabras como a todos, pero cada que Edith decía «hijos de puta» me dejaba helado. Lo soltaba como quien dice «caramba» y sus hijos, incluida Isabelle, que jamás maldecía, casi nunca parecían inmutarse.

—Me gustaría decir que no necesitamos a esta gente. Pero sí. A menos que consigamos un préstamo, no podremos completar los pedidos que nos hagan. Siempre vamos un paso atrás. Estamos a nada de hundirnos. Son demasiados cerdos para esta teta. Mira nada más estas deudas. —Edith sacó la cuenta del teléfono y me la mostró como si fuera una rata viva—. El teléfono en el carro es otro ejemplo. ¿Trescientos dólares en llamadas a Wyoming? ¿Quién diablos está en Wyoming? Creo que quizá Joe tiene otra familia o algo así.

Se estiró para tomar su té helado. Al darle un trago, tuvo que apoyar la

boca del vaso contra su labio e inclinar la cabeza para que no se chorreara. Dejó el té en la mesita y resolló, con lo que su nariz reconstruida soltó un extraño silbido. Me miró directamente y tuve que prepararme para otra «prueba».

—¿Te sigue impactando? Lo normal es que les tome una semana acostumbrarse a mí. Después de eso ya no tienes excusa.

Disimulé una risita.

—Perdón.

Edith le dio otro trago a su té.

—Vamos poniendo algo en claro. No te creo para nada que te importe este negocio o que quieras ser vendedor de mariposas. Hay que dejar de fingir. Para ti esto es solo una experiencia. Te da lo mismo si sale bien o no. Te divertirás y te irás a casa. Pero a mí sí me importa. Importa para mi familia. De esto vivimos.

—Me interesa que les vaya bien, Edith. Lo que es bueno para ustedes es...

—Guárdatelo para el viaje. Ya mucho tengo con el rey de las patrañas. No necesito otro. Sé que cuando alguien te está pagando no es fácil decirle lo que piensas, pero yo te pago para que me lo digas.

Como estaba en la crisálida de mi carrera mariposil, me pareció grosero señalar que aún no me habían pagado y ni siquiera se había tratado el tema de mi remuneración. Los términos de mi «paquete», como lo planteó Joe aquel primer día, eran que estaría «bien pagado», que tendría «un auto» y que conocería «este gran país», ninguno de los cuales se había cumplido hasta ese momento. Pero no lo mencioné. La familia me había recibido en su casa y las aventuras me estaban esperando. Me daban de comer, tenía un techo sobre mi cabeza y estaba experimentando la vida. Claro que me gustaba la idea de que me pagaran por decir lo que pienso. Hasta entonces, ese era el mejor camino para tratar con Edith y el método con más posibilidades de mejorar su opinión sobre mí.

—Antes de que se me arruinaran las piernas le di unas veinte vueltas al mundo en auto, vendiendo. Construí este negocio de la nada y lo convertí en lo que es hoy, y no quiero que nadie, especialmente Joe con sus ideas sin pies ni cabeza, lo joda. Tu trabajo es mantenerlo en el camino correcto.

Tomó un recibo de otra pila y me lo mostró, sosteniéndolo entre su pulgar

y su índice.

—¿Ves esto? —Era un papel membretado con el nombre de Bangor Floral —. Esta es una orden repetida de una cadena de florerías en Maine. Nos han seguido haciendo pedidos fielmente cada cuatro meses desde hace diez años. Cincuenta cajas. Tenemos cien de estas y nos va bien. Esta clase de gente es todo lo que necesitamos. Si nos metemos con A&P o J. C. Penney's, querrán derechos exclusivos y tendremos que dejar de venderle a toda esta gente buena. Cambiar toda la buena voluntad y la lealtad por una enorme corporación sin rostro, a la que no le importamos ni un carajo y que nos joderá a cada centavo, es un riesgo enorme. Y aunque recibiéramos un pedido, posiblemente no podríamos cumplirlo. Somos una compañía de un solo producto, como la Coca. Y no te metes con la receta. Claro que Joe quiere meterse con la receta. «Diversificarse», o como le diga. Pero no lo ha pensado bien. Nunca saca las cuentas. Está muy ocupado echando dólares por aquí y por allá como si fueran confeti y teniendo ideas locas. Tenemos algo bueno aquí. Este negocio nos ha dado techo y comida y va a mandar a Isabelle a la universidad. Pero él tiene otras ideas. Y últimamente se está creyendo cosas que le quedan demasiado grandes. Cree que puede vender la colección por mucho dinero y eso le metió la idea de que puede portarse como si ya la hubiera vendido. Compra trajes finos y renta Cadillacs. Cuando le cae dinero en las manos, se lo gasta. O se lo da a un vago sintiéndose un gran filántropo. Piensa en Dios y en ayudar a la gente, pero eso no encaja con un modelo de negocios exitoso. Necesito que alguien le eche el ojo. ¡Y yo solo tengo uno!

Edith veía muy bien con su único ojo. Hacia arriba, hacia abajo, hacia delante... ¡y hacia atrás! Podía distinguir a alguien confiable de un pillo a veinte pasos de distancia. Creo que en ese momento confiaba en mí, pero a la larga no confiaba en nadie, lo cual, aunque es una forma cínica de vivir, significa que la mayoría de las veces sueles estar en lo correcto.

—Estás aquí porque le dije a Joe que fuera a contratar a alguien sensible. Alguien educado. Alguien inteligente pero que no fuera demasiado original o que pudiera irse a crear su propio negocio. Alguien que hiciera lo que le dijeran y respetara la ley. En otras palabras, alguien que no fuera como Joe. Se supone que tú eres esa persona. Así que, cuando estés vendiendo, haz que

él no se desvíe del camino, aléjalo de los problemas y las distracciones, especialmente de las iglesias y los pastores. Y vigila el dinero. ¿Lo harás?

Asentí. Aunque saber que me contrataron por mi sentido común y mi falta de originalidad fue un golpe a mi ego y a mi idea personal de misterio. No fue por mi encanto, mi voz, y ni siquiera por mi inteligencia que me contrataron; tampoco por los azarosos designios de los dioses; fue para mantener a Joe por el buen camino y para que alguien lo siguiera en sus «en-algo-andarás».

—¿Y si vende la colección?

—Ojalá vendiera a esos pequeños bastardos. No les tengo ningún cariño. Pero Joe lleva años diciendo que tiene un comprador para esa maldita colección y no veo que nadie lo cumpla. El problema con Joe es que tiene algo de su padre en él. En estos días veo demasiado de ese hombre en Joe. También lo veo en Isabelle. Es algo que no se puede negar. Su cerebro. Su necesidad de tener todo ordenado. Eso le viene de él. Pero últimamente he visto algunas de esas características en Joe y no me gustan.

Edith me miró, asegurándose de que hubiera entendido todo.

—¿Cuáles características? —pregunté, intentando parecer indiferente para no arruinar el momento.

—La tendencia a desaparecer cuando se le necesita. Mis hijos vieron más a la azul de Palos Verdes que a su padre. Eso es una mariposa extinta, por cierto. Era un chiste, eh. ¿Sabes dónde estaba ese hombre cuando nació Joe? En un bosque tropical en Venezuela. ¿Sabes dónde estaba cuando nació Isabelle? En una convención de insectos. Cuando nació Mary, simplemente ya no estaba.

Hizo una pausa para inhalar y dejar ir el recuerdo con la exhalación.

—Me da la impresión... por Isabelle... de que era obsesivo.

—Obsesivo le queda corto. ¿Qué más te dijo?

—No mucho. Parecía... incómoda hablando de eso.

Edith me estaba mirando, y su hermoso ojo verde era más severo que un detector de mentiras. Quizá esta era la razón real por la que me llamó. No fue para discutir el negocio ni las andanzas de Joe; fue para ver qué me habían dicho sus hijos sobre su exesposo. Edith necesitaba tener el control de la historia, como todo dictador paranoico.

—No estamos hablando de una persona normal. Yo solía decir en broma que amaba a los bichos más que a la gente, pero resultó cierto. Era obsesivo como hormiga. Estando embarazada, me dejó con dos niños para irse a Sudamérica porque decía que estaba a punto de hacer un gran descubrimiento científico. Tras meses de nada, me llama desde allá para decirme que tuvo una revelación. «¡Quizá hizo el descubrimiento!», pienso. Pero no. Me informa que me va a dejar. Que no está hecho para ser esposo ni padre y que su trabajo lo es todo. Y así se fue. Solo se comunicó una vez más, un mes después del incendio. Yo aún seguía en cama y Mary con un respirador. Me llamó desde Bogotá. Yo apenas podía respirar, y ¿sabes qué fue lo primero que me preguntó?

Le hice una señal con la cabeza para animarla a seguir.

—«¿Están bien?». Y yo pensé que se refería a los niños y dije «Sí, están bien». Y él dijo: «¿Todos?». Y yo: «Sí, todos», aún creyendo que hablaba de nuestros hijos. Y luego dijo: «¿También los de la caja? ¿Los fenómenos?». Y entonces me di cuenta de que no estaba preguntando por los niños y siguió un largo silencio. Creí que la llamada se había cortado. Y luego escuché un lejano «Dios mío». Y te puedo jurar que lo escuché llorando. No por el alivio de saber que su esposa e hijos seguían vivos, sino porque el trabajo de su vida casi había sido consumido por las llamas. Y en ese momento supe que se había terminado. No podía permitir que mis niños estuvieran cerca de algo así. Ningún descubrimiento científico justifica un comportamiento como ese. Ni siquiera encontrar una jodida mariposa que habla lo justificaría.

Edith se quedó en silencio, abrió la boca y tragó aire, pues el recuerdo del incendio y el respirador hacían reaccionar a su cuerpo. Se dijo algunas frases para sí misma entre dientes como si aún tuviera que justificar la decisión que tomó media vida atrás. ¿Quién podría culparla por no querer que sus hijos se relacionaran con un hombre como aquel? Un hombre que le daba más valor a unos insectos que a sus propios hijos.

—¿Nunca intentó comunicarse? ¿Ver a sus hijos?

—¿Por qué lo haría? No quería comunicarse ni cuando aún estaba aquí. Cuando me dijo que se iría le advertí que no volvería a ver a sus hijos mientras yo fuera su madre y él lo aceptó. No por culpa ni por respeto, sino porque no le importaban.

—¿Y no lo ha visto desde entonces?

Edith buscó algo en su mesita de noche y sacó una pistola. Era pequeña y «femenina». De esas que las *femmes fatales* guardan en sus bolsas de mano antes de ir a una cena.

—La compré para protegerme cuando él se fue. Pero la verdad es que la usaría si lo viera. Sin dudarlo.

—Y... ¿si ya cambió? ¿Si se arrepiente?

—Para arrepentirse hace falta un corazón humano. Y él no tiene eso porque no es humano.

Era halagador que Edith me compartiera aquellos dolorosos recuerdos. Fui tan vanidoso como para creer que era porque había algo intrínsecamente sensible y digno de confianza en mí. Pero ahora veo que se estaba asegurando de que yo me supiera la historia correcta para que luego otros no me la tergiversaran. Durante muchos años Edith había controlado la historia, aumentando la verdad en cada recuento, y nunca la habían cuestionado. Sus cicatrices eran testimonio de la culpa absoluta del acusado y también su condena diaria. Pero, con todo, me daba la impresión de que dichas cicatrices no contaban la historia completa. Solo las partes que Edith quería que se conocieran. Le creía a Edith en su forma directa de hablar respecto a casi todo, mariposas, negocios, religión, pero en cuanto al tema de su exesposo no podía evitar la sensación de que la señora daba demasiadas vueltas.

IX

*En el que Joe vuelve con una nueva
contratación y la noticia de un negocio increíble*

Joe volvió justo cuando comenzó la tormenta, dispersando las tensiones eléctricas en la casa y trayendo con él «la fresca brisa de la *optimitud*», la promesa desde el oeste de vastos horizontes y la noticia de un negocio que les cambiaría la vida. Estábamos todos en la fábrica cuando escuchamos el ruido de llantas en la entrada y el retronar de la música country en el aire. Había pasado una semana desde que se fue sin decirle a nadie adónde iba, y dos días más tarde de cuando dijo que llegaría el día en que llamó asegurando que tenía una «junta jodidamente importante». Comenzaba a notar que había una relación entre el nivel de escándalo y distracciones que Joe creaba previo a su regreso y la cantidad de reparaciones que se requerirían para los daños que hubiera causado con sus ausencias súbitas e inesperadas. Su entrada ese día fue como un gran ¡ta dá!, y gracias a mi charla con Edith, estaba más atento a los trucos de Joe. Desde que escuché la puerta del carro cerrándose me prometí que no me distraería con el conejo blanco que sacara de su sombrero, las historias sobre negocios fantásticos o las odas a las maravillas naturales de Estados Unidos que estaba por contarme. Intenté sacarle algunas respuestas concretas sobre dónde había estado y qué había hecho.

Si las ausencias de Joe sembraban dudas en el corazón, su presencia tenía la capacidad de borrar cualquier duda que tuvieras sobre él tan solo por la fuerza de su Joe-sidad. Al entrar a la cocina se veía impresionante y sin esforzarse por ello, con su camisa empapada por la lluvia, pegada a la piel, los músculos de sus hombros y pectorales a punto de hacerla reventar, sus lentes

empañosados sobre la frente. Todas las molestias acumuladas se evaporaron. Traía una caja con ventilaciones de las que se usan para transportar mascotas, la cual se acomodó sobre la mano por encima del hombro para que Celeste no la alcanzara, pues la niña estaba saltando para ver la caja y preguntando «¿Qué es? ¡Déjame ver!». Joe sonrió con la seguridad de que, sin importar qué tan molestos estuviéramos, lo que traía en esa caja bastaría para que lo perdonáramos y olvidáramos. Era como un aventurero que, pese a haberse tardado cinco veces más de lo prometido y haber cometido toda clase de crímenes horribles durante su aventura, había encontrado el diamante que lo justificaba todo. «Maldito Joe Bosco», pensé. «No me importa en qué andabas. ¡Te extrañé!».

—¡Buenos días, mariposeros!

—Déjame ver, Joe, déjame ver. —Celeste se subió a una silla para alcanzar a ver lo que había en la caja.

Joe soltó unas risitas perversas y emocionadas por vernos descubrir lo que nos tenía preparado.

—¿Qué te pasó en la cara? —preguntó Mary.

Entre tanto embrollo no me fijé en la herida sobre su ceja, cubierta con una bandita de mariposas, y el ligero moretón en su mejilla.

—Un zorrillo. Frené tan fuerte que me golpeé la cabeza contra el espejo.

La expresión de Mary decía: «Un zorrillo, sí, cómo no», pero todos estábamos demasiado intrigados por la caja como para contradecirlo.

—Okey. Tienen que estar en silencio. —Puso la caja sobre la mesa—. No se me amontonen. —Retiró la tapa y dio un paso atrás—. Señoras y señores, les presento a... Jimmy Carter.

Era un ave. Del tamaño de un cuervo, pero sin plumas y con todo el aspecto de una cría salvo por el pico, que era un gancho impresionante. El pájaro levantó la cabeza y abrió aquel pico esperando recibir comida. Joe tomó un trozo de pizza que Elijah había dejado en la caja y lo echó a las fauces del ave.

—¿Saben qué es?

—Un guajolote bebé —dijo Celeste.

—¡No!

Yo no tenía ni idea. Era feo como un dodo e indefenso como un cordero,

salvo porque comía como algo que nació para devorar. Su pico era monstruoso.

—Es un... ¿cuervo?

—Nop.

—Un gavián —dijo Clay.

—Cerca.

—Es la jodida ave nacional. —Edith estaba poniendo etiquetas con los nombres latinos a las bases de las cajas de las mariposas y nada de aquello le hacía gracia.

—¡Eso, ma! ¡Ven para acá! ¡Te ganaste un auto! Es una aguilita calva huérfana. ¿Verdad que es adorable? La encontré en Batavia Kill. Estaba ahí tirada en la carretera.

—Ya tenemos muchos pájaros tontos aquí —dijo Edith.

Celeste le lanzó otro pedazo de pizza al pájaro. Cuando comía era más fácil ver al ave en la que se iba a convertir.

—Es un maldito tragón. Necesita comer todo el tiempo. Creo que crece más de medio kilo al día. Clay, ¿crees que le puedas hacer un corral a Jimmy Carter? Tiene que estar oscuro, pero necesita tener por dónde alimentarlo.

—Puedo tratar.

—No le voy a dar ni una morona a ese maldito bastardo —advirtió Edith.

—No tendrás que hacerlo. Vendrá con nosotros al viaje. Lo vamos a liberar en el Parque Nacional de Grand Tetons.

—Acabas de regresar de una buena callejeada ¿y ya estás hablando de la siguiente?

—No temáis, pues os traigo nuevas de gran *optimidad*. —Joe tenía una sonrisa de oreja a oreja, y aquella sonrisa parecía sincera—. Tenemos un comprador para la colección.

—Ay, ya vas a empezar.

—No. Esta vez tienes que creerme. Conocí a un tipo que hace las compras de un coleccionista privado que vive en Wyoming. Dice que su jefe es uno de los hombres más ricos del país. Está construyendo un lugar llamado «El Museo de la Extinción», que está lleno de especies que ya no se encuentran en el planeta, desde los brontosaurios hasta las azules de Palos Verdes. Le mostré las fotografías de la colección. Dijo que nunca jamás había visto

bichos como esos. Cuando le conté de los fenómenos, no me creyó.

—Ya somos dos.

—Es en serio, ma. Es real. Le enseñé la muestra. —Joe llevaba a todos lados esta cosa rara, una especie de tarjeta de presentación/seguro/crédito para emergencias—. Ese tipo estaba tan superimpresionado que le habló a su cliente. Le pregunté quién era pero no quiso decirme. Supersecreto. Le decía el Mago, porque nadie lo puede ver. No me quiso decir ni su nombre. Solo que es un tipo superreservado y solitario que tiene la colección de mariposas más grande del mundo. Como Rothschild, Riley, Bretherton, Margaret Fontaine, todos en uno, Iz. Es «el John Paul Getty del coleccionismo de mariposas». ¡Y me invitó a su casa en Wyoming!

Observé a Isabelle durante este anuncio. Sus sentimientos encontrados se revelaban en sus ojos que miraban hacia abajo y los leves movimientos de su cabeza: resignación mezclada con gratitud, un necesario escepticismo hacia Joe, pero el deseo de alegrarse por él.

—¿Hablaste de dinero con ese tal Mago? —preguntó Edith.

—Los trillonarios no hablan de dinero, ma.

—¿Y por qué no viene acá a ver la colección? —preguntó Mary, dándole voz a mis pensamientos.

—Es una especie de ermitaño. Parece que nunca sale. Vive en una cámara de oxígeno. No se sube a aviones. Les tiene miedo a las enfermedades.

—¿Y cómo es que está tan dispuesto a conocerte?

—¡Ja! ¡Porque yo tengo lo que a él le falta!

—¿Y el Smithsonian, Joe? —quiso saber Isabelle.

—Lo intenté. Les llevé fotografías y un par de especímenes. Hablé con el encargado de Entomología. Es un tipo que ha visto más insectos que casi nadie en este planeta. ¿Sabes qué me dijo? «Es una colección muy impresionante, señor Bosco. ¿Ha pensado en legársela a la nación?». «Legar», pensé. «Parece una palabra elegante para que te regalen cosas». Le dije que necesitábamos recibir algo a cambio porque eran muy valiosas, y él dijo que tenían un tope. Que es la forma elegante de decir que son unos tacaños. Y que el tope eran diez mil. Así que le dije que ese tope no era lo suficientemente alto. Que podía conseguir diez mil por una sola mariposa con un par de llamadas. El encargado se volvió todo frío y me dijo «¡El

dinero no puede comprarlo todo, señor Bosco!», así que le dije que no, pero ¡que sí podía comprarle un set de reinas Alexandra alas de pájaro! Y ahí fue donde se enojó conmigo.

—¿Cómo se ganó su dinero el coleccionista de Wyoming? —preguntó Isabelle.

—Bueno. Le dije que no quería venderle la colección a un opresor de los pobres ni a un traficante de armas o petrolero. El tipo me dijo que su cliente heredó el dinero de su abuelo, que era petrolero. Pero me aseguró que su cliente es un filántropo de los buenos. Apoya toda clase de causas del medio ambiente para salvar ballenas, tigres siberianos, bosques tropicales. Dijo que era un hombre que quería salvar al planeta de los abusos de la humanidad. Quiere componer lo que su padre destruyó. Está construyendo un museo lejos de las ciudades y del mar, por si algo le pasa al mundo. Como una guerra nuclear. O un segundo diluvio. Lo detuve para decirle que eso era mala teología, pues Dios prometió que nunca volvería a inundar a toda la tierra. Parece que es una de esas personas que se sienten culpables por lo mucho que tienen y quieren compensar por toda su acumulación y pisoteos.

Noté que Edith ya estaba guardando la historia de Joe en la biblioteca de las patrañas junto con todas las biografías engrandecidas que su hijo había creado. Al pasar mucho tiempo con un exagerador serial, tiendes a dejar de escucharlo. Joe era Pedro, el del lobo, pero diciendo que eran mil lobos. Subconscientemente comencé a hacer lo que Clay me aconsejó: dividir todo lo que Joe dijera entre diez para luego partir el resultado a la mitad. Estaba seguro de que el tal Mago, al igual que su famoso tocayo, iba a ser puro humo, puro ruido, un hombrecito bobo moviendo palancas para echar andar los efectos especiales que lo harían parecer más de lo que era. Sonaba como algo fantástico, incluso para los estándares de Joe.

—Cuando ese tipo pueda convertir tus estupideces en oro, entonces voy a celebrar. Pero por ahora tengo un maldito negocio que atender. Y una carta del *sheriff*.

—Ma, mientras tú te preocupas por unos floristas en Bangor que nos compran tres maripositas, yo estoy intentando cerrar un gran trato.

Y a partir de ahí los dos se fueron a los gritos. Edith le recordó a Joe (quizá por milésima vez) que ella comenzó ese negocio cuando él andaba en pañales

y le fue bastante bien sin contratar Cadillacs con teléfonos o inglesitos para que ayudaran al negocio (en ese momento yo seguía siendo, si bien no el enemigo, sí parte del problema, una extensión y apoyo de las callejerías de Joe) o agendando citas con Magos en Dollywood. Joe dijo que no andaba en pañales, que tenía once años y que, si él no le hubiera hecho aquel regalo, el negocio no habría existido. Defendió el haberme contratado diciendo que ya estaba ayudando al negocio. Mi educación estaba haciendo la diferencia. Edith argumentó que mi educación valía un carajo para el trabajo pesado. Joe dijo que pronto no tendrían que hacer el trabajo pesado. Ella contraatacó con el hecho de que tenían la renta atrasada y que los bancos los rechazaban. Pero, pese a la gritería, Edith necesitaba la medicina de un buen coraje. Necesitaba que su hijo hiciera cosas molestas para poder enojarse más. Y Joe la necesitaba enojada con él para reafirmar su rebeldía ante las reglas. Era como limpiarse la sangre y Joe era el boticario que le llevaba las sanguijuelas. Ella y Joe eran más como un matrimonio conflictivo que como madre e hijo. Uno por uno, los demás fuimos abandonando la habitación para dejarlos en su necesaria y eterna disputa.

Más tarde, cuando estábamos empacando para el viaje al oeste, decidí confrontar a Joe sobre el Mago, Jimmy Carter y la herida sobre su ojo.

—¿En serio fue un zorrillo, Joe?

—Claro.

La verdad es que Joe era pésimo para mentir. Cuando mentía era tan obvio que daba la impresión de que quería que supieras que estaba mintiendo. Solo tenías que descubrir la primera mentira y de ahí lo soltaba todo.

—Okey. Fueron unos bautistas.

—¿Bautistas?

—Me golpearon unos bautistas. En Virginia. No les gustó que le hiciera preguntas al pastor. Ese pastor estaba predicando sobre la prosperidad en esta vida y justificándolo con escrituras de aquí y allá, lo cual hasta el diablo puede hacer. Y su congregación, en la que todos parecían tener una buena vida, asentía y soltaba amenes por cada pedo que se echaba su líder. El pastor dijo que tenía un Mercedes y que Dios se lo otorgó como recompensa y que eso no lo avergonzaba. Dijo que un trabajador se merecía su salario. Y su

congregación, que parecía tener un buen salario, estuvo de acuerdo. Dijo que estaba haciendo cosas importantes, más importantes que cualquier CEO, y que debía recibir un pago que le correspondiera. Así que levanté la mano y le pedí que me aclarara cuánto le pagaban como pastor de esa iglesia. Y fue ahí cuando se tomó la decisión de echarme. Cuatro tipos me llevaron al estacionamiento, me acompañaron al carro, querían que peleara. Así que les ofrecí mi mejilla. ¡Y uno la aceptó! Me metieron a la cárcel por una noche.

—¿Te metieron a la cárcel por cuestionar a un pastor y por eso te tardaste tanto?

—Estuve preparando este negocio, Rip. Créeme. Y eso fue solo una noche. Pero valió la pena, solo por ver la cara de esos bautistas cuando interrumpí al pastor mientras estaba con todo. Hablando de quién es aceptado y quién no. Y siendo un verdadero cristiano. ¡Y diciendo que él se iba a ir al cielo! Tenía que interrumpir eso. Porque justo esa es la teología que está matando a este país.

—¿Para qué te molestas en ir a la iglesia, Joe?

—Es comida, Rip. Y como en cualquier restaurante, si la comida está mala, la regresas. Los pastores son los meseros que sirven el banquete celestial, o al menos eso deberían hacer. Si te dan algo que no te puedes comer, o tan exótico y condimentado que te da ganas de vomitar, lo devuelves. Pero no deberían cobrarte por esa comida porque a ellos se las dio alguien más. Y algunos de ellos cobran muy bien. Por eso deben hacerse preguntas.

De pronto me di cuenta de que Joe y yo estábamos solos. Era tan raro estar solo con Joe; siempre había alguien más (un chaperón, un compañero, un chiquillo, una hermana, un vago) esperándolo. Estaba seguro de que siempre andaba acompañado para evitar las preguntas que pudieran surgir. Así que aproveché esa oportunidad.

—Tu madre me contó sobre tu padre, lo que pasó.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues eso es señal de que confía en ti.

—Su versión fue ligeramente distinta a la tuya. No me di cuenta de que tu padre era... malo.

—¡Le encanta el drama! La gente siempre da versiones distintas de la

misma historia. Ya deberías saberlo. Eres un escritor. Los Evangelios son un ejemplo. Eso no significa que no sean verdad.

—Tu madre me dijo que te vigile, Joe. Cree que estás tramando algo. Tienes que ser honesto conmigo.

Se rascó las manos. Esas manos con las que, según me dijo, sacó a su madre de entre las llamas.

—¿Crees que el Mago realmente quiere los fenómenos?

—Sí lo creo, Rip. En el mundo de los lepidópteros, los raros son los que la hacen en grande. Pero ya hablaremos de eso en el camino. Tendremos mucho tiempo para compartir nuestras biografías. Aclararemos los detalles a tu gusto. —Luego susurró—. Cuando estemos a kilómetros de ma, te contaré todo lo que necesitas saber. Lo prometo. Ven, déjame enseñarte adónde vamos.

Joe me llevó a la Sala de Operaciones. Cuando llegamos al mapa de Estados Unidos, extendió los brazos, con las palmas hacia arriba, como un pastor preparándose para su sermón.

—El mundo se divide en dos clases de personas, Rip. Las que tienen cajas de mariposas y las que no. Y tú, mi amigo, serás el portador de la buena nueva, el pescador de hombres y mujeres, el pastor que llevará a la gente al reino de las mariposas. Cada pueblo en el que haya una iglesia, un McDonald's, una gasolinera y una escuela, tendrá una tienda que venda mariposas. Vamos a llevar la buena nueva de los *Papilios* a lo largo y ancho de esta tierra. La convertiremos en una nación de lepidopteristas. Afianzaremos nuestro imperio de bellezas aladas, nuestra cornucopia de color. No nos detendremos hasta que el Reino de las Mariposas se haya establecido en esta tierra.

Una razón por la que creo que a Joe le atraían tanto los predicadores es porque reconocía en ellos a espíritus como el suyo. Era un evangelizador que, terca e incluso alegremente, enfrentaba la grotesca ignorancia de los impíos mientras proclamaba su evangelio entomológico. Y por más ridículas que fueron aquellas palabras, Joe logró hacerme volver a creer.

—¿Estás listo para vender, Rip?

—Eso creo.

—¿Estás listo para vender, Rip? —Joe me gritó como haría un sargento con

su pelotón cuando espera una respuesta en el mismo tono.

—¡Sí, señor!

—Dije: ¿realmente estás listo para vender?

—¡Sí, señor! Estoy listo, señor.

—Oh... ya puedo sentirlo. Vamos a arrasar con este país. La vas a hacer en grande, Rip. Vamos a vender como locos. Y serás un conquistador. Con encanto, historias y talento para las ventas. Vender es contar historias y contar historias es vender. Para vender algo debes saber contarlo. Crear imágenes para la gente. Darle esperanza. Y si quieres entender a este país, Rip, tienes que vender. Cuando vendas lo entenderás. Vender es el idioma de esta nación, y vas a aprender a hablarlo con fluidez. Tener lo que la gente quiere o necesita, o algo que aún no saben que necesitan: es hermoso. Y cuando tienes un producto con un valor real, con significado, verdad y belleza (¡tú lo dijiste!), no hay nada mejor. Y mientras hacemos esto vivirás tales glorias y verás tales maravillas que pensarás que fuiste un loco por siquiera haber considerado negarte a mi invitación. Pero no todo será un mar en calma. Somos como pescadores. Nos lanzamos al mar en nuestra barca de metal con la esperanza de vender en distintos puertos, cruzando una tierra tan enorme que creerás que es un océano. Habrá tormentas. Habrá tiburones. Incluso piratas. Pero si echamos nuestras redes, ¡los atraparemos, Rip! Hay más peces en el mar. Di di di. Un pez para ti y un pez para mí.

Sería fácil pensar en Joe como una especie de porrista del Sueño Americano. Pero creo que solo tomó los tropos del Sueño y los convirtió en una animada charla motivacional para darse ánimos. La positividad del todo es posible era el idioma necesario para sobrevivir y hacerla. Me tomó un rato poder ver, entre tanta fanfarronería, que «hacerla» (financiera, comercialmente) no era su meta, y que la única parte del Sueño que le importaba (si acaso el Sueño se trata realmente de eso) era la libertad que le daría, la posibilidad de seguir moviéndose, de andar por ahí sin rendirle cuentas a nadie.

Miré el mapa de Estados Unidos. Era una tierra suficientemente grande para Joe. Una tierra suficientemente grande para contener todas nuestras fantasías. Un Quijote andaría a sus anchas por ahí, viajando sin trabas por las planicies durante mucho tiempo antes de encontrarse con las dudas o los

dedos apuntando hacia su locura. Yo quería tenerla y estaba seguro de que ella quería tenerme. Estaba dispuesto a ser crédulo, a creer cualquier cosa que me dijera, sus imposibles posibilidades y sus credos vulgares. Miré a todos esos adorables estados con nombres tan resonantes y llenos de significado y recuerdos de cosas con las que yo solo había soñado, pero que aún no había vivido, y me hablaron: «Ven a mí, Rip», dijo Colorado, «mis montañas son las más grandes que has visto en tu vida». «No. Soy yo lo que quieres», dijo Wyoming, «mis montañas son más bellas, mis prados más verdes, mis parques más espectaculares». «¡Acá arriba!», dijo Montana, «donde el cielo es extenso y los ríos más transparentes». «Lo que quieres es rodar por mis colinas», dijo Dakota del Sur. «Aquí abajo, chico», susurró Tennessee con su voz rasposa.

Allá voy, Estados Unidos. ¡Allá voy!

—¿Me dan café?

—Aquí no hay servicio a la habitación.

—¿Dónde está Larson?

—¿Larson?

—Mi guardia.

—Ese no es mi problema. Soy el teniente White. El sheriff me pidió que me encargara de esto. Ya leí su declaración hasta el momento. ¿O debería llamarlo «su libro»? Vaya que sabe ponerle adornitos a su historia. Y, ay, se extiende con ganas.

—El sheriff me pidió que fuera preciso.

—El que lo escriba con tantos detalles no hará que le crea más que si solo fueran unas cuantas palabras. Así que ¿por qué no deja esa pluma y simplemente me dice por qué lo hizo? Podemos salvar unos cuantos bosques.

—Ya le dije: yo no lo hice. Pero asumí que si solo escribía «Yo no lo hice» no sería suficiente.

—Pues alguien lo hizo, señor Jones.

—¿De verdad leyó mi declaración?

—Sí, y no está siendo tan honesto como cree. Solo porque lo escribe así. Ya demostró que es un mentiroso de primera cuando quiere salirse con la suya. Usando la muerte de personas que siguen vivas para conseguir lo que quiere. Un hombre que puede mentir sin pena con eso, puede mentir sobre cualquier cosa. ¿Quién me asegura que al menos algo de lo que dice es verdad?

—Estoy siendo honesto respecto a las mentiras. ¿Me está diciendo que usted nunca ha mentado?

—Claro, pero algunas de estas mentiras han escalado.

—Las reconocí.

—Mire. Soy un tipo del estilo «Pasó esto y luego aquello». No quiero conocer sus opiniones sobre Estados Unidos o qué estaba haciendo con su pito, aunque sí me impresionaron los malabares que hizo con esas hermanas. Sin duda las

hizo como quiso.

—No fue tan simple.

—Oh, yo creo que sí. Quería el bufet completo. Todo lo que pueda comer. No lo culpo por eso. Un joven saltando de cama en cama. Pero una de esas camas no estaba bien armada. Y mire lo que pasó.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no creo que toda esta palabrería lo vaya a justificar, señor Jones. O que siquiera ayude a que la gente entienda su caso. No se lo compro.

—No hay nada que comprar ni nada que vender aquí. Quiero ofrecer un recuento real.

—Pues no le creo, señor Jones. Ni a este timo que está escribiendo.

—Tomo.

—Como sea. Se está condenando con esta declaración.

—¿Por qué?

—Estoy contando cuántas veces dice que tenía ganas de matar a alguien, y hasta ahora van seis. Y a cinco personas distintas.

—Es en sentido figurado.

—¿Lo mató?

—¿A Joe? ¡No!

—¿En algún momento quiso matar a Joseph Bosco?

—Por favor.

—Responda la pregunta, señor Jones.

—¿Pues claro que sí! ¿Quién no? Pero querer no es lo mismo que hacer, y usted lo sabe.

—¿Alguna vez amenazó con matarlo... directamente o frente a otra persona?

—Una vez maté a Joe, en cierto sentido. Pero dos veces no. No como usted dice. En esa familia todos amenazaban con matar a alguien.

—¿Todos en esa familia?

—Edith. Joe. Mary. Sobre todo Edith, prácticamente todos los días.

—¿Y qué me dice de la señora Bosco? Parece que había problemas entre ustedes.

—Tuvimos... un conflicto. Pero jamás la amenacé con eso. Aunque puede que lo haya pensado.

—¿Por qué no me cuenta sobre esto?

—Mary la tomó prestada para su viaje al oeste. Su madre decía que «toda mujer debería tener un arma».

—Sus huellas digitales estaban en ella.

—Porque la sostuve.

—Señor Jones, creo que sé por qué lo hizo. No obtuvo lo que quería y se encargó de que lo mismo les pasara a ellos.

—Eso es absurdo. Esto es en verdad ridículo.

—Parece enojado.

—Pues claro que estoy enojado. Me tienen aquí por acusaciones falsas.

—Porque usted fue la única persona que se encontró en la escena del crimen. Alguien con suficientes motivos para hacer lo que hizo. Y que admite haber pensado en hacerlo. A mí no me parece tan ridículo.

—Está enredando mis palabras. O malinterpretándolas.

—¿Cómo cree que terminará esto, señor Jones? ¿Cree que puede escribir el final que se le dé la gana?

—Escribiré lo que sucedió.

—Pues, por lo que leo, esto no va a terminar bien para usted.

TERCERA PARTE

¡Oh, América mía!
Qué dulces los sueños fueron primero.
Los sueños que sueñas
al estar despierto
imaginando un idilio, buscando el vellocino.
Abrí las alas y crucé tus tierras
mitad morfo azul, mitad hombre-niño.
Tomé el inevitable camino.
aquel que se manifiesta en el destino,
las señales eran buenas
(al menos las que vi,
pues otros presagios ignorar preferí).
Estabas frente a mí,
abierta de brazos y piernas,
tendida de espaldas,
con cañones, valles y aguas muy quietas,
un país por dedear, tocar y fornicar.
Y yo con las ganas no me iba a quedar.

X

*En el que Joe, Mary, Jimmy Carter
y yo nos vamos al oeste*

Salimos a primera hora, Joe, Mary y yo, con el Chuick cargado con un valor de «cuatro mil kilómetros» de mariposas por vender y un águila calva de nombre Jimmy Carter. Joe me despertó a las siete en punto con un toque de diana: «Arriba y atento. ¡Este glorioso mundo es nuestro!». Dijo que debíamos adelantarnos al resto del país, que por toda la costa este estaba despertando la gente con cosas por vender y teníamos que ganarles a llegar a las aperturas de las tiendas.

—¡Al que madruga le tocan más *waffles*, Rip!

Comimos un fuerte desayuno con tocino, huevos... y *waffles*, como si fuera a ser nuestra última comida por un tiempo. Mostrándome la caja de harina Hungry Jack, Joe me la vendió basándose en la belleza de hacer una sola cosa y hacerla bien.

—¿Ves esto, Rip? Esos tipos de Hungry Jack alguna vez fueron como nosotros, antes de volverse famosos. Tenían un producto hecho en casa y lo vendían en las comunidades cercanas. Ganaban bien, porque todos los que lo probaban lo amaban. Pudieron haber seguido así y les hubiera ido bien. Pero un día el representante de una cadena nacional lo probó y ahora lo venden en todas las tiendas del país.

—La diferencia es que la gente quiere *waffles* —dijo Mary, desinflando la creciente emoción de Joe como una buena hermana.

—No solo de *waffles* vive el hombre —replicó Joe, y el jarabe ungió su camiseta.

Habíamos cargado el Chuick con tantas cajas de mariposas como fue

posible (unas ciento veinte en la cajuela y otras dos docenas en la mitad del asiento trasero). Mary se quejó de que no nos lleváramos el Cadillac, pero Edith ganó la discusión sobre devolverlo. Joe dijo que pronto todos andaríamos en Cadillacs. Para mí, el Chuick era un navío más adecuado para nuestras aventuras: leal, confiable y honesto. El Chuick era uno de esos raros casos en lo que algo que se dice único realmente es único. Mientras nos acercábamos al carro, Celeste le iba rogando a Joe que la dejara acompañarnos, aferrándose a su pierna y obligándolo a caminar como un gigante con cojera.

—¡Déjame ir contigo, Joe! ¡Déjame ir!

Joe llevaba tres redes para atrapar mariposas con varas plegables y su ridículo maletín de imitación cocodrilo con cierres de combinación en el que portaba un set «de viaje» de morfos azules de cinco alas para el Mago.

—Te llevaré el próximo año, Ceelee. Lo prometo. Iremos a Disneylandia en invierno.

—Me lo prometiste la vez pasada. Dile que me deje ir, señor Rip.

—No depende de mí, Ceelee. Pero pasaremos muchas horas en la carretera. Te aburrirías. Además, solo tenemos espacio para tres personas por todas las cajas de mariposas y Jimmy Carter.

—¡Ay! No es justo.

—Tienes que ir a la escuela, Ceelee —dijo Joe, dejando el maletín para levantar a la niña—. Necesito que seas más inteligente que todos los demás. Para cuando seas la primera presidenta de color de Estados Unidos.

Mary ya se había apoderado del asiento trasero y estaba perdida en la música de su Walkman. Jimmy Carter estaba junto a ella en la caja que Clay le había hecho. Estaba hecha de tablas ligeramente separadas y tenía una tapa corrediza y una cama para los desechos con páginas del *National Enquirers* hechas tiras, lo cual, según Joe, significaba que el ave nacional se cagaría sobre todas las celebridades de la nación. Yo llevaba mi maleta más pequeña con un par de cambios de ropa. Joe traía puesto todo lo que se iba a llevar: pantalón de gabardina, camisa de vestir sin cuello y mocasines negros. Su único equipaje era el portafolio.

—¿No vas a llevar cambio de ropa, Joe?

—Ya compraré algo cuando lo necesite.

Isabelle apareció, con el cabello suelto y vestida más fresca de lo normal. Qué típico de ella verse más adorable que nunca cuando yo ya me iba.

—Ma quiere hablar contigo, Joe.

—Algún día simplemente me dejará ir. —Joe puso las tres redes de mariposas sobre el asiento trasero y se fue, caminando escandalosamente.

Y ahora ¿qué? ¿Se venía un boicot de último minuto? Mi deseo de echar a andar, ver el país y comenzar mi aventura por la carretera ya estaba a toda potencia. Yo era como una flecha en un arco tenso, listo para salir volando sobre el Misisipi y más allá.

Clay apareció con un enorme Tupperware.

—Esto es por si necesitan hacer algunas cajas de emergencia. Si se les acaba la mercancía antes de lo que esperaban o por si rompen alguna. Hay material para hacer hasta cincuenta cajas si las necesitan. —En la caja había un tubo de silicón, cristales de quince por diez centímetros, cien especímenes variados, etiquetas y madera—. Y llévese esto. Por si lo vuelven a morder. — Me entregó la dona para las hemorroides.

—Gracias, Clay —dije, estrechando su mano.

—Con cuidado.

Podíamos escuchar a Edith y Joe gritándose. Miré a Isabelle.

—Nunca lo deja ir sin antes pelear. Está decidida a que sus pollitos sigan siendo pollitos. Él aún es su pequeño Joe.

Estiré una mano y ella la tomó para despedirse con un apretón. Su mano era pequeña y blanca y estaba fría, pero su saludo fue firme. De último minuto decidí darle un beso en la mejilla. Ella hizo lo que hacen los tímidos, inclinar la cabeza cuando están por recibir el beso, así que terminé besándole la frente, lo cual causó que el beso fuera aún más significativo de lo que yo planeé y ella quería.

Le deseé buena suerte con su ensayo. Ella me deseó buena suerte con mis ventas.

—Espero que el coleccionista resulte ser... real —dijo—. Y buen viaje.

Joe bajó las escaleras dando saltos.

—Muy bien. ¡Todos a bordo!

—¿Todo bien?

—¡Sí! Todo perfecto. Me despidió como siempre: «Jódete. Ojalá te mueras.

Ni esperes encontrarme aquí cuando regreses. ¿Para qué te vas? Es un desperdicio de tiempo. Eres peor que tu padre». No le gusta que me vaya. Eso es todo.

Cuando me subí al auto, Mary me lanzó una mirada asesina.

—«Suerte con tu ensayo». —Se burló, imitando mi despedida de Isabelle.

Jimmy Carter estaba inquieto, graznando y arañando su caja, consciente de que se venía un cambio. Joe encendió el Chuick y el borboteo de su motor fue un sonido lleno de promesas, un sonido que decía: «Llegaremos lejos».

—Nos vemos —dijo Joe, cruzándose por encima de mí para hablarle a Isabelle desde mi ventana abierta. Mientras salíamos, Celeste corrió junto al auto, con sus delgadas piernas de gacela dando grandes zancadas y sus pies que parecían no tocar el suelo. Isabelle nos despidió agitando una mano y yo le respondí el gesto desde mi ventana abierta, sintiendo una conexión. Y entonces la vi, como una centinela desde la habitación de su cuarto: Edith nos observó hasta que dimos la vuelta y nos perdimos de vista.

¡El Camino! Estaba siguiendo las huellas de miles de hombres y mujeres, vendedores, forajidos, predicadores, abogados, poetas; los codiciosos, los tristes, los optimistas y los locos. El Camino ya no era ese que me prestaban las historias de otros, sino el mío, y me prometía una suerte de salvación, era mi Mesías de Asfalto. El Camino era una posibilidad infinita. Qué rutas tomaríamos, cuánta gente conoceríamos, la sincronía de todo y las más ligeras variaciones que nos llevarían a finales completamente distintos era lo que lo hacía tan intenso y tan misterioso.

Yo estaba siendo parte del drama estadounidense por antonomasia: el camino que te lleva de pobre a rico, venta a venta. Por todas partes, cientos y miles de emprendedores se lanzaban a las oficinas de una gran corporación o a una tienda en un centro comercial, con su vida en un maletín, pidiéndole al cielo que su voz no se quebrara, que sus cifras fueran acertadas y que su ropa fuera correcta para la ocasión. Aunque las estadísticas nos decían que solo uno de cada veinticinco productos que se ofrecerían en ese día tendrían éxito, no teníamos ni una sola duda de que nuestro cargamento sería el elegido. De todas las polillas soñadoras que revoloteaban alrededor del Sueño Americano, seríamos nosotros quienes fuéramos directo a las llamas,

inmediatamente y sin previo aviso. O algo así.

Sentí la euforia de ser un joven sano en el mejor país del mundo libre, acompañado por gente interesante y poco común, con la expectativa inminente de la satisfacción sexual y un plan para hacer dinero que nos mantendría pasando de aventura en aventura por siempre. Mi mente se lanzó a toda velocidad por el país que estaba por conocer, las ventas y el amor que iba a hacer (estaba a cincuenta cajas del éxtasis). Podía ver a Mary por el espejo lateral, con sus piernas oscuras sobre el asiento trasero, pintándose las uñas de los pies con gran concentración, intentando anticipar los baches del camino (¿hay algo tan misterioso o atractivo como una mujer maquillándose en un vehículo en movimiento? No, no lo hay); iba tarareando al ritmo de su Walkman, con sus audífonos como una diadema sobre su lacio cabello, que le caía sobre el rostro en perfecta y azarosa simetría.

Si en los siguientes kilómetros fuimos solos, cada uno con nuestros pensamientos, en cuanto salimos del perímetro de Catskill Park algo cambió (ese lugar realmente tenía una especie de hechizo que se rompía en cuanto estabas fuera de su alcance). Al tomar la autopista, Joe volvió a la realidad y gritó: «¡El Camino! ¡El Camino! ¡El Camino!». Al frente nos esperaba un puente de vigas metálicas y mientras nos acercábamos, Joe bajó la velocidad.

—Escucha —dijo. En cuanto el auto estuvo sobre el puente, las llantas comenzaron a crear una nota específica, la cual Joe cambió acelerando y desacelerando. Tocó el puente con el auto como si fuera un diapasón gigante. En cuanto salimos del puente la canción se detuvo, o más bien volvió a ser la tonada que siempre está sonando, pero no la notas hasta que se detiene. Joe señaló su oído con un dedo.

—Y ahora ¿escuchas eso? —Era como el ruido blanco en el radio o el correr de un río—. El camino tiene sus sonidos. Y cada camino tiene un sonido distinto. El clima cambia la tonada. El calor hace gritar a las llantas. La lluvia las calma... ¡y es un sonido maravilloso! El sonido de un carro andando bajo la lluvia, Rip; ese es el sonido más hermoso del mundo. Ojalá estuviera lloviendo en este momento para que lo escucharas. Pero a veces tienes que cuidarte, porque te puede arrullar. Te da sueño. Yo me he quedado dormido al volante dos veces en mi vida, una en Kansas y otra en Nebraska. Pero este sonido es como el de un bajo. ¿Lo escuchas? —Escuché el sonido y lo

encontré, el correr de un río bajo el resoplido del motor del Chuck.

—Lo escucho.

—Es la música del camino.

Comenzó a tamborilear contra el volante, tomándolo y soltándolo, y luego se puso a cantar una de sus canciones. Cuando iba manejando Joe cantaba unas horribles degeneraciones de canciones populares y mezclaba las letras con sus propias palabras. Había una que cantaba con la tonada de «Yankee Doodle» y decía que era su himno para vender; era su cortinilla musical. El primer verso decía así:

¿Me compras mis mariposas
que vienen de todas partes?
las traje hasta aquí solo para ti
¿cuántas vas a comprarte?

Y el estribillo decía:

Cinco por cincuenta,
diez por setenta y siete.
Cómprale a tus amigos
¡para que sigamos vivos!

Cantamos esa canción hasta llegar a Ithaca.

Odiseo nació en Ítaca y me pareció un buen augurio que mi primer intento de venta fuera en un lugar nombrado en honor a tan destacado viajero. Un cínico podría reírse de esto, pero a mí no me cuesta trabajo ver una equivalencia homérica en mi propio viaje y en el negocio de las ventas. Las llamadas y la presión para comprar, la humillación y el rechazo, los cuestionamientos diarios sobre la integridad y el buen gusto, la combinación de seguridad y humildad requerida para el vendedor, pondrían a prueba al astuto Odiseo tanto como cualquier sirena, cíclope o harpía. Joe decía (y lo apoyo) que los vendedores ambulantes eran los verdaderos héroes de la época, enfrentándose a todos los climas, cruzando grandes distancias, arriesgando cuerpo y alma, enfrentando humillaciones, rechazos y miserias

diarias, lejos de los suyos; enfrentando más tentaciones, demonios, bestias y palizas que cualquier otro héroe, todo para sobrevivir otro mes. Esta Ítaca (población: 30 000) era un pueblo de universitarios elegante y civilizado que se construyó al sur de uno de los lagos Finger, habitado (según Joe) por gente educada y mayormente de derecha, pero abiertos a la naturaleza y a ver el mundo de manera más poética. De acuerdo con Joe, esa era la población ideal para un vendedor de mariposas novato que necesitaba entrenar sus alas.

—Te van a adorar —dijo Joe.

—¿Vas a intentar vender aquí? —Mary parecía sorprendida ante la elección de ese pueblo.

—Claro, ¿por qué no?

—Ni lo conoces.

—Ninguno lo conocemos, pero Rip es nuestra arma secreta.

—¿Quién es el mejor vendedor de la familia? —pregunté.

—Ma —dijo Mary, como si fuera algo indiscutible.

—¡Oye! —protestó Joe.

—Por favor, Joe. Siempre vendió mucho más que tú.

—Pero ¿su...? —Dibujé un círculo en el aire frente a mi rostro.

—A la gente, o le da lástima o le da miedo decirle que no —comentó Mary—. Ahora ya no vende mucho. Pero siempre las vendió con un discurso directo, sin adornos. A diferencia de Joe. Joe dice que es el mejor, pero habla demasiado.

—Yo consigo clientes, Mary. Y lo sabes.

—Usas diez palabras cuando una bastaría. Y no todas son palabras que conozca la gente.

—Tengo mi método. Todos tienen su propio método.

—Claro. Joe inventa toda clase de locuras para vender. Por las cosas que dice a veces, se pensaría que somos la familia más trágica de todo Estados Unidos.

—No escuches su negatividad, Rip —protestó Joe, aunque no estoy seguro de que realmente le importara su reputación como vendedor.

—¿Y Clay?

—Clay es bueno, pero ser negro no ayuda, especialmente en esta parte del

mundo. Elijah es demasiado tímido.

—¿Isabelle?

—¡Isabelle! —Se burló Mary—. No podría hacer una venta ni aunque su vida dependiera de ello.

A decir verdad, no ser capaz de vender me parecía algo admirable, pero eso no se lo dije a Mary.

—¿Y tú?

—Puedo hacerlo si es necesario. Ma cree que las mujeres vendemos mejor que los hombres porque los hombres son unos fanfarrones y nunca dicen la verdad sobre nada. Ma quiere que yo venda más, pero a mí no me gusta. Siento que me estoy vendiendo a mí misma. Lo que me gusta es manejar. Soy buena en eso.

—Sí lo eres.

Mientras Joe se estacionaba, Jimmy Carter comenzó a graznar y arañar su caja en el asiento trasero.

—Creo que ya necesita más comida —anunció Mary—. ¿Tienes plata, Joe?

Mary se puso los audífonos sobre las piernas y se asomó por el espacio entre los asientos delanteros. Joe le entregó diez dólares de un rollo que llevaba en el calcetín.

—Ve a ver si le consigues algo de pescado a Jimmy Carter. El pescado es su dieta natural.

—Necesito dinero para comprar tinte de cabello.

—¿Tinte de cabello?

—Estoy pensando pintármelo de azul.

—¡Que sea como una morfo azul! Nos da buena publicidad.

Joe le dio otros diez dólares. Mary me deseó suerte.

—Doscientas cincuenta cajas —dijo, luego me guiñó y se fue a conseguir pescado crudo y pintura azul.

La florería estaba en el centro de la ciudad, en la zona libre de autos (algo que Joe juzgó como arrogancia elitista y una traba para los negocios, pues implicaba tener que estacionarse lejos y caminar algunas cuadras). De pronto me llené de nervios. ¿Y si no era bueno para esto? Había hecho ventas por teléfono y era bueno, pero aquella era una experiencia anónima; el rechazo no tenía rostro y era impersonal.

—¿No me vas a enseñar primero cómo se hace?

—La única forma de saber si puedes montar a caballo, Rip, es montando un caballo. Estaré ahí contigo. Me mantendré callado, fingiendo que eres el jefe. Solo te estoy acompañando. No diré ni una palabra. Diles que tengo un problema de lenguaje, si quieres. Diles que soy tonto.

Siguió dándome ánimos y preparándose mientras caminábamos.

—Tienes que leer las señales rápido, Rip. ¿La persona está triste o feliz? ¿Le gusta su trabajo o no? ¿Es demócrata o republicana? ¿Atea o creyente? O ninguna de las anteriores. ¿Me dejo ir con datos científicos? ¿O solo hablo de negocios? ¿O preferirá la versión sorpresa? ¿Debería enseñarle la morfo azul o comenzar con la malaquita? Es fácil presentir estas cosas. Pronto aprenderás cuándo hundir el acelerador y cuando bajar la velocidad. Que no se te olvide sonreír. Tienes esa clase de cara que parece un poco cascarrabias cuando está neutral. Trata de verte más... ya sabes... animado. En este mundo, una sonrisa falsa es mejor que un gesto sincero.

Intenté sonreír.

—¿Por qué no le metes más dientes? Necesitamos ver tus dientes.

—Están un poco amarillos.

—No importa. No puedes sonreír sin dientes. Y no puedes vender sin sonreír.

Abrí la boca y le ofrecí una sonrisa llena de dientes.

—Caray —dijo Joe con un gesto de horror—. ¿Nunca usas hilo dental? Tienes que usar hilo dental, Rip. Okey. Mantén la boca cerrada la mayor parte del tiempo. Menos cuando estés hablando. Tenemos que arreglarte eso. Quizá un escritor pueda andar por ahí con dientes feos, pero un vendedor debe tener una excelente dentadura. Es un básico. Y si puedes, haz que la sonrisa se vea menos... ya sabes... Sonríe desde adentro, si puedes.

—Sonreír no es algo que esté en mi naturaleza. No puedo fingir.

—Okey. Pero tienes que aprender, Rip. Tienes que sacrificar tu orgullo en el nombre de las ventas. Debes estar listo para hacer el ridículo a cambio de fortuna. Finge hasta que sea real. Y recuerda: cada discurso de venta es un poema. O una historia. Dales vida a las mariposas con tus palabras. Hazlas volar. Y asegúrate de halagar su apariencia. No solo cuando sean mujeres. También a los hombres: «Me gusta su camisa, señor. He estado considerando

dejarme la barba de candado. ¿Necesita muchos cuidados? ¿Hace mucho ejercicio? Seguro levanta como 90 kilos...». Cosas así. Y déjalos que hablen de su producto. Demuéstrales interés. Que te muestren su entusiasmo por lo que hacen. Ah, y si les sacas el nombre o si lo ves en su gafete, úsalo. En serio, a la gente le encanta escuchar su nombre en boca de un extraño. Es mágico. No tengas miedo de hacerle pequeños cambios a la historia. Tienes que ofrecer pan fresco. Y finalmente, haz lo que hagas, nunca...

—Le vendas a un Muppet.

—¡Eso! Te enseñaron bien.

La Florería Kris estaba entre una librería y un restaurante vegetariano. No era exactamente un castillo ni una imponente fortaleza, pero cuando entramos a la tienda me sentí como si fuera a la batalla. Tenía más mariposas en el estómago que en la caja que llevaba Joe. Lo diría una y otra vez: en todas partes del mundo hay personas en la batalla, esforzándose al límite, llegando hasta lo imposible, solo por tener para vivir. Y para ellas mis respetos, pues en cada intento de venta se encuentra la posibilidad del rechazo, del fracaso y algo así como la muerte.

—¿Crees que me veo suficientemente profesional?

—Te compraría un caballo cojo.

Me erguí, me fajé la camisa y me acomodé el cabello hacia atrás. Hice unos gestos para estirar la boca, me imaginé como un ganador astuto y encantador y entré a la tienda.

Ese aroma que se volvería tan conocido para mí en los siguientes días y kilómetros me recibió de golpe. El aroma conjunto de las flores en una florería es un hedor dulce, un olor muy poderoso, primigenio y sexy al principio. Daba la impresión de que no había nadie en la tienda. Eran apenas unos minutos después de las nueve y con seguridad éramos los primeros en aparecer ese día. Desde algún sitio entre el verdor, se escuchaba música clásica. Disimulé un estornudo.

—¿Los puedo ayudar en algo?

Una voz femenina salió desde detrás del mostrador, donde luego apareció una mujer con el rostro colorado por la posición en la que estaba. Tenía un montón de listones que estaba convirtiendo en moños. Habló sin mirarme, pero parecía saber que no era un cliente. Le ofrecí mi mejor sonrisa y mi

mejor acento inglés, intentando sonar como algo entre un presentador de noticias y un actor shakespeariano: rítmico, grave y florido. Me pareció apropiado ser florido en una florería.

—Qué belleza. Es genuinamente... una catedral de las flores. —Nunca había usado la palabra genuinamente, pues es claramente pretenciosa, pero estaba nervioso. Salió así, como si nada, y genuinamente dio paso a un río de palabras de untuosa afluencia—. Jamás vi un arreglo más deslumbrante. Su tienda es maravillosa. Perfectamente maravillosa. En verdad. La mejor que he visto. En la vida. Debe estar orgullosa.

—Solo soy una empleada.

—Pues trabaja en una tienda encantadora.

—No es fácil, se lo aseguro. ¿Vende seguros o qué? —Señaló con un movimiento de cabeza hacia mi caja y miró a Joe con desconfianza. Luego devolvió su mirada hacia mí, como si fuera a robarla, y a Joe como si fuera una amenaza. Iba a ser complicado. Su acento y su actitud eran claramente de Nueva York.

—No, no. Para nada. Yo, eh... me llamo... soy el señor Jones y este es mi asistente, el señor Bosco. Trabajamos en El Mundo de las Mariposas, una compañía que se especializa en vender regalos a floristas.

Su gafete decía Anthony.

—Anthony. Qué bonito nombre.

—Es Anth, «th».

—Ah. De donde vengo es un...

—Nombre de chico, lo sé. Mi padre quería un niño. Fui una decepción constante para él. Y, entonces, ¿qué intenta venderme?

—Mire, Anthony. Si me permite mostrarle, tengo unas muestras aquí. —Levanté la caja de muestras para acomodarla sobre el mostrador.

—No la ponga ahí.

—Perdón.

—Póngala allá si es necesario. —Señaló hacia una silla—. Más le vale que no sea un seguro de vida.

—No. Es algo mejor para la vida. —Joe sonrió al escuchar esto. Hasta ese momento se había mostrado bastante contenido.

—Y entonces ¿qué es? Tengo cosas que hacer.

—Será más fácil si se lo muestro.

Dejé la caja y la abrí. Adentro cabían tres contenedores de diez por quince con una de cada una de nuestras mariposas más populares (espejito, cola de golondrina y morfo azul) y algunas hojas que mostraban los diferentes tamaños, además de un folleto con más ejemplos para que el florista lo conservara.

—Básicamente... bueno, ya lo está viendo... hablan por sí mismas. Estará de acuerdo.

—¿Está muerta?

—Es una *Morpho peleides*, comúnmente conocida como morfo azul.

—¿Es real?

—Todas nuestras mariposas son reales, *madam*.

—¿Usted las atrapa?

—Esa es de Brasil...

—¿Usted las mata?

—No. No. Claro que no. Simplemente... Se les atrapa y se les duerme. Se hace de la manera más humana.

—¿Humana? ¿Cómo?

—Usamos... Es una especie de... Es indoloro.

—¿En serio? Que te duerman y nunca despiertes, por Dios. Es siniestro. ¿Qué le pasa? ¿Es un asesino serial?

Joe se aclaró la garganta como si fuera a tomar la palabra y salvar mi desastrosa venta. Iba terrible. No lograba relajarme, ser yo mismo. Estaba permitiendo que ella marcara la dirección del discurso, y me estaba enfocando en el aspecto menos agradable pero inevitable del producto. Sonaba condescendiente, hasta para mí. Condescendiente y un poco raro. Pero, sobre todo, le estaba vendiendo a un Muppet. Debí haber solicitado hablar con el dueño desde el principio, pero en vez de eso cavé mi propia tumba.

—Nos gusta pensar que estamos extendiendo la vida de la mariposa promedio. Les damos vida más allá de su misma vida, en cierto sentido.

—¿Le ha preguntado a una mariposa cómo se siente respecto a eso?

—Las mariposas viven poco. Algunas apenas semanas. Así que de cierto modo les estamos dando...

—Más razón para no matarlas por dinero. Por Dios. No es posible.

—Señorita. —Me puse en modo de pánico y recité de memoria todos los datos que había aprendido en las semanas anteriores—. No hay crueldad al matar... capturar... a las mariposas. Todos los ejemplares que vendemos tienen permiso para comerciarse. Se obtienen de proveedores respetables...

—¿O sea que es otro el que las mata?

Miré a Joe. Estaba haciendo un esfuerzo monumental por no reírse.

Esa mujer se estaba burlando de mí, intentando deliberadamente humillarme. Era inmune a los encantos de mi acento y a los encantos de mi encanto. Quizá era una especie de venganza por tener un trabajo de mierda, por tener que trabajar para alguien más. No me dejaría ganarle.

—Anthony, ¿puedo hablar con el gerente?

—Está en Barbuda.

—¿Barbuda?

—De vacaciones.

Se escuchó un timbre en la puerta. Anthony volteó hacia allá y, de pronto, una radiante e inesperada sonrisa le llenó el rostro. Por la puerta iba entrando un hombre con una planta que eligió de un carrito que estaba afuera; la dejó sobre el mostrador, antes prohibido, sin que ella objetara nada. Su transformación era profunda y alarmante. Ahora era un encanto. Quién sabe de dónde sacó esa sonrisa, pero era impresionante (quizá todos los estadounidenses tienen una cajita de sonrisas que llevan a todos lados y, cuando las necesitan, se pegan una como un bigotito falso). Incluso su acento se volvió más cordial. Era increíble, y realmente se esforzaba por ser amable con él, en un desvergonzado pero vergonzoso espectáculo diseñado para echármelo en cara.

—Acanto. ¿Es para Maria?

—Sí. Es nuestro aniversario.

—¿No cree que debería agregarle algunas flores? Hoy tenemos oferta.

—Le encantan los lirios.

—Tenemos morados y amarillos. ¿Un ramo o dos?

—Dame uno de cada uno.

Quería matarla por su desvergonzada discriminación y su absoluto desdén. Mientras envolvía las flores, el hombre me miró y luego a Joe. Finalmente, su

mirada se posó en la morfo azul que estaba encima del maletín de muestras.

—Vaya —dijo—. No es de verdad, ¿o sí?

—Sí —respondí—. Es una morfo azul.

—Qué color. Pero no parece de verdad.

De cierta manera, ese hombre profundamente desagradable, al cual me daban ganas de patear, tenía razón: con el brillo de sus verdes y azules metálicos y el efecto de sus escamas reflejantes (esto me lo enseñó Isabelle), la morfo azul no parece de verdad. Pero no se lo dije. Él no merecía saberlo. Se fue de la tienda entre lo que fue casi un desfile de «qué-gusto-verles» y «me-saluda-a-tal-y-tales», como si aquella fuera la florería más amable de todo el país. Cuando el hombre salió de la tienda, la sonrisa de la mujer desapareció, como lo haría un bigote falso, y terminó botada en el suelo junto a mi fallecido discurso de venta. Me hizo una carita de se-lo-dije y estiró una mano hacia la morfo azul.

—Escúcheme, señor. Aquí nadie quiere tener una mariposa muerta de adorno en la sala. Deberían volar libres, no estar atrapadas en esa tumba de cristal. Su vida ya es suficientemente corta, ¿o no?

Lo peor es que casi estaba de acuerdo con ella.

El silencio autoimpuesto de Joe se terminó al fin. Mientras guardaba las muestras, le dejó claras un par de cosas a esa mujer.

—Veo que no aprecia nuestra mercancía. Pero permítame aclararle algo: las flores que usted vende están sufriendo una muerte lenta. Les arranca la vida para darle un poco de hermosura a la vida de gente. Y si cree que una mariposa se la pasa a todo dar, volando libre, gozando de flor en flor, tendré que corregirla. Su existencia es horrible: hay depredadores por aquí y por allá, las aves las cazan, la gente las caza. Terminan aplastadas en las parrillas de los autos. ¿Sabe cuántos huevos de los que pone la hembra llegan a la etapa adulta? Dos por ciento. Puede que mire a este bicho y diga «Qué lindo. ¡La vida es maravillosa!». Pero la sociedad de las mariposas es brutal, absolutamente brutal. Es caníbal, incestuosa, a las más jóvenes las violan, las pequeñas orugas se comen a sus hermanos y hermanas para convertirse en pupas, o las secuestra un icneumonido para sembrar en ellas sus huevos, y luego, si es hembra, un montón de machos calientes la violan en grupo antes de que siquiera abra sus alas. La verdad es que a algunas mariposas

definitivamente les va mejor muertas.

XI

*En el que Joe me enseña cómo vender
y Mary cree que nos están siguiendo*

Con la humillación y el fracaso de mi primer intento de venta me dieron ganas de ponerme en posición fetal y morirme. Tener que vender algo, y que ese algo sea fácil de amar, y que tu éxito en su venta esté directamente relacionado con tu capacidad de tener la experiencia que tanto anhelas, y que alguien desprecie esa cosa (y a ti) con tanto esmero, pues es una experiencia terrible.

—Quizá no estoy hecho para esto, Joe.

—Ay, ¡ánimo, Rip! No te pongas así. Estás hablando como el viejo Lew Jones. Pude haber hablado, pero fue una buena lección. Supe que esa tienda sería una pérdida de tiempo desde antes de que entráramos. No quise decírtelo, pero nunca he vendido ni una mariposa en Ithaca. Solo quería ver si tú podías hacerlo. Y que comenzaras con un fracaso. Así sabrás lo que tienes que hacer. No te sientas mal. Esa mujer no iba a caer. Estos liberales con corazón de piedra creen que encontraron la salvación en el yoga y la granola. Te juro que son más cuadrados que los campesinos. Si el mismísimo Abe Lincoln hubiera entrado a esa tienda, ella igual lo habría corrido.

—Okey, pero la que sigue te toca a ti. Necesito ver cómo lo haces.

—Haré un par por ti, pero no te vayas a robar mi método. Tienes que encontrar tu propio estilo, Rip. Y solamente lo encontrarás si lo haces.

Le dijimos hasta nunca a Ithaca y seguimos adelante.

Mary comenzó a molestarme por mi fracaso de principiante, y sus burlas eran más sobre el retraso de nuestra unión que sobre mis carencias comerciales. Durante los siguientes kilómetros bailamos un tango de

insinuaciones de las que su hermano no se dio ni cuenta.

—¿Cuántas cajas vendiste, Rip?

—Cero.

—Falta mucho mucho para las doscientas cincuenta cajas.

—Calculo que lo haremos antes de llegar a Ohio —dije.

Mary sonrió y lanzó una mirada al espejo para ver si Joe se estaba dando cuenta de algo, pero él estaba alimentando a Jimmy Carter sin captar el contexto (esa ingenuidad de Joe era algo que yo admiraba. Me reconfortaba. De hecho, era una de las razones principales por las que confiaba en él). Mary continuó. Probando sus límites.

—¿Puedes aguantar tanto, Rip?

—Oh, puedo aguantar. Es mejor hacerlo bien que hacerlo demasiado rápido.

—No hacerlo, eso sería peor.

—Sería una maldita lástima. Pero lo haré.

—Se me hace que no tienes lo necesario.

—Ya, Mary. Fue la primera vez de Rip y yo creo que ni ma podría haberse ganado a esa mujer. Rip va a hacerlo y va a hacerlo bien.

—Eso espero.

—Más le vale.

Joe me mostró cómo vender en una florería a las afueras de un pequeño pueblo cerca de los lagos Finger. Tras un halagador preámbulo (evidentemente falso ante mis ojos y oídos) sobre la belleza de la tienda dirigido a un Ken que no parecía muy convencido («Esta es posiblemente la florería más bella que he visto en Nueva York, Ken, quizá hasta en toda la costa del Atlántico») y la promesa de mostrarle algo que podría *mejorizar* tal belleza (¡si tal cosa era posible!), Joe puso la caja con las muestras sobre el mostrador y comenzó a armar la pirámide que sería el escenario y contexto de su historia. Sus cicatrices estaban a la vista mientras acomodaba las cajas y me preparé para «Cómo salvé a ma del incendio». Joe se detuvo para crear tensión dramática y permitir que Ken admirara la torre de color alado frente a él, y luego tomó la cola de golondrina anaranjada que había colocado en la punta de la pirámide.

—Antes de que mi padre muriera en las fauces de un jaguar en la selva

sudamericana —comenzó—, me enseñó los nombres de todas las mariposas. Y esta fue la primera. La cola de golondrina anaranjada. *Papilio thoas*. ¿No es hermosa?

La muerte del padre de Joe y la manera en que ocurrió era impactante (y, la verdad, algo nuevo para mí), pero tuvo el efecto inmediato de crear una pausa respetuosa en la que Joe vertió su historia. Ken tomó la muestra entre sus manos sin saber cómo reaccionar: atrapado entre «Sí, sin duda es muy bella» y «Lamento lo de su padre, pero, por favor, cuénteme más sobre el jaguar».

—En mi último recuerdo de él, está sosteniendo entre sus manos una cola de golondrina anaranjada igual a esta, y diciéndome: «Si la gente se tomara el tiempo de observar a las mariposas, este mundo sería un lugar mejor».

Joe hizo otra pausa, permitiendo que ese dato se registrara. Luego me dijo que a eso lo llamaba «revisar los niveles de compasión».

—Me parece que su padre tenía razón respecto a eso, señor. Lamento escuchar que... que él... lo que pasó...

—Bueno. Fue hace mucho tiempo. Pero al menos murió haciendo lo que amaba. En el hábitat de su criatura favorita. Sin duda fue un hombre excepcional en todos sentidos. Solo me quedan unos cuantos recuerdos.

Otra pausa.

El dueño de la tienda ahora tenía una actitud de respeto, pero con algo de curiosidad, el estado perfecto de un comprador.

—Verá. Él fue un reconocido entomólogo. Profesor. Siempre andaba de viaje por alguna selva, buscando nuevas especies. Su máxima obsesión era el grupo de mariposas conocidas como *Morphidae*, una familia neotropical de mariposas espectacularmente coloridas. Escribió libros sobre ellas. Mi mamá solía decir en broma que él amaba más a los insectos que a la gente. ¡Ja! ¡No se equivocaba tanto! Pero bueno. Un día, cuando yo tenía cinco años, mi padre estaba en Colombia buscando a la morfo azul de cinco alas. —Joe señaló hacia la morfo azul común en la pirámide—. Era una mutación rarísima de esta mariposa. *Morpho peleides*. La morfo azul para usted, señor. Llevaba meses ausente. Un día, nos llamaron del consulado de Estados Unidos en Bogotá para informarnos de su muerte. Eso fue hace veinte años.

Por respeto a los muertos, el hombre tomó la caja con cuidado, consciente

de que estaba cerca de algo muy especial, y también de una conmovedora tragedia.

—Pero dejó un legado —continuó Joe—. El más puro amor por los insectos. Y eso es algo que le agradezco cada día. Me llevó a ver la gran migración de la monarca. Crecí rodeado de mariposas, alas de pájaro verdes de Australia. Malaquitas de Sudamérica, polillas de la India, pequeñas griegas azules de Venezuela, y esa, la morfo azul... nuestra más vendida. Prima de aquella aberración de cinco alas por la que mi padre literalmente dio la vida.

—Es un color muy atractivo. Casi parece...

—¡Falsa! Lo sé. Eso dicen todos. Pero ese azul es el gran truco de la morfo. Es un truco visual. Es un juego de luz, como el cielo mismo. No es realmente azul. Mi pa llevaba a casa especímenes raros. Valiosos. Pero este, aunque muy común, era mi favorito. Y recuerdo que cuando me dio una en un marquito, tuve la extraña sensación, que creo que tiene cada amante de las mariposas, de querer conservarla y soltarla al mismo tiempo. Y también tuve el fuerte deseo de querer compartirla con más personas. Que la gente viera lo hermosa que es. Por eso comenzamos este negocio. Ese deseo dio a luz a un sueño, el sueño de poner una mariposa en cada hogar de esta tierra. Y en la búsqueda de ese sueño, estoy aquí hoy, frente a usted. —Joe acercó la morfo azul a la luz—. Se podría decir que estamos manteniendo viva la memoria de mi padre.

¡Joe estaba llorando de verdad! Con lágrimas y todo.

—Él me enseñó que las mariposas *trastienden* a la política. Y a las fronteras. Cuando una mariposa monarca vuela a México, ¿le preocupa haber cruzado a otro país? Él me enseñó eso.

No estoy seguro si fue la atracción del hombre hacia el producto o su compasión por Joe lo que cerró el trato, pero la venta comenzó con pocas posibilidades y terminó con veinte cajas pagadas en efectivo.

Mientras volvíamos al carro, ciento cincuenta dólares más ricos, no pude evitar decirlo.

—Por Dios, Joe. Le diste rienda suelta a la imaginación.

—Vamos, Rip. Se llaman licencias poéticas. ¡Deberías saberlo! Ese hombre podría estar muerto, yo qué sé. O sea, bien podría estarlo. No volvimos a saber de él. He contado y recontado esta historia tantas veces que ya ni me

acuerdo cuál es la versión real. No sé si realmente importa, mientras se logre el negocio.

—¿No te sientes... mal... al decir eso? ¿No es... faltarle el respeto a los muertos o algo así? A tus recuerdos.

—Puedo hacer lo que quiera con los recuerdos de mi padre porque casi no tengo. Es mi historia, Rip. Y haré con ella lo que se me dé la gana.

—¿Esas lágrimas fueron falsas? Yo te las creí.

—A veces cuando estoy en la venta me meto tanto en la historia que ya no distingo. Es como si estuviera ahí. Mira, Rip, si comienzas a contarle a alguien sobre una persona que no conoce, le cuentas que esa persona era fantástica, todos sus logros, y solo conseguirás interesarlo un poco. Pero si dices que esa persona murió, y que murió de forma heroica o trágica, ahí es donde todos se emocionan. La muerte realmente echa a andar a las historias. Inténtalo.

Todas las familias cuentan sus propios mitos. El mito de mi familia es que mis padres eran una pareja fiel y felizmente casada, y que nuestra familia era un grupo afectuoso, alegre y amigable, pero al menos nos apegamos a una mentira única y consistente. Con Joe los mitos eran legión. Y a la hora de vender, esa laguna en su pasado se llenaba de los dramas que se le antojaran. Y como contaba lo real y la ficción con la misma seguridad, mezclándolos homogéneamente en tal torrente de palabras y energía, a veces era difícil distinguir la verdad de lo imaginado. Joe no me parecía mendaz porque, cuando comenzaba a contar las cosas, se involucraba tanto que se las creía. Sus lágrimas no eran de cocodrilo; las emociones eran reales. Pero era un absoluto anarquista con su pasado. En un discurso de venta podía comenzar hablando sobre el día en que vio su primera mariposa (tenía cinco o diez, fue una cola de golondrina anaranjada o una morfo azul). Podía tener varios hermanos y hermanas o era un hijo único, solitario y obsesionado con las mariposas; a veces vivían en Michigan, otras (si venía al caso) en California. Le gustaba comenzar con «La primera mariposa que vi estaba muerta. Y eso cambió mi vida». A veces mostraba sus manos extendidas para que el comerciante pudiera verle las cicatrices y le preguntara al respecto, a lo que él respondía (con falsa reticencia) con la historia de cómo salvó a su madre de las llamas. Otras veces contaba sobre el día en que se enteraron de que su padre desapareció o murió (en Colombia, Borneo, ¡una vez hasta en el

Congo!); a veces tenía siete años, a veces doce. Por lo general su padre era el héroe de su historia entomológica. El Gran Lepidopterista Estadounidense que desapareció en la selva de Sudamérica y nunca volvió, y en cuya memoria se inició el negocio de las mariposas. Si aquella era la forma de Joe para lidiar con el abandono de su padre, no podía culparlo.

Más tarde Joe comenzó a buscar a quien darle su Dinero de Dios. Mary iba manejando, pero al mismo tiempo observaba a Joe contando el dinero del botín del día.

—¿Cuánto fue?

—Cuatrocientos dólares. —Joe tomó cuarenta y luego comenzó a mirar a los alrededores.

—¿Qué buscas, Joe?

—Alguien a quien darle limosna.

—No andes dando limosnas, Joe. Podríamos necesitar esa plata.

—Ya sabes que esas ideas son muy feas, Mary. Siempre damos limosna.

Mientras pasábamos por una calle llena de tiendas, Joe gritó:

—Ahí. A la anciana.

Una mujer mayor estaba trapeando el suelo de una cafetería. Mary detuvo el auto. Joe salió de un salto y fue a darle a la señora los cuarenta dólares. La mujer pareció asombrarse, pero después de algunas explicaciones aceptó el dinero.

—¿Es buena idea, Joe? —pregunté—. ¿Dar así el dinero que necesitamos?

—Claro que es buena idea —dijo—. Ese dinero no es nuestro. Los primeros frutos, Rip. Siempre hay que dar los primeros frutos. El Señor nos lo devolverá. Ya verás. Ahora ya podemos ir a comer.

Al principio el azaroso altruismo de Joe me pareció otra forma de distracción, otro obstáculo para mantener su distancia; pero era sincero. Edith tenía razón: la generosidad de Joe era demasiado imprudente y él era muy despilfarrador para ser un comerciante exitoso.

Mary se detuvo en un Taco Bell.

—Amo Taco Hell —dijo Joe, antes de dirigir su voz hacia el intercomunicador para intentar que le entregaran un burrito extra en el mostrador. Tras dejar muy confundida a la chica del intercomunicador,

tomamos nuestra comida y nos fuimos. Antes de comer, Joe bendijo los alimentos, como siempre, a su manera. Le hablaba a su Dios con tal familiaridad e irreverencia que era impresionante, incluso para alguien que creía que todo eso eran tonterías. Me habían educado para sentir vergüenza por las expresiones de fe y por lo general así era, pero con Joe nunca me sentí así. Su Dios alocado y jocosos parecía incluyente y accesible.

—Señor, aplasta a nuestros enemigos, especialmente a esa zorra de Granolandia (es broma). Ya en serio. Gracias por esta falsa comida mexicana. Que sea una bendición para nuestros cuerpos. Líbranos de las hemorroides. —Dio un gran bocado antes de continuar, dando un momento para reflexionar en la teología (creo que por consideración a mí)—. Gracias por estar aquí con nosotros, en espíritu, en vez de haberte muerto sin resucitar o ser poco más que un tipo agradable con buenas ideas, sino que de hecho ¡fuiste Dios mismo en la tierra! O sea, si no eres Dios mejor dejemos de fingir. Y gracias por el hecho de que no hay nada que podamos hacer para ganarnos la gloria. Tú ya lo hiciste. Sin obstáculos. Nada de pararse y sentarse, nada de hablar raro, nada de hombres con vestidos o ir pasando cuentas entre los dedos, nada de pagos o andar de bienhechores para salvarnos, pues... ¡tú ya lo hiciste! Vaya. Perdónanos por tomarnos licencias poéticas en las historias y las citas. Y gracias por mi nuevo amigo que trabaja con nosotros, aunque no crea ni un poquito en ti y esta oración lo avergüence. Ayúdalo a vender en la siguiente tienda, Señor. Deja que se relaje y permítele volar. Y te pido que, antes de que termine nuestro viaje, él cambie sus ideas de ateo; quizá podrías dejarlo ciego temporalmente para que pueda ver... solo por unos días, ¡apenas lo suficiente para que se ponga a pensar! A-mén.

—A-mén.

Mary le dio unos tacos a Jimmy Carter. El ave nacional llevaba todo el día acostada.

—Me preocupa, Joe. Algo tiene.

—Es uno de los máximos depredadores. Necesita calorías.

Jimmy Carter se reanimó al oler la comida, exigiendo su siguiente kilo de carne. Al verlo comer, sabías lo que era: uno de los más grandes depredadores y el símbolo del país más poderoso, con su enorme y potente

pico bien abierto y exigiendo constantemente: «Aliméntame, aliméntame, aliméntame».

El ave nacional se devoró unas galletas, papas, pan y hasta corazones de manzana.

—Mírenlo. Crece tan rápido. Les juro que creció desde la última vez que lo vi, hace una hora. Es un verdadero patriota —dijo Joe—. Se traga cualquier cosa.

En alguna parte de la orilla sur del lago Ontario, Mary dijo que le parecía que nos estaban siguiendo. Joe me preguntó si me sabía los nombres de los Grandes Lagos. Le dije tres, y él me regaló el acróstico para recordar los cinco: «Homes». Huron. Ontario. Michigan. Erie. Superior.

—No volteen al mismo tiempo —advirtió Mary—. Ese Grand Fury nos viene siguiendo.

Joe puso su enorme brazo contra la parte trasera del asiento de Mary para echar un vistazo, intentando disimular.

—Me encantan los Plymouths —dijo—. Y qué buen color. El color de una polilla mimosa.

—Es en serio, Joe. Nos viene siguiendo desde Siracusa.

—Puede que solo tenga que ir al mismo lugar que nosotros.

Eché una mirada de soslayo. El Plymouth verde era conducido por un hombre con lentes oscuros que manejaba con ese gesto neutral de los conductores cuando van concentrados. Era difícil saber si nos iba siguiendo, pero el problema es que cuando piensas que un auto te está siguiendo, te está siguiendo. Me sentí ligeramente alarmado en ese momento, pero era como escuchar una alarma contra incendios en una fábrica abandonada al otro lado de la ciudad, la cual todos ignoran y que después de un tiempo crees que ya ni está sonando. Quizá si me hubiera quedado quieto por el tiempo suficiente, habría notado que seguía sonando, que seguía advirtiendo a la gente que saliera corriendo del edificio.

—La hierba te está volviendo paranoica, hermanita.

—Jódete, Joe.

—¿Alguna razón por la que nos estarían siguiendo, Joe? —pregunté, temiendo un poco la respuesta.

—¿Es broma? —soltó Mary—. Joe tiene a mil personas que quisieran encontrarlo y matarlo.

—Bueno. Dejé un rastro de personas que podrían estar molestas conmigo, Rip —reconoció con un tono no carente de orgullo—. Pastores, comerciantes. Hacienda. ¡Me conocerán por el rastro de mariposas muertas, Rip! Baja la velocidad para saludarlo.

Mary comenzó a desacelerar e inmediatamente el Plymouth se perdió en la siguiente intersección.

—¿Ven? Ya sabe que sabemos —dijo Mary.

Y eso fue todo. Lo dejé en el olvido. Hasta que volvió.

—¡Es un momento Kodak! —dijo Joe cuando íbamos entrando a Rochester, una ciudad mediana en el lago Ontario y hogar de las cámaras Kodak.

Nos detuvimos en el Teatro George Eastman para que les tomara una foto a Joe y Mary con mi pequeña Olympus. Joe empezó a soltar su discurso sobre el gran emprendedor y fundador de la famosa corporación.

—George Eastman era un vendedor ambulante antes de tener todo esto, Rip. Cruzando los caminos. Cruzando y cruzando. No consigues un teatro con tu nombre sin antes cruzar muchos caminos.

Recuerdo el nombre de la siguiente tienda que visitamos porque fue el escenario de mi primera venta. Era una florería llamada Rigby Bluff's. La mujer detrás del mostrador me tranquilizó desde el inicio con una sonrisa tan cálida como un sillón junto a la chimenea.

—¿En qué lo puedo ayudar, señor?

En Ithaca no logré desplegar mis mejores armas (mi voz, mi encanto) exitosamente. Me apegué al guion de venta, y entre más me frustraba, más recitaba de memoria. Decidí hacer como Joe: ser yo mismo, dejar que el producto hablara por sí solo e inventar lo que se me ocurriera. Todos saben que una venta es en cierta forma una mentira; lo que esconde es el clamor de todos los corazones: quiéreme, acéptame, ¡dame algo para sobrevivir!

—Buenos días, *madam*. Soy el señor Jones y este es mi compañero, el señor Bosco. Nos especializamos en regalos para florerías y, si tiene unos minutos, me encantaría mostrarle lo que tenemos.

—Qué lindo acento el suyo. Debe ser de Inglaterra.

—Sí. —«¡Sí!».

—Bueno, siempre nos interesa conocer nuevos productos para la tienda.

—Algunos productos necesitan explicaciones, pero me parece que los nuestros hablan por sí solos. Cuando los vea, creo que estará de acuerdo en que las palabras están de más.

—Las palabras están de más. Me gusta eso. ¿Marge? Hay un caballero aquí que quiere mostrarnos algo.

Qué hermoso es un producto iluminado por una mirada de aprobación. Cuando abrí la caja, los colores se echaron al vuelo y, luego de esto, la registradora prácticamente se estaba abriendo sola.

—Oh, son hermosas.

—Estas son solo algunas muestras —dije, construyendo la pirámide como me enseñó Joe—. Tenemos veintiséis especies distintas.

Marge apareció limpiándose las manos en el mandil.

—Ay, pero qué bonitas.

Fui soltando los nombres lentamente. Joe agregó los nombres en latín para dar un toque extra y explicó de qué región provenían.

—Creemos que estamos llevando un poco de poesía y belleza a la vida de cada persona. Con solo ver a una mariposa, el alma recibe un poco de paz.

—Eso es muy cierto.

Luego usé una cita real sobre mariposas que me sabía.

—«Viviremos para orar y cantar, contar viejas historias y reír ante el brillo de las mariposas».

—Vaya, qué hermoso, señor.

—No puedo decir que es mío. Son las palabras de William Shakespeare.

—Pues el corazón se alegra al oírlo. Siga, por favor. Con Shakespeare. O con quien sea.

Y así fue como iniciaron mis días inventando citas.

—Bien. Creo que fue William Wordsworth quien dijo: «En el alma del hombre hay un sutil destello que siempre busca el sol, cual mariposa en junio».

—Qué cosas más bellas dice, señor.

—Ojalá fuera yo —aclaré—. Todo se lo debemos al señor Wordsworth.

El falso Wordsworth cerró el trato. Fue un inicio modesto: diez pequeñas,

cinco grandes y un descuento, pero fueron ciento noventa y cinco dólares en efectivo y el fin de mi virginidad de vendedor. La sensación que me generó me llenó de tanta dicha como cualquier imagen bucólica o poema sobre una imagen bucólica que pudiera recordar. Le entregué a Joe el fajo de promesas presidenciales en verde, blanco y negro, y me sentí sobrecogido por una inesperada euforia. Había convencido a alguien de entregar dinero a cambio de algo que yo tenía y ellos no. La dulce matemática de las mariposas + poesía + encanto + valor + patrañas = dólares. En el camino de vuelta al carro, Joe iba sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué te dije? Por cada Ithaca habrá un Rochester, Rip. Fue hermoso. Todo lo que aprendiste está rindiendo frutos.

—Lo inventé todo, Joe.

—¿Y quién va a saberlo?

—Quería ser poeta, pero quizá soy un vendedor.

—Es lo mismo, Rip. ¡Es lo mismo!

Llegamos a Búfalo en las cataratas del Niágara al final de la tarde y con nuestro día de trabajo terminado. Mary manejaba, Joe iba en el asiento del copiloto y yo asomado por el espacio entre ellos, como un niño entre sus padres, ansioso por ver las maravillas naturales que le esperaban. Tomamos la ruta panorámica por el lado estadounidense de las cascadas. Un espectacular anunciaba viajes en helicóptero a cien dólares por persona.

—Vamos a dar una vuelta —dijo Joe.

—¡No, Joe!

—¡Vamos! Veremos las cataratas desde la perspectiva de Jimmy Carter.

—Tenemos trescientos cincuenta dólares. Eso nos dejaría con cincuenta.

Mary y yo nos las arreglamos para imponernos sobre él con el argumento de que no nos quedaría dinero para un motel. Así que elegimos el paseo en barco y alcanzamos el último Maid of the Mist del día. Mary se veía linda con su impermeable azul y la espuma del Ontario decorándole el rostro. Joe gritaba como un loco mientras el rocío sobre su cara se mezclaba con las lágrimas que siempre le provocaban las grandes bellezas naturales. Confieso que la belleza natural del Niágara a mí no me hizo llorar. Si no lo han visto, no permitan que esto los desanime, pero lo que sentí al ver esas aguas

embravecidas no fue ni cercano a la sensación que vender doscientos dólares de mariposas me había dado apenas unas horas atrás.

Joe insistió en manejar hasta que encontráramos una habitación por menos de veinte dólares. Era un despilfarrador a niveles ridículos en las cosas grandes como autos, viajes en helicóptero y dar limosnas, pero ahorrativo cual hormiga en las pequeñas: gasolina, moteles, ropa y comida. Siempre había una disputa entre el chico pobre que creció con muy poco y aprendió a estirar un dólar al máximo y la persona que era dueña del mundo y todo su contenido.

Encontramos un motel llamado La Promesa del Oeste. Habitaciones desde quince dólares. Este motel era una fila de habitaciones individuales con la recepción al final, un espacio para los carros en batería al frente y un letrero neón de «Bienvenidos». Pudo haber estado en cualquier lugar de Estados Unidos, pero era mi primer motel, y por tanto fue especial.

La habitación tenía dos camas *queen size*. Joe se quedó en el suelo. Mary eligió la cama cerca del baño y yo la de la ventana. Cuando Mary fue a bañarse, Joe se quitó los zapatos y luego la ropa hasta quedar en calzones, y se tendió en la cama con el control sobre la barriga, revisando los canales. Encontró un programa de historia natural sobre osos en Alaska.

—Parque Nacional Denali. No sabes qué lugar, Rip. Vendí unas cajas en Anchorage.

Sus programas favoritos eran los documentales sobre la naturaleza y los televangelistas. Los primeros los veía para aprender y maravillarse, los segundos para entretenerse y por una especie de curiosidad profesional. Si veía un documental sobre tigres siberianos o un arrecife de coral al borde de la extinción, lloraba sin pena por las imágenes. Pero nada lo emocionaba tanto como un televangelista pidiendo dinero. Tras ver a los osos durante un rato se aburrió y cambió de canal hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Ministros de Praise the Lord. Estos tipos son malandros convertidos, Rip. Mira y aprende.

En la pantalla, un predicador con traje moderno estaba parado en la orilla de una alberca en lo que parecía ser un parque de diversiones.

—La estamos pasando muy bien en Florida —decía—. Queremos agradecerles a todos los que han llamado para convertirse en socios de la fe

con PTL. Quiero que alaben a Dios ahora mismo... en casa.

Joe no juzgaba que la gente sin religión tuviera malas conductas, lo cual estaba bien por mí, pero odiaba la inmoralidad en los religiosos y hacía hasta lo imposible por señalarlo.

Un número telefónico apareció en la pantalla; Joe tomó el teléfono de la habitación y marcó hacia una línea externa. ¡Lo comunicaron en segundos!

—¿Hablo al Heritage USA? Hola. Sí, estoy bien. Dios te bendiga a ti también, Cheryl. Verás, Cheryl, quiero donar, pero necesito asegurarme de que aceptan mi tarjeta de crédito. Genial... Hay algo que debo saber antes. ¿Qué porcentaje del dinero que done será para el pastor Joel y qué porcentaje para los pobres? Ajá. Oh. ¿En serio? Noventa por ciento. Okey... Hagámoslo. Un millón de dólares. El número de la tarjeta es... Sí, es... cuatrrgg, treichh, ceroseee. ¿Lo anotaste? Okey. Es treseseee brr. Perdón, creo que se está cortando... ¿¡Cheryl!? Disculpa, ¿dijiste que sí quieren el millón de dólares? No te escucho... te estoy... perdiendo.

Colgó el teléfono.

—Parece que no lo necesitan.

—Eso fue cruel, Joel.

—Aprovecharse de los pobres que no pueden hacer nada al respecto y gastarse ese dinero en productos para el cabello y Mercedes es lo que es cruel.

—Pensé que creías en eso.

—Ese no es el Evangelio, Rip. ¿Sabes cuál es la gran tragedia de nuestros tiempos? ¿Además de la brecha entre los ricos y los pobres? Es que el evento más importante en la historia del mundo y la mejor noticia que ha recibido la humanidad fueron secuestrados por los lobos. Se volvió algo retorcido. La mala teología está matando a la gente, Rip. Tengo que hacer algo al respecto. No es religión lo que el mundo necesita, Rip; es revelación. Debes saber la diferencia. —La furia de Joe alcanzaba su punto más alto cuando se trataba de gente religiosa, «Los Saltadores del Aro», como él les decía, y especialmente sobre los «lobos que los habían llevado por el mal camino». Para él, esos que ofrecían un Evangelio encopetado y con trajes caros eran los máximos perpetradores de crímenes en el país, por encima de los traficantes de drogas, los políticos corruptos y los ladrones corporativos. Eran los tipos

(casi siempre hombres, señalaba) que tenían más explicaciones que ofrecer, dado lo que supuestamente creían y sabían. En su cabeza, habían tomado algo gratuito, lo abarataron y luego hicieron que la gente pagara por ello. No creo en ningún Evangelio, ni gratuito ni de otro tipo, pero sí creía que la indignación de Joe era auténtica y justificada.

Mary salió de la ducha en calzones y chaleco, con el pelo teñido de azul.

—Ese no es azul morfo —dijo Joe—. Es morado.

—Está húmedo.

Joe se fue a hacer sus abluciones. Mientras se pasaba el hilo dental y tarareaba, Mary se acostó en la cama.

—¿Cuántas cajas llevas vendidas?

—Creo que vendimos unas cincuenta.

—¿Cuántas vendiste tú?

—Unas quince.

—Podrían faltar unos días más. Quizá hasta semanas.

—Puedo esperar —mentí.

Joe reapareció.

—Bueno, Rip, qué día. Tenemos que ir a los lagos. De aquí a Cleveland y luego, cuando estés realmente listo, te soltaremos en Iowa. —Lo pronunció «Ay-Wey»—. El mero centro de Estados Unidos. Si a tu producto le va bien ahí, le irá bien en cualquier lugar. —Tomó una almohada y la acomodó en la alfombra. Se acostó y puso sus manos en posición de rezo, como lo haría un niño. Hizo una oración, como siempre, reverente e irreverente al mismo tiempo, agradeciéndole a Dios por el día, por las ventas, por los liberales con corazón de piedra, por los malvados televangelistas, por los moteles baratos y por mí, y luego cerró los ojos y en unos minutos comenzó a roncar, y su respiración sonaba como los bramidos de una fábrica. Era milagroso que durmiera tan bien. Como un hombre sin problemas y sin cargos de conciencia.

Mary y yo nos quedamos quietos por un rato, escuchando su respiración.

—¿Nunca duerme en cama?

—Nunca lo he visto. Dice que la mayoría de la gente en el mundo no tiene cama, así que él no las usa.

Mary estaba a un brazo de distancia de mí, tendida como un bebé, como

un puerto en calma, invitándome a acercarme. Las luces de la carretera dibujaban cuadriláteros en la habitación y una sombra en el techo se colaba entre la cortina y la persiana. Era justo la atmósfera que esperaba encontrar. Densa. Sórdida. Anónima.

—¿Estás pensando en cogerme?

—¡Shhh!

—No nos escucha. Una vez no lo despertó un tornado. —Se acomodó con la cabeza sobre la palma de su mano, acunando su oreja. Miré a Joe en el suelo y observé cómo su torso subía y bajaba, calculando cuánto tiempo tendríamos si decidiéramos hacerlo.

—¿Quieres... que vayamos a ver la alberca? ¿A fumar?

—Claro.

Y allá fuimos a sentarnos en los echaderos de plástico junto a la alberca; forjé un porro y escuchamos el sonido de los carros que pasaban, un sonido lleno de deseos tristes y sexo.

—Podríamos hacerlo aquí, ¿no?

—Un trato es un trato.

La droga resultó ser un buen profiláctico, llevando la flacidez a mi cuerpo y a mis intenciones. Pero mientras la hierba a mí me tranquilizaba y me hacía sentir conforme con mi mediocridad, a Mary la ponía paranoica. Su máxima inseguridad no tardó en salir a la superficie.

—Solo me quieres para esto —dijo, extendiendo las piernas para mostrar su figura completa—. En cuanto me hayas tenido te vas a ir con Isabelle, lo sé.

—No me interesa Isabelle.

—Parecías muy interesado, hablándole de libros y esas mierdas.

—Ella... no es mi tipo, Mary. No siento nada por ella. Es demasiado seria. Demasiado seca y religiosa. Me gustan los espíritus libres. Tú eres un espíritu libre.

—También soy inteligente. Solo que diferente. Isabelle usa su mente. Yo uso esto.

—Sí son diferentes. Como el sol y la luna. Es difícil creer que son hermanas.

—Quizá no lo somos.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—Adivina por qué yo me parezco a Pocahontas e Isabelle se parece a Ana de las Tejas Verdes. Ma dice que mi padre casi nunca estaba cuando yo nació. ¿Cómo se embarazó de mí si él estuvo en la selva de Sudamérica por casi nueve meses? Saca las cuentas. —Abrió la boca como para espantarse el sueño, para salir del efecto de la droga. Se dio unos golpes en las mejillas. Debí dejarlo ahí, pero la curiosidad justifica la falta de prudencia.

—¿Qué estás diciendo?

—No estoy diciendo na'. Solo supongo. ¿No te preguntas si tus padres realmente son tus padres? Yo siempre.

Nunca lo había pensado, por más que a veces me hubiera gustado tener un padre diferente. O que mi padre fuera distinto.

—Isabelle me enseñó una foto de él en un libro que escribió. Se ve como un idiota. Con el cabello y la barba desarreglados, como si no le importara. Y no le importa. No se parece a mí.

—¿Dónde está ahora?

—En el infierno, espero.

—¿No te da curiosidad saber cómo es tu padre?

—No puedes decir que es mi padre. Tienes que estar presente para ser un padre. Él viajó por todo el mundo cazando bichos y luego desapareció. Mira. No le importábamos na'. Ni siquiera vino cuando nacimos. —Parecía que Edith me estaba hablando. Y de pronto ese mismo poder de prohibición parental cerró mi interrogatorio—. Deberías dejar de meterte en eso. No vayas a salir mordido.

—Ya me mordieron.

De pronto Mary tomó una toalla, hundió en ella la cabeza y gritó. Cuando bajó la toalla su rostro era una composición de miedo y vulnerabilidad, pero también de alivio. ¿Alivio por haber compartido el peso que iba cargando, quizá? Porque sin duda eso son los secretos: pesos que van aplastándonos cada que no los decimos. Esa era mi justificación para presionar. Hay una enorme satisfacción en hacer que la gente comparta sus secretos contigo. Sientes que estás ayudando, que los estás liberando de su carga; te halaga que compartan una confidencia contigo, además ¡la cochina emoción de escuchar un secreto! Pensé que estaba ayudando a sacar esas cosas a la luz. Pero en realidad solo era una polilla estúpida acercándose demasiado al fuego.

—Más te vale que no le digas ni a ma ni a nadie nada de eso.

—¿De qué?

—De que pienso que mi padre es otro. Prométemelo.

—Claro —dije. Y por segunda vez le hice a Mary una promesa que no iba a cumplir.

—Estoy horriblemente cansada. Ya me voy a dormir.

Debí tener el gesto decepcionado de un perro, pues ella me repitió sus condiciones.

—Doscientas cincuenta cajas y soy tuya.

Hizo una pirueta sin mucho equilibrio junto a la alberca y se metió a la habitación.

Para cuando me fui a la cama, Joe y Mary ya estaban dormidos. Puse una mano sobre el hombro desnudo de Mary.

—¿Estás despierta?

No me respondió. ¿Estaba dormida? ¿O solo fingía?

Me tendí en mi cama lleno de nuevas teorías. Que Mary tuviera un padre distinto tenía sentido, no solo por las diferencias físicas, sino porque también explicaba el deseo de Edith de controlar la historia.

Me pareció escuchar el sonido velado de las cataratas tras el ruido del aire acondicionado y los ronquidos tranquilos de Joe. Me quedé ahí, viendo las formas que creaban las luces de los autos y escuchando los diferentes sonidos que hacían al pasar. Saqué mi libreta e intenté sublimar mi lujuria, que seguía sin saciarse, escribiendo algunas líneas sobre mi primer día en El Camino y una Oda al Niágara, abusando de una metáfora mal disfrazada.

Cae el agua por aquí,
separando un sitio en dos
y creando un país
que somos tú y yo.
Corre la sangre por aquí,
seamos tú y yo
un solo país
hecho de dos...

Tras diez minutos dejé la libreta. Observé a Mary por un rato. Se dio la

vuelta, sacudiéndose y respirando pesadamente de vez en vez. Era más adorable dormida, quizá porque al dormir no tenía que impresionar a ningún pretendiente. El aire acondicionado le había erizado la piel de los brazos. Parecía mucho más joven. Isabelle tenía razón. Solo era una niña en el cuerpo de una mujer. Pero cuánto deseaba yo ese cuerpo. Justo antes de perderme en un sueño intranquilo, hice mi oración.

—Señor, permíteme vender pronto esas cajas.

XII

En el que encuentro mi voz y Joe es arrestado

Durante las siguientes semanas disfrutamos de una buena racha de ventas. Tengo pruebas porque anoté cada venta que hicimos en mi libreta, garabateando las cantidades junto a mis poemas. Se convirtió en una especie de libro de contabilidad de la avaricia. Paramos en tiendas de regalos Erie (ciento veintinueve dólares [solo morfós]), Conneaut («Muy lindas, pero no, gracias»), en un emporio de flores en Cleveland (trescientos cincuenta, la garantía de repetir el pedido y una cita espectacularmente inventada de Winston Churchill). Joe vendió en Toledo y Fort Wayne, y yo conseguí cuatrocientos dólares en Remington y Peroia, Indiana, luego de lo cual Joe y yo nos compramos unos trajes en J. C. Penney's y corbatas que combinaban con los colores de nuestras mariposas favoritas. Joe insistía en que toda persona que se dedique a las mariposas debía tener una favorita, aunque cambiara. Además, eso ayudaba con los coleccionistas. La mariposa favorita de un coleccionista era, por lo general, la que no tenía. Elegí la cola de golondrina esmeralda y Joe buscó una corbata de moño con puntos que, según él, capturaba las marcas y colores de su favorita del momento (lo reconsideraba cada mes), la triángulo verde.

Superé mis inhibiciones respecto a inventar cosas, tomando frases de Joe (y de todos los demás) y diciendo lo que necesitara en el momento para cerrar la venta. Qué hermoso era revolotear en el aire liberador de los inventos y que mis oyentes los escucharan y creyeran cada palabra; era mucho más fácil que seguir el guion de alguien más, y un discurso sin hechos es difícil de debatir. Las estadísticas siempre podían inventarse y hacerlas sonar reales,

siempre y cuando se dijeran con seguridad: «Ochenta y cinco por ciento de nuestros clientes posiblemente votarán por los republicanos»; «Sesenta y siete por ciento de las mujeres prefieren las cajas dobles»; «Indiana tiene el número más alto de coleccionistas de mariposas en Estados Unidos». Por regla general, las mujeres tras el mostrador preferían las citas poéticas y que parecieran literarias; los hombres gustaban de datos históricos o políticos que les hicieran sentir confianza. Mi acento ayudaba en ambos casos, y en algunas tiendas sentía que podría decir cualquier cosa y vender algo. Y entre más al oeste íbamos, donde mi acento parecía más exótico, más crecían mis poderes de persuasión. En ese viaje inventé citas de tantos poetas, políticos y profetas que podría iniciarse un pleito entre abogados. Algunas veces Joe estaba a media venta cuando de pronto me volteaba a ver y preguntaba: «¿Qué es lo que decía Abe Lincoln, Rip?». Y yo respondía con algo como «El aleteo de una mariposa calma los corazones embravecidos de los hombres». O yo estaba a media venta y me volvía hacia Joe para preguntarle «Joe, ¿quién dijo que “más vale el brillo de una emperador de manchas azules que toda la ropa del emperador chino”? ¿Fue Twain?». «Nah. Fue Confucio». Disfrutábamos diciendo cosas cada vez más locas sobre nuestros productos y a veces sobre nosotros mismos. Y si uno de nosotros trastabillaba, el otro entraba al quite.

Para cuando llegamos a Iowa, yo ya había alcanzado mi meta de ventas secreta y Joe y yo nos habíamos convertido en algo así como un espectáculo de dos. Joe nos llamaba Los Hermanos Mariposa.

Al cruzar la línea estatal, Joe anunció que habíamos llegado con un pequeño discurso sobre «el Estado Hawkeye» y cómo era «la máxima *epitomacía*» del pueblito estadounidense. Era el estado modelo, y no solo durante las elecciones. Cuando J. C. Penney's quería saber si un producto funcionaría en el resto del país, lo probaban en Iowa: «Si vendes en Aywey, vendes en Norteamérikey». Poco antes de caer la noche llegamos a un pueblo llamado Centerville. Su nombre no mentía. Parecía ser el centro de algo, geográfica, cultural y políticamente. Los extremos eran derecha e izquierda, pero ahí estaba el centro del centro. Para llegar a su núcleo tenías que pasar por una reconfortante cadena de comida rápida y ventas de tractores, jardines con columpios y campanas de viento y las enormes banderas

estadounidenses en los postes para que no se te fuera a olvidar en qué país estabas. Y las iglesias. Muchas iglesias. Centerville no parecía un pueblo en el que esperarías encontrar problemas, a menos que tú fueras el problema.

—Mira este lugar, Rip. La gente que vive aquí alcanzó la gloria misma de la felicidad cuya búsqueda es nuestro derecho fundamental, según se asegura en nuestra amada Constitución.

Joe no tendía al sarcasmo, pero eso era sarcástico para él. El tercer elemento de la Declaración de Independencia, el derecho inalienable del hombre a buscar la felicidad, era otra de sus obsesiones, junto con el derecho de los ciudadanos estadounidenses a portar armas y el secuestro del Evangelio. Creía que lo de que el Creador le dio a la humanidad ciertos derechos inalienables (vida, libertad y la búsqueda de la felicidad), como decía en la Declaración de Independencia, eran puras sandeces.

—Las primeras dos no se alejan de la verdad, Rip. Pero esa tercera sin lugar a dudas es un ejemplo de mala teología al nivel de afirmar que un niño está condenado si no lo bautizan, o decir que las únicas personas que pueden entrar al cielo son los tipos buenos que se meten a un edificio durante una hora a la semana, o que el único lugar en el que puedes encontrar al Creador del universo es en un pedazo de pan que te da un sacerdote.

Por mi parte, el derecho inalienable a la felicidad me parecía una buena idea y estaba de acuerdo con cualquier gobierno que protegiera mi capacidad de buscar dicha felicidad. Pero a Joe realmente le parecía una especie de maldad institucionalizada.

—¿Es la felicidad para lo que nos hizo el Creador? ¿El Creador en serio hizo que eso fuera un derecho? ¿Y cómo puede un gobierno proteger un derecho como ese? Pensar así es lo que ha hecho que la gente se la pase persiguiendo la felicidad y quejándose cuando alguien, por lo general el gobierno, no se la da. Es una locura. Y trae al mundo toda clase de hijos malditos, como el Sueño Americano, la autoayuda y esa filosofía de «Si se siente bien, hazlo».

Soy perezoso para pensar en las posturas políticas de los demás. Me considero como una persona que está en medio, y ese medio es intrínsecamente cuerdo, bueno, liberal y tiene algo de libertad (aunque si lo pienso bien, la libertad es más bien algo que asocias con el placer y no con la ética). Dado que veía a Joe como una persona «religiosa» (término que él

odiaba), asumí que tenía cierta inclinación política. Cuando lo conocí lo hubiera puesto a mi derecha. Habría dicho rojo, republicano, palurdo, defendiendo salvajemente la libertad individual, el derecho a decir lo que se le diera la gana e ir adonde quisiera, un portador de armas y un cristiano de los que juzgan. Pero no. En realidad no encajaba en esa congregación. Para nada. Ni siquiera estaba en el mismo edificio. Desde ese primer día me confundió en mi clasificación y siguió haciéndolo todo el tiempo. A él, como a mí, le importaba poco la política pero, a diferencia de mí, no era por pereza e indiferencia, sino por una convicción más profunda de qué o quién estaba manejando al mundo, y ni hablar del país.

Todo iba bien cuando nos estacionamos en el centro de Centerville, en una enorme plaza con tiendas en cada flanco.

Fuimos a la florería al centro de la plaza. Apenas habíamos cruzado el umbral cuando la mujer del mostrador señaló hacia la puerta.

—Disculpe, señor. ¿Puede ver el letrero?

—No, señora. No puedo. ¿Cuál letrero?

—«Prohibido el paso a merolicos». No sé qué traiga en su caja, pero no puede entrar con ella. No somos esa clase de pueblo.

—Pues no sé los merolicos, señora, pero yo soy un vendedor. Así me gano la vida. Vendiendo los cachivaches de Dios. Y sospecho que así también se gana la vida usted.

—Los vendedores son bienvenidos. Los merolicos no.

—No estoy muy seguro de que haya diferencia, señora. Sé que un merolico es alguien que viaja vendiendo productos, por lo general anunciándolos a gritos, pero como puede ver, yo le estoy hablando tranquilamente.

—Debe irse, señor.

—Qué día más triste en el que un hombre no puede mostrarle sus productos a otro y ser escuchado, señora. Mire, todos somos vendedores aquí. Después de todo, usted le dice a una clienta «¿No le interesan estas azáleas, señora? Tenemos algo para eliminar la maleza que es perfecto para esas rosas, señor». ¿Qué tan distinto es eso a esto? Déjeme mostrarle.

Joe puso la caja sobre el mostrador y sacó un par de mariposas para armar la pirámide.

La mujer se inclinó para presionar algo detrás del mostrador. Joe comenzó

a hablar, nervioso.

—Todo es negocio en la naturaleza, señora, ¿por qué nosotros no lo haríamos así? Las flores y las mariposas tienen sus tratos. Las mariposas necesitan la energía del néctar que produce la flor para atraer a los polinizadores. Cuando las flores hacen negocios con las mariposas, buscan buenos socios. Usted y yo estamos en el mismo negocio: el negocio de tomar la naturaleza y cambiarle el empaque para la gente que anhela tener un poco de belleza en su vida.

—¿Ya casi termina, señor?

—Oh, no. Apenas comienzo.

—Es muy claro que nosotros no tratamos con cualquiera que cruce la puerta.

—Pero ¿cómo iba a entrar sin cruzar la puerta?

—No me gusta su tono, señor. Me está agrediendo. Si no se va, tendré que llamar al *sheriff*.

—De ninguna manera estoy siendo agresivo, señora.

A decir verdad, Joe no estaba siendo agresivo, pero en el lugar de esa mujer, que no sabía cómo era Joe, que no había visto su lado amable, su nobleza oculta y sus actos espontáneos de caridad, sería fácil pensar que era, en el mejor de los casos, un tonto, y en el peor, un tonto loco y peligroso. Joe estaba decidido a aclararle algunas cosas a esa señora, aunque era obvio que ella no quería, de él ni de nadie, ninguna aclaración sobre su postura.

Un hombre entró a la tienda desde atrás.

—¿Hay algún problema, Betsy?

—Estos caballeros son merolicos, señor Dean.

Joe levantó las manos, un gesto conciliatorio poco común en él.

—Solo somos vendedores honestos, señor. Y estamos haciendo lo que es nuestro derecho. ¿No fue nuestro gran presidente Lincoln quien dijo: «Quítenle a un hombre su derecho a vender y le quitarán el aire que respira»? —Joe me miró buscando confirmación.

—Creo que sí —dije.

—No sé si el señor Lincoln dijo eso o no —señaló el hombre—. Pero no puede vender sin cita.

—Okey. ¿Puedo hacer una cita?

—Así no, señor. Le agradecería que usted y su amigo salieran de la tienda o, si no, tendré que llamar al *sheriff*.

—Me parece que no podemos hacer eso —dijo Joe.

El hombre tomó el teléfono y comenzó a marcar. Pensé que debía salvar la situación. O al menos rescatar a Joe de sí mismo y, por extensión, a mí.

—¿Joe? Señor. Señora. Todo está bien. Mi amigo... mi asistente está muy apasionado con nuestro producto y ansioso por mostrárselo, pero no hay necesidad de llamar a la policía. ¿Joe? ¿Nos vamos? ¿Respetamos su posición? Estoy seguro de que hay una razón para que tengan esas reglas. ¿Adonde fueres...?

El hombre detuvo sus dedos sobre los botones negros del teléfono, dispuesto a darnos tregua. Pero Joe no pareció escucharme. Pese a lo fútil de la causa, siguió con su soliloquio (pues eso era en lo que se había convertido).

—Gente de todo el país ha comprado nuestras mariposas, desde Poughkeepsie hasta Búfalo. Ahora mismo J. C. Penney's está considerando invitarnos a presentarles nuestro producto. Pero parece que llegué a una parte de Estados Unidos que no es Estados Unidos, sino un pequeño país dentro del país en el que la libertad no importa. En el que la protección supera a la liberación.

—Por última vez le pido que se vaya, señor. Llamaré al *sheriff*.

—Me parece que debería saber que está haciendo un juicio que demuestra sus propios prejuicios.

—¿Hola? ¿Hablo a la oficina del *sheriff*?

—Quiero darle la oportunidad de redimirse.

—Tenemos un problema.

—¿Joe! ¿Podemos irnos?

—No, Rip. La palabra *merolico* la inventaron personas que quieren mirar a los pobres por encima del hombro. Que se creen superiores de alguna forma. Son los pobres quienes tienen que salir y gritar para ser escuchados entre todos los vendedores poderosos de esta tierra.

—Sí. Hola, habla Pat Dean de Floral Heaven. Tenemos un problema.

—¿Señor? —Me paré frente a Joe—. Por favor. Ya nos vamos. ¿Joe? —Guardé todo y cerré la caja. Me aclaré la garganta, tratando de dejarle claras mis intenciones a Joe, pero él estaba más furioso de lo que nunca lo había

visto. ¿Se trataba de la definición de una palabra? ¿O era, como Clay había sugerido, que no soportaba la autoridad masculina?

—Entiendo que trabaja en una tienda en un pueblo que se cree mejor que el resto de Estados Unidos. Que probablemente miran por encima del hombro a esos pobres blancos que viven en los Apalaches, de donde yo vengo. Entiendo que quizá no haya pensado qué es lo que el resto consideramos hermoso. Pero acuérdesse de esto: un día pensará en la vez que rechazó la posibilidad de vender un producto que hace feliz a miles de estadounidenses, de manos de los caballeros que pronto serán dueños de una de las máximas...

—¡Joe! ¡Ya déjalo!

—Quiero darle otra oportunidad. Le dejaré este panfleto. Por si se arrepiente y despierta a la mitad de la noche pensando «¿Qué hice?». Llame a este número y pida unas cuantas cajas. Tiene suerte de que yo crea en un Dios misericordioso.

Esperé hasta que llegamos al carro para decirle lo que pensaba.

—Por Dios, Joe, ¿qué fue todo eso? Realmente no fueron groseros. Eso fue tan... innecesario.

—Me estaban negando mi derecho a ganarme la vida. Eso no se puede aceptar así como así.

—¿Ahora qué hiciste? —preguntó Mary.

—Me monté en mi macho.

—¿Te dijeron merolico?

—No saben qué significa eso —respondió Joe.

—¿Cómo supiste, Mary? —pregunté.

—Siempre hace eso. No te voy a ayudar nadita, Joe. Esta vez no.

—¿Esta vez? —dije.

Aún ni llegábamos al final de la calle cuando una patrulla con dos policías adentro se nos acercó, haciendo sonar su sirena una vez. Joe se detuvo en el letrero que marcaba los límites de la ciudad y comenzó a tararear como si nada serio estuviera pasando. Un policía apareció junto a la ventana de Joe y le hizo una seña indicándole que la abriera. El lado del conductor del Chuck tenía la ventana descompuesta, así que Joe bajó la de atrás y me dejó la tarea de hablar por él.

—Disculpe, oficial, la otra ventana está atorada. Siempre pienso en arreglarla.

El *sheriff* se asomó al auto y se dirigió a Joe.

—Bájese del carro, señor.

—Estaría bien que lo pidiera por favor, oficial.

Hubo una pausa. Recuerdo haberme preguntado qué clase de oficial sería ese hombre. ¿Del tipo que suelta balazos a la primera o de los que están acostumbrados a los cretinos? Estaba tan enojado con Joe que recuerdo que pensé «Por favor, ¡que sea de los primeros!».

—Se lo pediré una última vez. Bájese del carro, señor.

—Solo le pido un por favor, señor. Es solo una cortesía.

—¡Joe! ¿Qué te pasa?

El oficial abrió su pistolera.

—Por favor, Joe —dije—. No vale la pena. Él... ¿Joe? ¿Por favor!

—A veces la libertad requiere el sacrificio de la protesta, Rip. —Al parecer Joe planeaba pasar de una infracción de tránsito menor a la silla eléctrica lo más rápido posible. Se quedó ahí, inmóvil, «montado en su macho». El policía se alejó del auto y comenzó a hablar en su *walkie-talkie*. Alcancé a escuchar la palabra «refuerzos».

—Joe, por favor. Solo...

—No gastes saliva —me advirtió Mary. Parecía tan despreocupada, como si ya lo hubiera vivido antes—. Es el bastardo más terco del mundo.

—Lo único que pedí fue un «por favor», y él ya abrió su pistolera. Sabe que cooperaré, pero por su orgullo justificado en la ley, engrandecido por la idea de poder que le dan la pistola y la placa, se niega. Y yo soy un oportunista.

Abrí la guantera para sacar mi pasaporte. Las manos me temblaban. Vi un arma, la que Edith le dio a Mary para el viaje. Lo que antes me pareció sexy ahora se veía peligroso.

Salí del auto.

—¡Rip! ¿Qué diablos haces? —Joe se estiró para detenerme.

El policía sacó la pistola.

—Manos arriba, señor.

Ya estaban arriba.

—Me disculpo en nombre de mi amigo, señor. Está enojado. No está

pensando con claridad. Le aseguro que es un buen hombre. Esto no es algo normal en él.

El *walkie-talkie* del policía hizo unos ruidos y él lo tomó.

—Refuerzos en Main Street. Tenemos un Nivel Dos. Ponga las manos sobre el auto, señor.

Nivel Dos. ¿Qué demonios era un Nivel Dos?

—Ponga las manos sobre el techo, de cara al auto, señor.

—Claro, oficial.

—¿Tiene sus documentos, señor?

—Están en mi mochila, oficial. Mi pasaporte. Ahí adelante.

Había visto escenas como esas mil veces en las películas, y la persona detenida por la policía siempre parecía tan tranquila, tan despreocupada. Pero la idea del crimen es mucho más atractiva que la realidad. Al poner las manos sobre el metal caliente del techo del Chuick, sentí cómo un tibio chorrito de orina mojaba mis Fruit of the Looms.

—Usted también, señorita.

Mary salió del auto con las manos levantadas, y las posó sin chistar sobre el techo junto a mí.

—Está haciendo un Texas.

—¿Qué es un Texas?

—Lo acusaron de merolico y le dijo al dueño que cuando fuera presidente se encargaría de que su tienda fuera la primera en ser clausurada por violar sus derechos. Lo metieron a la cárcel durante una semana. Ma tuvo que ir a sacarlo.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque no se lo merece. Es demasiado orgulloso. Espero que le den una paliza y lo dejen encerrado.

Joe seguía en el asiento del conductor, implacable como un búfalo. Confieso que, como Mary, yo también quería que le dieran una paliza, que lo encerraran y lo dejaran pudrirse ahí. Durante unos segundos críticos, quise que lo mataran, de verdad que sí.

Luego llegó una segunda patrulla; los refuerzos. El otro policía traía lentes oscuros pese a que no había sol. Le pidió al primer oficial que revisara el registro del carro. Me pregunté qué infracciones y delitos aparecerían. Me

dieron ganas de vomitar. ¿En qué me había metido?

El segundo policía parecía más relajado y se encargó de tranquilizar al primero, que seguro no era mucho mayor que yo. Para la buena suerte de Joe, el segundo oficial de inmediato se dio cuenta de que era más un imbécil que un peligro.

—¿Qué tenemos aquí?

—El conductor se niega a cooperar, señor.

El segundo policía fue hacia la puerta del copiloto, la abrió y se asomó al interior.

—¿Tenemos un problema, señor?

—Sí tenemos un problema, oficial, pero su solución es simple y sencilla.

—¿Cuál es la solución?

—Si su colega hubiera sido un poquito más amable, se habría evitado que esto... escalara.

—¿Me permite ver sus papeles... por favor?

—¡Eso es! Con gusto, oficial. —Joe señaló la guantera—. ¿Me permite?

—Adelante.

Esa escena también la había visto: que un policía solicite documentos como preludeo a que el conductor se dé a la fuga o le saque un arma al oficial o lo golpee o le invente un cuento. Joe le entregó los papeles al segundo policía, quien me miró y luego revisó la identificación de Joe.

—Baje del auto, por favor.

—Pero claro que sí —dijo Joe.

—Recibimos una queja de que estaba vendiendo sin permiso y que luego insultó a la dueña de la tienda y la amenazó.

—Simplemente le pedí a esa mujer que me explicara la diferencia entre un merolico y un vendedor. ¿Usted sabe la diferencia, oficial?

—Me parece que un merolico por lo general no tiene permiso para vender.

—Es una buena teoría, oficial, pero no es así. No hay diferencia salvo porque un merolico es, técnicamente, alguien que lleva consigo sus productos. Jabón. Seguros. Biblias. ¿Me está diciendo, por tanto, que arrestaría a alguien por vender Biblias?

El segundo oficial le habló al primero, que estaba con su *walkie-talkie*.

—¿Ya revisó los registros, oficial Flynn?

La cosa no se veía bien: una queja por alteración de la paz que los llevó a un auto raro y maltrecho con unos pasajeros y equipaje muy extraños: un enorme payaso, un pequeño europeo, una chica sin zapatos, un águila calva en una caja (un arma en la guantera) y cien mariposas muertas en la cajuela.

—¿Qué clase de carro es este?

—Verá, señor, es mi creación. Una cruza entre un Chevrolet y un Buick, lo llamé Chuick.

—¿Ese es el kilometraje real?

—Más de un millón y medio, señor. Y, si me permite, le diré que en todos esos kilómetros que he recorrido nunca me había topado con esta clase de trato hacia lo que, después de todo, es un derecho básico de cualquier estadounidense. El día en que la venta de nuestros productos se considera un delito es el día en que el país encuentra su muerte, señor. Un día gris. Un día apocalíptico. ¿Qué decía Nathaniel Hawthorne, Rip? «Si un hombre no puede vender, está perdido».

Me negué a corroborarlo.

—¿Eso es una cerveza?

—Es mía, oficial.

—Debería estar en una bolsa de papel —dijo, asintiendo.

—Disculpe, señor. Soy inglés.

En ese momento el segundo oficial vio a Jimmy Carter en el asiento trasero.

—¿Eso es un pájaro?

—Sí, oficial. El emblema nacional de este gran país. Planeamos liberarla en el Parque Nacional de Grand Tetons. Imagine lo que va a sentir sobre toda esta situación. Probablemente está pensando «¿En verdad soy el emblema de una nación que arresta a las personas solo por intentar vender sus productos?». Quizá Estados Unidos necesita otra clase de símbolo. No sé qué sería más adecuado. Supongo que debería ser algo que se devore a los de su propia especie, ¿no? Como... una araña.

—Abra la cajuela, por favor, señor.

El segundo policía parecía no tener problemas con seguir el juego de la amabilidad de Joe y Joe le correspondía. Abrió la cajuela. El policía se asomó.

—¿Tiene permisos para vender esto?

—Verá, señor, no necesitamos permisos. Salvo para algunas ciudades

donde violan los derechos humanos. Como en Lubbock, Texas. O Centerville, Iowa.

El segundo oficial examinó una cajita que contenía una increíble mariposa cebrada con detalles verdes.

—A mi viejita le gustaría esto.

Increíblemente, Joe comenzó a venderle.

—Pues llévele una, oficial. Se la doy a precio de mayoreo.

—¿De dónde saca las mariposas?

—De proveedores oficiales. Esta viene de una granja en Costa Rica. Y nosotros tenemos un pequeño criadero también.

El primer policía, que hasta ese momento se había mantenido cerca de su patrulla, con el cordón de su radio estirado lo más posible, se acercó a nosotros.

—Está a nombre de una tal Edith Bosco. Con apartado postal en el estado de Nueva York.

El policía le devolvió a Joe sus documentos.

—Bien. Puede irse, siempre y cuando no venda en este condado.

Joe negó con la cabeza.

—Eso no se lo puedo prometer, oficial.

El policía miró a Joe.

—¿Está diciendo que va a vender? ¿O que planea hacerlo?

—Verá, señor, es lo mismo. Planeo y voy a vender.

—Entonces me parece que no me deja otra opción.

—Simplemente no se lo puedo prometer, señor. Necesitamos dinero para gasolina y comida.

—Si me está diciendo que va a vender en el condado de Richmond, tendré que arrestarlo.

—Muy bien.

El segundo policía suspiró.

—Dese la vuelta y ponga ambas manos sobre el techo del auto, por favor, señor.

Joe hizo lo que se le pidió con una sonrisa.

—Claro, oficial.

El policía le leyó sus derechos y luego lo cacheó.

—Separe las piernas. —Luego lo hizo darse la vuelta, diciendo «por favor» y «gracias», y le pidió que extendiera las manos para esposarlo.

—Oficial, debo decirle que está siendo un buen ejemplo para su compañero.

Volteé a ver a Mary, suplicándole que interviniera. Ella negó con la cabeza.

—Debo pedirle que me acompañe a la comisaría, señor Bosco. Se le levantarán cargos por vender sin permiso y por perturbar la paz. ¿Está seguro de que eso es lo que quiere?

—No me parece que hubiera una paz real que perturbar aquí, oficial. Es solo una paz sostenida en el control. Y eso no es paz para nada.

Joe tuvo que agacharse mucho para meterse a la parte trasera de la patrulla.

Los seguimos hasta la estación, donde tuvimos que esperar cerca de una hora a que procesaran a Joe. Luego salió y seguía sonriendo como si fuera una experiencia maravillosa.

—Me van a encerrar toda la noche. Es un privilegio que costará quinientos dólares.

—¡Quinientos dólares!

—La fianza.

Teníamos trescientos.

—¿Aceptan tarjetas de crédito? —le pregunté a la recepcionista.

—Solo efectivo.

—Tenemos que vender algunas cajas. ¿Qué tan lejos está el siguiente condado?

—Bloomfield está a menos de cincuenta kilómetros. Pero las tiendas ya deben estar cerradas.

—¿Qué vamos a hacer, Joe?

—Tendrán que irse a vender mañana a primera hora. Solo asegúrense de que sea en un lugar que respete la Constitución de Estados Unidos.

—Okey.

Miré al asistente del *sheriff*.

—¿Hay algún motel de precio razonable por aquí?

—Hay un Ramada en Main. Si se va hacia el este, encontrará algunos moteles más baratos. Podría salir de ahí a Bloomfield por la mañana.

—¿Cuánto tiempo lo tendrán encerrado?

—Hasta que alguien pague.

XIII

*En el que descubro que Mary
no es lo que pensaba*

Frente a nosotros se extendían las nubes negras. Podíamos ver los relámpagos, pero por ningún lado se escuchaban los truenos. Mary y yo volvimos al auto justo cuando comenzó la lluvia. Esa lluvia estadounidense fuerte, caliente y generosa que comenzó a tocar un jazz en el techo. Nos quedamos ahí, escuchando las canciones mientras nuestro aliento empañaba las ventanas.

—Un día de estos Joe va a hacer que lo maten. Es un milagro que siga vivo —dije—. ¿Qué fue todo eso? Fue como si quisiera que lo arrestaran.

Mary se encogió de hombros.

—No le gusta que lo traten como si fuera menos. La dueña de la tienda seguro lo miró con superioridad. Es su sangre de ranchero, yo creo.

—Pero no fue así. No realmente.

—Mira, mi hermano está loco. ¿A poco todavía no te das cuenta?

Joe era diferente. Pero no estaba loco. Claramente había razones detrás de sus disparates: para mí era simplemente un espectáculo dramático; él sabía muy bien lo que estaba haciendo, de eso estaba seguro.

Creo que los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo de que el encarcelamiento de Joe era igual a consumación inminente.

—Seguro ya completaste las doscientas cincuenta.

Volvimos por la autopista y nos metimos al primer motel que encontramos. Se llamaba Park Plaza Court. Tenía columnas dóricas de plástico a cada lado de la recepción, un adorno heroico de mentiras para mi falsa odisea. Antes de pedir una habitación, Mary me entregó una gruesa rondana de latón.

—Póntela en el dedo en el que van los anillos de bodas, para que no nos quieran dar dos cuartos. Yo lo uso cuando viajo con Joe. La gente no siempre cree que soy su hermana porque nos vemos diferentes.

Dejé que Mary me pusiera el anillo y luego me fui a registrar a los recién casados. Apenas pude escribir mi nombre por la emoción. El mes de las tentaciones estaba por llegar a su fin. Tomé el portafolio de gente importante de Joe que contenía a los fenómenos y, al sacar mi pasaporte, le eché una mirada a la Walther.

—¿Quieres la pistola?

—Nah.

—¿Sabes usarla?

—Soy estadounidense.

La mujer de la recepción tenía un gafete dorado con letras negras que decían Tammy McCarthy. Tammy me pidió mi número de pasaporte y el apellido de soltera de mi madre y me hizo firmar en su registro. Puse nuestros nombres como señor y señora R. van Jones.

—¿Su apellido es holandés?

—Soy inglés —dije, pues no quería darle explicaciones sobre cómo conseguí mi nuevo nombre holandés. Pero justo cuando no lo necesitaba, mi nacionalidad se volvió un tema fascinante y una excusa para que la señorita McCarthy comenzara a enlistarme a sus ancestros hasta su bisabuelo en «Aberdeen, Escocia». Me dibujó su árbol genealógico en una hoja membretada del motel. Asentí amablemente y le seguí el juego con sus clichés sobre Inglaterra y la reina y cómo mi país siempre sería un amigo especial de Estados Unidos. Luego se tardó una eternidad en encontrar la llave, que tenía por llavero un trozo de madera del tamaño de un ladrillo.

—Es pa' que no se la roben. Antes gastaba trescientos dólares en llaves perdidas.

Encontré a Mary en el asiento trasero poniéndole a Jimmy Carter una nueva cama de *USA Today's*.

—¿Conseguiste cuarto?

Sacudí la llave.

—Habitación 19. Otra señal.

—¿Qué quieres decir?

—Pues tú tienes diecinueve.

—¿Por qué siempre sales con eso de las señales? Eres más supersticioso que Clay. ¿Qué hacemos con Jimmy Carter?

—Podemos dejarlo —dije—. Quizá más tarde le demos una vuelta.

—Ha estado demasiado callado.

—Va a estar bien.

Dejamos a Jimmy Carter con unas cuantas galletas y agua y entramos al motel. La habitación era igual a cualquiera, pero era precisamente su homogénea funcionalidad y anonimidad lo que la hacía más sexy que cualquier hotel elegante. Los fantasmas de otras noches llenas de lujuria podían sentirse en la colcha café de las camas dobles y en el papel tapiz embarrado de lo que parecían ser polillas aplastadas. No éramos ni la primera ni la centésima pareja que entraba a esa habitación en éxtasis, pero me pareció que pocos llevaban un deseo tan contenido como el nuestro. Cerré la puerta y nos besamos. Ella me empujó contra la puerta y se puso de puntillas, pegándose a mí antes de separarse para ir a probar los resortes de la cama. Fui hacia ella y comenzamos a besarnos otra vez, pero, de nuevo, ella se separó y se puso a observar la decoración del cuarto, en especial la pintura que colgaba en la pared entre las camas. Era de una carreta cruzando por un camino de tierra rojiza a mitad de un cañón, bañado en un atardecer exageradamente naranja.

—¿Crees que se supone que esto es Arizona?

Lo miré, intentando encontrar qué estaba viendo ella, frustrado por la distracción.

—Quizá. Es solo una fantasía del oeste.

Era una pésima pintura.

—Me gusta —dijo ella.

La pintura no tenía mérito alguno y que a ella le gustara debía ser razón suficiente para dejarlo ahí, pero la lujuria siempre le gana a la compatibilidad. Interpreté su interés en la decoración como más ganas de tentarme (¡ay de mi capacidad para leer señales!). Comencé a besarle el cuello, decidido a tomar las riendas de la situación, pero cuando intenté acostarla en la cama, ella tensó los brazos y me detuvo.

—¿Qué tienes?

—Nada. ¿La puerta está cerrada?

—Sí.

—¿Seguro?

Fui a corroborarlo y le puse la cadena para mayor seguridad. Volví a la cama y continué con lo mío, que, la verdad, no iba nada bien. Cuando intenté quitarle la ropa, su mano azotó mis dedos sobre sus botones. Parecía asustada.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Negó con la cabeza y luego dijo—: No lo he hecho antes.

—Oh.

Mi reacción fue de genuina sorpresa y decepción. No me parecía posible que no lo hubiera hecho antes, con la manera en que se movía y hablaba, ese ritmo animal que solo tiene alguien que sabe. Pero, claro, si hubiera estado pensando con claridad, con mi cabeza y no con mis entrañas, habría notado que en realidad todo eso era solo la fanfarronería e inseguridad de las que Isabelle me había advertido. Esa seguridad, esa naturalidad física que vi en la cascada y reencontré en mi habitación en la casa: todo era fingido, un espectáculo que tantas chicas deben sentirse obligadas a presentar para placer de los tipos calientes como yo.

—No te lo quise decir cuando me preguntaste.

—No tienes nada de que avergonzarte. Está... bien.

Puede que la virginidad sea valorada y adorada en algunas culturas, pero no es lo que buscas cuando estás esperando una satisfacción física sin trabas. Con la virginidad viene la responsabilidad y yo no tenía ganas de ser responsable. Quería vivir algo peligroso, sucio y salvaje con alguien más salvaje, más sucia y más peligrosa que yo. No quería tener que pensar ni explicar nada. Quería sexo estúpido, inconsciente, irresponsable y sin compromisos.

—He estado cerca de hacerlo. Pero fue con un granjerito que solo quería contarles a sus amigos que se había cogido a una chica. Aunque esos tipos se impresionarían con que les dijera que se había cogido a un puerco. Juguetemos. Hice que se viniera justo antes de llegar a la última estación. No iba a hacerlo todo con él. No era el indicado.

Le quité un mechón de cabello de la boca con ternura. Me deleité ante la

sugerencia de que yo pudiera ser el elegido. Pero, la verdad, no quería serlo. No para Mary. Aunque me halagaba que lo pensara. Dije que era importante llegar a la última estación por primera vez con la persona correcta. Le aseguré que conmigo estaba en buenas manos y que nunca me cogería a un puerco ni a ningún otro tipo de animal. Agregué, como todo un caballero, que no teníamos que llegar a la última estación. Podíamos detenernos una o dos estaciones antes si no tenía ganas de hacer el viaje completo. Pero ella dijo que quería llegar hasta el final y que quería fuera yo quien la llevara ahí.

Tras unirme como su desflorador, se acercó a mí y me apretó contra ella con su mano detrás de mi cabeza. Me besó, y fue un beso suntuoso y fluido. Luego se levantó y se quitó la ropa hasta quedar completamente desnuda frente a mí, como Dios la trajo al mundo, aunque quizá no donde Dios quería que estuviera. Ya la había visto desnuda, aquel primer día en la cascada, pero esto era diferente. Una voz me decía que no me subiera al tren, pero la ignoré. Ella pareció interpretar mi reacción de fascinación como duda, pues me preguntó:

—¿Seguro que me deseas?

—Dios mío, sí. Te deseo. Hoy. Mañana. Siempre. —¡Por cinco minutos de placer era capaz de prometer eternidades!—. ¿Tienes protección?

Yo no tenía. No lo había pensado bien. Pensar es enemigo del hedonismo.

—Está bien. Córrete como católico.

Lo hicimos con una desesperación animal. Me preocupaba que la larga espera me llevara a una rápida y decepcionante conclusión, pero creo que su virginidad, la responsabilidad de quitársela, la presión de hacerlo bien y dejar la vara alta para sus futuros amantes, además del terror de embarazarla, hicieron que mi mente se enfocara y controlaron un poco mi lujuria contenida, al menos lo suficiente para quedar bien y satisfacerla. Me corrí como católico. Apenas.

Después, me acosté de espaldas y ella de costado con un brazo sobre mi pecho y la cabeza sobre mi corazón; el aroma de su cuerpo era poderoso, complejo y ligeramente repugnante. Mientras la niebla del deseo se despejaba, me volví (inmediatamente) consciente de todo lo que no me agradaba de ella (pero que había ignorado en la búsqueda de esta satisfacción), y me sobrecogió la absoluta certeza de que había cometido un

error al tener sexo con ella. Aunque yo no le doy valor, ni legal ni espiritual, a ese tipo de cosas, sentí que me había atado a ella de una forma muy básica que no podía revertirse y que le daría «derechos» en algún momento, sin duda cuando yo menos lo necesitara. Se quedó entre mis brazos, más pasiva y pacífica que nunca, y más conforme de lo que me gustaba. Quería tener de vuelta a la Mary fresca y atrevida. Pero era tierna y, debo decirlo, dulcemente vulnerable. Tomé los cigarrros y, en la clásica usanza, le pregunté si le había gustado.

—Fue... diferente.

Diferente no sonaba bien.

—¿Diferente para bien? ¿O diferente para mal?

—Diferente de como me lo imaginaba.

—¿Cómo te lo imaginabas? —Le ofrecí un cigarro, pero lo rechazó. Estaba disfrutando un hito en su vida.

—Se sintió bien, pero... fue como si no estuvieras ahí. Y yo tampoco.

—Te aseguro que estaba ahí.

—No, o sea, te estabas... nos estábamos convirtiendo en una sola persona.

—Oh. Okey.

—¿Sabes que cuando una mariposa macho fertiliza a una hembra su esperma la tapa para que ella no se pueda aparear con otro?

—Qué bueno que no somos mariposas.

—¿Crees que te corriste un poco adentro de mí?

—Espero que no. Me salí una o dos estaciones antes.

—Pero hay un poquito que sale antes de que te vengas. Eso te puede embarazar. Ma me lo dijo. Dice que hay que asegurarse de que el hombre se ponga condón.

No quería pensar en Edith, ni en Edith diciéndole esas cosas a Mary, ni en que mis chorritos preeyaculatorios pudieran a embarazar a Mary. Tampoco en que hubiera quedado tapada para que ya nadie más la usara. Quería dormirme. Quería perderme en un sueño profundo y luego despertar en otra parte, sin haberle hecho el amor a Mary ni haber formado un vínculo con ella de esa forma.

—Imagínate que me embarazara y tú volvieras a Inglaterra, y dejaras a un niño que no supiste que tenías. Y luego conocieras a ese hijo, años después,

cuando tenga diecinueve o veinte y ande de paseo por Inglaterra.

Me lo imaginé y la idea me encogió todo: el alma, la verga y mi capacidad para mantenerme despierto.

—¿Qué harías?

—¿Si te embarazara o si conociera a mi hijo dentro de veinte años?

—¿Si me embarazara?

—Yo... No te vas a embarazar.

—Pero si lo hiciera. En este momento. ¿Querías que tuviera al bebé?

Claro que no. Era un tipo egoísta de veintitrés años que acababa de tener sexo con una chica que deseaba físicamente pero que no encajaba conmigo de ninguna manera. Sus pruebitas de lealtad no me divertían. Lo único que quería era placer sin consecuencias y luego dormirme.

—Apoyaría lo que tú quisieras. Es tu cuerpo.

Mary contrarrestó mi sofistería.

—Menos cuando *tú* lo quieres.

Su cabeza seguía sobre mi pecho y su brazo ya se había pegado a mi piel.

—¿Soy el sol o la luna?

—¿Qué?

—Dijiste que Isabelle y yo éramos diferentes, como el sol y la luna. ¿Cuál soy yo?

—La luna.

—¿O sea que Isabelle te calienta más que yo?

—O sea que tú eres más... misteriosa.

Se incorporó y se cubrió con la sábana como si fuera un poncho.

—No es broma lo de que tenemos padres distintos. En serio lo creo.

Comencé a forjar un porro.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Tengo una teoría. Ahora que estoy aquí contigo y ma está a miles de kilómetros lo siento todavía más.

Estaba pensando «Por favor, no me cuentes nada que me ate más a ti o que me endeude contigo de ninguna forma», pero también «Sí, cuéntame, porque necesito saber qué pasa en esta familia y es maravilloso cuando te comparten un secreto». El chisme es una fuerza tan poderosa como la lujuria.

—Dime.

—Una vez, hace unos años, ma se emborrachó muchísimo en Acción de Gracias. Yo tenía dieciséis. Estaba enojada conmigo porque en la escuela me descubrieron fumando marihuana. Aunque a veces le gustaba fumar conmigo. Una noche me contó que cuando nuestro padre se iba de expedición, ella se sentía muy sola. Dijo que un día fue a un bar a buscar compañía. Sentí que me quería decir algo.

—¿Que estuvo con otros hombres?

—Quizá. O quizá que estuvo con un hombre que tal vez era mi padre. Una vez me describió a un tipo que conoció. Un trailero apache. ¿Por qué haría eso?

—¿Le preguntaste? Si... ya sabes.

—Podría matarme por preguntarle algo así. Pero cuando me dijo eso me quedé pensando.

—Quizá necesitaba confesar algo.

—Era más que eso. Seguro.

—¿Lo has hablado con Joe?

—Le conté lo que dijo ma. Él dijo que ma estaba borracha y ya, que fue el vino el que habló. Le pregunté claramente si pensaba que yo podía tener otro padre. Dijo que solo había que mirarnos para ver que éramos hermanos. Cree que tenemos la misma forma de nariz, y sí es cierto, pero esa nariz es, era, la de mamá antes del incendio. Me dijo que no dijera esas cosas, así que se me olvidó. Pero cuando lo mencionaste me puse a pensar otra vez. Y esa idea no se va. Ahora tengo que saber la verdad, porque no sabré quién soy hasta que sepa eso.

—Eso no cambia quien eres —le aseguré, tomando su mano.

—¿Crees que estoy loca? —dijo, retirándola.

No lo creía. Su historia y su teoría parecían viables. ¡Solo había que verla! Pero estaba cansado y quería dejar el tema y dormirme. Le di otra fumada al porro. No estaba pensando con claridad cuando más lo necesitaba.

—Quizá tu madre sí tuvo una aventura, pero eso no significa que tu padre sea otro.

—Quizá. ¿Por qué siento esto? ¿Por qué siento que soy diferente? Lo sé cuando voy al volante. Quizá mi padre era automovilista. Yo lo soy. ¿Eso de dónde me viene? Nadie me lo enseñó. Aunque puede que solo me lo haya

imaginado. O quizá ni importa. Mi padre es o un camionero solitario o un entomólogo loco al que las personas le importan un carajo. A veces me pregunto cómo será tener un hijo que no conoces. Da igual. Mi existencia le da lo mismo. Y eso significa que no puede rechazarme. Debe ser peor para Joe, que sí conoce a nuestro padre. Pensar que está por ahí, viviendo su vida como si no existieras. Eso debe doler. Creo que por eso Joe es como es. Creo que intenta demostrarle algo a alguien a quien no le importa. Pero no sé qué haría yo si fuera Joe y lo conociera. Probablemente lo mataría. A menos que ma lo matara primero. Pero me gusta que ni siquiera sé si es mi padre. Eso quiere decir que soy libre. No como Joe o Isabelle. Ellos piensan en él de distintas formas. Isabelle con la colección y Joe al intentar impresionar a la gente. Pero yo no tengo que impresionar a nadie. No me conoció ni yo a él.

Dijo todo esto con una conmovedora ingenuidad.

—¿Estás oyendo lo que te digo?

—Estoy pensando. —Debí dejarlo ahí, pero tenía la tendencia a entrometerme—. ¿Por qué no te aseguras?

—¿Cómo puedo asegurarme?

—Pues puedes hacerte una de esas pruebas de sangre. —No sé por qué le dije eso a Mary. Era más la estupidez de la bruma poscoital que un deseo real por saber la verdad.

—¿Cómo funcionan?

—No sé exactamente. Pueden probar la paternidad. Si les sacan sangre a tus hermanos y la comparan con la tuya.

—Necesitaría que Joe o Isabelle dieran sangre. No lo harían.

—¿Isabelle?

—¿Crees que ella sí?

—Creo que sí —dije—. Si le interesa la verdad.

—No agitaría las aguas.

—Qué tal que yo se lo pido a Joe.

—¿Lo harías?

—Mañana le diré.

—¿Lo prometes?

—Sí. Lo prometo. —Lo dije porque no me costaba nada decirlo y quería dormirme. Pero luego, cuando ya estaba con los ojos cerrados, no me pude

dormir. Yo era exactamente lo que Isabelle sospechaba: un hedonista dispuesto a aprovecharse de su inmadura hermana por un instante de placer, ignorando las consecuencias, dispuesto a aprovechar una fantasía infantil para hacerla sentir deseada. Si, al principio, mi deseo por Mary me cegó a los atractivos más sutiles de Isabelle, también me cegó a las cualidades más delicadas de Mary, a quien me convenía ver de cierta manera (minimizada). Puede que fuera egoísta y un poco descarada, pero probablemente todo eso era una farsa y, siendo justos, una farsa que yo animé. De pronto el arrepentimiento me llenó en forma de un cansancio, de una tristeza que no podía explicar por completo. Estaba seguro de que había cometido un error, pero es fácil ser sabio cuando el sexo ya pasó.

Despertamos a las once, pasada la hora de salida. La señorita McCarthy estaba ahí donde la dejé, en la recepción. Le entregué el llavero ridículo pero efectivo y me disculpé por el retraso.

—No se preocupe, señor Van Jones. El letrero dice que a las diez para darnos tiempo. La mucama viene a las doce, para serle sincera. Y, si los recién casados no pueden dormir hasta tarde, ¿quién podrá?

Pagué la cuenta con mi dinero, haciendo una nota mental para decirle a Joe que no podía seguir financiando sus limosnas y sus fianzas.

—Espero que haya dormido bien, señor Van Jones.

No me pareció apropiado decirle que en realidad había pasado una noche intranquila y llena de sueños desconcertantes que mezclaban mis tres terrores fundamentales: embarazar a Mary, que Edith me atrapara y ser buscado y encontrado por el padre apache de Mary.

—Como un tronco —dije, frase que la hizo sonreír y tuve que repetirla.

—Y me imagino que su adorable esposa durmió también... como un tronco.

—Ambos dormimos como troncos, señorita McCarthy. Como un almacén de madera.

—Qué bien. Se casó con una dama encantadora, señor Van Jones. Que tengan buen viaje.

Acepté el elogio a nombre de mi esposa y le di las gracias a la señorita McCarthy. Justo antes de llegar al auto, me quité la rondana del dedo y anulé nuestro matrimonio de doce horas.

Mi exesposa ya me estaba esperando al volante, lista para vender mariposas hasta completar la fianza y liberar a su hermano. Conseguimos el dinero en una parada. Mary vendió trescientos dólares en el primer lugar, una tienda de regalos en un centro comercial a menos de cincuenta kilómetros de Centerville. Fue la única vez que la vi vender y lo hizo con poca alharaca pero bastante encanto. Era fácil ver a Edith en los coqueteos y la gracia que Mary mostró al inicio de la conversación. Al volver al auto con un montón de los verdes, me miró.

—Todavía podemos abandonar a ese desgraciado, ¿sabes?

Era una idea agradable: Mary y yo recorriendo el país como una versión sexosa de Bonnie y Clyde, haciendo el amor y vendiendo donde se nos diera la gana, viviendo de las mariposas por el resto de nuestros días. El problema era que Mary no hubiera sido mi primera opción de compañía y el arrepentimiento no se me había pasado ni un poco. En todo caso, su cambio, esa especie de aceptación, de dulce confianza y casi seguridad en que ya éramos pareja, me dejó más claro que no funcionábamos bien juntos y que debía ingeniarle alguna estrategia de retiro antes de que me obligara a darle un anillo real.

Pero había plantado una semilla (por favor, Dios, no *esa* clase de semilla) que por la noche creció hasta convertirse en una idea. Sus pensamientos ya se habían ido demasiado lejos por cierto camino, en una dirección que yo propuse.

—Tienes razón, Rip. Debería saber quién es mi padre. O quién no es mi padre. Voy a hacer una de esas pruebas de sangre. Necesitaré que Isabelle y Joe también se la hagan. Eso será lo difícil. Quizá tú me puedas ayudar con eso. Lo más difícil será ma, pero quizá también puedas ayudarme con eso. Le caes bien. ¿Me ayudarás?

—Claro.

—Joe es el problema. Es imposible guardar secretos ante ma. Joe le cuenta todo. Lo tiene controlado.

—¿En serio? ¿A Joe?

—Se hace el muy libre, pero ella lo tiene bien amarrado. ¿Por qué crees que le habla diario?

—¿Te sentirías mejor si supieras? O sea, ¿qué resultado sería mejor, que

tuvieran el mismo padre o que no?

—Eso no lo voy a saber hasta que pase. Pero creo que deberías decir algo.

Llegamos a la oficina del *sheriff* al mediodía. Mary se quedó en el auto y yo tomé el dinero, llené los formularios y pagué la fianza. Joe estaba en su celda, evangelizando alegremente al guardia sobre los hábitos de las mariposas. Salió sin un ápice de arrepentimiento, presumiendo que había convencido al *sheriff* sobre su punto de vista respecto al significado de *merolico* y el problema con las armas y cómo la libertad es «la *paradójica* americana». Le dio una morfo azul al *sheriff* para su oficina a manera de recuerdo, y ellos nos dieron una escolta policial para que nos acompañara hasta el condado de Appanoose, donde el *sheriff* hizo sonar su sirena y Joe le dijo adiós agitando una mano, como despidiéndose de un gran amigo.

—¡Malditos locos de pueblo chico! —gritó, con una enorme sonrisa.

XIV

*En el que enfrento a Joe sobre el pasado
mientras nos dirigimos al gran océano*

Tras liberar a Joe nos encaminamos hacia el norte por valles boscosos, campos de maíz y soya, porquerizas y granjas de ganado, y luego al oeste por una pradera siempre plana. Joe no se disculpó por el caro y molesto hiato que había provocado su obstinación. En vez de eso, soltó un discurso sobre cómo Iowa era el estado más fértil del país y que entre más fértil es la tierra más retrógrada es la gente, aunque creo que solamente lo decía por la frustración de haber sido arrestado por iowanenses que a mí me parecieron personas bastante razonables y hasta amigables.

—Estados Unidos es una tarta que se está derritiendo, Rip. Tienes que tragártela de golpe. Águilas calvas. Genocidio de los nativos. Maravillas naturales. La ley de los tres quintos. El Camino. Los arrestos ilegales.

Al dejar Des Moines, el paisaje ya no cambió hasta Nebraska, donde de algún modo logró volverse más plano y solitario, con horizontes tan distantes que te hacían imaginar que podías ver la curvatura de la tierra. Joe dijo que para ver la curvatura de la tierra se requería un camino despejado y plano por doscientos setenta kilómetros (un hecho que aún no he corroborado, pero creo que es verdad). En la línea estatal viramos al norte por la ciudad Sioux y luego seguimos por las cascadas de Sioux, Dakota del Sur, donde Joe dijo que estaba el punto más lejano respecto al mar en todo Estados Unidos. Se refirió a esa planicie como «el gran océano» y dijo que entre más te alejas del océano real, más sientes que estás en el mar.

Fue en medio de ese mar, en el punto en el que estábamos lo más lejos posible de cualquier parada, distracción o escape, que decidí confrontar a Joe

con la pregunta sobre la paternidad de Mary. Ya había caído la tarde y era el momento más caliente del día. Joe iba manejando, Mary adelante y yo atrás. El radio estaba encendido pero, al llevar las ventanas abajo, el ruido de afuera ahogaba la música (Joe decía que teníamos que estar al menos a treinta y ocho grados para encender el aire acondicionado). Yo llevaba el codo asomado por la ventana y la mano abierta, con los dedos separados, atrapando el aire hasta sentirlo como una pelotita en mi palma, duro y pesado. Había estado pensando en que Mary fue concebida durante una cogida en tráiler. Me parecía real: las diferencias físicas entre ella e Isabelle eran innegables y sus personalidades también; las largas ausencias del esposo de Edith, su semiconfesión ética años atrás, que Joe eligiera creerle a su madre por lealtad y una imprecisa necesidad de proteger a Mary. Terminé generándome un estado de indignación. Sentí rabia contra Edith por cómo controló la historia y maldije a Joe porque bien podría ser el guardián de su secreto. No le tenía miedo a Joe; ni por un momento en todo el tiempo que pasé con él temí por mi seguridad física, ni siquiera cuando las cosas se pusieron tensas. Era un alma noble que no estaba hecha para la violencia, pese a su gran fuerza y sus tendencias erráticas. Siempre estaba dispuesto a discutir y escuchar las posturas de los otros, y además estaba acostumbrado a que lo enfrentaran sus hermanas, los dueños de la tienda, la ley y en general cualquiera que se cruzara en su camino. Pero, aunque a mí me resulta fácil enfrentar a alguien sobre temas abstractos de filosofía, cultura o política, en realidad soy un cobarde cuando se trata de algo emocional y personal, incluso (y quizá aún más) cuando pienso que tengo la razón. Crecí evitando ser directo con mi padre, a quien le tenía miedo, y adopté una postura ante la vida en la que era capaz de lo que fuera por no tener conflictos emocionales, tomando siempre el camino menos turbulento para salir de una discusión. Pero ahora era un caballero andante, y le había jurado a Mary que iría a la guerra por ella. Estábamos a miles de kilómetros de Edith, en una planicie llena de nada y con un Joe atrapado. Debía hacerlo en ese momento.

Más allá de una iglesia solitaria, vimos un pequeño grupo de dolientes en un cementerio y aproveché el hecho para contarle a Joe sobre el funeral de mi padre, cómo quiso que lo cremaran en vez de enterrarlo y que a mí me dieron la tarea de esparcir sus cenizas porque mi madre tenía la temblorina y

le preocupaba que el viento nos echara las cenizas encima. Le conté que no fui cercano a mi padre y sobre la poca tristeza que sentí con su muerte. De ahí comencé a decir que tener un padre cerca no necesariamente es un beneficio en la vida y que la mía pudo ser más fácil (aunque técnicamente eso no hubiera sido posible) sin él. Le pregunté a Joe si él se sentía igual y dijo que sí; fue ahí donde se lo solté.

—¿Te puedo preguntar algo, Joe?

—Lo que quieras, Rip.

—Esto te puede sonar raro, pero al verlos a Mary, a ti y a Isabelle, me cuesta trabajo creer que sean hermanos al cien por ciento.

El sonido que hizo Joe fue el mismo de cuando me habló por primera vez de su padre: un gemido bajo, como un animal a punto de morir. Contenía tristeza y cansancio reales, creo, pero cuando habló escuché una sutil nota de ira, y la ira, créanme, era una emoción muy rara en Joe.

—¡Oh, no! ¿Mary? Anduviste diciendo esas viejas tonterías. Por favor. ¡Por favor! Maldita sea. No puedes decirle cosas así a la gente. No es justo. No lo es. Ya lo habíamos aclarado.

—A mí no me quedó claro.

—Simplemente no puedes decir cosas así.

—Tú dices toda clase de cosas, Joe. Sobre tu pasado. Para vender.

—Eso es distinto. Son negocios, no le hacen daño a nadie.

—Siendo justos, Joe —dije—, fui yo quien sacó el tema. Dije que no podía creer que Mary e Iz fueran hermanas, pues son como el sol y la luna, y no solté el tema hasta que me dijo lo que tu madre le contó sobre su aventura.

—Ma no dijo tal cosa. Mary te llenó la cabeza de especulaciones, Rip. Puras especulaciones.

—¡Eso es una maldita mentira y lo sabes, Joseph Bosco! —Mary se cruzó de brazos para contenerse de lanzarse contra su hermano—. ¡Lo dijo y lo dijo en serio!

—Son locuras. Lo. Cu. Ras. Qué vergüenza, Mary. Puedes decirlo todas las veces que se te dé la gana, pero no por eso será verdad. Qué vergüenza.

—Qué vergüenza que tú seas su lacayo.

—No soy ningún lacayo.

—Llevas todos estos años siguiendo sus órdenes y dejando que todo sea

como ma quiere.

—Ay, Rip. ¿Ya ves lo que hiciste? Incitaste la revolución.

—Tu madre sí puede ser algo tirana, Joe. Sé que ha trabajado mucho, sé que es una mujer que sufrió desprecios y maltratos, sé que la ha pasado mal... pero quizá no está siendo completamente honesta sobre el pasado.

—Claro, porque algo esconde —aseguró Mary.

—Ma no es el enemigo en esta historia. Que eso quede claro. Y lo que dices es solo un rumor. Un rumor horrible.

—¡Un rumor que ma inició! Cuando estaba borracha.

—Ay... esto es... no lo puedo creer. Es... Bueno, estoy impactado y sorprendido... y decepcionado, Rip. En serio. Que una persona educada y sensible como tú se crea algo así. Simplemente no es verdad. No y no. Y ya no deberíamos hablar de eso porque va a ser un problema. Y se acabó.

—Es un desgraciado —dijo Mary, volviéndose hacia mí y hablando como si su hermano no estuviera presente—. No lo enfrentará. Habla de la buena y la mala teología, pero es mala teología no querer saber la verdad.

—No sabes. No sabes, Mary.

—¿No crees que sea posible, Joe? Por lo que me has contado sobre que tu padre pasaba mucho tiempo de viaje, y hasta tu madre me dijo lo infelices que eran y...

—¡Basta! Tal vez esto, tal vez lo otro. ¡No vamos a hablar de eso! Yo no voy a hablar de eso... la la la... di di di.

Joe comenzó a distraernos con sus di di dis y solo escuchamos su alegría falsa, negándose a hablar. Fingió con todas sus ganas que no pasaba nada, pero era obvio que estaba alterado. Tras un par de kilómetros, Joe me hizo una pregunta completamente irrelevante sobre Europa, la cual ignoré. Yo ya había elegido mi bando, al menos por el momento. Estaba del lado de Mary. Era la primera vez que había un antagonismo real entre Joe y yo.

—Pero miren nada más —dijo Joe.

—¡No, Joe! —Mary lo vio.

—¿Por qué no?

—No.

—¡Hagámoslo!

—¡Que no, Joe! —Mary puso una mano en el volante—. No tenemos

espacio, ¡y tenemos que hablar de esto!

—¡Claro que tenemos espacio! ¿Hay espacio allá atrás, Rip?

El tema de su discusión estaba más adelante, en la carretera. Yo no tenía problemas con recoger autoestopistas, era parte de las sorpresas del Camino, pero tenía la sensación de que era solo un truco más del Gato con Sombrero, que Joe estaba creando la siguiente distracción para evitar que siguiéramos hablando sobre Edith. Con un extraño en el auto sería difícil que tratáramos asuntos personales.

—Claro —dije, molesto porque mis planes se habían frustrado de nuevo. Joe no estaba esperando la opinión de nadie, pues ya había bajado la velocidad y se estaba preparando para detenerse y recoger al autoestopista.

—Podría ser un desgraciado —dijo Mary.

—Pero también podría ser un ángel. «No se olviden de aceptar a los extraños, pues algunas personas han recibido ángeles sin saberlo». Además, quizá nos dé dinero para la gasolina.

—Parece un desgraciado.

El ángel/desgraciado estaba sentado sobre una caja roja de Coca con el brazo estirado y el pulgar casi en vertical. Parecía que llevaba un buen rato intentándolo y había perdido la esperanza de conseguir un aventón. O era muy *cool* o no se dio cuenta de que nos habíamos detenido para llevarlo, pues se quedó ahí sentado, fumando. Cuando Joe hizo sonar el claxon, el tipo se levantó, le dio una última fumada a su cigarro antes de aplastarlo con el pie, y luego se echó la mochila al hombro y lentamente se acercó a nosotros. No iba a apresurarse por nadie.

—Este chico podría cambiarnos la vida. Simplemente no lo sabes. ¡Piensa en las infinitas *perculaciones*!

Puse a Jimmy Carter en medio del asiento trasero, en el espacio que dejaron las cajas que vendimos.

El autoestopista nos mostró su mochila y señaló hacia la cajuela.

Joe se estiró sobre Mary.

—¡Súbete, amigo! Tenemos llena la cajuela, así que vas a tener que ponerte tu bolsa sobre las rodillas.

El hombre se subió y se acomodó en el asiento libre. Traía consigo un aroma a perfume y tabaco.

—Gracias. Oh, ¿eso es un pájaro?

—Es Jimmy Carter —dije—. Es un águila calva.

—¿Eso es legal?

—Es un águila legal —comentó Joe—. Soy Joe. Ella es mi hermana Mary.

—Media hermana —aclaró ella.

—Y él es Rip. Es de Gales.

—Mark.

Estreché la mano del autoestopista, que estaba húmeda por esperar bajo el sol todo el día. Mark saludó a Mary con un movimiento de cabeza y ella se negó a responderle el saludo. Era un desgraciado hasta que se demostrara lo contrario. Aunque a mí no me lo parecía. Era un hombre atractivo de unos veintiocho o veintinueve años, cosmopolita y muy *cool*, lo que de inmediato me puso alerta, pues presentí la competencia. Yo ya no era lo más exótico en ese auto.

—¿Llevabas mucho rato esperando, Mark?

—Ustedes fueron el carro sesenta y cuatro.

—No hay accidentes en el universo. Acá Rip es el supersticioso. Le encontrará algún significado al número sesenta y cuatro. ¿Para dónde vas, Mark?

—A Rapid City. Y luego a LA... en algún momento.

—¿De dónde vienes?

—De Nueva York.

—¡No me digas! Nosotros también venimos de Nueva York. Del estado, pues. De allá de las Catskill.

—Hippies y rancheros, ¿cierto?

—Cierto. Pero ¿en cuál categoría nos pones a nosotros? —Joe se lo preguntó con su tono de ranchero menos inteligente, representando su personaje de «orgullosamente bobo». Creo que aún seguía enojado conmigo y Mary e intentaba vengarse de nosotros de algún modo. El hombre miró a Joe, luego a mí y al final su mirada se posó en Mary, durante demasiado tiempo para mi gusto. Intentaba acomodarnos dentro de algún grupo estereotipado en su mente.

—El auto dice rancheros. Pero ningún ranchero viaja tan lejos de casa. Me inclino a lo hippie.

A decir verdad, debió estar confundido sobre con qué clase de personas se había metido.

—¿Y ustedes? ¿Adónde van? —preguntó, sin sonar como que le interesara mucho. Tenía ese aire que tienen algunas personas, un aire que dice: «Mi vida es mucho más interesante que la tuya y estoy tan conforme con ella que nada de lo que hayas hecho o estés haciendo llama mi atención, pero de cualquier modo te voy a preguntar».

—Wyoming.

—¿Negocios o placer?

—No *compartimentalizo* esas cosas, Mark. —Aunque Joe realmente mezclaba las palabras, creo que a veces lo hacía a propósito para que la gente lo subestimara—. Nuestros negocios siempre son un placer, pues nos permiten andar por todas partes. O sea, solo sería trabajo si quisieras estar haciendo otra cosa.

Mark se dignó a ofrecerle una pequeña sonrisa.

—Es verdad. Y ¿cuál es su negocio?

«Ninguno que te importe», quería decirle. Qué posesivo me había vuelto con mi aventura. No quería que alguien del mundo exterior llegara a romper el hechizo.

—Rip te lo enseñará.

A regañadientes tomé la caja de muestras y la abrí sobre mi regazo. Por alguna razón, quizá era el tufillo de sofisticación que emanaba Mark, me avergonzaba mostrarle las mariposas porque, bien mirado, era raro vivir de vender bichos, y era obvio que cualquiera que fuera el trabajo de Mark, sería algo mucho más *cool*. Le entregué la caja de la malaquita.

—Ah —dijo Mark, aunque fue más un «ah» tipo «Creí que sería algo más *cool*» que un «ah» de «¡Aaah! ¡Oooh!»—. ¿En serio a eso se dedican?

—En serio —respondió Joe, que no escuchó ningún tono de crítica o superioridad en la pregunta—. Es una especie de moneda. Vendemos mariposas y seguimos viajando. Deleitándonos en las alegrías y las maravillas de esta vida.

—Qué interesante ecuación. Me dio mucha sed allá afuera. Me caería bien una cerveza.

Yo no había tomado cerveza, ni ningún tipo de alcohol, desde que conocí a

Joe. Había estado bien sin ellas, pero de pronto quise una como si fuera un antojo de días. Teníamos un arma en la guantera, pero nada de cervezas.

—Este vehículo es abstemio, Mark, pero hay refresco caliente por ahí.

—¿Qué clase de país prohíbe las cervezas en los autos pero no un arma? — pregunté, intentando parecer ingenioso e impresionar a nuestro pasajero.

—¿Uno que quiere que los tiros den en el blanco? —respondió ágilmente Mark.

Joe se rio, con demasiado entusiasmo para mi gusto.

—Esa es la clase de agudeza que nos serviría, Rip —dijo Joe, aprovechándose del momento para molestarme.

Le pasé la botella de dos litros a Mark, quien se tomó un cuarto sin pena. Noté cómo miraba a Mary mientras bebía. La miraba de una forma obviamente lasciva y me indignó lo poco que se esforzaba por disimularlo. La hipocresía propia es difícil de ver, Jesús y Joe tenían razón en eso, pero sentí celos, no por Mary sino por mí. Mark era *cool* de un modo que yo codiciaba. Hablaba y se movía con parquedad, era como si hubiera estudiado películas de vaqueros, como si de ellas hubiera aprendido cómo comportarse. No generaba gran conversación, pero no era por timidez; creo que era parte de su plan para que nosotros hiciéramos la mayor parte. Lo peor era que Joe se la estaba poniendo fácil siendo insoportablemente poco crítico, como solía ser. De hecho, estaba siendo demasiado amable con un tipo que, a mi parecer, tenía una superioridad arrogante y se sentía con derecho a ir en ese auto, derecho que sin duda aún no se había ganado, considerando que nos acababa de conocer y estaba en deuda con nosotros por el viaje.

—¿Les molesta si fumo?

—Adelante.

Desde que salimos de las Catskill había intentado fumar lo menos posible al estar con Joe. No es que me hubiera dicho que no lo hiciera, sino más bien que su vitalidad natural me quitaba las ganas. Cuando estaba solo con Mary el deseo volvía, y cuando Mark comenzó a fumar, me volvió la atracción por ese mundo. No me refiero al mundo de los porros, sino a todo lo que eso implica: cierto nivel de subversión intelectual, osadía cultural y esa sensación de ser antisistema que equivale a la ilusión de libertad.

—Y ¿qué te espera en Rapid City, Mark?

—Un amigo consiguió un pequeño papel en una película y la van a filmar por ahí.

—¡No me digas!

Eso nos emocionó a todos. Hasta Mary se reacomodó en su asiento. En la jerarquía de cosas seductoras (libertad sin riendas, placer sexual, drogas, dinero y hermosos paisajes), estar relacionado, de cualquier manera, con una película está en lo más alto; tan solo poder decirle a alguien «Conozco a una persona que trabaja en el cine» tiene superpoderes mayores que los que la riqueza y la educación podrían comprar. Yo pensaba que mi vida era la más interesante en Estados Unidos y de pronto ese tipo se sube al carro. ¡Maldito! Pero se iba a poner peor.

—¿Qué película es?

—Es una película del oeste. Se trata de un oficial de caballería que se mezcla con los nativos.

—¡Dios mío! ¡Qué genial! —dijo Joe, como si no se diera cuenta de nada. Seguro que lo hacía deliberadamente, pero su peor versión (la más exagerada y vergonzosa) salía cuando estaba con personas *cool* y sofisticadas. Me daban ganas de negar por completo que nos conocíamos.

—¿Y tú en qué trabajas, Mark?

—Soy escritor.

Fue como un golpe en el plexo solar. De toda la gente que pudimos recoger en la carretera, justamente tuvimos que recoger a un escritor.

Joe se estaba riendo como un niño. Estaba feliz con todo el asunto.

—¡Qué maravilla! Solo en este país. ¡Ahora tenemos dos escritores en el carro! ¿Creen que sea suficientemente grande para ambos? Rip quiere ser escritor.

—Solo hago mis intentos —dije, antes de que Joe me anunciara como ganador del Premio Nobel o algo así.

Mark no se inmutó. Ni siquiera me miró. Mi ninguneo debió animarlo al menos a preguntarme qué intentaba escribir. Pero no, no se iba a rebajar a eso. Desgraciado arrogante. Esa forma en la que dijo: «Soy escritor», tan tranquilo, como si nada; me daban ganas de matarlo.

—Díganme, ¿qué clase de auto es este?

—Es un *Chuick*, engendrado por un Chevrolet y un Buick.

—Es genial.

Pues nadie te estaba pidiendo tu opinión, pensé. Le había pasado a ese tipo el enojo que tenía con Joe. Pero qué ganas tenía de saber qué tipo de escritor era, así que me tuve que tragar mi orgullo del tamaño del mundo para preguntarle.

—¿Qué clase de escritor eres?

—En este momento, uno en la ruina.

Ay, no, un escritor que se ningunea.

—Escribo sobre todo guiones. Y estoy trabajando en una novela.

Ajá. Yo tampoco.

—¿Guiones de películas? —preguntó Joe.

—De películas.

—Qué maravilla. Tengo muchas ideas para películas. Ni te imaginas. Tantas historias. Rip va a escribir un libro sobre mí y mis viajes. Quizá tú deberías escribir la película.

—¿Por qué no?

—Y entonces ¿por qué estás pidiendo aventones? ¿Un tipo importante en Hollywood como tú? Deberías ir en avión a LA. O al volante de un Corvette.

—Me gusta ver los lugares que cruzo. Percibes mejor las cosas. Además, conoces personas y las personas son historias. La mayoría de mis ideas me vienen de convivir con la gente, de escuchar. Pedir aventón es muy bueno para eso. Cada viaje es una historia.

—Pues elegiste el auto correcto para eso —le aseguró Joe—. Tengo unas historias que no te las crees.

No lo hagas, Joe. Esas historias son tuyas... y mías. No le entregues tus perlas. No desperdicies la magia en este desconocido. Apenas lo conocemos. Dice que es escritor, pero no sabes si es verdad. Y los escritores son ladrones. Podría robarse tu historia, decir que es suya, usar tu vida, y la mía, y arruinarnos. ¡Esa historia es mía!

Demasiado tarde. Joe se entregó a ese extraño en cuerpo y alma, lubricándolo todo con sus fantasías y exageraciones. Comenzó con la versión extendida de la historia familiar, agregando algunos detalles que yo no había escuchado; le contó sobre la colección de aberraciones de su padre, las morfos azules de cinco alas y que íbamos a Wyoming con «una mariposa de

un millón de dólares» para reunirnos con un hombre llamado el Mago. Tengo que reconocerle a Joe la energía y el dramatismo que le puso a la narración. Casi proyectaba las imágenes en la carretera frente a nosotros. Era como si nos dirigiéramos hacia la película que él estaba describiendo. El guionista lo escuchó con atención, sonriendo ocasionalmente y a veces interviniendo para aclarar algún punto. Pero principalmente escuchó. No estaba anotando nada físicamente, pero era obvio que en su cabeza estaba tomando notas a toda velocidad, como probablemente hacen los verdaderos escritores, y que ya estaba formulando la trama para una película que vendería en LA y de la que un día, en un futuro no muy lejano, yo vería un póster en el cine de vuelta en casa: *La mariposa del millón*.

Joe terminó su historia, una historia en la que yo aparecía apenas como el asistente inglés, diciendo sin pena que, si le vendía la colección al Mago, él mismo haría la película y le pagaría a Mark por el guion. Era difícil no concluir que Joe, como castigo por mi traición al cuestionar su historia poco antes, se estaba vengando al entregar su historia de vida sin miramientos ni preocupaciones. ¡Me habían usurpado el papel de cronista principal!

—¿Qué te parece, Mark? ¿Crees que podría ser una película?

Mark se quedó en silencio por un rato. Era obvio que lo habían cautivado la energía y el increíble brillo de Joe, al igual que a mí, y que él, como yo, quería tomar su parte. Pero actuaba como un buscador de oro que finge que no ha visto la pepita al fondo del río.

—Tiene algo.

—¿En serio?

—En serio.

—La historia debe tener un final feliz, Mark. La vida es una comedia. Aunque todo el tiempo amenace con ser tragedia, termina siendo comedia. Esa es la gran verdad. El problema es que la gente la deja en la parte trágica. Casi que es más fácil. La gente dice que los finales felices son para los tontos y para los locos. Pues yo me voy con los tontos y los locos... y con los niños. Y tengo más de donde vino eso. Solo fue una probadita.

Mark quería saber más, especialmente sobre las mariposas poco comunes y el coleccionista con el que íbamos a reunirnos. También quería saber sobre el padre de Joe. Si seguía vivo. Joe llenó de detalles (detalles que yo mismo

había estado intentando sacarle) a su nuevo mejor amigo y cronista. La usurpación se completó cuando Joe invitó al guionista a acompañarnos en nuestro viaje a conocer al Mago, e incluso a quedarse en las Catskill después para que conociera a la familia, entrevistara a su ma y conociera a Isabelle. Todo lo que creía mío se lo estaba ofreciendo a ese completo desconocido, quien luego le echó sal a mi herida (debió saberlo) al preguntarme si tenía algunas monedas para hacer unas llamadas, reagendar sus asuntos e irse con nosotros. Después de eso, Mark prácticamente se puso a planear el elenco de la película sobre la vida de Joe, la película que él iba a escribir.

Cuando nos detuvimos para cargar gasolina anuncié que necesitábamos la ayuda del autoestopista, retirándole al escritor el derecho tácito a no pagar nada y quedarse con su dinero. Dijo que estaba esperando la luz verde para que empezaran a filmar su guion, que pasaría en cualquier momento. Joe, que estaba muy acostumbrado a gastar dinero extra sin ningún tipo de garantía, fue extremadamente comprensivo y le dijo que no se preocupara. ¡Podía pagarle cuando hicieran la película! Mark fue a cambiar mis cinco dólares por monedas y Joe comenzó a ponerse místico respecto a nuestra buena suerte al conocer a Mark.

—Verás, Rip. Hay una ley universal que dice que si mantienes los ojos abiertos, encontrarás a quien debes encontrar.

—Es un desgraciado —insistió Mary—. Y le voy a decir sus verdades.

—Con respeto, Mary. Tú y las verdades no son buenas amigas.

—No me agrada —dije—. No confío en él. Dice que es escritor, pero ¿qué ha escrito? Y ¿por qué le contaste todas esas cosas... sobre tu padre? Y lo de las morfos azules de cinco alas. ¿A un completo desconocido? Le diste tus joyas, Joe.

—Ay, Rip, ¡por favor! Hay suficiente para todos. Tú eras un desconocido hace poco.

Mientras Joe hablaba con el empleado, fui de malas a comprar cigarros. Mark estaba fumando por ahí, mirando hacia un campo sin gracia. Le pedí un cigarro y nos quedamos codo a codo, escritor y escritor frustrado.

—No es real, ¿verdad? —preguntó—. ¿Lo de las mariposas de un millón de dólares? Son locuras, ¿no?

—Claro, con Joe todo son patrañas.

—Pero son patrañas muy especiales. Y las mariposas son poéticas. Pero lo de *La mariposa del millón*, eso me sirve.

—¿Te sirve?

—Es un gran título. Solo necesito una frase que venda. ¿Eso es en serio? ¿De verdad tiene un bicho tan valioso?

—Joe dice muchas cosas que no puede confirmar.

—Eso es claro. Pero me gustaría aprovechar algo de su energía salvaje. Y la chica debería hacer un *casting*.

—¿Un *casting*?

—Un *casting*. Con su estructura ósea, su color. Esa... aura que la rodea. ¿En serio es su hermana?

—Eso dice él.

—Qué locura. Vivir de vender bichos. Pero es una buena historia.

Lo observé alejándose sin prisa. Claro que sentía envidia. Pero mi molestia también nacía de cierta posesividad, de un celo razonable por Joe y su historia. Había llegado a sentir que esas personas, y mis aventuras, ir a ver a un tipo llamado el Mago, las mariposas del millón, pasar de pobres a ricos, las hermosas hermanas, la madre aterradora, el padre genio loco, quizá otro padre... que todo eso era mío. Así que es fácil ver por qué me molestaba que alguien llegara a «tomarlo» diciendo que «le servía». A diferencia de Joe, que era despilfarrador y generoso con su vida y con él mismo, yo no quería compartir la historia con otros y no fue hasta que comenzó a contarle todo a ese tipo que me di cuenta de lo mucho que creía que era mío, que eran historias para que yo las escribiera y nadie más. No quería que alguien llegara a tomarlas, a contarlas y venderlas; quería ser yo quien las contara y haría, si bien no cualquier cosa, bastante para que así fuera.

Mientras Mark hacía sus llamadas, volví al auto con pasos firmes y decididos. Mary estaba al volante y Joe iba atrás. Había sacado su maletín de la cajuela para enseñarle los fenómenos a Mark.

—¡Arranca! —dije tras subirme tranquilamente al auto.

Mary me miró sin comprender.

—Luego te explico. Confía en mí. ¡Arranca!

Encendió el Chuck.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Joe, mirando a todas partes para

encontrar a Mark.

—Confía en mí, Joe. No quieres a ese tipo en tu auto. Luego te explico. ¡Vámonos!

Mary pisó el acelerador hasta el fondo. El Chuick quemó llanta sobre el suelo de la gasolinera y salió a toda velocidad hacia la carretera. No miré atrás.

—¿Qué pasa, Rip?

Cuando estábamos a casi dos kilómetros de la gasolinera, se lo dije. Les dije que mientras fumaba con Mark, noté que tenía un pequeño tatuaje en la cara interna del brazo, un número de serie. Y cuando le pregunté qué era eso, me dijo que había estado en la cárcel, y cuando le pregunté por qué, dijo que por robo a mano armada, y cuando le pregunté si realmente era guionista, dijo que no pero que sentía que tenía que ganarse la vida, sudar por el pan, digamos, así que se inventaba un personaje distinto en cada viaje para impresionar a quienes lo llevaban, que cuando lo recogimos decidió que sería un guionista y cuando le di el dinero para la llamada, dijo que no le hablaría a nadie en L. A. ni en Hollywood, sino a su oficial de libertad condicional en Detroit. El tipo acababa de salir de la cárcel por robo a mano armada.

Ahí me detuve, por miedo a exagerar (si vas a mentir, tienes que hacerlo con todo, pero sin extenderte demasiado).

—Carajo. —Joe estaba comprensiblemente impactado.

—¡Por eso le interesaron las morfos azules de cinco alas, Joe!

—¡Carajo!

—Probablemente planeaba llamarle a su compañero o a alguien así para robárselas. Con todo lo que le soltaste.

—Me equivoqué con él, Rip. Me equivoqué muchísimo.

Mientras Joe consideraba las implicaciones de mi terrible mentirilla, negó con la cabeza, aún confundido, pero aliviado.

—Bravo, Rip. Hiciste bien.

—A veces paga ser escéptico con la gente, Joe.

Y luego, superponiéndose al sonido del viento, Mary le gritó a su hermano:

—¡Te dije que era un desgraciado!

Creo que después de eso todos estábamos igual de molestos unos con otros.

Joe conmigo por ponerme del lado de Mary. Mary con Joe por contradecirla frente a mí. Yo con Joe por coquetear con el escritor y yo conmigo mismo por hacerle algo tan vil a alguien que, si hubiera conocido en circunstancias distintas, pudo haberme caído bien, ser mi amigo y hasta habría hecho películas con él, quizá una llamada *La mariposa del millón*.

El silencio reinó durante unos ciento sesenta kilómetros. Hasta Jimmy Carter estaba callado. Y resultó que demasiado callado.

—Jimmy no se mueve —dijo Mary—. No debimos haberlo traído.

Jimmy Carter murió en alguna parte de la Interestatal 10.

Joe miró al ave sin vida y la sacó de la caja.

—Pobre Jimmy. Está más muerto que un guiso de animal atropellado.

Enterramos a Jimmy Carter a un costado de la carretera y Joe dijo unas palabras.

—Señor, te entregamos a Jimmy Carter. Perdónanos por no ser más cuidadosos. Lamento no haberlo visto emprender el vuelo en las Tetons. Descansa en paz, pajarito.

Si querían un mal augurio, ahí estaba. La reflexión en retrospectiva es inútil (¡ahora lo sé!), y la reflexión en retrospectiva sobre un presagio es especialmente inservible. Pero tuve una especie de presagio durante la ceremonia, una visión de que me encaminaba hacia un problema, un problema sin forma que resplandecía allá, en el horizonte.

En el que conozco al Mago y todo cambia

Llevábamos horas recorriendo las praderas que la primavera había teñido de amarillo en Wyoming, hacia Grand Tetons, donde Joe tenía planeado liberar a Jimmy Carter. Las descripciones poéticas del escenario no cambiarán la realidad de lo que estaba por ocurrir y tienen poco peso sobre los eventos esenciales de mi historia, así que no abundaré mucho sobre estas montañas. No quiero desanimarlos a que las conozcan. No hay nada más molesto que alguien que describe algo que ha visto y tú no para luego insistir en que lo veas porque «no has vivido hasta que lo hagas». Es difícil no escuchar la presunción implícita en tal comentario: mi vida ha sido más interesante que la tuya. Las panorámicas pueden hacer que el corazón del hombre dé un vuelco, pero pocas veces pueden hacerlo cambiar de opinión. Con eso en mente, si no conocen Grand Tetons, inténtenlo. Es algo que hay que ver. Las mejores montañas siempre son las que empiezan con una base baja, como una planicie, y estas parecían ser así, elevándose de golpe por más de dos mil metros. En este mundo hay montañas más altas, pero no tantas que crecen tan súbitamente como esos enormes dientes serrados que se presentan como el primer obstáculo serio en tu viaje hacia el oeste por las planicies estadounidenses. Al pobre Jimmy Carter le hubiera encantado volar en círculos y hacer piruetas con el viento de ese lugar. Entre la confusión de la muerte de Jimmy, botar al autoestopista, las teorías de Mary sobre su paternidad y mi enojo con Joe por negarse a discutir el tema, casi se me había olvidado que, para Joe, el verdadero propósito del viaje era ir a ver a un hombre llamado el Mago para venderle la colección. Parecía tan poco probable. Hasta para Joe. Pero de pronto se detuvo para hacer una llamada.

—Me dijeron que llamara al llegar a Wyoming.

La asistente personal de Roth le dio instrucciones para encontrar su casa y le dijo el nombre real del Mago, Truman Roth III, y dijo que Truman estaba ansioso por conocernos y ver las morfos de cinco alas. Nos dijo que la entrada a la propiedad estaba a medio camino entre Dubois y la línea divisoria continental, saliendo de la Autopista 26. Debíamos buscar una pequeña gasolinera Exxon y contar ocho kilómetros al oeste desde ahí, hasta que viéramos la puerta, un guardaganado y un letrero de «Hexapoda». Cuando encontramos la gasolinera, Joe comenzó a canturrear como un loco.

—¿Quién quiere ver a un trillonario? ¡Yo sí! ¿Quién quiere vender muchos bichos? ¡Yo sí!

Mi cabello casi estaba tieso por el polvo que había llenado el carro al llevar las ventanas abajo, la camisa de Joe tenía una mancha en forma de cruz en la espalda por el sudor y podía oler a Mary entre todo eso; súmenle los olores que dejó Jimmy Carter y entenderán que éramos un grupo bastante hediondo.

—¿No crees que deberíamos arreglarnos un poco, Joe? Puede que no nos dejen entrar así, vestidos como vagos.

—¡A Truman Roth III no le importará cómo estamos vestidos, Rip! Probablemente ve a la gente mejor vestida, más educada y más inteligente todos los días; dudo que le importe un pepino nada de eso. Debemos ser nosotros mismos. La *autenticidad* es lo que cuenta. Y no se trata de lo que traemos puesto, sino de lo que llevamos entre las manos. Podríamos llegar en una procesión presidencial de veinte limosinas negras, vestidos con trajes de casimir y pantalones de seda, hablando latín, y aun así no nos dejarían pasar a verlo. Solo hay una cosa que nos permitirá cruzar las puertas de este paraíso, y tiene diez centímetros de alto y quince de ancho, es de un azul celestial y tiene algo que ni el mismísimo ángel Gabriel. Eso es lo que nos permitirá entrar a la sala del trono de este trillonario y hablarle como sus iguales. ¡Eso es lo que nos hace dignos a sus ojos, Rip!

La seguridad inicial en la entrada de ese paraíso no era tan estricta como se esperaría. Consistía en el guardaganado, una pluma de seguridad sencilla y una caseta de vigilancia con un guardia hispano bastante aburrido, que estaba pelando cacahuates a la sombra de su techito. Una valla de menos de

un metro para contener a las vacas iba de extremo a extremo, con Canadá en un lado y México en el otro. El nombre de la casa estaba pintado rústicamente sobre un pedazo de madera maltrecha con una flecha que apuntaba hacia el frente: «Hexapoda».

Eso provocó unas risillas en Joe.

Mientras nos acercábamos a la entrada, Mary les dio voz a mis pensamientos.

—A mí no me parecen las puertas de un trillonario.

—¿Crees que quiere que todos sepan dónde vive, señalándose con una entrada y muros elegantes?

Joe tuvo que abrir la puerta para hablar con el guardia, maldiciendo una vez más por la ventana descompuesta y prometiendo arreglarla.

—Tenemos una cita para ver al señor Roth. Mi nombre es Joseph Bosco. Ellos son Mary Bosco y Rip van Jones.

San Pedro no parecía estar esperándonos y nuestros nombres no estaban en ninguna lista.

—Espere aquí, señor. —El guardia se alejó y comenzó a hablar en su *walkie-talkie*. Alcanzamos a escuchar la estática, pero no lo que decía. Hablaba rápido y en español.

—Si el tipo es tan rico, ¿por qué vive como vaquero?

—No lo sé, Mary. A lo mejor le gustan los caballos. ¿Crees que solo tiene una casa? Tiene casas por todas partes.

El guardia no dejaba de mirarnos con desconfianza. Su conversación se estaba extendiendo demasiado para mi gusto y retaba la paciencia de Mary.

—No tiene idea de quiénes somos, Joe. Qué mierda. Vinimos hasta acá por puras piñas.

El guardia desconfiado le estaba haciendo gestos al Chuick, sin duda molesto por tener que recibir a tal montón de porquería.

—Está muy enojado.

Joe comenzó a cantar «Quién quiere ser trillonario» de nuevo. Era difícil no estar de acuerdo con Mary en que eso era lo más lejos que nos llevarían los inventos de Joe, que habíamos llegado al final del camino de los engaños. Y de pronto, de la nada, el guardia se transformó. Se detuvo a media oración con la boca abierta y los ojos desorbitados, y comenzó a asentir lentamente,

mirándonos. «Oh. Okey». Volvió como un hombre nuevo, lleno de sonrisas.

—Adelante, señor Bosco. Siga por el camino. Dentro de veinticinco kilómetros llegará a otras puertas. Tendrá que pasar la seguridad y ellos lo llevarán al edificio. Buenos días.

—¡Muchas gracias!

Joe le ofreció un saludo militar al guardia y cruzamos el guardaguanado, directo hacia la tierra del Mago. No estábamos en Kansas y el suelo no era de ladrillos, pero la hierba seca y la tierra que formaban el camino entre el campo, con ganado de un lado y caballos del otro, casi eran amarillas. Dicho camino iba directo hacia las montañas. Detrás de nosotros, el Chuick dejó un delta de polvo que se tragó nuestro pasado.

—¡Hombres de poca fe! —dijo Joe.

—Ajá. Ya veremos —contraatacó Mary.

—Ya ves que dicen que si la entrada tu casa se extiende por más de un kilómetro, eres millonario —dijo Joe.

—¿Quién dice eso?

—La gente. La gente que dice cosas. Es verdad. Y si es de casi veinte kilómetros, eres billonario.

—O vaquero.

—Así que si es de más de treinta kilómetros es bastante claro que le va muy bien. Un doble billonario. O sea, un trillonario.

—Probablemente ni es millonario.

—Mary, tu cinismo te ciega a los posibles gozos y maravillas de este mundo.

Con todo y las «cuentas de Joe», Roth tenía que ser al menos millonario. El hecho de que el guardia se hubiera referido a la casa de Roth como «el edificio» era esperanzador, así como el camino de treinta kilómetros para llegar hasta ahí, pero aun así yo no creía que nos fuéramos a encontrar con el hombre que Joe describió como uno de los más ricos del mundo, dueño de la colección privada de mariposas más grande sobre la faz de la tierra.

—¡Miren!

Joe estaba señalando hacia el frente, a la montaña donde, en la mitad, podíamos ver la forma recta de un edificio que se elevaba entre las piedras. Daba la extraña impresión de que la montaña se había diseñado en relación con la propiedad y no al revés. La casa, pronto lo sabríamos, había sido

construida en una saliente de las Tetons como homenaje a los ancestrales pueblos navajos en el Cañón de Chelly en Arizona. Desde abajo no parecía tan grande, pero porque apenas era la fachada. Su característica más visible era el enorme balcón. La casa real debía estar más adentro en la montaña.

—Se necesita mucha lana para poner una casa ahí.

El camino comenzó a hundirse hasta que solo era una zanja que formaba un embudo natural hacia la siguiente entrada. Ya no nos quedaba duda de que estábamos en la propiedad de una persona realmente adinerada. Las puertas eran de hierro forjado, y las vallas, altas y electrificadas. Había dos guardias de seguridad con armas en las caderas, parados a cada lado de las puertas, que se abrieron automáticamente cuando nos aproximamos. Pasamos las puertas y un tercer guardia nos dirigió a un estacionamiento. El Chuick debía ser el auto más carcachón que hubiera llegado hasta ahí, pero si al guardia le molestó, no dejó que se notara. Nos pidió a todos («señora y señores») que «desalojáramos el vehículo» y dijo que un transporte nos llevaría a la casa. Joe dijo en broma que no tuvo tiempo para arreglar el Chuick y el hombre le dijo que se encargaría de que lo limpiaran y lo enceraran. Nos cachearon y nos pidieron que pasáramos por un arco detector de metales. Abrieron el maletín de Joe y lo revisaron con un aparato que era como un detector de radiación y que luego pasaron sobre nosotros. Después nos rociaron como un líquido antes de llevarnos al transporte. Ya ahí, Joe comentó a voz en grito los peligros de ser rico.

—Alégrate de que no eres tan rico que tengas que esculcar a tus visitantes, Rip. Las grandes riquezas traen grandes miedos. Guardias de seguridad. Vallas eléctricas. Pólizas de seguros. Cámaras y muros. Eso que pensabas que ibas a conseguir con el dinero, la libertad, se pierde. Y luego está la separación. La distancia entre tú y tus vecinos crece. Terminas sin amigos. Sin comunidad. Y además te llenas de culpa por toda la gente que aplastaste para conseguir lo que tienes. Porque no se puede alcanzar el éxito sin aplastar a alguien. Ningún palacio se ha erigido sin aplastar algunos pobres.

—Estoy de acuerdo, Joe. Pero no le digas eso al señor Roth. No si quieres venderle la colección por una buena cantidad.

—No voy a ser un *siquifante*, Rip. Voy a ser lo que soy y nada más.

Joe siguió compartiendo sus puntos de vista sobre las relaciones económicas

entre empleado y empleador y las penurias de los ricos. Le hizo algunas preguntas al conductor (¿Cuánto lleva trabajando aquí? ¿Conoce al señor Roth? ¿Le ofrece un salario justo?), pero él simplemente se encogía de hombros como diciendo «Solo hago mi trabajo». A diferencia de Joe, él vivía en un mundo en el que ganarse la vida era más importante que dar sus opiniones.

El recorrido hasta la «entrada principal» fue breve, casi como tomar un elevador hasta la casa. Mientras bajábamos, Joe se dio el gusto de hacernos sentir su te-lo-dije. La realidad comenzaba a opacar lo imaginado. Una hora antes, en la primera puerta con el guardia mexicano, me había preparado para que todo resultara ser otro de los cuentos del cerdo volador de Joe. Pero hasta Mary quedó impresionada mientras subíamos por la montaña.

—Al tipo le debe ir considerablemente bien.

Cuando nos bajamos del transporte llegamos a un recibidor muy limpio y minimalista, donde un hombre con frac nos estaba esperando. Hizo una pequeña reverencia y se presentó como Foster.

—Bienvenidos a Hexapoda. Señor Bosco. Señorita Bosco. Señor Jones. —Se sabía nuestros nombres y quién era cuál, y nos ofreció una reverencia a cada uno—. Si quieren refrescarse un poco, puedo llevarlos a los baños de huéspedes. Luego, cuando estén listos, el señor Roth los llevará a almorzar en la terraza.

Foster, que tenía un ligero acento escocés, tenía ese trato imparcial típico de los mejores empleados, esa capacidad para tratar a cualquier invitado, por más burdo o desaliñado que fuera, como la realeza.

Detrás de una pared de cristal, los baños tenían vista hacia las Tetons del lado del lago Jackson. Desde la ventana podía verse un vacío de ciento cincuenta metros hasta la superficie rocosa y el río. Me sentía demasiado sucio como para tocar cualquier cosa, así que me lavé el rostro y me humedecí el cabello para acomodármelo con el peine de carey que me dieron. Escuché que alguien llamaba a mi puerta; era Mary, limpia y con el cabello recogido, pero aún con su chaleco y sus diminutos shorts, anunciando con orgullo que no se iba a cambiar de ropa por ningún hombre. Fue a la ventana y miró el paisaje.

—Nunca he conocido a un coleccionista de mariposas al que no le falte un

tornillo.

—Pero hay que reconocérselo a Joe —dije—. Por una vez, no estaba exagerando.

—Debe haber alguna trampa. Siempre hay trampa con Joe.

Fui con ella junto a la ventana y le besé el cuello, pero estaba demasiado tensa para responderme. Desde aquella noche en el motel había estado distante.

—¿Sigues enojada con él?

—Ese desgraciado sabe la verdad. Se le notaba cuando le preguntaste.

Joe nos estaba llamando y fuimos a encontrarnos con él en el pasillo. Se había recogido el cabello con gel y se veía bien.

—Vamos un rato para cerrar el trato.

Truman Roth nos estaba esperando en lo alto de las escaleras, en el segundo nivel de su casa. Era un hombre vigoroso de unos setenta años. Llevaba un sombrero de capitán, saco azul eléctrico, pantalones de vestir, alpargatas y unos lentes ligeramente oscuros. Parecía un personaje de Julio Verne, listo para echarse a navegar en un transporte loco que lo esperaba junto a su montaña.

—Bienvenidos a Hexapoda. ¿Qué tal estuvo su viaje?

—Fantástico, señor Roth. Qué cosas vimos. La grandeza de esta nación realmente está en sus maravillas naturales.

—Los envidio por eso. Disfrutar el país al volante. Debería volver a hacerlo. Tomo nota.

—Debería, señor Roth. Debería. No tienen caso tantas riquezas si no puede disfrutar la vida.

Roth hizo una pausa y en su gesto se dibujó algo como pena. Pensé que Joe ya lo había arruinado. Pero de pronto Roth sonrió.

—Eso es muy cierto, señor Bosco —dijo, como si Joe hubiera expresado algo muy sabio que él nunca antes había oído—. Y, por favor, háblame de tú y dime Truman.

—Muy bien, Truman. Y tú puedes decirme Joe. Esta es mi hermana, Mary-Anne. Y él es mi mejor amigo y socio, Lew Jones, aunque nosotros le decimos Rip por lo mucho que duerme. Rip es del Reino Unido.

—Me disculpo si la seguridad fue un tanto excesiva.

—No pasa nada. Estoy seguro de que tienes un montón de cosas que proteger.

—No les temo a los ladrones, Joe. No. Le temo a las polillas, que, estoy seguro de que lo sabes, son la plaga del coleccionista. Siempre encuentran la forma de entrar. ¿Sabes que ahora mismo hay una plaga de polillas en el Museo de Historia Natural de Londres? Y por eso yo mantengo mi colección bajo tierra, a temperatura ambiente, sin luz y en seco. Pese a todo, es un misterio cómo se metieron esas. Creemos que la esposa del embajador francés las traía en su equipaje. La verdad, todo es inútil. Los insectos nos acabarán, Joe, sé que lo sabes.

—*¡Anrivenum sarnicus!* —dijo Joe—. A mi hermana Isabelle esas cosas le dan pesadillas. Ella es la que cuida la colección.

El rostro de Roth se iluminó al escuchar sobre la colección.

—La cual estoy ansioso por discutir contigo. ¿Traes las aberraciones?

—¡Los fenómenos están en casa, Truman! —Joe le mostró su maletín, lo cual pareció desconcertar a Roth.

—Bueno, bueno. Sí. Claro. No puedo esperar. Pero primero almorcemos. Le tengo mucho cariño a tu país, Rip. Algunos de los mejores coleccionistas son de Gran Bretaña. ¿De qué parte eres?

—Gales.

—Ah. Fascinante. ¿Conoces a la vanesa americana?

—No, no la conozco.

—Tiene una gran historia. Kilo a kilo, o más bien onza a onza, es la mariposa nómada más épica del mundo. Luego te la mostraré. Pero debemos comer. Seguro tienen hambre.

—Nos comeríamos un caballo, Truman —dijo Joe.

—Si quieren caballo, hay caballo. —Nos reímos. Roth sonrió. Claro que había caballo si queríamos caballo—. Aquí preferimos usar los caballos para montarlos. ¿Tú montas, Mary-Anne?

—Nunca lo he intentado, señor Roth.

—Por favor, dime Truman.

—No siento que lo conozca lo suficiente aún, señor.

—Mary tiene sus ideas, Truman.

—Dime como prefieras. Están aquí como mis invitados antes que para

hacer negocios.

—Todos somos hijos de Dios, Truman. Míranos nada más. No hay nada que nos diferencie. Salvo, quizá, unos cuantos billones de dólares. Además, tus uñas están más cuidadas que las nuestras.

Roth se miró las manos y sonrió. Yo noté las uñas de Roth desde que estreché su mano al saludarlo; estaban inmaculadas, con sus medias lunas perfectas. Mientras lo seguíamos por el balcón, el señor Roth nos explicó que la casa fue construida con la idea de que se sintiera como parte de la montaña.

—Fue diseñada a imagen del templo de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari en Egipto. ¿Te gusta el arte, Joe?

—La verdad, la verdad, Truman, cuando veo arte me doy cuenta de que no cambiaré nada en mi vida por más que me le quede viendo por mucho tiempo. Nunca he visto una pintura que iguale a la naturaleza, ni un color que pueda competir con el brillo de la malaquita. Me gusta más cómo lo hace la naturaleza.

—Bueno, eso es difícil de refutar. Como solo tengo permitida una gran obsesión, he limitado mi colección de arte a una pieza por siglo.

Roth tenía algo fundamental de cada época y cultura, exhibido en orden cronológico, y cruzar de la entrada al balcón implicaba pasar por cuatro milenios de expresión artística más o menos a un paso por siglo. Un cáliz de Susa. Una máscara ceremonial del Congo belga. Un dibujo rupestre de los espíritus Mimi de Australia. La obra favorita de Roth era un pequeño dibujo a lápiz hecho por Rembrandt, un autorretrato del artista como anciano.

—Parece perdido, Truman —dijo Joe, señalando con un gesto al viejo—. Como si estuviera diciendo «¿Cómo terminé aquí, en el armario de cristal de este trillonario, en un país que no era ni un destello en los ojos de nuestros padres fundadores cuando yo estaba vivo?».

Hasta ese momento, Roth parecía estar manejando bastante bien las rarezas de Joe. Se rio con ganas al escuchar eso y mis nervios de que Joe fuera a arruinar el negocio al ofender a nuestro anfitrión comenzaron a desvanecerse.

En uno de los pedestales vi un plato griego con una imagen que reconocí.

—¿Dioniso?

—¡Sí! —Roth estaba encantado, y también Joe, quien me ofreció una enorme sonrisa, disfrutando el orgullo de haber contratado a un tipo tan culto—. Hay dos opciones respecto a lo que está pasando en la imagen. «Dioniso navegando en el mar». Algunos piensan que Dioniso acababa de ser capturado por piratas y que los convirtió en delfines. Otros dicen que el dios del vino va hacia su propio festival. Personalmente prefiero la primera historia. Me gusta pensar que la mejor historia suele ser la historia real. ¿Te gusta el vino, Rip?

Ya casi se me había olvidado a qué sabía el vino.

—Sí. Mucho.

—Pues también colecciono vino, pero no lo cuento como una colección. Vengan. Vamos al balcón a tomar una copa y admirar la vista. Y a hablar de las criaturas más hermosas sobre la tierra. Quiero escuchar cómo llegaron a sus manos estos tesoros.

Salimos de la galería hacia el balcón, el detalle que alcanzamos a ver desde el auto, y observamos el paisaje. Podíamos ver el camino que recorrimos desde la primera puerta, a más de veinte kilómetros de distancia, donde se conectaba con la carretera, que se extendía con un brillo plateado por el horizonte. Nuestro destino, literalmente, era el final del camino. No había casas ni gente a la vista, solo tierra que se extendía hasta un horizonte, sobre lo cual Joe bromeó diciendo que probablemente también le pertenecía a Roth.

Foster nos llevó unos cocteles. Hasta donde yo sabía, Joe no acostumbraba beber. No sé si fueron los nervios o la necesidad de darle gusto a su anfitrión, pero tomó un Manhattan, se lo bebió de un trago como si fuera un vaso de leche, se lamió los labios y tomó otro de la bandeja que Foster aún estaba sosteniendo junto a él.

—Qué delicioso —dijo.

Roth parecía divertido. Creo que estaba preparado para perdonarle cualquier cosa a ese pueblerino con tal de conseguir lo que quería.

El almuerzo lo recuerdo por muchas cosas: la vista, que era vertiginosa y no ayudaba a la digestión, el hecho de que toda la comida de Roth estaba en forma de puré («Un problema estomacal. No puedo procesar la comida») y porque Joe se puso borracho, lo cual, pese a que tenía el doble de la

superficie de un hombre de tamaño normal, pasó bastante rápido y tuvo un efecto encantador en su personalidad. Su rostro parecía más plástico. Él y Roth sin duda se entendían bien, y eso era bueno para la venta, pero me pregunté si lo de la bebida era una táctica para suavizarnos, así que me la llevé lento con mi coctel.

Afortunadamente Joe fue *auténticamente* él mismo durante todo el encuentro. Siempre envidié esa capacidad de ver a todos como criaturas de carne y hueso y con el mismo valor. Y durante aquel almuerzo Joe demostró que su tendencia a vernos a todos iguales no era una pose. Ni siquiera un hombre con la capacidad de cambiarle la vida afectaba su comportamiento.

—¿Te gusta ser rico, Truman? Porque yo llevo años diciéndome que no debe ser la gran cosa. Que el dinero no te hace feliz. Ya sabes, por si nunca llego a tenerlo. Puedo ver que tiene sus cosas buenas. Pero cuando nuestro Señor dijo que para un rico es más difícil entrar al reino de los cielos, debe haberlo dicho por algo. ¿Son los medios para conseguir y mantener las riquezas lo que evita que entres al paraíso, todo pisoteo a los pobres es necesario para eso, o es el hecho de que no entrarás porque ya tienes todo lo que crees que necesitas? No son las riquezas las que le niegan el paraíso al hombre rico. Es el no querer nada más.

Por cada persona que Joe ofendía al primer encuentro (calculo una proporción de siete por cada diez), había una que lo entendía de inmediato, esa persona que lograba comprender que había más en ese hombre de lo mucho que podía verse y que su visión de la vida podía abrir nuevas realidades. Esperaba que Roth fuera una de estas.

—¿Crees que todo el asunto de las colecciones sea para llenar un vacío, Truman?

Hubo una pausa. Una vez más Roth parecía serio y acongojado.

—¡Vaya, Joe! ¡Planteas la gran pregunta que me mantiene despierto por las noches! Cuando era niño solía coleccionar de todo. Estampillas. Etiquetas de queso. Números primos y agitadores de cocteles. Guardo los talones de los cheques y tengo todo el set de tarjetas de los jugadores de los Phillies de Filadelfia de 1986. Sí. Creo que me hace sentir que tengo el control. Es emocionante tener el poder de sacar un elemento de un conjunto y observarlo individualmente. Colecciono de todo, pero con las mariposas es

distinto. Ya no amo las estampillas, los autos y ni siquiera el arte. Pero eso no me ha pasado con las mariposas. —Roth hizo una pausa, como si tomara conciencia de que estaba haciendo una confesión—. Y de todos los coleccionistas, los de mariposas son los peores, los más obsesivos. Son gente que sale a buscar especímenes muy cotizados y les frotan las alas para que ya no les sirvan a los demás coleccionistas. Es una enfermedad letal. Siempre hay algo que no tienes. Y yo no soporto la idea de que nadie, ni siquiera tú, Joe, tenga algo que yo no. Y luego, cuando consigues lo que quieres, la alegría de poseerlo pronto se pierde bajo la seguridad de que no tienes algo más que debe andar por ahí. Siempre hay algo que no tengo. Y es ese algo que no tengo, que anda volando libre por el mundo o que está enmarcado en una colección bien cuidada, lo que me acaba. No son las polillas las que me quitan el sueño, Joe. ¡Son las mariposas que no poseo!

Cuando terminó de hablar, tenía los dientes apretados y sentí que su calidez y tolerancia inicial lo habían abandonado por un momento.

—Lo cual, claro, es la razón por la que están aquí.

—Te confieso que me gusta saber que tengo algo que un hombre con tus gustos y riquezas no tiene, Truman.

Roth probablemente se rodeaba de personas que jamás se atrevían a hacer chistes o cuestionarlo respecto a nada. Y, como un emperador aburrido del servilismo, desesperado por alguien que le contestara o que estuviera en desacuerdo con él, parecía tolerar los comentarios abiertamente críticos de Joe. Creo que bien podría haberle dicho a Roth que era el hombrecillo más feo y aburrido que había conocido en la vida y él se lo habría aceptado. Para cuando terminamos de almorzar, Joe ya le estaba dando consejos financieros a Roth y proponiéndole una forma para que pudiera cruzar por el ojo de la aguja.

—No me molesta la gente rica, Truman. Pero no me gusta cuando se olvidan de los pobres. Espero que des algo de tu riqueza.

—Pues sí, Joe, lo hago. Pero, seamos honestos, es solo por los impuestos. Y todo lo hacen mis contadores.

—Eso no es una decisión que te salga del alma, ¿verdad?

—No. Pero tienes razón. Siempre me he consolado pensando que mi negocio les da empleo a miles, lo cual alimenta a decenas de miles, pero

¿quizá eso no es suficiente?

—Yo digo que no.

—Y ¿qué sugieres, Joe?

—Yo simplemente usaría el principio de Jacob: una décima parte antes de impuestos. Eso es lo básico.

—¿Y si compro tu colección seguirías esa ley al pie de la letra?

—¡Hasta la zeta!

Después de comer, Roth nos llevó a ver su colección, la cual estaba resguardada en el centro de la montaña. A la entrada de la galería había una escultura de oruga del tamaño de un barril de cerveza, hecha de una pieza completa de amatista. Roth se detuvo para que la admiráramos.

—Es bueno honrar a la oruga. La mariposa es la que alcanza la fama, pero la oruga hace todo el trabajo.

—Muy cierto, Truman. Siempre he dicho que la oruga tiene que roer muchas hojas para convertirse en aquello que sueña ser.

La colección estaba en una construcción oscura, como un boliche, con las cajas sobre sencillos escritorios de cristal iluminados desde adentro. En vez de estar guardadas en cajones escondidos, como en casa de Joe o en un museo, todo estaba a la vista. Estaba dividida de acuerdo con cinco regiones faunísticas y tenía todas las especies mayores y gran parte de las menores. La habitación medía cien metros de largo y tenía el brillo subterráneo de un acuario.

—La mayoría de las colecciones, por fuerza, deben estar escondidas. Como consecuencia, las mariposas que la gente ve en los museos no son las interesantes. Quizá ve las más coloridas, pero generalmente son los bichos de segunda clase, mientras que las joyas de la corona están bien guardadas. Yo quiero poder verlo todo.

Joe fue de caja en caja, descifrando la lógica del acomodo, diciendo los nombres de las maravillas. Su conocimiento siempre me sorprendió y creo que también impresionó a Roth.

—¡Polilla langosta! Mira esto, Rip. Imita a la mierda del ave y luego imita a la larva ¡y a la hormiga que se la come! No solo imita a una hoja, sino que, mira, ¡imita los hoyos de la larva para alejar a otros insectos! Tenemos tres de estas, Truman.

(Más tarde Joe me diría: «Tenía todo lo que era de esperarse, Rip, pero yo no estaba viendo lo que tenía; estaba buscando lo que no estaba ahí»).

—Veo que solo tienes un par de reinas A, Truman. Aunque son excelentes ejemplares, claro. Estoy buscando la alas de cebra... No.

No estoy seguro de si Joe estaba siendo ingenuo, haciéndolo deliberadamente o si era solo que estaba un poco borracho, pero comenzó a molestar a Roth. Para cuando llegamos al final de la colección, su rostro estaba saturnino.

—Es maravilloso, Truman. Realmente maravilloso. Así deben presentarse las mariposas.

—Creo que es hora de que me muestres lo que tú tienes, Joe.

Joe había llevado el catálogo de la colección y se lo entregó a Roth. Le explicó que Isabelle aprendió sola el arte de montar mariposas años atrás y que a la fecha tenían casi dos mil especímenes enmarcados. Roth fue a la luz y se puso a admirar el meticuloso trabajo de Isabelle, maravillándose con el rango, el alcance y la rareza de la colección Bosco. Quizá era por la fluorescencia, pero parecía que Roth se estaba poniendo verde.

—¿Cuatro *hesperons*?

—Tenemos todas las Cuatro Grandes. Cinco de cada una.

—*Vanessa virginiensis*. *Lycaena dispar*. ¿La azul de Palos Verdes?

—Sí, señor.

—Homerus.

—Seis.

—¿Cómo preservan su colección?

—Con los confiables cajones de caoba y bolitas de naftalina.

—El clima en las Catskill debe ser un desastre para ese tipo de conservación.

—Mi hermana es muy escrupulosa, señor.

—Mmm.

La capacidad de Roth para ver y aceptar a Joe como su igual estaba siendo puesta a prueba, y el tope comenzaba a desbordarse. Pude ver cómo su sentido de superioridad y privilegio volvía, primero en su boca, donde la sonrisa humilde se había convertido en un gesto de superioridad, y luego en la forma en que comenzó a dirigirse a Joe. Ya no podía disimular sus

sospechas hacia ese campesino advenedizo ni el velado prejuicio que vivía por debajo de eso. Pude leer su mente y esta decía: «¿De dónde sacó tales tesoros este maldito ranchero?».

—Impresionante. No hay duda de que es una colección genial. Creo que es hora de que me expliques cómo la conseguiste, Bosco.

Quizá usar el apellido de Joe fue genuinamente un error, pero hubo un enorme cambio en la conducta de Roth y no estoy seguro de que Joe lo haya notado. ¡Esa forma en la que dijo «Es hora de que me expliques»! Como si Joe hubiera hecho algo malo por tenerla; y la manera en que al acercarse el negocio que daría por terminada nuestra visita de pronto se convirtió en «Bosco». Comencé a sentirme a la defensiva por Joe, además de que comenzó a sonar una alarma de que podría tomarse a mal que lo ningunearan así.

—¿Cómo es que alguien como tú... consiguió algo así? Sin ofender.

—No me ofendo, Truman.

En esta versión el padre de Joe desapareció en una quebrada en Colombia. Lo describió con barba y cabello largo. Siempre llevaba shorts y podía hablar cinco idiomas. Joe tuvo el tino de convertir a las morfos de cinco alas en el personaje central de esta historia, pues sabía bien que esos míticos bichos eran la clave para cerrar el trato. Mientras Joe le contaba a Roth sobre su padre, Roth comenzó a tensar la espalda, arqueándola, mientras una mueca se dibujaba en su rostro. Cuando Joe terminó, ya no podía esperar más.

—Déjame verlas.

Joe llevó su «maletín de gente importante» a la luz. Y, de nuevo, no estoy seguro de si todo era planeado, comenzó a tomarse su tiempo. Mientras movía los números de los seguros del maletín, fingió que se olvidó de la combinación.

—A ver... ¿La cambié?

Masculló algo entre dientes mientras probaba con distintas combinaciones.

—No te vas a decepcionar cuando las veas, Truman. Al principio no parecen distintas a sus primas de veinte dólares. Pero de pronto la ves: la increíble quinta ala.

¡Qué expresión tenía Roth mientras Joe jugueteaba con los seguros! Se pensaría que ese maletín contenía el elixir de la vida. Sus ojos se abrían cada

vez más, como si estuviera intentando traspasar con la mirada la piel de cocodrilo falsa hasta alcanzar los tesoros que contenía en su interior.

—Estoy seguro de que era tres-tres-cuatro-cuatro... Mary, ¿tú la cambiaste...?

Y en ese momento el seguro derecho se abrió con un clic. Y luego el izquierdo.

Cuando Joe abrió el maletín, tuvo la buena cabeza (milagrosamente) de mantenerse en silencio y dejar que sus preciadas mariposas hablaran. Roth las miró fijamente por un minuto antes de decir cualquier cosa. Su rostro era una mezcla del deseo de poseerlas y una emoción inocente; durante unos segundos su privilegio, su sentido de superioridad, el aburrimiento del rico que ya no se impresiona con nada se desvanecieron. Su reacción no fue mucho más sofisticada que la de un niño que quiere eso en los aparadores que no tiene. Hasta ese momento, Roth tenía todo lo que quería en el mundo; lo tenía todo ordenado y categorizado, tenía todos sus patos Ming en fila. Y ahí estaba algo que nosotros teníamos y él quería. Qué rápido volvió a ser el hombre cuyos ancestros «aplastaron» a la gente para conseguir lo que deseaban. Era fascinante observar la lenta erosión de los modales y la amabilidad de Roth.

—¿Cuánto por estas y toda la colección?

Era absurdo, pero ¡quizá bueno!, que no hubiéramos hablado de dinero de forma seria fuera del «nos darán cientos de miles si encontramos al coleccionista correcto»; y el precedente de haber recibido cincuenta mil dólares por un set de las Cuatro Grandes. Joe tragó una enorme bocanada de aire y lo dejó salir por la nariz. Se frotó el mentón, haciendo una terrible imitación de un empresario tozudo. Al principio pensé: no lo hagas, Joe. No con Roth. No regatees. Jamás había tenido un comprador más dispuesto ni con más dinero. Quiere la colección. Tiene el dinero. Solo dile cuánto quieres. Pero Joe siguió frotando la barba imaginaria de su mentón y luego, con inquietud, se rascó las cicatrices en las manos. Al final me miró, como diciendo: «¿Tú qué crees, Rip?».

—No lo sé, Truman —dijo—. Tenía una cifra en la cabeza.

—Dímela.

—No puedo. Ya no la recuerdo.

—Como con las combinaciones —comentó Roth—. ¿Me das un aproximado?

Aquello era o una táctica brillante o Edith tenía razón: Joe era un pésimo negociador.

Roth estaba pensando que Joe no tenía ni idea y yo estaba seguro de que creía que podía aprovecharse de aquel hombre simple de campo que se contentaría con unos cuantos miles.

—Te doy ciento cincuenta mil dólares por las morfos y la colección, a condición de ser verificadas.

Joe estaba asintiendo. Pude ver que estaba a punto de aceptar esa (a mi parecer, irrisoria) oferta.

—Vaya. Es una cifra interesante, Truman.

—Pero no es la cantidad de la que hablamos, Joe —dije. Y luego me volví hacia Roth y decidí tomar el control—. Creo que debe ser un millón de dólares, señor Roth. Como lo habíamos hablado, Joe. ¿Verdad? En casa. Con Isabelle y tu madre. Un millón de dólares por toda la colección. Las colas de golondrina solas valen los ciento cincuenta mil.

Luego me quedé en silencio, no por estrategia, sino por el simple impacto de haberlo dicho. Hay cantidades de dinero más grandes en este mundo, como dos millones de dólares, pero no suenan tan bien como un millón de dólares, y cuando se trata de negocios, lo que importa es que suenen bien. «Hoy me gané un millón de dólares». ¡Imagínense poder decir eso! Vaya, ¿quién puede decir eso?

Roth no dijo nada. Aunque ya estaba muy lejos de que el sonido de un millón de dólares lo desconcertara, los genes abusivos de sus ancestros aún corrían por sus venas.

Joe se estaba mordiendo un labio. Ay, Dios. Parecía estar en trance. No alcanzaba a ver a Mary, pero pude sentir que estaba a punto de intervenir. Joe se aclaró la garganta ¡y pensé que iba a ofrecerle un precio más bajo a Roth!

—Tu oferta es muy gen...

—Un millón de dólares por toda la colección —repetí—. Una colección que incluye una mariposa que no tiene nadie más en el mundo.

—Por esa cantidad quiero las veinticuatro de cinco alas.

El sucio deseo de quienes tienen algo incompleto es inclemente.

—¿Las veinticuatro? ¿Joe? ¿Crees que Isabelle aceptaría soltar las veinticuatro?

Joe estaba sin palabras, lo cual era bueno.

—Por supuesto, carajo —dijo Mary.

—Prometimos no vender todas las de cinco alas.

—Isabelle no decide sobre esto —apuntó Mary.

—Entonces ¿quién decide? —quiso saber Roth.

—Todos nosotros —dijo—. Debe ser unánime. Y yo digo que un millón por todo.

—¿Y bien? —preguntó Roth—. ¿Está bien un millón de dólares, Joe?

Está bien un millón de dólares. Debería estar bien un millón de dólares. Un millón de dólares por lo general estaría bien, para la mayoría de la gente en la mayoría de las situaciones: el rescate por una hija secuestrada, el sicario que asesinará a un tirano, el premio mayor de la lotería. Sí, todos tienen su precio, y un millón de dólares suele serlo. Pero ahí estaba Joe, el mismo Joe que llevaba años luchando para conseguir cien dólares por aquí, setenta y siete por allá, a punto de ganar más dinero del que podría soñar (o quizá justo la cantidad con la que soñaba), tieso como una momia gigante.

Roth se volteó hacia Foster, quien era tan discreto que no notabas que estaba ahí hasta que Roth le pedía que hiciera algo.

—Foster, ¿podrías ir a mi caja fuerte y traerme un millón de dólares en efectivo?

Foster salió de la habitación y reapareció cinco minutos después con el dinero sobre una bandeja de plata. Fue vulgar pero sublimemente efectivo. Nunca había visto un millón de dólares, pero a mí me pareció que tenía el tamaño correcto. Roth tomó un fajo con cien billetes de cien dólares.

—Huélelo. Es algo que me enseñó mi abuelo: la mejor manera para saber si el dinero es real.

Todos nos turnamos para olisquear el fajo. Un grueso montón de billetes de cien dólares. El dinero tenía un aroma rancio, como a queso con barniz. Roth le entregó los diez mil a Joe.

—Son tuyos. Es un depósito no reembolsable de diez mil dólares. El resto lo recibirás cuando mi gente revise la colección. Podemos cerrar el trato en

Nueva York el próximo mes, en la fecha que mejor nos convenga. Y agregaré una caja de vino para el señor Jones. —El hombre tenía la boca seca, podías escucharlo. ¿Iba a ofrecer más? Probablemente no. Podía ver que no se trataba del dinero. Supuso que el millón sería una cantidad que ningún pobretón podría despreciar, por más talentoso y carismático que fuera.

—Creo que es una muy buena oferta, señor Roth —dije.

—Claro que sí, carajo —agregó Mary.

Y de pronto Joe extendió una mano. Firme y fuerte. Y Roth estrechó con su zarpa la de Joe.

—Un millón de dólares por toda la colección —dijo Roth.

—Un millón de dólares por toda la colección.

—Sujeto a verificación.

—Sujeto a verificación.

—Trato hecho.

—Trato hecho.

—Excelente.

—Amén.

—¿Rip? Rip. ¡Despierta!
—¿Joe?
—¡Despierta, Rip!
—¿Joe?
—¡Sí!
—¿Estás vivo?
—Claro que estoy vivo.
—¿Qué haces aquí?
—Vine a liberarte. No eres culpable, Rip. Tus pecados han sido perdonados.
—¿De verdad estás vivo, Joe?
—Claro. Toca.
—Y... ¿somos libres?
—Al final no pudieron culparte de nada.
—¿Dónde está Larson?
—Él me envió aquí, para darte las buenas noticias. Pensó que yo debería ser quien te lo dijera. ¿No lo crees?
—No sé. Estoy muy cansado.
—Necesitas un poco de reesperanza, Rip.
—¿Reesperanza?
—Sí. Eso que sientes cuando se acaba la desesperanza y ves la luz. Necesitas aire fresco, Rip. La buena teología del sol y el agua. Eso te despertará. Y luego empezaremos de nuevo.
—¿Con qué? Lo perdimos todo. Tú lo perdiste todo. En el incendio.
—Qué cosas más negativas dices. Nunca se pierde todo. Si la vida te enseña algo es que todo vuelve. ¿Estás listo? ¿Tienes tus cosas?
—No tengo mucho.
—Adonde vamos no necesitarás nada...

—¿Señor Jones?

—¿Larson?

—Soy yo. Lamento despertarlo.

—¿Qué hora es?

—Las diez. Le traje café. Y los rollos de canela que le gustan. Además traje las plumas que solicitó.

—Gracias.

—¿Está bien? Parece que estaba soñando.

—Sí... sí. Con mi amigo. Otra vez.

—¿Butterfly Joe?

—Ajá. Me dijo que estaba vivo. Y que me iban a liberar.

—Esperemos que sea uno de esos sueños proféticos. Le envié las postales a su madre. «Los verdísimos pastos de Wyoming». Ha visto más de este país que yo. ¿Se siente bien? Ha dormido mucho.

—De niño no dormía bien. Lo estoy compensando ahora. Además, escribir es agotador.

—¿Cómo va eso?

—Lento. Hay mucho por recordar. Todo depende de mi capacidad para recordar las cosas correctamente. Luego me pregunto si estoy recordando algo como fue o como quiero recordarlo. Después me da miedo estar mezclando mis recuerdos con mis sueños. Los sueños que tengo en este lugar son tan... vívidos. También tengo la sensación de que no estoy realmente despierto. O sea, cuando Rip van Winkle despertó tras dormir veinte años, debió haber tenido sus dudas respecto a si realmente había despertado. Si solo sería otro sueño. Durante los veinte años que durmió, debió haber tenido sueños dentro de los sueños, incluyendo algunos en los que pensaba que estaba despertando de un sueño, pero seguía soñando. ¿Cree que me estoy volviendo loco, Larson?

—Quizá debería evitar los sueños, hijo.

—El sheriff dijo que escribiera todo lo que sea relevante para el caso. «Hasta el más mínimo detalle». El abogado dijo que «recuerde sin prejuicios». ¿Quién puede hacer eso? Recordar y recontar las cosas sin prejuicios es imposible. Esa idea de que puedo salirme de mí y verme como otra persona, sin saber lo que está por venir, es una ficción. Una absoluta ficción.

—Oiga, oiga. Respire. Lo está pensando demasiado. Por lo que he leído, diría que recuerda bastante.

—¿Hay suficientes detalles?

—Muchos. Muchos.

—Y entonces ¿qué pasa? ¿Por qué me mira así?

—Hay un par de cosas que me tienen confundido. Un tipo como usted, que lee todos esos libros y se pasa el tiempo hurgando en las mentes de otros para saber qué piensan ellos y qué piensa usted, ¿cómo es que no vio lo que se venía?

—Era difícil. Estando ahí, en el momento.

—Pero había señales por todas partes. Usted mismo lo dijo.

—Las entendí hasta que ya era demasiado tarde.

—La inteligencia del día después.

—Ni tan inteligente. Reflexionar sobre el pasado no me sacará de aquí, Larson.

—Bueno, siga. Puede que no tenga cajas por vender, pero aún tiene que venderles su versión de la historia.

—Eso me gusta.

—Se lo regalo. Está escribiendo un libro. Veo que tiene capítulos y todo.

—Me ayuda a entenderlo. A ordenarlo. No es exactamente el libro que me había imaginado.

—¿Qué se había imaginado?

—Eso ya no importa.

—Dígame.

—Tenía la idea de que escribiría la historia de mis viajes por Estados Unidos en verso, como en la Odisea.

—Le mentiría si dijera que sé qué es.

—Es la historia épica del viaje de un héroe griego. El héroe intenta llegar a casa y lo que debió tomarle una semana le toma diez años. Le pasan cosas.

—Y ese héroe ¿logra llegar?

—Sí.

—Bueno, pues espero que usted también lo logre, hijo. Y esperemos que no le tome tanto como a ese griego.

—Podría perder los mejores años de mi vida, Larson.

—Vamos, las lágrimas no ayudan en nada. Tiene que ser fuerte. Tiene que ser fuerte y luego recordar mejor las cosas. Mucho depende de eso. Es su propio

testigo. En este momento, es su único testigo. Esta es su historia y nadie más puede contarla. No lo olvide.

CUARTA PARTE

Y la muerte nos siguió
desde el viaje al oeste
con la plata del Mago
para el hombre rupestre,
que no estaba muerto,
siendo sinceros,
y el millón no era nuestro
hasta el día del pagadero.

XVI

*En el que nos vamos a casa
sintiéndonos millonarios*

Oh, los gritos de emoción mientras salíamos de la propiedad del Mago en el Chuick recién arreglado, que ahora era dos tonos de azul más claro y olía a limón. Intentamos mantenernos tranquilos cuando Roth aceptó pagar un millón de dólares por toda la colección, para que nuestra celebración no nos hiciera ver como pueblerinos felices que la libraron en vez de como negociantes experimentados para quienes los tratos de un millón de dólares eran una nada, cosa de todos los días. La frase con la que se despidió Joe hizo parecer que Roth había conseguido una ganga.

—Sí que sabes cómo negociar, Truman. Supongo que por eso tú eres el trillonario y yo el pobretón.

—No sé qué eres, Joe Bosco. Pero no eres un pobretón. De eso estoy seguro. Y tu amigo tiene una vena implacable... vigílalo.

En el camino hacia el auto enlazamos nuestras manos y mantuvimos los brazos firmes para evitar que nuestros puños saltaran en celebración; la histeria contenida provocó que se nos salieran unos chilliditos como los del aire atrapado en una pipa. Apenas logramos controlarnos hasta que cruzamos las puertas principales, donde nos soltamos a gritar con el éxtasis de un evangelista.

—¡Aaay! ¡Rip! Cuando le pediste un millón pensé: «Dios mío, ¿qué estás haciendo? Obviamente nos va a aventar por la puerta». Pero ni siquiera parpadeó. Ni una sola vez.

—Pero la forma en la que te lo estabas pensando, Joe. Creí que lo hacías para que pareciera que eso no bastaba. ¡Como si quisieras más!

—No era una estrategia, Rip. Creo que estaba borracho. La verdad, ni podía pensar. Y luego no podía creer lo que estabas diciendo. ¡Un millón!

—Te estaba tratando como tonto, Joe. Quería ver si tenías mentalidad de pueblerino. Pensó que te compraría la colección a cambio de cacahuates. Esos ricos son unos tacaños. Así consiguieron todo lo que tienen. Y yo sabía cuánto valía la colección. Hasta Isabelle hubiera querido más de ciento cincuenta mil. Y él las quería. Realmente las quería.

—Dios mío, sí que las quería. Quería a esos pequeños fenómenos de cinco alas más de lo que nadie ha querido nada. ¿Le viste la cara?

—¡Claro! Sabía que nos iba a pagar lo que le pidiéramos. Y pensé: entre más pidamos, más en serio nos tomará. Tenía que ser una cantidad adecuada. Un millón es un cacahuete para un hombre como Roth.

—¡Es comida para los caballos!

—¡Es comida para los pollos!

—¡Es comida para los peces!

—Son unas cuantas monedas.

—Una cosita de nada.

—Las migajas de la mesa.

—¡No es nada!

—¡Ni un carajo!

—Es algo que nos cambiará la vida, Rip. Nos cambiará la vida.

—Somos grandes, Joe.

—¡Somos enormes, Rip!

—Un millón de dólares, Joe. ¡Un jodido millón!

El trato excedió mis expectativas, más o menos por un millón de dólares. Lo que quiero decir es que yo, como todos los miembros de la familia de Joe, no había tomado en serio la posibilidad de que vendiera la colección. Me parece que ni el mismo Joe lo creía, y tampoco sabía cuánto dinero podría pedir. En el centro de su exagerado corazón, creo que hubiera aceptado la primera oferta de Roth.

Mientras Joe y yo nos lanzábamos halagos el uno al otro, la voz de la razón salió desde la parte trasera del carro.

—Todavía no tenemos la plata.

—¡Por favor, Mary!

—No firmaste nada de nada, Joe. Podría cambiar de opinión.

—Un hombre como Roth no cambia de opinión.

—Parece demasiado fácil —dijo ella—. Quizá es como una prueba. Quizá es una prueba de Dios para ti. Mostrándote las riquezas y luego quitándotelas. Eso es lo que suele hacer.

La negatividad de Mary no era una pose; era un pesimismo heredado y aprendido que aplastaba sus esperanzas cuando comenzaban a elevarse.

—No sé cuánto te esté pagando el diablo para ser su abogada, hermanita. Pero Dios no te tienta con riquezas para luego quitártelas. Ese es el método del diablo.

—Solo intento mantener los pies en la tierra, Joe. Ya hemos tenido otras decepciones.

—Mira, lo peor que puede pasar es que nos quedemos con las mariposas más raras del mundo —dijo Joe—. Además, vivimos una aventura y nos pagaron diez mil dólares por eso.

—Cierto. Más vale que me los des, antes de que se los echés a un vagabundo.

Estuvo bien que el Mago no le diera a Joe un depósito más grande porque habría encontrado la manera de gastárselo antes de que volviéramos a las Catskill. Mary (nuestra tesorera oficial) tomó mil dólares del montón y se los entregó a Joe diciéndole «Aquí está tu dinero de Dios». Los primeros cien fueron para el guardia mexicano de la puerta exterior. El rostro del guardia, una mezcla de sorpresa, agradecimiento y preocupación, fue inolvidable. Se llevó una mano al pecho en señal de gratitud y luego se persignó y le agradeció a «Jesucristu».

—No le agradezca a Jesús, señor —dijo Mary—. No fue Jesús el que le dio el dinero.

—Somos sus manos y pies, Mary —la corrigió Joe—. Somos su cuerpo. Y ese es su dinero.

—Yo no le doy ni mi cuerpo ni mi dinero.

Las dádivas de Joe, tan azarosas y caóticas como todo lo que hacía, podrían haber sido más útiles, pero al menos eran consistentes: diez por ciento antes de impuestos.

—¿Crees que te vas a ir al cielo por todo lo que das, Joe?

—¡Rip! No. ¿No has aprendido nada? No puedes pagar para entrar al cielo. ¡No puedes elevar tus actos a la santidad! Esas creencias son peligrosas. Solo el Señor puede pagar con esa moneda.

—Bueno, pero ¿cómo decides a quién darle el dinero?

—No lo pienso demasiado, Rip. Si lo piensas demasiado, el dinero se queda en tu cartera. Debes buscar a los perdidos, a los abandonados, a los maltratados y a los olvidados. A veces no es una persona económicamente pobre. Como ese guardia. Probablemente le va bien. Pero ¿viste su reacción cuando se lo dimos? Daría cien dólares por ver esa reacción.

—¿Y los cien mil? ¿Esos para quién van a ser?

—Se los prometí a un orfanato en Albany. En el que encontramos a Celeste.

—¿Ya les habías dicho... antes de confirmar el dinero?

—Les dije que, si alguna vez hacía un gran negocio, ellos recibirían el diezmo.

Joe tomó el volante con fuerza y suspiró. Tenía lágrimas en los ojos, y esas lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. No eran las lágrimas de un sentimiento forzado ni las de gratitud por las maravillas naturales que nos rodeaban en ese maravilloso paisaje de Wyoming. Eran las dulces lágrimas del alivio y la incredulidad. Supongo que Joe estaba comenzando a imaginarse lo que un millón podría significar para él: el fin de los tiempos de vivir al día, con lo justo, de las contingencias en el camino y la carga de ser el proveedor del pan y las mariposas, una carga de la que nunca se quejó y que sobrellevaba con mucho humor y buen ánimo, pero que debía pesarle. Dejó que las lágrimas corrieran y que los mocos gotearan y abrió la boca, estupefacto, negando con la cabeza y mascullando «Provisión, provisión, provisión» una y otra vez.

—Este negocio va a cambiar las cosas, ¿verdad, Joe?

—Sí.

—¿Qué crees que signifique eso?

—Muchas cosas, Rip. Muchas cosas —dijo, negando con la cabeza.

Luego le llegó un ataque de Tourette con miles de posibilidades que fueron saliendo sin ningún orden en particular, pero todas con la misma emoción y convicción sobre lo que estaba por venir.

—Compraremos y arreglaremos la casa, ampliaremos la granja de

mariposas, abriremos El Mundo de las Mariposas; tendremos un café donde la gente pueda tomar sus bebidas con mariposas volando a su alrededor; Isabelle irá a la universidad; Mary podrá probar suerte en la NASCAR; nos diversificaremos a otras áreas, como hacer gelatinas con las frutas nativas de Jamaica que tienen nombres como chirimoya, carambola, tamarindo y ortaniques, que son una cruce entre naranja y mandarina, y cuando todo esté listo y funcionando solo, ¡tú y yo recorreremos el mundo! Imagínate las maravillas que están allá afuera, esperando a que las veamos.

No creo que Joe supiera realmente dónde iba a terminar el dinero, pese a su lista. Pero la posibilidad de ese millón reveló aquello que realmente vivía en su corazón: ya no quería seguir vendiendo de pueblo en pueblo, ya ni siquiera quería vender mariposas y tampoco ser rico; lo único que quería era ser libre. Pensé en Edith, en cómo su rostro se encendería con la sorpresa de que el trato era real y que fui yo quien lo consiguió. También pensé en Isabelle y lo que esa riqueza sorpresiva podría significar para ella. La universidad. Y luego estaba Mary, callada y pensativa en el asiento de atrás. Ese negocio los liberaría a todos y de cosas distintas. Y yo estaría a la cabeza de aquella liberación.

—Deberíamos llamar a Edith, Joe.

—Sí, deberíamos. Quizá tú mismo podrías decírselo.

—No. Es tu momento.

Joe llamó a su madre a la mitad de Estados Unidos y de la noche. Me sorprendió que hubiera esperado tanto, pero quizá quería disfrutar sus ensoñaciones lo más posible antes de darse de frente contra las dudas de Edith. Era conmovedor que la llamara tanto como lo hacía. Edith ejercía una considerable fuerza centrífuga sobre él. Y también estaba la resistencia a ver su nido vacío; debía temer que Joe, como su padre, pudiera desaparecer por completo un buen día.

La llamó desde una cabina telefónica en una gasolinera. Cuando volvió, parecía decepcionado.

—¿Le dijiste?

—Le dije.

—¿Le gustó?

—No.

—No me digas: ¿lo creerá cuando lo vea?

—Adivinaste.

—Debería tener más fe. Ya quiero verle la cara cuando Roth le entregue el dinero.

—Tendrás que tomarle una foto, Rip. Que ma se impresione por algo que yo hice, eso sí que sería más raro que una azul de Palos Verdes.

Joe se rio, pero pude ver que esta vez, pese a los años de desprecios de su madre, tenía el corazón roto, y quizá estaba un poco enojado por la reacción de Edith.

—Debería agradecerte un poco más, Joe. O sea, entiendo por qué debe ser realista y que ya han tenido decepciones en el pasado, en serio lo entiendo, pero es muy dura contigo.

Joe no respondió, pero tampoco demostró estar en desacuerdo.

—¿Alguna vez ella hizo un negocio de un millón de dólares?

—Una vez, casi. Con A&P. Pero no le gustó que el tipo se le quedara viendo a la cara.

—Pues yo estoy orgulloso de ti, Joe. Aunque ella no lo esté.

Cruzamos de Wyoming a las Catskill, una distancia de tres mil doscientos kilómetros, en poco más de treinta y seis horas, deteniéndonos solo cuatro veces para refrescarnos, por gasolina, para cambiar de conductores y para ayudar a algunos trabajadores de la carretera. Joe le dio la última parte del dinero de Dios a una anciana en una gasolinera en Pensilvania. Su otro acto de caridad fue detenerse para ayudar a unos obreros a cavar una zanja, después de lo cual les entregó a todos tarjetas de presentación y les dijo que una «superenorme» oportunidad de negocios los esperaba como empleados del «mejor parque de diversiones de Estados Unidos». Él manejó casi todo el tiempo y lo habría hecho sin descanso si Mary no lo hubiera obligado a dejarla al volante. Cuando cambiaron de lugar, Joe se fue a la parte de atrás, se acostó y se quedó dormido en segundos. Esperé a que comenzara a roncar y luego le acaricié el cuello a Mary.

—Has estado muy callada desde que lo hicimos. Casi no me has dirigido la palabra.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

Le dije que apenas podía esperar para volver a hacerlo y que, cuando

volviéramos, íbamos a desobedecer las reglas de la casa y lo haríamos donde y cada que pudiéramos: en el desván, en la biblioteca, en el asiento trasero del Chuick, detrás de un árbol en el lago como espectáculo para las grullas y en el vivero de las mariposas, entre las incubadoras y con los besos de las morfos azules haciéndonos cosquillas en las nalgas. Quizá incluso en la cama de Isabelle frente a todos aquellos novelistas rusos.

—Si me quieres tener, tendrás que apoyarme contra ma. Porque voy a obligarla a que me diga la verdad.

El trato con Roth me había vuelto extremadamente confiado, y más bien arrogante, la verdad. Me dio la idea de que podía conseguir lo que quisiera. Y fue en la tierra fértil de esa arrogancia que comenzó a crecer esa idea de ser el gran libertador de aquella familia: liberaría a Joe de las exigencias del camino; a Isabelle, de las exigencias de su madre; a Mary, de la incertidumbre de su paternidad... a todos, de la tiranía de Edith.

—Te apoyaré, Mary.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Y ahí estaba otra vez: haciendo promesas a futuro para obtener lo que quería en el presente.

En algún punto entre Des Moines y Joliet, me acerqué y llevé a Mary al clímax mientras se aferraba al volante y su hermano dormía como un hombre que acababa de ganarse un millón de dólares.

Llegamos a la casa alrededor de las ocho de la noche con Joe al volante, Mary acostada detrás y yo entre dormitando y vigilando a Joe por si se le ocurría tomar alguna desviación inesperada. La casa se dibujaba contra el cielo nocturno iluminado por la luna y, con sus almenas, picos y gabletes, casi parecía un castillo. Adormilado, nos imaginé como héroes que regresaban de una misión casi cumplida: el vellocino encontrado y el cáliz conseguido.

Cuando nos acercamos a la entrada, los faros del Chuick iluminaron las cuatro rendijas enrojecidas que eran los ojos de los perros. Pero, fuera de Nancy y Ronnie, nadie más vino a recibirnos Ni siquiera Ceelee. Sé que el dinero no estaba en el banco, pero un poco de algarabía hubiera estado bien. Se han hecho fiestas por menos. Tras un viaje de tres mil doscientos

kilómetros y con un negocio de un millón de dólares, merecíamos un poco de gratitud. Clay apareció por el camino que corría por el costado desde su casa. Encadenó a los perros y vino hacia nosotros, inclinándose para inspeccionar el frente del Chuick.

—Miren cuántos insectos en la parrilla. ¿Qué tal estuvo el viaje?

Joe salió y tomó a Clay por los hombros

—¡Somos millonarios!

—¿Eh?

—¿Ma no les dijo?

—La señorita Edith ha estado ocupada.

—Todavía no las vendemos —dijo Mary, alborotándose el cabello.

—Tuvimos algunas complicaciones, Joseph.

—¿Complicaciones o problemas?

—Yo diría que complicaciones que trajeron problemas. Volvieron esos malditos. Querían la renta. Seis mil dólares.

—Tenemos seis mil dólares, Clay. ¡Y pronto tendremos seiscientos mil!

—Pues a la señorita Edith le alegrará saberlo. Hemos estado ocupados intentando completar los pedidos. Recibimos uno grande de Cleveland. Quinientas cajas.

—¡Oye, Rip! Ese fue el emporio de regalos que conquistaste. Ya ves, ¡eres un vendedor por naturaleza! ¿Dónde están todos?

—Todos están en la fábrica, trabajando duramente para terminar.

Seguí a Joe a la fábrica y lo observé: era como un tipo importante entrando a la taberna.

—¡Paren todo!

Ceelee fue corriendo hacia Joe y saltó a sus brazos. Elijah estaba usando la pistola de silicón. Isabelle estaba acomodando una mariposa sobre su rama. Solo Edith no levantó la vista. Se quedó en su trono, preparando estampas. Por el bien de Joe esperé que su madre al menos dijera «Bien hecho», pero solo nos dijo «Aquí nadie va a contar gallinas».

Al recordarlo, con la distancia y reflexionando sobre el pasado y todos esos lujos que uno puede darse cuando las cosas ya pasaron, pero que no están a la mano en el momento, Edith tenía razón: no debíamos contar las gallinas hasta que la gallina trajeada estuviera frente a nosotros entregándonos un

cheque por un millón de dólares. Claro que su poca disposición para reconocer el trato era razonable: era una protección contra las decepciones, mostraba un escepticismo sano hacia una vida con Joe exagerando las cosas. Cuando llevas tanto tiempo cerca de un bocón con una condición hiperbólica congénita, debe ser difícil comprender cuándo sí te da lo que prometió. Pero aun así su bienvenida pudo haber tenido un poco más de emoción. Y, pese a que estaba acostumbrado al frío escepticismo de su madre respecto a casi todo lo que él decía, Joe parecía un poco desconsolado; pude ver un destello del chiquillo que alguna vez fue. Su necesidad de aprobación era tan profunda como la mía, solo que él la disimulaba mejor.

—Debería estar emocionada, Edith —dije—. Este hombre es grande.

—Yo decido cuándo me emociono y nadie me dice nunca jamás lo que «debería» sentir. Ese trato vale un carajo hasta que el dinero esté en el banco. Ahora mismo tenemos que conseguir seis mil dólares para la renta o nos quedamos sin casa.

—Ma, el trato tiene una *conclusión obviada* —dijo Joe—. Y tenemos dinero para los cobradores.

Joe sacó el depósito y dejó los dólares sobre la mesa de la fábrica, contando los primeros billetes para luego arrojarlos todos frente a su madre.

Edith miró el dinero, tomó un billete y lo olisqueó.

—¿Qué sabemos de ese hombre?

Isabelle había mantenido la cabeza agachada desde que entramos, tomándose mucho tiempo para acomodar una mariposa cristal sobre una rama, pero mientras sus dedos trabajaban, sus orejas ardían. La venta de la colección sería especialmente difícil para ella.

—¿Cómo consiguió sus millones?

—Como todos, Iz —dijo Joe—. Aplastando a los pobres. Pero su corazón está dispuesto a aprender. ¿No te parece, Rip?

—Sí. Joe le dio muchos consejos en esa área.

—No deberías andar por ahí diciendo que tienes lo que aún no, eso es todo —comentó Edith—. No quiero otro Yo-Yo.

Joe no me había contado sobre Yo-Yo, quien, como luego me dijo Isabelle, supuestamente era un coleccionista de Japón que estaba interesado en comprar la colección completa. Joe lo conoció en la Feria Anual de Insectos

en L. A. y, tras mostrarle a Yo-Yo el catálogo, este le ofreció cien mil dólares por todo. Invitó a Joe a su casa en Kioto y le compró un boleto de avión. Pero luego canceló sin explicar nada.

—Esta vez no es un Yo-Yo. Este tipo va en serio.

Isabelle salió de la habitación; ya había escuchado suficiente.

—¿Crees que tiene tanto dinero? —continuó Edith.

—Nos lo mostró, ma. En una bandeja. Fue increíble.

—Exacto. Increíble.

—Roth tiene el dinero —dije—. Debió ver su casa, Edith.

Era difícil describir la casa de Roth sin sonar como un loco fantasioso, pero igual lo intenté.

Mientras lo hacía, Mary entró al lugar. Abrazó a Ceelee y luego masculló algo sobre «dormir temprano».

—¿Ni un hola tienes para la madre que te engendró y te crió?

La autocompasión en esa pregunta no iba a recuperar a Mary. No a esa nueva y mejorada versión de Mary.

—Tenemos que hacer cien cajas para mañana en la mañana.

Mary masculló algo que sonó como «Ya no voy a hacer nada de esto» y se fue hacia la puerta.

—¡Oye! Ven para acá —gritó Edith—. ¿Ya no vas a hacer nada de qué?

Mary se detuvo, consideró ignorar a su madre y luego se giró ligeramente para quedar casi de frente a ella.

—Ya no tengo tiempo para esto.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué?

—Para tu... mierda de tirana.

De todas las palabras que Mary pudo haber usado, ¡tenía que usar la mía! Edith lo vio con su único ojo, que parecía el de un halcón.

—Vaya, qué palabra más elegante para una niña que dice que no lee. — Edith me miró a mí en vez de a Mary al decir esto—. Solo hay una persona en esta casa que usa palabras así y quizá dos que saben lo que significa. Y tú no eres una de ellas.

A decir verdad, Edith estaba siendo una tirana en ese momento, una tirana cuyos súbditos habían regresado de tierras con más libertad que la suya y que necesitaba reestablecer la jerarquía.

Mientras Mary se iba, Joe tomó la palabra.

—Mary está cansada, ma. Acabamos de manejar durante dos mil kilómetros en dos días para llegar aquí y además cerramos el trato de nuestras vidas, y tú le estás gritando por nada.

—¿Por nada? Hoy dos hombres amenazaron con quitarme todo lo que tengo. Ya no puedo vivir de tus quizá.

Joe tomó algunos de los dólares que había tirado.

—Esto no es un quizá, ma.

Durante unas semanas, vivimos en la tensión entre la posibilidad de un dinero que nos cambiaría la vida y el trabajo pesado ante un cambio que aún no era real. Para Edith, era lo de siempre, y lo de siempre era terminar ese pedido de quinientas cajas y otro de cien con colas de golondrina amarillas (para hacer juego con el color de los vestidos de las madrinas) para una boda en White Plains. Pese a la promesa del millón de dólares, no permitía que se hablara de ello. Pero Joe actuaba como si ya fuera un hecho, y yo me inclinaba a estar de acuerdo con él. Estuve dentro de la casa del Mago y alcancé a ver un poco de lo que había en su caja fuerte. Vi la expresión en sus ojos cuando Joe le enseñó las muestras. Y algo de la esperanza de Joe había comenzado a pegárame. Me había vuelto menos *cinicalístico*, más crédulo, con más esperanzas de que las cosas buenas estaban por llegar. Había comenzado a pensar como un estadounidense y era más divertido que ser mi antiguo yo europeo, con mi escepticismo y mis noes absolutos.

Joe decidió hacer una cena de Acción de Gracias en honor a «la gran siembra que estábamos por cosechar». Como cualquier persona racional, tenía la superstición de que no debíamos celebrar algo antes de que pasara, pero Joe, obviamente, descartó esto juzgándolo como mala teología, diciendo que para Dios no existe el tiempo. Cuando Edith señaló que faltaban dos meses para el verdadero Día de Acción de Gracias, Joe dijo que eso era solo otro tonto invento del hombre. Quería servir una cornucopia de mar y tierra, con todo y filetes de New York y langosta de Maine. Iba a conseguir los ingredientes en Poughkeepsie, donde conocía a alguien del Instituto Culinario de América que podía encontrar «los mejores alimentos del país». La idea de esa comida no salió de la nada, pues Joe se había guardado algo

de dinero para eso (trescientos dólares). Lo llamó El Banquete de Asumir, porque asumía que tendríamos mucho que agradecerle a Dios.

Cuando fuimos a comprar las cosas, me di cuenta de que era la primera vez que estaba solo con Joe en mucho tiempo. Parecía más tranquilo (si es que Joe podía estar realmente tranquilo). Creo que la promesa del millón de Roth le quitó mucha presión de encima y develó que el negocio de las mariposas era algo más relativo que esencial a su ser. La inminencia de aquel dinero que estaba por llegar había rebobinado sus sueños y le permitió, quizá por primera vez, pensar en lo que realmente quería hacer con su vida.

Mientras seguíamos el curso del ilustre río Hudson por la Ruta 9, pasando junto a las casas de expresidentes y las extravagancias de los millonarios, le recordé a Joe el deseo profético que hizo mientras estábamos en el mirador sobre el Hudson, en el día en que me rebautizó.

—Algún día: el Hudson. ¿Crees que ese día está por llegar? ¿Que tendrás una casa en el Hudson?

Asintió distraídamente, con la cabeza en otra parte.

—¿Ese es realmente tu sueño, Joe? Ser rico. Vivir en una mansión. Codearte con la alta sociedad.

—Ya vivo en una mansión. ¿Codearme? ¿Qué es eso?

—Juntarte con la alta sociedad.

—La sociedad son las personas que conoces, Rip. Y es suficientemente alta para mí.

—Pero ¿cuál es tu sueño, Joe?

Joe se retorció e hizo un ruidito.

—Ay, no me gusta hablar de esas cosas de sueños. Tengo mucho que hacer despierto.

—Dime.

—Muchas cosas.

—Dime una.

—¡No puedo! Son muchas.

—Te da miedo decirlo porque podrías no obtenerlo. Es eso, ¿verdad?

—¡No te burles de mí! Mira, ¡un ciervo!

Miré y ahí estaba el ciervo, en una de esas grandes casas en las que Joe ya no aspiraba a vivir.

—Ya dime. ¿Qué quieres? En serio, si esto se logra, ¿qué harás?

—Tengo un montón de cosas planeadas.

—¿Aún quieres ser el Henry Ford de los lepidópteros? ¿Llevar las mariposas a las masas?

—Claro.

Sonaba como que no.

—Isabelle sugirió que solo haces lo de las mariposas para impresionar a un padre que no conociste o tuviste. Que preferirías hacer otra cosa.

—¿Estás queriendo hacerle al loquero conmigo, Rip? No necesito un loquero.

De las brillantes evasiones de Joe (y mi solipsismo) daba cuenta que hasta ese momento no hubiera hecho la conexión entre su falta de quietud y su falta de padre. El comentario de Isabelle me pareció tan obvio en su momento que lo ignoré. Pero ahí estaba. Clarísimo.

—La intimidad es buena, Joe. ¿Es verdad lo de tu padre?

Joe soltó unas risillas nerviosas.

—¿Podemos dejarlo? Esto ya se volvió demasiado personal.

—Ambos tenemos problemas con nuestros padres, ¿no?

—Yo no tengo padre, así que ¿cómo podría tener problemas con él? Y de todos modos no necesito realmente un padre. Tengo uno celestial. Si quisiera encontrar al terrenal, lo haría.

—Y ¿por qué no lo haces?

Joe comenzó a canturrear.

—¡Joe! Dime, ¿por qué no?

—Porque no.

—¡Porque tu madre te ha dicho que no lo hagas!

—Porque no sería suficiente, Rip. No es lo que busco.

—¿Qué buscas?

Joe canturreó de nuevo.

—Di-d-d-di, di, d di-di... —Al ritmo de «Dixie».

—Creo que sabes lo que quieres.

—Lo sé. Solo no lo voy a decir.

—¿Encontrar una esposa entomológica?

—¡Ja!

—¿Es eso?

—De verdad.

—Pero nunca has mencionado nada sobre novias, Joe.

—Es solo que no he encontrado una. ¿Sabías que por esta parte de la carretera se condujo el primer automóvil?

—No, ¿es un dato real?

—Es un dato real. Piensa en lo que hubieran dicho del Chuick esos tipos de principios de siglo, Rip.

—Habrían pensado que no hubo mucho progreso.

—El Chuick es una maravilla de la ciencia moderna y del ingenio casero. Y algo que me gustaría hacer cuando recibamos el dinero será darle un baño de oro a este carrito.

Cuando nos acercábamos a Poughkeepsie, el auto de pronto se fue hacia el carril de al lado y tuve que virar el volante entre pitidos furiosos del claxon.

—¡Oye, Joe! ¿Adónde ibas?

Joe estaba mirando por el espejo lateral y perdió de vista la carretera.

—Nos están siguiendo, Rip. Un Plymouth viene detrás de nosotros. Nos ha seguido desde que tomamos la autopista.

Vi el Plymouth a través del espejo de la visera.

—¿Que no Mary dijo que nos estaba siguiendo un Plymouth verde?

—Sí. Aunque hay más de un Plymouth verde en este país.

Joe bajó la velocidad hasta un nivel peligroso para ver si el auto de atrás hacía lo mismo, pero nos rebasó, como cualquier carro hubiera hecho, y siguió su camino.

—¿Serán los cobradores? ¿Hacienda?

—Probablemente no es nada.

Después de recoger las langostas y los filetes de la universidad culinaria, Joe sugirió que fuéramos a ver la casa de Washington Irving en Tarrytown. Dijo que yo tenía que ver la casa donde el autor escribió la historia que nos unió.

—¿Tenemos tiempo?

—Algo que he notado es que la gente exitosa siempre tiene tiempo y siempre llega tarde, Rip. Rockefeller era famoso por su *tarditud*.

—Eso es un invento tuyo. Tanto el dato como la palabra, aunque me gusta, eh.

—¡Es verdad! Lo leí en la revista *Time*. ¡Ja!

—Pero él podía llegar tarde, Joe. Era multimillonario.

—O sea que nosotros también podemos.

—Aún no. Solo si se concreta el negocio.

—Cuando se concrete, Rip. No si se concreta. Cuando.

La mansión de piedra de Irving era toda gabletes y ángulos y esquinas, como un tricornio. La casa estaba cerrada, pero pudimos echarle un vistazo al exterior. Parados ahí, Joe me rodeó los hombros con un brazo.

—Piénsalo. Si Irving no hubiera escrito la historia de Rip van Winkle, quizá no me habrías conocido. Pudiste estar leyendo otra cosa que no tuviera el mismo efecto en ti. Pudiste no haber pasado el rato junto a la cascada ese día. Yo pude haber llegado un capítulo o un párrafo demasiado tarde. Y Mary pudo no haberse interesado en el libro, no haberlo tomado y, por tanto, yo no hubiera ido a devolvértelo ni te hubiera ofrecido trabajo como vendedor de mariposas. ¡Eso sí que fue un efecto mariposa, Rip! ¿Sabías que nuestra compañía se iba a llamar Efectos Mariposa, pero Isabelle dijo que era algo bobo y ma dijo que probablemente nos demandarían? Así que le pusimos El Mundo de las Mariposas. ¿Cuándo vas a escribir nuestro libro, Rip?

La pregunta me regresó de golpe a mi antiguo yo, el yo que quería trascender en el papel. Me gustaba que Joe se refiriera a mí como escritor, aunque sabía que había un hueco de credibilidad entre mi ambición y el hecho de que lo fuera. En las semanas de viaje secretamente seguí con mi «Americodisea», escribiendo algunas líneas en los moteles o en el asiento trasero del Chuick, pero las vivencias habían opacado a la escritura y mi deseo se había sublimado en otras cosas. Tenía la idea, romántica, ahora lo veo, de que en algún momento haría una pausa, pondría la pluma sobre el papel o los dedos sobre la Remington y todas mis aventuras se derramarían sobre la página en blanco. Pero casi no pensé en escribir durante ese tiempo. ¡No había tenido tiempo! Mis ambiciones se habían enfocado en placeres más inmediatos y metas más alcanzables: conocer Estados Unidos (hecho), cogerme a Mary (hecho), vender mariposas (hecho, con calificación de Excelente) y enfrentar a Edith (pendiente).

—Algún día alguien pasará por la casa en la que escribiste tu libro, Rip.

—Qué idea más agradable, Joe.

—¿Usarás tu nombre real o te pondrás un pseudónimo?

—No sé.

—Pues Rip van Jones es buen nombre para un escritor. He estado pensando títulos para el libro que vas a escribir. Estaba pensando en *Las aventuras de Joe Bosco*.

—Ah, ¿o sea que todo el libro se trata de ti?

—Pues claro, principalmente. Pero puedes ponerle *Las aventuras de Joe Bosco y Rip van Jones* si te cabe en la portada. Se tratará sobre nuestras aventuras, sobre Estados Unidos, sobre mariposas y sobre la búsqueda de la Verdadera Libertad. Será un libro que inspirará a las personas sobre la belleza de este país. Y de los lepis, también.

—No sé de dónde voy a sacar tiempo para escribir el libro. Me estoy divirtiendo demasiado.

—En cuanto cerremos este negocio, te pondré en una cabaña en las montañas.

—¿Y sí vas a leer el libro, Joe?

—No será necesario. Yo lo viví.

—Deberías leer más. Eres un tipo listo. En los libros hay mundos. No puedes solo leer *Butterfly Monthly* y la Biblia.

—¡Leo otras cosas! Siempre estoy aprendiendo.

Era verdad. Joe era un autodidacta de muchos temas, compensando los años que se pasó vendiendo de pueblo en pueblo en vez de estudiar, dejándose fascinar y enamorar por la vida.

—Pero me cuestan trabajo las palabras.

—¿A ti?

Joe asintió como si se estuviera dando el permiso para contarme algo.

—Cuando veo las palabras en una página, las leo en un orden extraño. Tengo que concentrarme mucho para verlas en el orden correcto. A veces leo algo y lo acomodo distinto y entiendo otra cosa, una historia distinta a la que leen los demás.

—Eres disléxico.

—Eso me han dicho. Pero no es exactamente así. Es difícil de explicar, pero la cabeza se me hincha cuando leo. Me siento como si estuviera en una burbuja. A veces, cuando hablo, no se me viene la palabra correcta, así que

digo otra, cualquier otra, y sé que no es la correcta, pero la digo de todos modos y luego, para cubrir esa palabra, digo otra, y para cubrir esa otra que sé que tampoco es correcta, digo otra, echando palabras sobre palabras medio en pánico, y aunque sé que cada palabra que agrego no es correcta, igual la digo, y en vez de detenerme, tengo que agregar otra y luego otra. Hasta que termino con una torre de palabras, como en Babel. Es por eso que te necesito a mi lado al vender y por eso necesito que escribas mi historia, Rip. Para que evites que la torre se caiga.

—¿Alguna vez has considerado revisar qué significa una palabra antes de usarla, Joe?

—Lo único que importa es que suene bien, Rip. Como la letra de una canción. A nadie le importan realmente las palabras. Lo que importa es la melodía. Solo se necesita que las palabras vayan con la melodía.

Quizá Joe era disléxico, pero no se le complicaban las palabras. El número de palabras, al menos. Tenía muchas palabras dentro de él y, cuando salían, por lo general encontraban una curiosa elocuencia. No se me había ocurrido (¡cómo no se me había ocurrido!) que quizá hablaba rápido para mantenerse siempre una palabra, un paso adelante de su impedimento. Hasta hablar era parte de sus malabares con platos.

—O sea que ¿las personas más exitosas son disléxicas, además de llegar tarde?

—Eso todos lo saben. Es *obviantizante*.

De vuelta al Chuick, ambos vimos el Plymouth verde al otro lado de la calle.

—Volvió nuestro amigo.

Pude ver a un hombre en el asiento del conductor con un teleobjetivo. Estaba apuntando hacia la casa, y a nosotros. En cuanto nos vio mirándolo, dejó de hacerlo, encendió el carro y se fue entre un culposo rechinar de llantas.

—Qué color más bonito —dijo Joe.

Cuando íbamos de regreso, decidí comentar algo que me había estado molestando.

—¿Puedo aclarar algo, Joe?

—Adelante.

—Mary dijo que tú tomaste el libro. En la cascada, cuando nos conocimos. Joe me miró, queriendo ver si lo decía en broma.

—¿Y tú le creíste? Oye, Rip. Está bien que le des el beneficio de la duda, pero tienes que tomar todo lo que te diga Mary con guantes antirradiación.

—¿Por qué?

—Porque Mary siempre dice mentiras, por favor.

—¿Como esa de que tu madre la tuvo con otro hombre?

—Sí, y no voy a hablar de eso. ¿Tienes algo con ella? He visto cómo la miras. Y le acariciaste el cuello en el carro.

—Solo es... solo son coqueteos, la verdad. Nada serio.

—Y ahora te ruborizas como una *Euthalia aeropa*. Creí que eras más del tipo de Isabelle. Pero como sea. Me encantaría que fueras mi hermano de verdad. Así podríamos ser realmente un negocio familiar. Mantendríamos la tradición de esa relación especial entre nuestros países. Serías una gran mejora como novio de Mary.

—¿Ha tenido novio?

—Ricky Fountain. Estaba en la Marina. Se fue a alguna parte. A El Salvador. Estaba muy loco. Le pidió que se casara con él y todo.

—¿Y ella aceptó?

—Sí. Pero luego él desapareció.

—Jesús.

—Ahí vas, Rip. Soltando alabanzas.

—Nunca lo mencionó.

—Como dije: la dejó de una forma muy fea.

—Me dijo que ella... que nunca había tenido una relación seria.

—Quizá eso fue porque le gustas. Está tratando de impresionarte. Miente para parecer más interesante. O para que pasen las cosas. Es como una enfermedad, lo suyo.

Sentí náuseas. La revelación me hundió en un silencio apesadumbrado durante todo el camino de vuelta a casa.

XVII

*En el que un banquete de Acción de Gracias
se convierte en la última cena*

La mesa estaba puesta con distintos cubiertos, vajillas y comida estadounidense. Era como un bodegón sacado del sueño de un genio holandés: una torre alta y humeante de langostas rojas y rosadas, filetes como platos, salsa de tomate, calabaza moscada, martillos (para aplastar las langostas), tazas de Mickey Mouse y un set de copas de cristal fino, una de las pocas reliquias que dejaron los anteriores habitantes. Las diferentes alturas de las sillas hacían que aquello pareciera un concilio de gigantes y enanos. Celeste medio metro más arriba que Isabelle, la cabeza de Edith a la altura del hombro de Elijah. No había dos personas al mismo nivel, y los menores estaban más arriba que los más altos. La única persona que no estaba presente era Mary.

La oración para dar gracias de Joe tuvo el tono de una despedida y fue, ahora lo sé, sumamente profética.

—Amigos, peregrinos, hermanas, hermanos, madre. Llamo a esto el Banquete de Asumir, porque asumo que pronto nuestras vidas cambiarán, que estamos por recibir una bendición por la que me gustaría darle gracias al Señor desde ahora. Tenemos comida de los mares de Maine y de los campos de Kansas, así como vegetales de nuestro propio huerto. Es un muestrario de cosas buenas.

Mary entró en la habitación. Yo tenía los ojos a medio cerrar, esperando que Joe terminara su oración, y fingí que no la había visto.

—Todavía no termino. ¿Ceelee? Retira las manos. Quiero agradecerle a Rip por su apoyo en el viaje. Demostró ser un buen vendedor. Y cuando llegó el

gran trato, la hizo en grande. Así que brindo por Rip.

—Por Rip.

Joe levantó su taza de Mickey Mouse.

—Roth dijo que esta caja de vino viene de Francia. Fue hecha en 1964. El mismo año que yo. Se llama La Tour. Lo cual estoy bastante seguro que significa «bien bueno» en francés. Sé que a los peregrinos no les habría parecido, pero esos locos fanáticos debieron haber leído mejor sus Biblias, porque hasta los paganos saben que el primer milagro del Señor fue convertir el agua en vino. Así que ¡brindemos y oremos!

Salvo por Mary, todos elevamos nuestros receptáculos variados.

—¡Brindemos y oremos!

—Y...

—Ya, Joe —dijo Edith—. Nos estamos muriendo de hambre.

—Solo una cosa más. Ma dice que no hay que contar las gallinas cuando apenas tienes los huevos. Tenemos dos gallinas sobre la mesa que definitivamente ya rompieron el cascarón, así que ya podemos contarlas. Y pase lo que pase con este negocio, eso no cambiará nuestras cosas buenas. Seguiremos siendo nobles y humildes. ¿Amenes?

—¡Ya, amén!

Yo estaba sentado entre Celeste, quien quedaba muy por encima de mí en su banco de bar, y Mary, quien estaba hundida en un sofá con el plato sobre el regazo, echada hacia atrás. Hasta ese día había ignorado la inmadurez de su postura, sus berrinches e intentos por llamar la atención para conseguir placer, creyéndose que era una forma sexy de rebelión. Ya sin las vendas, sus miraditas rabiosas, que antes me resultaban tan sexys, me parecieron petulantes y autocomplacientes.

Clay se sirvió del Chateau La Tour en el primer receptáculo que encontró.

—Ven con nosotros, Clay —dijo Joe.

—Estoy bien, Joe. Con esto basta para sanar mi alma.

Cómo me molestaban sus frasecitas piadosas. Cuando Joe metía a Dios en cualquier asunto, de algún modo se sentía más natural. Con Clay era difícil no escuchar una especie de juicio. Me equivoqué en lo que creí sobre mucha gente y no acerté en muchas cosas durante mis días entre mariposas, pero sobre Clay tenía razón.

Tal como lo hizo en casa de Roth, Joe se empinó el vino como si fuera leche. Isabelle le fue dando traguitos desconfiados. La única persona, además de mí, que parecía entender lo que estaba bebiendo era Edith. Noté cómo lo saboreaba, haciéndolo girar en su copa con movimientos expertos, un gesto que jamás hubiera asociado con ella. Mientras miraba ese oscuro líquido, decantó un recuerdo.

—Puedo notar que esto es fino. —Extendió su copa y le serví más—. A tu padre le gustaba el vino —dijo, sin dirigirse a nadie en especial—. Siempre hacía esto. Y me volvía loca. Desgraciado pretencioso.

—¿Qué es un pretencioso? —preguntó Celeste.

—Alguien que intenta ser otra persona —dijo Isabelle.

—Eso podría describir a cualquiera de los que están aquí —señaló Mary, echando tiros verbales al aire. Se terminó su vino (servido en un vaso para pasta de dientes) y se sirvió un poco más.

Yo estaba un poco lento. Tenía la mente en otros lados: el vino, la comida, la emoción por el trato... los secretos y las mentiras de Mary. Pero comencé a notar lo que estaba por ocurrir: Mary estaba tomando valor para atacar a Edith. Esa mirada furiosa, que por lo general era «para todo y todos» (el mundo, yo, los hombres, su hermano), iba dirigida a su madre.

Le di unos golpecitos a mi copa con un tenedor, me aclaré la garganta e intenté desviarla de su camino.

—Sé que cree que es de mala suerte contar las gallinas, Edith, pero solo imagínese. Finjamos que sí salen del cascarón. El trato se concreta. Vayamos de uno en uno diciendo una cosa que nos gustaría comprar con el dinero. Si pudieran tener una cosa. Usted primero, Edith. ¿Qué sería? No sea supersticiosa en este momento. Suponer no es de mala suerte.

—No es de mala suerte, pero no tengo cabeza para eso.

—Okey. Pero solo hay que usar la imaginación. Pueden tener una cosa. Comencemos por mi derecha. Ceelee. ¿Tú qué querías?

—Faralaes.

—¿Faralaes? ¿Son mariposas?

—Faralaes son un tipo de ropa —me tradujo Isabelle—. ¿De dónde, Ceelee? ¿De Bloomingdale's?

—Sí. Amarillos.

—Bien. Un vestido amarillo de Bloomingdale's para Celeste. ¿Edith?

—Entre Hacienda y las malditas cuentas telefónicas de Joe no creo que quede mucho para faralaes.

—¿Qué tal un vestido elegante, ma?

—Un vestido no esconderá lo obvio —dijo. Hizo una pausa, incómoda con ese juego de especulación. Estaba tan acostumbrada a vivir a la defensiva, buscando la forma de seguir, escapando de la desgracia, que nunca se había permitido pensar en cosas lindas. Las indulgencias de Edith eran emocionales y no materiales: su dramatismo ante las cosas, su exuberancia al soltar groserías, su control sobre la historia familiar. Pero la presión y los demás, envalentonados por el vino, también comenzaron a hacerlo.

—¡Vamos, ma! Date un gusto.

—Bueno, bueno. Unas vacaciones estarían bien. No he tenido vacaciones en mucho tiempo. Desde antes de que naciera Joe.

—No puede ser. ¿Ni un par de días?

Edith lo pensó.

—Pues he tenido algunos fines de semana. Cuando vivíamos en Michigan íbamos a Superior. Mi hermana tenía una cabaña ahí.

—Pero los fines de semana son fines de semana —dijo—. Yo me refiero a vacaciones reales.

—Nop. Antes de que llegaran los niños. México. Canadá. Pero eso no cuenta.

—Okey. ¿Adónde iría? Un lugar —insistí.

—Al Taj Mahal. Eso es algo que me gustaría ver.

No fue algo que se sacó de la manga para callarme; lo tenía bien pensado, era obvio por su expresión y su tono de voz.

—Muy bien. Buena elección. Edith irá a conocer el Taj Mahal. ¿Y tú, Iz?

Isabelle no me había dicho ni una palabra respecto al trato desde que volvimos. Fuera de preguntar quién era Roth y si consiguió su dinero de forma ética. Y luego se fue cuando Joe y yo intentamos describir nuestro encuentro con Roth.

—¿Quizá ahora Yale sí será posible? —dije.

—Quizá. No lo sé —respondió—. Sería bueno tener un poco más de estabilidad financiera.

Eso era completamente cierto, pero no estaba respondiendo a mi juego.

—Okey. Estabilidad para Isabelle.

—¿Clay?

—Oh, no, yo no.

—Tienes que jugar, Clay. Todos deben hacerlo.

—Yo no quiero nada, señor Rip. Tengo todo lo que necesito. El Señor me ha dado...

—¡Juega, Clay!

—Bueno. Amo mi Ford, pero si pudiera comprarme una de esas pickup japonesas. Una Isuzu. Si eso es demasiado, entonces entradas para la temporada de los Jets.

—Bien. La pickup Isuzu para Clay. Y entradas para los Jets.

Eli fue el siguiente. Pese a mi media docena de clases de inglés, no había dejado de responder con monosílabos ni había mejorado su capacidad para pensar de forma abstracta.

—Nada.

—Pero si pudieras tener cualquier cosa, Eli.

Negó con la cabeza.

—Usa tu imaginación, Eli —lo presionó Isabelle.

—Eli es como yo —dijo Edith—. No tiene cabeza para andar imaginando.

—Bueno. Luego volveremos contigo.

Yo era el siguiente. Pedí un año para escribir mi libro. Y una habitación con buena vista para escribir. Para cuando llegamos a Mary, ella ya iba en su tercera copa de vino.

—¿Mary?

Hizo girar su cáliz, imitando los movimientos de su madre.

—Creo que quisiera comprarme un examen de sangre.

Por alguna razón, Elijah se rio. Sonaba gracioso. A menos que fueras yo. O Edith.

—Uno de esos exámenes de sangre para saber si tengo el mismo padre que ustedes.

Alguien chascó la pinza de una langosta y todos nos preparamos para la tormenta. Yo no tenía el valor de mirar a Edith. No podía darle razones para que creyera que yo estaba detrás de todo eso. Pero mis semillas de rebeldía

lanzadas al azar estaban por crecer de golpe como un campo de mostaza.

—¿Por qué querías algo así, Mary-Anne Bosco? —preguntó Edith con un tono suave y controlado, diciendo el nombre completo de Mary para recordarle quién era, y luego se volteó hacia mí y dijo—: A Mary-Anne se le ocurre cada locura.

—¡Una locura que tú me metiste en la cabeza! —respondió Mary.

Edith sonrió. Era una sonrisa fría, como de reptil; en vez de mirar a Mary, mantuvo su ojo sobre mí.

—No creo que Rip quiera saber sobre tus inventos.

Mary me miró. Yo tenía en la mano la ternilla rosada de la langosta y su concha era mi escudo.

—¿Tú qué crees, Rip?

—Ya basta, Mary-Anne. Por favor —dijo Joe.

—Déjala que hable —ordenó Edith.

—¿Rip? Tú dijiste que Iz y yo somos el sol y la luna. Como la tierra y el cielo.

Miré a Isabelle, el sol y la tierra en esa dicotomía, y ella también me estaba mirando, casi como si toda esa escenita fuera mi culpa.

—Se ven iguales y distintas. Como todas las hermanas.

—Eso es porque somos distintas. Porque ma se cogió a otro hombre. Cuando se sentía sola. Cuando el padre de Joe e Isabelle nunca estaba. ¡Es por eso!

—Mary, no hagas esto. —Isabelle miró a su hermana con los ojos muy abiertos, suplicándole que recobrarla la razón.

—Sí, cariño —dijo Edith, con voz cada vez más baja—. Eres distinta. Pero todos aquí somos distintos.

En vez de combatir fuego con fuego, Edith se convirtió en tierra o arena para absorber el calor y controlar las llamas.

—Me tratas distinto porque soy diferente. Aunque no me lo hubieras dicho, de todos modos lo pensaría. Siempre lo he pensado.

Mary me miró buscando apoyo, pero mi corazón cobarde, y esa nueva información sobre su relación, me dejaron mudo. Había entrado a ese nuevo mundo de «enfrentate a tu madre» demasiado pronto para mi gusto. A mil quinientos kilómetros de distancia la idea de hacerle frente a Edith parecía

mucho más sencilla.

—Ese es el problema. Lo que no puedo comprar ni con un millón de dólares. Yo solo quiero algo de verdad.

—Cariño. No eres muy buena para distinguir las mentiras de la verdad.

Edith siguió con sus modos y palabras falsamente dulces, que claramente no coincidían con sus pensamientos y sonaban como esas palabrillas que se dicen las parejas que en realidad quieren matarse. O estaba impertérrita porque no tenía ningún cargo de conciencia, o porque, al igual que su hija menor, era una de las mejores actrices de ese lado de las Rocallosas. Intentar distinguir a los que estaban fingiendo de los que estaban siendo sinceros en esa familia se había convertido en un reto más complicado de lo que esperaba.

—Creo que ya es suficiente, cariño. Todos estamos algo descontrolados. Quizá es momento de que dejes la hierba. Y tampoco te va muy bien con el licor.

Mary me miró a punto de llorar. Sus ojos hinchados intentaban contener las lágrimas.

—¿Crees que yo digo la verdad? ¿O ella?

No sé qué fue lo que hirió más a Mary: que su familia cerrara filas o mi traición de último minuto.

—¿Como ya tuviste lo que querías ahora no tienes opinión?

Me siento como un miserable al recordar esta escena porque, si soy honesto (y estoy intentando ser honesto), creía que Mary decía la verdad en ese tema en específico. Tan solo por el comportamiento de Edith podía saber que había algo de cierto en lo que decía su hija menor. Pero tenía que tomar una difícil decisión y tenía que hacerlo rápido: apoyar a Mary, aceptar que me expulsaran de la casa y el fin de mis aventuras justo cuando había conseguido algo importante y estaba por recibir dinero real; o apoyar a Edith, enfrentar la ira de Mary y continuar con la aventura. No estaba listo para renunciar a esto último aunque, en el fondo de mi corazón, en esa parte dentro de cada uno que no necesita una razón y simplemente lo sabe, creía que Mary decía la verdad.

—Me parece que ya bebiste demasiado vino —dije.

No hubo mucho tiempo entre que pronuncié la palabra «vino» y que el

mismo me dio en la cara. Y aunque fue una sorpresa desagradable, su acción ayudó a mi causa: me quitó presión y me ganó la simpatía de los demás. Si se hubiera mantenido calmada, pudo haber demostrado que yo era un canalla, pero su violencia contra mí los puso a todos de mi lado.

—¡Maldita loca! —dijo Joe.

—No pasa nada. Estoy bien —aclaré, con tono considerado y magnánimo.

—Cobardes. ¡Todos son unos cobardes! Ya no voy a seguir aguantando a esta familia de mierda. ¡Ya estoy harta!

Mary azotó su plato en la mesa con gran estruendo. Se levantó, limpiándose el jugo de la langosta y la mantequilla del brazo (¡otra vez se veía muy bien, maldita sea!). Estaba enojada con Edith, claro, pero sus últimas palabras fueron para mí.

—Ya puedes cogértela.

Todos nos quedamos quietos durante unos segundos. Nadie dijo nada. Inhalé y solté el aire lentamente. Me despegué la playera de la piel. El silencio se rompió con el chirrido de la silla de Isabelle mientras se levantaba para seguir a Mary; no era la primera vez que intentaba rescatar a su hermana (a mis ojos, ya era su media hermana) de la autodestrucción.

—Déjala en paz —dijo Edith—. Se va a ir con Cassie Rose. Allá podrá tranquilizarse.

—¿Cassie Rose?

—Mi hermana.

Un minuto después escuchamos el rugido del Camaro abandonando el lugar a toda velocidad.

Un minuto antes de eso Isabelle había regresado al comedor, molesta porque no había logrado detener a Mary y, estoy seguro, culpándome por lo que había ocurrido. Estaba tensa y comenzó a recoger los platos con una rabia que los hacía cascabelear.

—Estaba bastante borracha, ma. No debimos dejarla ir.

—Maneja mejor borracha que mucha gente sobria.

Fui a ayudar a Isabelle con los platos, queriendo dejar en el olvido mi caso. Pero Edith me hizo una señal para que me sentara y, mientras lo hacía, Isabelle salió de la habitación.

Me senté en el banco y Edith rellenó mi copa.

—¿Se manchó mucho tu camisa?

—No es nada.

—Será mejor que la pongas a remojar.

La mancha de vino en mi camiseta daba la impresión de que me habían enterrado un puñal.

—Mi hija menor es una mentirosa, Rip. Está llena de falsedades.

—Ya lo estoy viendo.

—Todos han manejado el no tener padre de distintas formas. Joe se la pasa hablando, Isabelle se la pasa leyendo. Pero Mary aún no encuentra quién es. Una semana tiene la idea loca de ser piloto de la NASCAR o actriz, y a la siguiente semana se le ocurre ser bailarina, pero realmente no sabe lo que quiere. Así que se inventó eso de que es hija de otro. ¿Qué te dijo? ¿Te dijo que una vez me emborraché y tuve una aventura?

—Algo así, sí.

—¿Ajá? ¿Quién fue? ¿Dijo que me fui con el camionero apache?

Asentí.

—Pues sí conocí a un apache así. Pero él no es su padre. Las mentiras le dan otra vida, ¿entiendes? El problema contigo, Rip, según lo que he notado, es que te involucras demasiado fácil. Si crees todo lo que te dicen en esta familia, vas a terminar en el hoyo.

Edith siguió mirándome con su único ojo, que se entrecerró cuando me ofreció una sonrisa.

—¿Tú le sembraste eso?

Esa pregunta me aplastó el corazón. Me vi echando mis semillas sobre el estómago color nuez de su hija.

—¿Eso de que soy una tirana? Esa no es una palabra que ella diría. Sé que estuvieron hablando.

Intenté parecer inocente.

—Pues es posible que haya regado esa semilla, pero yo no la sembré.

—Como sea. Ya basta de eso. Háblame del negocio. ¿Es verdad que fuiste tú quien pidió el millón? ¿Y que a Joe le comieron la lengua los ratones?

—Roth nos ofreció ciento cincuenta mil pero, por lo poco que sabía, no me pareció ni un poco justo. Sabía que él nos iba a dar lo que pidiéramos. Así que busqué una cantidad que sonara bien.

—¿Ese tipo es tan rico como dice el bocón de Joe?

—La verdad es que Joe se quedó corto al describirlo.

—Eso no es posible.

—Creo que Roth sí va a cumplir su palabra.

—La palabra de un hombre no significa nada hasta que se convierte en algo.

—Vaya poniendo la champaña en hielo, por si acaso.

—No he tomado eso desde el día de mi boda. Y es algo que no me gusta recordar. Como sea, saliste bueno, méndigo rufián. No creí que fuera así, pero lo eres. Brindo por ti.

Luego chocamos nuestras copas y las bebimos hasta el fondo.

Más tarde, luego de poner a remojar mi camiseta manchada de vino, fui a acostarme y a reflexionar sobre los acontecimientos del día. Aún podía sentir la emoción por los elogios de Edith (mamé de esa teta de halagos como un cerdito hambriento), pero la duplicidad de Mary lo opacaba todo. No sé qué fue peor: el hecho de que me hubiera mentido o que yo no me hubiera dado cuenta. Fue tan convincente en su papel de virgen, respondiendo exactamente como debe responder alguien que está teniendo sexo por primera vez. Pero pensar en que ella había tenido otro amante me hizo sentir más tonto que herido. Y además me hizo sentir menos mal por apuñalarla por la espalda. Me las arreglé para convencerme de que mi «traición» al no apoyarla en la cena fue menor que su traición hacia mí.

Unos fuertes golpes en la puerta me sacaron de mi espiral de justificaciones. Creí que podría ser Mary, que había vuelto para cobrar venganza.

Abrí la puerta y me encontré con Isabelle, cuyo rostro anunciaba que yo estaba en problemas.

—Necesito hablar contigo. ¿Puedo? —Señaló hacia la ventana, donde fue a pararse con los brazos cruzados, más por modestia que para protegerse del frío. Dejé la puerta abierta, pues no quería que pensara que tenía algo que esconder ni alguna mala intención, pero ella fue a cerrarla, anunciando el regaño que estaba por venir. Encendí un cigarro con gesto arrogante, y luego me eché en la cama con actitud desinteresada, fumándome mi cigarro como un hombre al que nada le importa un carajo.

—Cuando te dije que Mary es más vulnerable de lo que parece, pensé que lo habías entendido... que era obvio. Alguien la decepcionó muchísimo. Tú le diste aprobación, aunque haya sido por razones superficiales.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te aprovechaste de su vulnerabilidad.

Me reí con algo de altanería.

—Esta noche no parecía tan vulnerable.

—No debiste animarla.

—¿A que me echara encima el vino?

—A que pensara en esas cosas. Claramente esperaba que tú dijeras algo.
¿Por qué la animaste?

—¿Porque le creí?

—Porque la deseabas.

Me reí de nuevo, pero eso sí me caló.

—¿O no? —preguntó Isabelle.

—¿O no qué? —No iba a facilitarle las cosas.

—Parece que conseguiste lo que querías. Que «le hiciste lo que quisiste»...
Así lo dirías tú, ¿no?

Increíblemente, Isabelle no se ruborizó. Su piel se mantuvo de su color real. Fui yo quien se puso rojo y, carajo, no quería perder contra ella en el juego de tenis de la vergüenza.

—¡No le hice lo que quise! Nos hicimos lo que quisimos mutuamente. Por Dios, Isabelle. ¿Quién te crees? ¿La policía del sexo?

—No me importa el sexo. Me importa mi hermana.

—Tu media hermana.

—Ni empieces con eso.

—Es posible, ¿no? ¿Nunca te preguntas si tu ma podría estarte ocultando algunas cosas? O sea, dada la historia, el aspecto de Mary, tu aspecto. ¡Saca tus conclusiones!

—Mary es mi hermana.

—¿Estás preparada para vivir con esa mentira? Pensé que creías en la verdad.

—Todos convivimos con mentiras, propias y ajenas, todos los días. A veces es necesario creer que la gente es buena.

—Salvo en mi caso, al parecer.

Isabelle se volteó hacia la ventana. No lo negó. Luego se sentó en el sillón y se echó hacia adelante con las manos entrelazadas en un gesto que parecía casi conciliatorio.

—Ni siquiera has mencionado el trato. Ni has dado las gracias por el hecho de que vendiéramos la colección por una cantidad que hará una enorme diferencia para todos ustedes. Sé que ese tipo no es el más digno, pero ¿quién sí lo es? Desde el día uno has desconfiado de mí, Isabelle. Has mantenido tu distancia, dudando de mis intenciones como si fueras superior.

—Agradezco lo que hiciste. Y sí, hubiera preferido que la colección se fuera con alguien más honorable. O a un museo público. Pero entiendo que tenemos que venderla y que cambiaré las cosas... especialmente para Joe.

—Y para ti. Ya no tendrás que jugar a ser la mamá todo el tiempo.

—¿Crees que eso es lo que hago?

—Pues sí. Tú misma dijiste que pospusiste la universidad porque tenías que ayudar a tu madre. Este negocio hará que puedas irte a estudiar. Que sigas tus sueños.

Isabelle hizo un gesto de dolor.

—¿En serio crees que la vida se trata de seguir los sueños? ¿Y qué tal si el sueño es una ridiculez o algo peligroso? ¿O egoísta?

—Oh. Entonces ¿de qué se trata la vida...? Dime, por favor. —Mi sarcasmo estaba ligeramente forzado, pero sentí que hacía falta un poco de pelea para que ella se abriera.

—Tú te apareces aquí y te pones a juzgarnos y definirnos como si nada.

—Quizá es más fácil ver las cosas con claridad para alguien que está afuera.

—¿Y crees que tú ves las cosas con claridad? —Sarcasmo en Isabelle... ¡muy bien!

—Veo una familia atrapada, intentando sobrevivir haciendo una sola cosa. Veo una familia con la posibilidad de hacer dinero de otra manera, también honesta. Y que eso podría liberarlos de la trampa. Liberaría a Joe de andar de pueblo en pueblo. Te liberaría a ti de cuidar la casa y así podrías estudiar. Quizá ayudaría a Mary a intentar convertirse en actriz o bailarina... o lo que sea.

Isabelle se jaló una oreja.

—Qué bonito discurso, pero no me lo creo. No te creo. Me parece que estás aquí para ver qué sacas. No creo que te importemos. Dirías lo que fuera necesario para conseguir lo que quieres. Incluso ahora lo estás haciendo ¡porque quieres ese trato!

—No eres tan inocente, ¿verdad?

—Okey, no. Pero ¿ahora me vas a decir algo que no sepa de mí misma?

—Me refiero a que has vivido bastante.

Esperó a que yo revelara la mentira.

—Con lo de tu padre. Lo de escribirle. De incógnito.

—Lo que he hecho... lo que hice en ese entonces... no es de tu incumbencia. Y no deberías creer en lo que Mary crea que hice ni en lo que te diga, ya deberías saberlo.

—En verdad que es imposible darte gusto, Isabelle.

Ella se levantó del asiento, espantando el humo de mi cigarro con la mano.

—¿Por qué complacerme a mí, o a cualquiera, debería ser tu máxima meta en la vida?

XVIII

*En el que Joe es arrestado (otra vez)
y decido renunciar*

La mañana en que cerraríamos el trato (o «el día 'el trato», como le decía Joe), desperté con dos tipos de mariposas revoloteando en mi estómago: mariposas de emoción y mariposas de ansiedad. La emoción era porque estaba a punto de cerrar un trato que yo había creado y que justificaría mi lugar en esa familia; la ansiedad, por pensar que un desastre natural o intervención de la historia podría arruinarlo todo. Guardé esos pensamientos en el rincón oscuro donde debían estar y me concentré en el resultado más probable: aquel sería un día de un millón de dólares.

Cuando abrí las cortinas y me asomé hacia el campo que rodeaba la casa, vi un toldo plateado hecho de telarañas que corría desde la entrada hasta el borde del jardín, cruzando aquel césped perfecto que Joe había cortado maniáticamente la noche anterior con una podadora manual, intentando hacer lo que Edith le había ordenado y quitar el «hedor a pobre» de su propiedad, por si el representante de Roth tenía que pasar a ver la colección. A las carcachas (salvo el Camaro de Mary) las estacionaron en la parte más alejada y a los perros los metieron en sus transportadoras. El brumoso amanecer le daba un recubrimiento de grandeza a ese lugar en ruinas y, si entrecerrabas los ojos, podías creer que era una casa en su mejor momento, un lugar donde pasarían cosas grandes.

Me puse el traje que Joe me compró en J. C. Penney's y la corbata con detalles verdes como los de mi mariposa favorita, y bajé las escaleras. No era el primero en levantarme. Ni siquiera el segundo. Edith ya estaba en la mesa de la cocina tomándose su café y Elijah se entretenía con el juguete que venía

gratis en la caja de cereal.

—Se levantó temprano, Edith. ¿Está emocionada?

—Es solo un día más, Rip.

—¿En serio?

—Hasta ahora.

Llevaba un labial carmesí y una ligera capa de maquillaje.

—Se arregló. Pensé que jamás se arreglaba por un hombre.

—Estoy dispuesta a ponerme labial por uno que podría pagarme un millón de dólares.

Había algo conmovedor en su arreglo. Era fácil olvidar que ella quería y necesitaba que se cerrara ese negocio tanto como cualquiera. Quizá más. No podía mantener su actitud de «nunca va a pasar» por siempre.

—Quizá debería acompañarnos a Nueva York, Edith. Realmente debería ser usted quien estuviera ahí, no yo.

—Créeme, quiero estar ahí. Pero toda compañía necesita una cara, y no puede ser esta. Cuando intenté hacer la venta con Atlantic and Pacific, el hombre me veía las cicatrices todo el tiempo; casi ni miró el producto. Se la pasó preguntándome si necesitaba algo. Al final me enojé tanto que le dije «Sí, quiero que me dejes de ver así, imbécil». Creo que eso arruinó el trato. Solo encárgate de que Joe llegue al lugar y firme los papeles y que no hable mucho. Ese niño tiene la enfermedad de las palabras. Se emociona y, bueno, ya sabes. Es hora de que justifiques tu existencia, Rip. Trae el tocino a casa.

Joe entró canturreando.

—Es el día del trato. Es el día del trato. ¡Es el di-di-di-día 'el trato! —Miró a su madre y luego olisqueó el ambiente con un gesto exagerado—. Ma se puso toda cuqui para el asistente del Mago. —Con todo y su traje barato, se veía como un millonario—. ¿Cómo me veo, ma? —Se acomodó su corbatín de clip.

—Como siempre.

—¿Rip?

—Entomológico y emprendedor —dije, dándole justo lo que quería escuchar—. Como un científico loco, educado, explorador y poeta.

—Y ese moñito, ¿qué? —preguntó Edith.

—Me da como una fuerza de gravedad, ma.

Otra frase que Joe mezcló para convertirla en algo mejor que la original. Me tomó por los hombros.

—Nuestras vidas están por cambiar, Rip. ¡Ya lo puedo sentir!

Los perros los escucharon primero que nadie, y sus ladridos enloquecidos nos avisaron que alguien se acercaba.

—¡Carro! ¡Carro! ¡Carro!

Todos corrimos hacia la ventana. Dos autos se iban acercando por el camino con la velocidad de un cortejo fúnebre, con cuidado, anticipando la resistencia. Una patrulla iba escoltando a un Plymouth verde, de la misma marca, modelo y color de aquel que tomamos por una manifestación de la paranoia pacheca de Mary y que nos espantó a Joe y a mí en Tarrytown.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es la trampa —dijo Edith—. Siempre hay una trampa.

Comencé a sentir el pánico de que estaba por descubrir algo más que ya debería saber. Esa sensación en mi estómago, más que algo creciente, era algo que me aplastaba.

—¿Quiénes son?

—Son los de la FWA —dijo Joe.

—¿Quiénes?

—Son como el FBI de los bichos.

Mientras el convoy se acercaba hacia la entrada pudimos leer la insignia en sus puertas: US Fish and Wildlife Agency, la agencia nacional por los peces y la fauna salvaje. Un hombre con lentes oscuros, camisa de manga corta, pantalones grises y zapatos café salió del Plymouth y se acercó caminando a la casa. Se movía como un *sheriff* y con ese mismo paso llegó hasta el primer escalón, poniendo la punta de su bota picuda y brillante sobre él.

—¿Qué quieren?

Joe no iba a dar explicaciones. Ya ni siquiera estaba en la habitación.

—Más vale que lo averigüemos —dijo Edith—. Dame tu brazo, Rip.

Mientras escoltaba a Edith escaleras abajo, ella habló con tono ominoso.

—Parece que esta vez van en serio.

—¿Esta vez?

—Una vez me impidieron vender unas mariposas que creían que estaban

en su maldita lista especial. Quizá Joe ha andado vendiendo algo que no debería.

Al chofer del Plymouth se le habían unido dos policías que lo protegían a cierta distancia. Debieron preguntarse si se habían retirado justo a tiempo. Toda la familia, menos Joe, ya estaba reunida en el porche. Con Edith, la gran matriarca, al centro del grupo y Celeste con sus enaguas, parecía que estábamos posando para una cámara antigua.

—¿Le puedo ayudar en algo, oficial? —preguntó Edith.

—Estamos buscando a Joseph Bosco.

—¿Está en problemas?

—¿Se encuentra aquí, señora?

—Creo que sí. Elijah, ¿podrías ir a ver adónde se fue Joe?

Elijah se metió a la casa.

En la escalera estaba un paquete con cajas pequeñas y medianas, esperando ser enviadas por paquetería a la boda en Nueva Jersey. El agente miró el paquete.

—Ande, échele un vistazo. ¿Le gustan las colas de golondrina amarillas? Puedo venderle una caja. Diez dólares por la pequeña.

Edith tenía su encanto, de hecho tenía mucho cuando aceptaba mostrarlo, pero el agente no quiso verlo. Noté que no podía ni mirarla directamente. Yo ya estaba tan acostumbrado a su deformidad que tuve que recordarme cómo fue verla por primera vez. Ese tipo sin duda no hubiera pasado «La Prueba».

—¿Joe está en problemas, oficial?

—Así es, señora. En un montón.

—¿Qué hizo?

—Pues aquí tengo una hoja entera con la lista, pero él debe ser el primero en escucharla.

—¡Holo!

Joe apareció de pronto, sacudiéndose el polvo de la solapa. Fue directo hacia el agente y estrechó su mano como si fuera un amigo que hacía mucho no veía. Joe lo hizo todo tan rápido que el policía ni tuvo tiempo de responderle el saludo.

—¿En qué lo puedo ayudar, oficial?

—¿Usted es Joseph Bosco?

—Ese soy yo. Un metro noventa y ocho y noventa y cinco kilos en mis calzoncillos.

—Tengo una orden de arresto con su nombre.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Podría... podría arrestarme mañana, oficial? Verá, tenemos un negocio muy importante hoy en la ciudad.

Y en ese momento, con toda la familia como testigo, el agente anunció que Joe estaba arrestado por vender mariposas del Apéndice I y violar con ello la Ley Lacey (la cual él mismo me explicó más tarde con gran solemnidad). Que en tres ocasiones distintas durante los últimos dieciocho meses Joe les había vendido especies protegidas a agentes encubiertos que se hicieron pasar por coleccionistas. Le dijo a Joe que lo llevarían a la corte en Hudson bajo los cargos de importación y venta ilegal de contrabando. Dijo que la FWA volvería al día siguiente para revisar la propiedad en busca de más contrabando. Joe, que claramente estaba familiarizado con las palabras que siguieron, tarareó rítmicamente mientras escuchaba sus derechos. ¿Alguna vez habría ejercido su derecho a permanecer callado?

Edith se acercó al agente, él dio un paso atrás y se llevó la mano a la pistolera.

—Me parece que todo esto es innecesario, oficial.

—Agente.

—Me parece que no es correcto. Todas estas mariposas son nuestras.

—Llevaré a su hijo a la corte de Hudson, donde se le levantarán los cargos. Podrá expresar su defensa durante la audiencia.

—¿Cuánto tiempo tomará esto, oficial? —preguntó Joe—. Verá, tengo que estar en Nueva York hoy a las tres de la tarde.

—No le puedo asegurar cuánto tiempo tomará, señor. Depende del juez. Y de qué otros casos haya en la corte. Yo diría que no va a ir a ninguna parte hoy.

—¿Tengo derecho a hacer una llamada?

—Sí, lo tiene.

O Joe estaba fingiendo magistralmente que aquello no le preocupaba por el bien de su familia y el mío, o realmente no le preocupaba.

—Vaya, oficial, agente, qué inconveniente es todo esto. ¿Puedo hablar con mi amigo?

—Sí puede, pero que sea breve, señor.

—Tendrás que ir a la reunión tú solo, Rip. Tienes que conseguirnos más tiempo.

Conseguirle más tiempo a Joe. ¿Quién tenía suficientes recursos para hacer algo así?

—¿Qué les digo?

—Haz lo tuyo, Rip. Ya se te ocurrirá algo.

—Señor Bosco.

El agente se le acercó con unas esposas. Joe le ofreció sus muñecas con obediencia y una tranquilidad casi molesta.

—¿Ese Plymouth es suyo, señor?

—Así es.

—Me encanta el Grand Fury. Lo vi siguiéndome cerca de Rochester. Y hace apenas unos días, en Tarrytown. Es difícil olvidar un carro como ese. Qué buen color. Es el mismo de la polilla *Argema mimosae* de Senegal, que es una polilla que no le pide nada a ninguna mariposa. ¿Me voy a subir a su carro?

—Se irá en la patrulla.

—Ay.

—¿Joe está en problemas? —preguntó Ceelee mientras se lo llevaban.

Isabelle intentó tranquilizarla.

—Solo le van a hacer algunas preguntas, Ceelee.

—Pero ese hombre lo encadenó.

—Eso es lo que hacen cuando quieren interrogar a alguien. Joe estará bien. Volverá pronto.

Justo antes de meterse al auto, Joe se volteó hacia mí.

—Intentaré llamar, Rip. Si no sabes nada de mí antes del mediodía, más valdrá que te vayas a Nueva York sin mí.

Y luego, por segunda vez desde que lo conocí, observé cómo intentaba meter su cuerpo de gigante en el asiento trasero de un vehículo de la ley.

—Maldito tonto —dijo Edith.

Celeste estaba tan abrumada como yo, aunque por distintas razones.

—¿Joe va a ir a la cárcel, ma?

—Eso espero —masculló Edith—. Así quizá se acabarán todas estas estupideces. Como dije: un trato no es un trato hasta que se concreta. Solo son palabras. Ya voy viendo lo que es real.

Edith extendió un brazo para que alguien lo tomara. Fue Clay quien lo hizo.

—Más vale que tú contestes su llamada. No quiero hablar con ese idiota, a menos que esté llamando desde el mismísimo infierno.

Edith entró a la casa junto con Clay, Celeste y Elijah, dejándonos solos a Isabelle y a mí. Ambos observamos la caravana hasta que desapareció por la esquina, llevándose a mi amigo y, con él, estaba seguro de eso, la posibilidad de cerrar el trato del millón de dólares. ¡Mi trato del millón de dólares!

—¿Lo dijo en serio? —pregunté—. ¿Lo de confiscar la colección?

—Supongo. Pero no creo que nos las puedan quitar —dijo Isabelle.

—Pero ¿pueden impedir que la vendamos?

—Quizá —respondió Isabelle, encogiéndose de hombros.

—Bueno, al menos eso te dará gusto —comenté con sarcasmo, convencido de que ella estaba disfrutando en secreto con los recientes acontecimientos.

Pareció sorprendida por la agudeza de mi comentario.

—¿No tengo derecho a que algo me dé gusto?

—Puedes hacer lo que quieras, Isabelle —dije con desgano—. Tú solo sigue siendo tú.

Me miró como si fuera un caso perdido y se metió a la casa.

Me sentí asqueado. La náusea comenzaba a sobrecogerme, un reflujo ácido que me obligó a pasar saliva y hacer un gesto de dolor. Había una sola nube en todo el maldito cielo y el sol logró encontrarla. La luz y el calor desaparecieron de golpe y provocaron que el escalofrío se mezclara con la realidad y que volviera a tener pensamientos que creía superados. Estaba tan furioso y decepcionado que decidí irme a caminar, a intentar comprender lo que había ocurrido y ver si la naturaleza podía ofrecerme alguna guía. Llegué al final del camino de entrada y miré hacia las Catskill. Era difícil creer que, pasando esas montañas, hubiera una metrópolis con millones y millones de personas. Y en alguna parte, en el corazón de aquella metrópolis, los representantes de Roth nos estaban esperando a Joe y a mí para firmar un trato que ya no podría realizarse.

Seguí contemplando el paisaje. Aunque sabía que a la naturaleza no le importa un carajo lo que nosotros veamos, busqué una señal y los hados me ofrecieron un chebrón de gansos volando hacia la ciudad de Nueva York, decididos y siguiendo sus instintos; envidié a esos gansos: sin haber tenido una educación clásica, sabían exactamente adónde iban. Cómo deseé ser uno de ellos en ese momento.

—No lo puedo creer.

Lo dije en voz alta, pero debí creerlo. Cuando echas en tu cama lo impredecible, debes estar preparado para acostarte con ello en cualquier momento. Quería creer que trabajaba con alguien diferente, una gran excepción, una hermosa aberración, un bobo sagrado, un aventurero iconoclasta, un idiota sabio, pero en realidad no era más que un pillo que engañaba a la gente con su papel de tonto/payaso, siendo yo su más reciente engañado: lo conocerás por el rastro de tarados. Todo lo que ese agente dijo sobre Joe, que les vendía mariposas legales a las masas e ilegales a unos cuantos elegidos, sonaba posible. Demasiado posible. Joe había estado «tramando algo» y eso era el algo que tramaba. Por primera vez en todo el tiempo que pasé con Joe consideré la posibilidad de renunciar, dejar ese sitio. Ya estaba harto del tal Joseph y sus mentiras en tecnicolor.

Debí caminar durante un par de horas, pues cuando volví pude escuchar que alguien me llamaba a gritos.

—¡Rip! ¡Rip!

Era Celeste, que estaba en el porche con el teléfono inalámbrico.

—Es Joe. Dice que esta es su única llamada.

—Gracias, Ceelee.

Tomé el teléfono y mi oído se llenó con los gritos agitados de Joe comunicándome un mensaje que yo no lograba entender.

—¡Rip! ¿Me escuchas? Es mi única llamada, ¡debes escucharme! ¿Lo puedes creer? Ese tipo peludo que me arrestó ¡se llama agente Moroni!

—¿Y?

—¡Tiene el nombre de un ángel espurio! ¡El maldito ángel espurio del Libro de Mormón!

No sé cuál era la parte que debía parecerme increíble. El arresto. El nombre.

«¡Dile que renuncias!».

—No lo puedo creer. ¡No lo puedo creer!

«Yo sí lo puedo creer. ¡Toda persona que haya conocido a Joe lo puede creer! ¡Renuncia ya!».

—¡Quiere encerrarme por veinte años!

«Me parece sabio de su parte».

—Me arrestaron por vender mis propios bichos. No es ilegal vender tus propios bichos. Pero este ángel espurio está como loco. Y las cosas están escalando aquí, Rip. Hice enojar al juez y me van a echar a la cárcel por mi falta de respeto.

Suspiré.

—Le dije que su juicio no era el que a mí me importaba. Me dio treinta días y cuando le dije que treinta no estaban tan mal cuando piensas que nuestro Señor pasó cuarenta en el desierto, ¡me echó diez más! Rip... ¿estás ahí? No me dejes. Estoy en la FWA en Hudson. No podré llamarte otra vez. Es una locura. Este tipo no conoce sus propias reglas. Dice que ya que me atrapó, ¡no me dejará ir! Esas son las cosas que está diciendo. ¡Me dice «Butterfly Joe»! Lo cual me gusta, pero él lo dice como si yo fuera Al Capone o algo así. Es como esos tipos que creen que encontraron cocaína, pero es polvo para hornear. Y bueno. Tienes que ir a la junta, Rip. Aún tienes tiempo.

—No lo sé, Joe.

—¿Qué no sabes?

—No sé si puedo seguir con esto.

Hubo una pausa lo suficientemente larga para saber que Joe sí me estaba escuchando.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que quizá debería renunciar.

Silencio de nuevo. ¡Y luego unas risitas!

—No puedes renunciar, Rip. Cuento contigo. Todos contamos contigo. Tienes que ir con el hombre de Roth. Solo reúnete con él y consígueme más tiempo. ¿Rip? ¿Me escuchas? El trato sigue en pie. Esta historia aún no se ha terminado.

«¡Renuncia en este mismo momento, Llewellyn!».

—Tienes que conseguirnos más tiempo. Di lo que sea necesario. Diles que

me morí si hace falta.

—¿Joe?

Pero el teléfono ya estaba muerto.

Mi padre siempre decía: lo que sea por una vida tranquila. Para mí, eso era el epítome del desinterés petulante y lo opuesto de cómo yo quería vivir mi vida. Pero estando ahí, con el teléfono en mano y escuchando y escuchando la perorata de Joe, se me vino la imagen de mi padre diciéndome aquello y llegó con una fuerza tan inesperada que me pregunté si mi conciencia intentaba llevarme a un camino más seguro.

Mi conciencia, que básicamente llevaba algunos meses de vacaciones, volvió de golpe, bronceada y con más claridad que nunca y, como un padre a medio regaño, insistía en llamarme por el nombre que se me dio al nacer: «Es momento de tomar un camino más seguro, Llewellyn. Las ramificaciones no dejan de crecer, las consecuencias ya se ven en el horizonte, los presagios se anuncian en cada esquina. Todos te dicen lo mismo: estás trabajando con un charlatán al que nunca debiste haber seguido. Este Gato con Sombrero te promete esto y te promete aquello, pero nunca cumple. Sé que no has conseguido la gloria con tus hazañas y que tu regreso a casa estará manchado por lo que pudo ser, pero ¡en serio deberías renunciar antes de que pierdas la cabeza!».

Iba de camino hacia el Chuick cuando Isabelle apareció en la entrada.

—¿Qué pasa con Joe?

—Quién sabe. No dijo nada que tuviera mucho sentido.

—¿Vas a ir a Nueva York?

Me quité el saco y lo arrojé al asiento trasero.

—Quizá —dije—. La verdad no sé.

Y con eso me subí al auto y arranqué, disfrutando el hecho de que era mi turno de estar enojado y la cruel satisfacción de dejar a Isabelle parada ahí, sin saber nada. Incluso me di el lujo de pensar que parecía preocupada por mí.

Era bueno estar solo en el Chuick. A veces los objetos inanimados son lo único en lo que puedes confiar. Querido Chuick, te escribiré una oda épica

cuando tenga tiempo. Eres fiel como un sabueso. Confiable como la gravedad. Fuiste transporte, santuario y a veces mi hogar. ¡Y te agradezco! No sabía realmente cuáles eran mis intenciones durante los primeros kilómetros. Creo que quería saber cómo se sentiría renunciar a la vida. Y quizá necesitaba echar un vistazo a la vida tranquila. Es cierto que estaba tomando dos caminos al mismo tiempo: uno a Nueva York y otro de vuelta a casa de mi tía. Era conveniente que estuvieran por el mismo rumbo.

El ver la casa y el Granero de los Diez Mil Libros fue como un ariete estrellándose contra la cuarta pared de mis aventuras. Quizá era hora de volver a la lectura de los viajes de héroes y heroínas imaginarios en vez de ser tan soberbio como para creerme uno de ellos. Claro que, como siempre pasa con estas cosas, el lugar se veía más lindo que nunca. Los árboles estaban en su punto, llenos de rojos vibrantes y dorados resplandecientes. En la entrada estaba un brillante Buick Riviera. Dentro de la casa había luces encendidas y, para más intriga, también en el granero (una luz que habría sido mía si me hubiera quedado). Me estacioné al otro lado de la calle, apagué el motor y me quedé ahí, reflexionando. La idea de renunciar y volver a mis antiguos modos, volver a la vida que había vivido antes de conocer al hombre que las autoridades federales conocían como «Butterfly Joe», era atractiva. Solo tenía que ir a la casa y tocar el timbre.

Apagué el radio, cerré los ojos e imaginé lo que podría pasar a partir de ahí si decidía bajarme del carro y llamar a la puerta. Las imágenes de la vida tranquila vinieron a mi mente: mi tía recibéndome con los brazos y el pecho abiertos; yo llamándoles a los Bosco para decirles que renunciaba; una Edith, que tenía la razón, diciendo «se-lo-dije»; una Isabelle aliviada. Una Mary maldiciendo mi nombre, y un Joe aún en la cárcel, apesadumbrado al saber que volví a ser un tipo aburrido. A partir de ahí mi vida tranquila se redujo a una rápida sucesión de escenas: mi madre diciendo: «Qué gusto tenerte de regreso, Llewellyn». Mis amigos contentos de verme, pero con ese interés que de pronto se convierte en una sana indiferencia para luego irse a vivir sus propias vidas. Mi hermano preguntándome sarcásticamente cómo va la gran novela galesa-estadounidense. El curso seguro de esa vida llevaría a un trabajo razonable que no me exigiría inventar citas de poetas y presidentes ni usar la tragedia exagerada del pasado de alguien más para que la gente me

compre cosas. Una chica que escucharía con interés mis inventos a medias sobre vender mariposas en cajas de cristal en Estados Unidos y que pensaría que soy creativo por haber hecho algo así. Las imágenes se fueron acelerando con el paso de las etapas de la vida: una boda, hijos, conformismo y decepción. Engordé y perdí el cabello, pero al menos envejecí sabiendo la diferencia entre las locuras y los sueños. La vida tranquila. No se veía tan mal.

La puerta de un costado de la casa se abrió y alguien, un hombre alto, cruzó el jardín hacia el granero. Llevaba algo bajo el brazo: un documento, papeles, ¡un manuscrito! Era Garton Lake, el novelista que usaba el granero de mi tía cuando necesitaba «alejarse de todo y concentrarse en un libro». Me lo dijo cuando lo conocí en el departamento de mi tía en Nueva York. Yo acababa de bajarme del avión, y mi tía hizo una cena en mi honor e invitó a Lake para motivarme en mi trabajo de escritor y para enseñarme algo. En algún punto de la noche tuve la osadía de preguntarle de qué se trataba su libro y él se volteó hacia mí y me dijo que su primera regla al escribir era «nunca hablar de una obra cuando aún estaba en proceso». Aquello me impresionó mucho en su momento. Pero al pensarlo de nuevo ya solo me sonaba pretencioso. Lo observé cruzar hacia el granero y parecía perdido en ese mundo que estaba creando. ¿Eso era su libro? Me pregunté. ¿Ya casi lo terminaba? Parecía grande. ¿Sería lo suficientemente bueno para ser uno de los libros del Granero de los Diez Mil Libros, como yo esperaba que fuera el mío algún día? Sentí que la envidia y la frustración comenzaban a llenarme. Lo maldije por escribir ese libro. Cuando Lake llegó al primer escalón del granero pareció notar al Chuck por primera vez. Me hundí en el asiento, como un agente encubierto. Él se quedó un rato ahí, observando, y luego, despreocupadamente, entró al granero y cerró la puerta. Pude haber ido hacia allá, saludarlo, preguntarle de qué se trataba el libro ahora que ya lo había terminado. Pero no me interesaba de qué se trataba su libro (un libro que decidí odiar sin haber leído ni una palabra). Necesitaba saber qué iba a pasar con Joe. Con Isabelle. Con Mary. Con Edith. Con las mariposas. ¡Conmigo! No podía renunciar porque, pese a la más reciente fechoría de Joe, el fantasma del sensato consejo de mi padre y mi propia conciencia, esa historia aún no había terminado.

Conduje hasta Nueva York con el radio a todo volumen para no escuchar mis pensamientos. Cuando crucé hacia Manhattan sobre el puente Alexander Hamilton, la vista de los imponentes monolitos del centro me animó. Aquella era una ciudad que te obligaba a mirar hacia arriba y pensar en cosas grandes. Y aunque mis pensamientos no se engrandecieron, al menos sí se enfocaron en lo que tenía que hacer. Y lo que tenía que hacer era salvar el negocio.

Por ahí de la Calle 45 comencé a buscar estacionamiento, pero recorrí cuadra tras cuadra sin éxito. Eran las dos treinta y cinco y caminando ya estaba a unos diez minutos del Edificio Roth. «¿Qué haría Joe?», pensé, sabiendo bien que él le pediría a Dios un espacio de estacionamiento, como lo hizo en Cleveland, evento que desató una discusión entre él y Mary en donde yo tomé el lado de ella. Mary: «¿Por qué Dios se molestaría en ayudarnos a encontrar estacionamiento si tiene cosas más importantes que arreglar por todo el universo?». Joe: «O está involucrado en nuestras viditas sin chiste o no lo está. ¿Crees que buscar estacionamiento está fuera de sus límites?».

Sin la ayuda del Creador, encontré un estacionamiento en el que no cabían más de doce autos y que parecía más bien una cancha de básquetbol. El letrero decía LLENO, pero vi dos espacios libres. Me acerqué a una caseta de madera donde un hombre estaba jugando con un rollo de boletos.

—El letrero dice que está lleno.

—Pero ahí tiene dos espacios libres, los estoy viendo. Ahí.

—Son para emergencias.

—Esto es una emergencia.

El hombre me miró.

—¿Ah, sí?

—Mi amigo... se está muriendo.

—Sí, cómo no. —Luego miró al Chuick—. ¿Qué diablos es esto?

—Es un Chuick —dije. Y le solté una hagiografía de mi querido vehículo, usando hasta el más mínimo toque de poesía que Joe llegó a utilizar en su defensa: «Hecho antes de que Motown los creara para descomponerse». «Dos toneladas de acero de Pittsburgh». «Si alguien choca contra este carro quedaría bien muerto».

La Oda pareció inclinar la balanza a mi favor. El hombre asintió y me dio un boleto de su rollo.

—Tome el de la izquierda. ¡Espero que su amigo se mejore!

—Gracias. Yo también —dije mientras salía corriendo hacia la Avenida de las Américas.

El Edificio Roth medía más de ciento cincuenta metros de alto, pero no lo hubiera notado de no haber tenido que acudir a una junta ahí. Se perdía entre los impresionantes rascacielos del centro. Entré corriendo al *lobby* y tomé un elevador hasta el piso veinte, donde fui a la recepción y anuncié mi nombre y la hora de mi reunión. Me alivió y me alegró ver mi nombre anotado ahí, junto al de Joe, en el espacio de las 3:00 p. m. en el libro de citas. Explicué que mi compañero no podría llegar a la junta por estar «indispuesto». Elegí esa palabra pues me pareció que cubría la mayoría de las eventualidades, incluyendo la posibilidad de que la recepcionista no preguntaría nada por miedo a no saber qué significaba o a que la respuesta fuera demasiado incómoda. Me ofreció tomar asiento en la sala de espera. No podía sentarme, así que me quedé parado, observando el tráfico y a la gente que iba y venía por la avenida allá abajo. Tantas personas con vidas de las que yo no sabía nada y que igualmente no sabían nada de la mía.

—Ya puede subir, señor. Tome el elevador hasta el piso cuarenta.

Mientras el elevador subía lentamente de piso en piso, con los números en los botones iluminándose, las lucecitas comenzaron a angustiarme. Durante semanas Joe y yo habíamos inventado historias para hacer ventas, sin ninguna vergüenza: matar a su madre en un incendio de una tienda, que sus hermanas se asfixiaron una a la otra, que su padre cayó en una quebrada un día y al otro lo mató un jaguar. Iba a tener que inventar algo. El timbre que indicaba que el elevador había llegado a su destino solo confirmó mis pensamientos.

Era hora de justificar mi existencia acabando con la de Joe.

—Señor Rip van Jones. El Mundo de las Mariposas —le dije a la segunda recepcionista.

Ella me llevó a una habitación, llamó a la puerta y se asomó.

—Lo busca el señor Van Jones, señor Eliot.

Preparé mi rostro para quienes me estarían observando al otro lado de la

mesa, echándome un vistazo en la puerta de cristal que estaba junto a mí. Afortunadamente mi traje y mi portafolio negro me daban el aire de un doliente. Me veía extremadamente sobrio y sombrío.

Había tres personas en esa habitación, que tenía las paredes cubiertas de cuero (quizá para contener los gritos de aquellos que eran despedidos por los abogados de Roth). El abogado de Roth (el señor Eliot), el jefe de Compras de Roth (el señor Matthews) y la curadora del museo de Roth (la señorita Daniels). Aquel era el Cancerbero de tres cabezas que se interponía entre el cierre del trato y yo.

—¿No esperábamos a dos personas, señor Van Jones?

El señor Eliot, el abogado (la cabeza de en medio), llevaba unos lentes con armazón grueso y parecía un avispon. Noté que el poder en la habitación estaba en él y decidí lanzarle una mirada directa a sus ojos de insecto. Me tomé mi tiempo. Estaba calculando la distancia hacia el agua a la que estaba por arrojarme, tal como lo hice el día en que conocí a Joe (de cierta manera, las mentiras son como los clavados: entre más altura, más impresionantes son; cuando tus pies abandonan el suelo firme de los hechos y te lanzas al aire ya no hay nada que te detenga, ya no hay salida).

—Me... me temo que... mi colega Joe Bosco no podrá estar con nosotros.

El señor Eliot notó la pesadumbre en mi expresión y en mi tono.

—¿Oh?

Eché un vistazo al vacío por una última vez (asegurándome de que los seis ojos estaban puestos en mí) y luego me lancé.

—Esta mañana pensé mucho si debía cancelar la junta dados los recientes acontecimientos. Pero tras hablarlo con la familia del señor Bosco, y considerando los deseos del mismo Joseph, acordamos que sí debería presentarme hoy. Pero con el corazón hecho pedazos tengo que decirles que mi colega, mi amigo, Joe Bosco, ha muerto.

—Ay —dijo el señor Eliot—. Qué... qué terrible.

—¿Qué significa esto? —preguntó el señor Matthews. Ese tipo se veía muy agobiado, aunque para ser justo con él, acababa de llegar de Londres, donde había comprado un set de polillas de Bonham's. No pudo disimular su terror ante la idea de que la colección que le habían encomendado conseguir para su jefe pudiera haberse perdido junto con su dueño.

Acababa de tomar la decisión de matar a Joe y, aunque debí apegarme al principio de que menos es más, sentí que les debía algún tipo de explicación. Durante unos cuantos minutos me sentí como Joe, como el Gato con Sombrero, al empezar algo y tener que seguir y seguir para que no se colapsara todo al detenerme.

—Fue a cazar mariposas cerca de las cataratas de Kaaterskill hace tres días. Estaba buscando las últimas mariposas de la temporada. Como no volvió por la tarde, fuimos a buscarlo al día siguiente. Y lo encontramos en el fondo de un arroyo. Se cayó de unos dieciocho metros por la orilla de un peñasco escondido. Murió por la caída.

Mientras lo mataba, no dejé de pensar en lo mucho que Joe habría disfrutado la forma en que lo conté. Claro que, si hubiera estado ahí, no habría podido matarlo tan limpiamente ni presentar mi discurso sin esa maldita conciencia que arruina todas las verdaderas expresiones poéticas. Pero le di un fin más poético que el que seguro tendría. La muerte de Joe fue sin duda mi venta más convincente. La necesidad competitiva de demostrar lo que vales, el abandono temerario, la desesperación y la despreocupación por los resultados logran cosas impresionantes. Probablemente en los negocios no hay mejor forma de vender. Joe me enseñó bien. El Gato con Sombrero había engendrado a otro gatito.

El señor Eliot unió las puntas de sus dedos formando una pirámide, con actitud respetuosa.

—Lo siento.

El señor Matthews también me ofreció sus condolencias.

Al ver que tenía su compasión, pasé a la razón real por la que estábamos ahí.

—Señor Matthews, sé que viene de muy lejos. La familia obviamente quiere cumplir con el trato de vender la colección. Pero necesitará un tiempo para guardarle luto a Joe.

—Por supuesto, señor Jones.

—¿Cuánto tiempo cree que necesitará la familia? —preguntó el señor Matthews—. Solo para poder informárselo al señor Roth.

—Verá, el dolor no sigue reglas. Yo mismo lo sé por la reciente muerte de mi padre. Pero si pueden concedernos unas semanas. ¿Quizá unos cuarenta

días más o menos? Tal vez pueda ponerme en contacto con ustedes cuando la familia esté lista. ¿Cree que el señor Roth y ustedes podrían aceptarlo?

—Claro. Por favor, dele nuestras condolencias a la familia Bosco.

Debí dejarlo ahí, pero estaba disfrutándolo demasiado.

—Nada nos lo devolverá, claro —dije—. Pero quizá, de cierta manera, la venta de esta colección será un buen homenaje para mi amigo.

XIX

*En el que me reúno con el hombre
que atrapó a «Butterfly Joe»*

Tras matar a Joe, fui a verlo a la cárcel. Estaba como drogado por la emoción de haberlo matado y no sentía ninguna vergüenza por lo que había hecho. En todo caso me sentía justificado: el trato seguía vivo. La muerte de Joe era una bendición, y ni siquiera estaba disfrazada. Esa reunión me revivió el entusiasmo por las mariposas y la confianza en mi capacidad para salvar las situaciones imposibles. Es verdad que sacrifiqué a Joe en el proceso, pero estaba seguro de que él podría vivir con eso. Lo único que tenía que hacer era avisarles a todos que Joe estaba muerto. Cualquiera puede irse al más allá, esa puerta siempre está abierta, pero la gente espera que te quedes ahí.

La FWA era una oficina de ladrillo entre un montón de edificios sin particularidades que, si tuvieras que describirla, dirías que era una escuela de bajos recursos. El nombre de «Fish and Wildlife Agency» parecía más una broma que una amenaza. Pensé que la situación de Joe se resolvería rápido; solo era otro problemilla del que Joe saldría apilando palabras sobre palabras. Yo solo tenía que ir a pagar la fianza, liberarlo y volver a las Catskill. En la recepción anuncié presuntuosamente que iba a recoger a Joseph Bosco. La secretaria me pidió que tomara una de las tres sillas de plástico de la sala de espera. No parecía que me estuviera esperando y ni siquiera parecía saber quién era Joe. Esperé durante media hora, el tiempo suficiente para pensar que quizá no me iba a ir de ahí con Joe. Al fin, un hombre con lentes, barba de tres días, camisa de manga corta, pantalones grises, zapatos cafés y una sonrisita de quien logró lo que quería entró a la recepción. Parecía más un *caporegime* protegiendo un negocio sucio que un hombre protegiendo

especies poco comunes. Era el hombre que había arrestado a Joe. El del apellido de ángel espurio. Intenté no relacionarlo con eso, pero cuando se planta una semilla, la idea ya no deja de crecer. Desde el principio me lo imaginé con alas escondidas bajo su camisa.

—¿Señor Jones?

Me puse de pie.

—Hola, sí.

—¿O es Van Jones?

—Ambas. Lo segundo es mi nombre de trabajo.

—Mi nombre de trabajo es agente Devon Moroni. Necesito que venga a mi oficina. Tengo algunas preguntas para usted.

—¿Cuánto tiempo nos tomará?

—¿Tiene otros pendientes?

—Me dijeron que viniera a recoger a Joe.

—El señor Bosco no irá a ningún lado hoy. Ni mañana. Y con suerte tampoco en muchos días por venir.

El letrero de su oficina decía «Agente Devon Moroni» con letras blancas sobre un rectángulo negro. Sobre su nombre estaba mal pegada la foto de una mariposa con una tarjeta escrita a mano que decía «Policía de los insectos». La oficina de Moroni estaba sofocada («Los aires acondicionados están matando al planeta»). Había una silla de oficina detrás del escritorio, una de esas máquinas de escribir eléctricas de IBM que yo anhelaba y una «silla de interrogatorios» al otro lado del escritorio. En la pared solo había una repisa con libros de referencia sobre mariposas, además de otros insectos. En la repisa también estaba un enorme escarabajo longicornio enmarcado junto a los que parecían unos pequeños colmillos de elefante.

—Marfil de morsa —dijo, al verme observándolos—. Doce años.

—¿Doce años?

—Esa fue la condena por traficarlos. Dos idiotas de la misma edad que usted y su amigo.

No me gustó lo que Moroni estaba insinuando.

—Qué desperdicio. Imagínese. Tienen veintitrés o veinticuatro años y los meten a la cárcel por otros veinte, salen de mi edad, gordos, calvos, con los huevos colgados y sus mejores días perdidos, ¿y todo para qué?

Vi una cajetilla de cigarros en su escritorio, pero me resistí a la tentación de pedirle uno, asociando tal acción con una señal de que iba a confesar. Cuando me ofreció chicle estuve seguro de que iba a intentar sacarme algo, hacer que le dijera cosas sobre Joe, que lo traicionara; supe que esa era su forma de decírmelo.

—Tengo algunas preguntas para usted, señor Jones.

—¿Debo responderlas?

—No... pero podría ayudar a su amigo.

Había un tablón de «sospechosos» con fotografías de personas y cordones uniéndolas a un mapa del mundo. Vi la foto de Joe con su traje y corbatín. Uno de los cordones conectaba su imagen con un punto en las montañas Catskill.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con «Butterfly Joe»?

—¿«Butterfly Joe»?

Fue a su archivero y sacó un folleto azul que azotó escandalosamente contra su escritorio.

—But-ter-fly Joe —dijo, saboreando el nombre como si Joe fuera un forajido famoso—. La FWA lleva un buen tiempo siguiendo a su amigo.

Un instinto de supervivencia me hizo fingir demencia.

—¿La FWA? ¿Qué es eso?

—La agencia por los peces y la fauna salvaje. Somos el FBI del reino animal. Salvo porque el FBI tiene diez mil agentes y nosotros tenemos ciento veinte. Es una locura teniendo en cuenta que el tráfico de animales está apenas detrás del de drogas y de humanos en cuanto a ganancias. Somos la delgada línea entre las especies protegidas y la extinción. Su amigo es una máquina de destrucción ambiental. Hay diecinueve especies protegidas. Él dice que las tiene todas. ¡Hasta lo admitió! Ni siquiera tuve que sacárselo. Intentó vender unas azules de Palos Verdes el año pasado. Y eso es como vender un dodo.

Moroni al fin se quitó los lentes oscuros, revelando unas bolsas azuladas cual conchas de mejillones bajo sus ojos, unos ojos violeta bastante lindos y con enormes pestañas. Parecía cansado de evitar la extinción de todas las especies. Pude ver gran compromiso en su agotamiento. Pero alguien iba a pagar por eso.

—Pudimos haberlo arrestado hace doce meses por venderle las azules de

Palos Verdes a un agente encubierto que se hizo pasar por un comprador japonés. Pero con estos tipos es como jugar al póquer. Debes saber cuándo mostrarles tu mano. Cuando vendió un set de las Cuatro Grandes en la convención de insectos de LA, ¡se la pasó presumiendo que había más de donde salieron esas! Dijo que tenía cinco alas de pájaro. El Smithsonian solo tiene dos. Pero como todos los tipos así, no podía dejar de presumir. Dijo que tenía las diecinueve especies en peligro de extinción. Aseguró que tiene cinco morfos azules de cinco alas. Una mariposa que ni siquiera existe.

Comencé a pensar en los derechos que te leen al arrestarte y mi propio derecho a permanecer callado. Me estaba tardando demasiado en ver que estaba íntimamente ligado a todo eso.

Moroni abrió la carpeta y sacó unas hojas y fotografías. Me lanzó una.

Era de Joe con su corbatín y su maletín. La mala calidad de la foto, el corbatín y los lentes hacían que Joe pareciera un payaso a punto de hacer una fechoría.

—Este es su amigo hace apenas un mes. Vendiéndole a uno de nuestros agentes encubiertos que fingió ser empleado de un coleccionista.

Me encogí de hombros.

—¿Eso es malo?

Moroni extendió las fotografías de especies raras de mariposas sobre el escritorio. Tomó una de las más espectaculares. Yo sabía lo que era. Una Alexandra alas de pájaro. Montada y enmarcada por las buenas manos de Isabelle. La inscripción en latín estaba escrita con su letra garabatosas.

—¿Sabe qué es esto?

—No.

—¿Es vendedor de mariposas y no sabe qué es esto? Eso es como un vendedor de autos que no sabe qué es un Cadillac. Salvo que esto es menos común que un Cadillac y más valioso. Es más como un... Bugatti. Es una *Ornithoptera alexandrae*. Una Alexandra alas de pájaro. De las mariposas más raras del mundo. Hay más ballenas blancas en el océano que alas de pájaro en Papúa Nueva Guinea.

—Caramba. —Seguí interpretando el papel de un ignorante entomológico.

Puso otras tres fotografías sobre el escritorio.

—Si la Alexandra es el Santo Grial de los coleccionistas, este es el vellocino

de oro: Homerus. Nombrada en honor a un poeta romano. —Moroni sabía de insectos, pero no de poetas romanos. Decidí no corregirlo. No con lo que estaba en juego—. Y esta con sus lindos brillos es una Chika. Y esta, de Córcega, es una *hospiton*, que no parece la gran cosa, pero créame: cuando una *hospiton* tiene a sus bebés *hospitons*, son oro puro. —Dejó las cuatro fotos lado a lado—. Juntas son las Cuatro Grandes. ¿Sabe lo que algunas personas pagarían por ese set?

—¿Mucho? —dije, encogiéndome de hombros.

—Diez años, amigo mío. O una multa de doscientos cincuenta mil. Y eso solo es por estas. Hay diecinueve mariposas del Apéndice I protegidas por la Ley Lacey. En los últimos dieciocho meses su amigo le ha ofrecido las diecinueve mariposas a gente en distintos puntos. Lo tenemos grabado. Ni siquiera puedo decirle a cuántos años en la cárcel equivale eso, señor Jones. Obviamente íbamos a atrapar a su amigo. Esta gente no puede dejar de presumir lo que tiene. Y es verdad que su amigo tenía de qué presumir. Por favor, ¿una azul de Palos Verdes? ¿Sabe lo poco comunes que son? Hablamos de la rareza de un tigre de Tasmania, de un león del Atlas, ¡de un alce gigante! ¡Estamos hablando de la rareza de lo extinto!

—Eso sí que es rareza.

—¿De qué se ríe? ¿Cree que no hablo en serio?

—No me estoy riendo.

—Está sonriendo.

—Solo intento...

—Hace doscientos años había ballenas en los océanos y búfalos en los valles. Luego crearon la Ley de las Especies en Peligro de Extinción. ¿Sabe qué es eso?

—No.

—No. Ese es el problema. A nadie le importa. ¿Se está riendo de nuevo?

—Son los nervios. Perdón.

—Permítame ponerlo al tanto con una pequeña clase de historia. En 1900 crearon la Ley Lacey. Tenían que hacer algo para prevenir, cito, «la extinción de todas las criaturas de Dios». Esta ley prohíbe el comercio de fauna, peces y plantas que se han obtenido, transportado o vendido de forma ilegal. Hay serias sanciones civiles para cualquiera que viole esas reglas y su amigo es un

violador, que no le quede duda. Y ahora que lo tenemos no lo vamos a dejar ir tan fácil.

—No sabía nada de esto, señor Moroni.

—Agente.

—Agente, perdón.

—¿Cómo podía no saberlo? Es su compañero de crímenes.

—Para nada.

—Es el otro Hermano Mariposa, ¿no?

—¿Qué?

—Así los llamó él. Los Hermanos Mariposa. Me dijo que venden mariposas por todo el país.

—O sea que sí habló.

—No dijo nada que tuviera sentido. Puros cuentos de hadas. Algo sobre un Mago. El Señor. Y los Hermanos Mariposa.

—Apenas llevo unos meses de conocer al señor Bosco.

—Claro. Él dijo que prácticamente eran familia. Que se va a casar con una de sus hermanas.

—Joe exagera a veces.

—No cuando se trata de sus bichos. Tiene un negociazo. Les vende insectos legítimos a las tiendas mientras hace esto por debajo. Muy buena tapadera. ¿Usted es su tapadera?

—Joe no es ningún criminal.

—¿Sabe? En mi experiencia, los mejores estafadores no saben que son estafadores. Como su amigo. Simplemente no se da cuenta. Y además está un poco loco. ¿Le falta un tornillo?

—¿Un tornillo de dónde?

—De la cabeza. Ya sabe. Que si está cuerdo. Debe saber que le dieron cuarenta días por faltarle al respeto al juez diciéndole que su juicio no era el que importaba. Es toda una fichita. En este momento está en su celda portándose como si todo fuera una broma, cantando sus cancioncitas cual si estuviera de vacaciones.

—Joe no es un delincuente ni un loco. Es muchas cosas. Pero no es un delincuente ni un loco.

Moroni se rio.

—Dígame todo lo que sabe y lo ayudaré. Se hará un acuerdo con el fiscal. Parece un joven razonable. Y me imagino que su visa por seis meses tendrá que renovarse pronto. No quisiera que el estar relacionado con un delito lo obligara a dejar este país antes de tiempo. ¿Por qué no me dice de dónde sacó estos bichos?

—Son de la colección familiar.

—Claro, y yo soy Elvis.

—Su padre era... es... un respetado entomólogo. Él atrapó las mariposas. — Le di la versión detallada (en la que el padre está vivo, la versión más real)—. Seguro que él ya se lo dijo.

—Claro. Me contó ese cuento. Y el juez le dio cuarenta días para probarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Si su padre puede demostrar que las mariposas que vendió el señor Bosco eran suyas, quedará libre.

—¿Y si no?

—Veinte años.

No tenía razón para no creerle al agente Moroni. Pero Joe debió haberlo puesto de malas, pues el tipo estaba obviamente enojado, tenía el resplandor de la venganza. Admito que sentí un poderoso impulso por distanciarme de Joe, desengañar a Moroni sobre la naturaleza de nuestra relación. Decirle que Joe era, cuando menos, evasivo, y nada digno de confianza en el peor de los casos. Que nunca supe bien cuál era la verdad mientras estaba con él. Todo lo malo. Pero entre más hablaba el agente más me hacía creer que Joe tenía razón sobre él: «Estaba equivocado como un abogado».

—¿Sabe por qué trabajo en esto, señor Jones? Para atrapar a gente como su amigo. Gente que saquea las riquezas del planeta y hace dinero con ellas. Ahora su amigo dice que usted no sabía nada de lo que él estaba haciendo. Que solo trabajaba para su negocio legal de mariposas. Pero a mí me parece que le puso un cuatro. Que se lo hizo tonto. Que lo usó por sus modos ingleses. Lo hacía ver bien y lo legitimaba. Ese ranchero jamás hubiera podido entrar a ciertos lugares sin su ayuda. Creo que se inventó esa historia sobre la herencia para zafarse de la ley, pero a menos que se saque de la manga a su padre, va a caer.

—¿Puedo verlo?

Moroni me llevó por un pasillo hacia una habitación dividida en dos por un panel de cristal. Uno de los lados tenía un sillón, una cama y una bacinica. Joe estaba echado en el suelo (asumí que en solidaridad con la gran mayoría de pobres en el mundo), con las manos detrás de la cabeza. No era el lenguaje corporal de alguien culpable ni de una persona que se preparaba para pasar veinte años en la cárcel. Al menos ahí Joe ya no podía hacer más negocios, no podía girar más platos. Ahí no podía amenazar al mundo con su Joesidad. Estaba cantando una de sus canciones inventadas a un volumen muy molesto.

Allá en el lejano Oeste donde el clima es deleitante
Conocí a una jovencita y la convertí en mi amante
Vivíamos en una cabaña que estaba muy cerca del mar
¡Yo le escribía poemas y nos poníamos a cantar!

—Para alguien que está metido en un problema así, parece bastante despreocupado. Ha estado haciendo eso desde que llegó. No puede vernos ni escucharnos.

Me parecía injusto poder ver a alguien y hablar sobre él sin que supiera que lo estábamos observando, pero me resultó extrañamente reconfortante que Joe siguiera siendo Joe lo miraran o no. Seguía siendo enfadoso. Seguía cantando sus canciones. Seguía rechazando las camas. El Joe que era visto no se portaba diferente del Joe que estaba solo.

—Tiene veinte minutos.

Joe se levantó de un salto y me envolvió en un abrazo. Era tan enorme y fuerte que me mantuvo ligeramente separado de él por miedo a aplastarme. La diferencia de alturas implicaba que sus pies tenían que estar a unos metros de mí y que debía encorvarse para alcanzarme. Fue un poco incómodo, pero también adorable, y era la primera vez que me abrazaba así. Siempre encontraba nuevas formas de ganarme, y por lo general lo hacía cuando estaba harto de él.

—¡Rip! Gracias a Dios. Estoy aburridísimo. Ven, siéntate en esta hermosa silla del gobierno federal.

—Moroni dice que tengo veinte minutos. Y que a ti te van a dar veinte años.

—Ángel espurio.

—Parece muy seguro de que vas a caer, Joe.

—Moroniñiñi. Era él en Rochester. Y en Tarrytown. Me tendieron una trampa, Rip. Los anuncios en las revistas de bichos. «Se buscan mariposas poco comunes». Pero basta de él. ¿Sí viste a los hombres de Roth?

—Ajá.

—¿Sí?

—Sí. Nos conseguí más tiempo.

—¡Qué bien! ¡O sea que el trato sigue en pie!

Le hice un gesto para hacerle saber que Moroni estaba al otro lado del cristal y que podía escucharnos.

—Ay, no te preocupes por él. Vamos, Rip, cuéntame qué le dijiste a la gente de Roth. ¿Cómo le hiciste?

—Les dije que te moriste.

—¡Ja! No. ¿En serio?

—En serio. Les dije que te moriste.

Joe me miró y, al entender que lo decía en serio, el rostro se le llenó con aquella fantástica sonrisa traviesa. Luego se carcajeó durante unos diez segundos.

—Vaya, vaya. ¡Te eduqué bien! ¿Fue una muerte hermosa?

—Fue una muerte que no te merecías, Joe. Heroica.

—Oh, Rip. ¡Qué maravilla! ¿Cómo me morí? ¡Describémelo!

—¿En serio?

—Pero claro.

—Te puse a perseguir una cola de golondrina, una de puntas amarillas, en las cataratas Kaaterskill.

—Eso sería inusual para esta época del año, pero no imposible. ¡Sigue!

—Y estabas tan concentrado persiguiéndola que no viste el abismo. Me metí mucho en la historia. Casi lloro al final. Pensé que serías el primero en reconocer que tu sacrificio era un precio que valía la pena pagar para mantener vivo este trato.

—Muy bien, Rip. Y además es buena teología. Expiación sustituta. ¡Es lo

que hace al mundo girar! ¡Te dije que valdría más estando muerto que vivo!

—Justo lo que pensé.

—La muerte abre las puertas de los corazones, ¿sabes? «La muerte de Joe Bosco». Me gusta. ¿Fue tan buena como «Salvando a ma del incendio» o «Cuando mi padre no volvió de la selva de Yucatán»?

—Debía serlo. Los hombres de Roth no eran floristas.

—Piensa, Rip, si pudiste manipular a esos importantes hombres de negocios, ¿qué más podrías hacer?

—Mira, Joe, tengo veinte... quince minutos. El tal Moroni dice que has vendido especímenes ilegales. Lo del negocio está muy bien, pero ¿y ahora qué?

—No soy un traficante. Esas mariposas eran mías y podía venderlas. Nunca ha sido un crimen vender la vajilla cara de la familia.

—¡Joe! ¿Puedes hablar en serio por un momento? ¿Sabes qué quieren? ¡Tienes que demostrar que tu padre atrapó esas mariposas!

—¡Qué guapo te ves cuando te enojas, Rip! ¡Todo un galán!

—No te puedo ayudar a menos que seas honesto conmigo. Sin desviaciones. Nada de «tengo que ir a hablar con un tipo sobre esto» ni «debo ir a revisar aquello y lo otro». Nadie me dice la verdad en tu familia... salvo por Isabelle.

Esperé para ver si reaccionaba, pero estaba demasiado enredado en su propio estambre.

—De camino hacia acá casi renunció, Joe. Pensé seriamente en volver a ser Llewellyn Jones. Fui a casa de mi tía. ¡Así de cerca estuve! —Le mostré mi índice y mi pulgar separados apenas por el grueso de un hilillo.

Durante un instante pareció herido, pero no me creyó.

—Te he mostrado cosas maravillosas y te mostraré más si te quedas. ¿Quieres volver a ser un tipo que anda vagando por ahí, tropezándose porque no ve el camino por llevar la nariz metida en un libro? Fumando, deprimiéndose y diciéndole a la gente que va a ser escritor, pero ¡ni tiene sobre qué escribir! Yo te doy historias, Rip. Como pan para los patos.

—Sería bueno tener... una historia normal. Una donde no terminarás en la cárcel.

—Bueno... eso sí... eso sí que es lo más triste que he oído en todo el día.

—No, Joe. Lo más triste es que te arrestaron y te esperan veinte años en prisión.

Joe se rascó la cabeza como si tuviera liendres.

—¿Por qué no me dices qué estabas vendiendo a escondidas?

—Quería decírtelo. Pero necesitaba saber qué podía decirte. Porque no podrías con tanto. Tenía que darte partes que pudieras tragar. Y como ya dije, quería que este fuera el gran negocio. Estoy protegiendo a otras personas.

—¿De qué?

—De... la decepción.

—¡La verdad! Te la pasas diciendo que la verdad nos hará libres.

—Así es, pero también puede ser como una espada y partirte en dos. No te mentí. Solo no puedo darte toda la información. Vendí unos cuantos bichos. Necesitábamos el dinero. Para la universidad. Y otras cosas. Para la casa. ¿Cómo crees que pagamos todo eso? Ma cree que con el negocio alcanza, pero no. No nos dan préstamos. No tenemos crédito en ninguna parte. Tenía que vender unos bichos, Rip. Pero no eran ilegales. ¿Crees que soy tan tonto como parezco? Tengo mis razones.

—Y entonces ¿por qué lo hiciste todo en secreto?

—Porque... no puedo demostrar que los cazaron hace muchos años. Y si me atrapaban estaba el riesgo de que me pidieran demostrarlo. Y eso significaría buscar a... mi padre.

—Moroni dijo que no pediste un abogado.

—La cagué con el juez. Pero quizá eso nos dará tiempo.

Joe dejó de hablar y miró el cristal, pues de pronto le preocupó que lo escucharan.

—Mira. Voy a salir de aquí. A esas mariposas las capturaron mucho antes de que esto de los peces y la fauna salvaje fuera siquiera una idea. Eran más y podía venderlas. Estoy exento de esa ley por la anterior, cuando se atraparon esos bichos. Se llama cláusula del abuelo. Lo sé porque ma hace años vendió unas aberraciones.

—Joe, dicen que a menos que tu padre confirme que son tuyas, vas a terminar en la cárcel.

—Hay otras formas de demostrarlo.

—¿Por ejemplo?

—Es una tormenta durante la fiesta. Pasará.

—¿Cómo?

No había otras formas de demostrarlo. Yo lo sabía y también sabía que Joe lo sabía, pero la opción era demasiado dura como para que él la reconociera. Joe no tenía un plato preparado para eso. Se había quedado sin platos.

—Okey. ¿Y si voy a buscarlo?

—¿A quién?

—Al Innombrable.

Joe soltó ese lamento bajo que emitió la primera vez que le pregunté sobre su padre, el día en que me llevó a la casa.

Las palabras de Moroni se escucharon por el altavoz.

—Cinco minutos, señores.

Joe se quitó los lentes y los limpió, aunque no necesitaban ser limpiados. Hizo unas pequeñas contorsiones con la nariz y se frotó esas manos con las que salvó a su madre, hacía girar platos y perforaba tórax. Las cosas lo estaban alcanzando.

—Eso no puede pasar.

—Pero ¿por qué?

Joe negó con la cabeza.

—¡Joe! Piénsalo. Él puede demostrar que son sus bichos. Y así Moroni y sus demás ángeles espurios se irán volando a molestar a alguien más. Y serás libre y podremos cerrar el trato.

—Se lo prometí a ma.

—¡Rompe la promesa!

—Eso es lo que diría el diablo.

—No. ¡El diablo diría que no busques a tu padre porque tu madre te lo ordena! Iré a buscarlo. No tengo otra opción, Joe.

—No sé dónde está.

—Isabelle sí sabe.

Se encogió como si le hubiera dado un golpe y luego levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Una vez le escribió.

—No, no, no.

—Sí, sí, sí. Le envió una carta a Princeton.

—No. No. No.

—Sí. Creo que ella sabe. Sé que sabe.

—Di di di. La da di. —Joe se cubrió las orejas.

—Podría estar a un día en auto. O menos. —Esperé hasta que se descubrió las orejas—. Joe, escúchame. Iré por tu padre. Le pediré que nos ayude. Llevaré a Isabelle conmigo. Y, quién sabe, puede que hasta te caiga bien. Puede que lo conozcas mejor.

Joe comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación, recorriéndola en tres pasos de ida y tres de regreso.

—No puede saberlo. Ma no puede saberlo.

—Le diré a Edith... algo.

—Ay, Dios. Isabelle no irá contigo con mentiras.

—La convenceré, Joe.

—Esto... esto... va a ser un problema, Rip.

—Joe. Vas a terminar en la cárcel si no lo encontramos, y si no te sacamos de aquí el negocio se muere.

—¿Lew?

—¿Julia?

—Ay, Dios.

—¿Tan mal estoy?

—Pues parece que te caería bien un poco de sol. ¿Te están tratando bien?

—No es tan malo como te imaginarías.

—¿Seguro?

—Fui a un internado. La comida es mejor aquí y no te enseñan latín. Estoy bien.

—Estás siendo estoico.

—Sí, y no es fácil ser estoico para un hedonista. Aunque los hedonistas eran más pragmáticos de lo que la gente cree.

—Hablé con Robert Peabody, mi abogado. Está buscando una especie de extradición. Todo es tan... injusto. Pero te vamos a sacar de aquí, Lew.

—No hay prisa. Esto esconde sus pequeños placeres. He tenido tiempo para pensar. Y para dormir. El guardia, Larson, se ha hecho buen amigo mío. Y estoy terminando el libro, sé que te alegrará saber eso. La prisión es buena para escribir.

—¿Podré leerlo?

—Quizá.

—Garton está fascinado con tu situación. Cree que tiene lo necesario para convertirlo en un libro.

—Espero que no.

—No me refería a un libro suyo, sino tuyo.

—Pues no lo sé. El final no está claro.

—Ya llegará. Aún siento que esto... es mi culpa de algún modo, Lew. Cuando me dijiste que habías conseguido ese trabajo pensé que sonaba muy bien. Debí...

—¿Qué?

—No lo sé. Hacerte más preguntas. O algo.
—No podías saber. Las cosas dieron un giro.
—Pero esa gente, Lew. ¿Cómo...? Es decir. Parecen... locos. Locos de atar.
—¡Ja!
—¿Eso es gracioso?
—Más de lo que crees. Pero no todos estaban locos. Yo diría que son excéntricos. Es difícil de explicar si no los conoces.
—¡No me dan ganas!
—La verdad, me da tristeza que no los vayas a conocer. Especialmente a Joe.
—A mí me parece que era el más loco de todos.
—Pues sí, quizá.
—Quién sabe en qué te metieron.
—No soy inocente, Julia. Hice mi parte. Me gusta darles gusto a todos. Es mi hamartia.
—¿Tu qué?
—Mi gran defecto.
—Eso no es cierto, Lew. Eres encantador. Eso no es un defecto.
—Sí lo es. Lo quiero todo y lo quiero ya.
—Eres joven, así son los jóvenes.
—Eso es algo que diría mi mamá.
—Volvió a llamar.
—No le dijiste, ¿verdad?
—Hice lo que me pediste. Le dije que estabas recorriendo el país. Dijo que recibió una postal desde el Niágara y luego otra del monte Rushmore la semana pasada.
—Las compré en el camino. He estado enviando una cada dos semanas. Larson las lleva al correo por mí. No quiero que se preocupe, Julia. Ya tiene demasiado con lo de papá.
—No sé cuánto tiempo más pueda seguir mintiéndole, Lew. Quiere venir.
—¿Qué le dijiste?
—Le dije que quizá para el verano. Sospecharía si le hubiera dicho que no. De verdad no tiene idea de qué pasa contigo, Rip. No sabe que vendías mariposas ni nada sobre esta gente. ¿No le contaste?
—Le dije que conseguí trabajo vendiendo productos hechos a mano. Sonaba

muy raro decir que eran mariposas. Intenté escribirle y contárselo, varias veces, pero no encontré las palabras.

—Eso no parece algo que te pasaría a ti.

—Casi no quería contárselo, ni a ella ni a nadie, porque podrían no creerme o reírse o ningunearme. Quería guardarlo todo en mi cabeza, protegerlo para que no se fuera. Pero bueno, pronto tendrá algo que leer. Todos lo tendrán.

QUINTA PARTE

¡Oh, oh!

América:

¿Qué hiciste?

Elevaste mis esperanzas

y las dejaste caer desde lo alto.

Eres escenario para un héroe que no llega

y yo compré boleto para el *show*

que se repite siempre:

el mito sintético

de aquel que salva el día.

Ahora estoy hundido en tus falsas trascendencias,

las enormes promesas y los infinitos verás.

Devuélveme a mi té

y adonde no hay nada que hacer,

a la mediocridad de un lugar sin héroes

y lleno de tipos comunes.

Ahórrame la emoción de tus extremos

y guárdate tus sueños

en donde pertenecen:

en los sueños.

XX

En el que convengo a Isabelle de que hay un tiempo para la mentira y un tiempo para la verdad

Me educaron en la creencia, ¡y vaya que lo creo!, de que con las mentiras solo te engañas a ti mismo, que la verdad siempre te encontrará. Lo sé muy bien. Las mentiras crean otras mentiras que se fugan para tener mentiritas bebé que ni siquiera sabías que nacieron hasta que se te aparecen en la puerta, ¡pidiendo la ayuda de su abuelo! Pero hay un tiempo para las mentiras y un tiempo para la verdad. Puede que la verdad te haga libre, pero para sacar a Joe de la cárcel se iban a necesitar unas cuantas mentiras más.

Ya había anochecido para cuando llegué al camino de entrada de la casa. El cielo malva estaba despejado, la silueta de las montañas se dibujaba con claridad y los árboles de cicuta murmuraban entre ellos, juzgándome: «Ahí va el tipo que diría cualquier cosa para conseguir lo que quiere». Claro, los árboles la tienen fácil. Qué maravilloso debe ser vivir sin tener que elegir, sin conciencia. Ser natural todo el tiempo. ¡Oh, si pudiera ser árbol por un día!

Cuando entré a la casa me veía como un hombre que pasó un día difícil en la oficina, con el saco al hombro y mi corbata verde metálico con el nudo flojo. Todos estaban en la fábrica, incluso Isabelle. Desde el arresto de Joe se habían necesitado todas las manos para armar el pedido de quinientas cajas para el Emporio de Regalos de Cleveland. La promesa que Joe hizo el día anterior sobre que nadie tendría que volver a hacer una caja cuando el trato se cerrara ya parecía historia antigua. Ceelee me vio primero y fue a abrazarme y llenarme de preguntas.

—¿Joe está en la cárcel, Rip?

—Bueno, sí, pero solo por unos días, Ceelee.

—¿Le van a dejar esas cadenas en las manos?

—Ya se las quitaron, Ceelee.

—¿Le dan *waffles* en la cárcel?

—Seguro que sí. Está bien, Ceelee. Te manda saludos. Y dice que pronto volverá a casa.

Edith se limpió las manos y la línea de producción se detuvo de golpe.

—Dinos qué pasó —ordenó Edith—. Directo.

Comencé con las verdades: a Joe le dieron treinta días, y luego cuarenta por faltarle al respeto al juez, y lo iban a llevar a una prisión en Hudson.

—¡Algún día: el Hudson! —dijo Edith.

Les dije que si le levantaban cargos por vender las mariposas del Apéndice I podría ir a la cárcel y que la FWA puso una multa muy alta, pero que Joe estaba seguro de que podía demostrar que las mariposas eran suyas.

Les mentí sobre la verdad de que Joe tenía que probar su procedencia diciendo que la FWA quería entrevistar a Isabelle por su trabajo de curadora de la colección, y que debía llevarla al interrogatorio lo más pronto posible.

Isabelle pareció sorprendida, pero la tranquilicé diciéndole que era un proceso de rutina. Intenté hacerle un gesto para comunicarle que había cosas que no le podía decir ahí.

Luego contraataqué con las buenas noticias, que hasta ese momento aún eran ciertas, de que el trato seguía en pie.

—¿Cómo es posible?

—Logré que la gente de Roth nos diera más tiempo. Fueron muy comprensivos. Les dije que Joe... bueno, les dije que él... que estaba indispuerto.

—¿Indispuerto? Habla en estadounidense, Rip.

—Les dije que se murió.

Isabelle negó con la cabeza y (no por primera vez) salió del lugar mientras yo aún seguía hablando. Siempre la decepcionaba. Al menos en eso sí era consistente.

—¿Tú te inventaste eso? —preguntó Edith.

—Tenía que darles una buena razón por la que Joe no estaba ahí. Una que evitara que hicieran demasiadas preguntas. Y como la audiencia se agendó hasta dentro de cuarenta días, debía ser una excusa que explicara eso

también.

Edith comenzó a reírse, maravillosamente tranquila.

—Le has estado robando demasiados trucos a ese chico. Pero ¡lo mataste antes de que yo lo hiciera, desgraciado!

—Obviamente tiene que permanecer muerto, por decirlo así, hasta que cerremos el trato. Así que si la gente de Roth llama preguntando por la colección, debemos tener todos la misma versión. Joe murió mientras cazaba mariposas en las montañas. Se cayó en el desfiladero cerca de la cascada. Cuando ya no haya más problemas, lo resucitaremos.

—¡Qué malo, señor Rip! —dijo Elijah, quien se puso locuaz.

Por ahora me había ganado su gracia. En solo veinticuatro horas había pasado de ser alguien decidido a renunciar a aquel circo a alguien que, a sus ojos, podría salvar el día. No hay nada mejor que sentir que tienes la capacidad de rescatar a la gente de sí misma. Con razón los Salvadores son tan creídos. Esa fe en uno mismo que sale de la nada. Creo que encontré mi voz en esa oficina forrada de cuero en Manhattan al matar a Joe de una forma tan convincente... ¡y solo a base de palabras!

Tras haber entregado las buenas y las malas noticias, fui a buscar a Isabelle. La encontré revisando el inventario de la colección en la biblioteca. La labor le dio un pretexto para no mirarme cuando entré, pero ya me estaba esperando. Sus primeras palabras parecieron ensayadas.

—¿No hay nada que no dirías para conseguir lo que quieres? ¿Cómo pudiste decir algo así, manipular a alguien con una mentira como esa? No está bien.

—No es distinto a lo que he estado haciendo de pueblo en pueblo, vendiendo mariposas con mentiras, cuentos y exageraciones.

—¿No ves la diferencia?

Me encogí de hombros. Dada la postura de Isabelle respecto a las mentiras, iba a requerir de todos mis poderes de convencimiento para que aceptara la siguiente mentira que tenía que decir. Cerré la puerta de la biblioteca y seguí hablando casi en un susurro.

—Mira, Isabelle, lamento haber matado a Joe, pero tenía que hacerlo.

—Todo esto es un chiste para ti, ¿verdad?

—No. Bueno, sí le veo la gracia, y no me voy a disculpar por eso. Solo se me ocurrió en ese momento y lo dije. Pero eso es el menor de nuestros problemas. Hay algo más grave.

Isabelle dejó de revisar las páginas del índice. Hasta ese momento había estado fingiendo que checaba el inventario, pero solo era una actividad para distraerse de lo que realmente debía hacer, para no mirarme y no enfrentar lo que estaba por decirle.

—Le acabo de mentir a tu madre... sobre lo de que van a soltar a Joe.

—Lo noté.

—¿En serio?

—Cuando no dices la verdad, haces esa cosa con tu boca.

—¿Sí?

—Sí. La tuerces un poco. Y haces como un puchero. Lo noté cuando discutiste conmigo hace un tiempo.

—Y eso que en verdad creía en lo que estaba diciendo en ese momento.

«¡Sé totalmente honesto, Rip! ¡Vamos! A ver si puedes con eso».

Continué, intentando no pensar en la forma de mi boca.

—El tipo que lo arrestó, Moroni, cree que a Joe le pueden dar veinte años. Y pueden imponer una fianza que los dejaría en bancarrota.

—Pero... las mariposas eran suyas y podía venderlas.

—Como siempre, Joe cree que solo es «otra tormenta durante la fiesta». Cree que pasará y seguiremos como si nada, pero ese tipo lleva casi dos años siguiéndolo, tiene pruebas, fotografías, hasta un video de Joe fanfarroneando sobre los bichos que tiene. Dice que Joe irá a la cárcel. Está seguro de eso. A menos que pueda demostrar que a esas mariposas las atraparon hace veinte años. El juez dice que Joe tiene que demostrar su procedencia.

Isabelle cerró los ojos; ya lo había entendido.

—Solo hay una persona que puede demostrar que los especímenes se atraparon antes de esa ley. Tenemos que ir por tu padre para que vaya a la audiencia.

La palabra con «P» encendió los ojos de Isabelle, como si estuviera intentando desaparecer a ese hombre a base de parpadeos. Se llevó la cabeza a las manos y se frotó las sienes.

—No.

—Sí.

—No podemos hacer eso.

—No creo que tengamos otra opción.

Isabelle se puso de pie y comenzó a caminar por el pasillo del cañón de caoba. Entonces comencé a plantearle la venta.

—Dijiste que sabías dónde vivía. Y me contaste que llevaba registro de todos los insectos que atrapaba. Le dije a Joe que iríamos a buscarlo, tú y yo. Hasta Joe aceptó que tenemos que hacerlo... siempre y cuando Edith no se entere.

—¡No tenías derecho a contarle eso!

—¡No tuve otra opción! Tenía que hacerlo. Lo siento. Joe cree que esto desaparecerá mágicamente, pero no será así. No quiero que Joe termine en la cárcel.

—¡Solo quieres salvar el trato!

Isabelle me dijo esto a gritos y yo me llevé un dedo a los labios para hacerle bajar la voz.

—Sí. Sí quiero salvar el trato, porque es un buen negocio.

—¡Para ti!

—¡Y para ti!

Isabelle comenzó a caminar de nuevo de un lado a otro, con el rostro lleno de pertinente angustia.

—Todo esto está mal.

Me dio pena por ella. Era prisionera de su propia conciencia, estaba encarcelada por sus juramentos y lealtades, por sus deberes morales y sus lazos de sangre. Y ahora estaba atrapada entre la lealtad a su madre, la necesidad de ayudar a su hermano y abrirse a la posibilidad de conocer a su padre.

—Mira. Cuando le escribiste hace años, estabas haciendo algo completamente normal. ¡Querías saber cómo era!

—No tenías derecho a contarlo.

—Yo mismo iré a buscarlo si hace falta. Pero ayudaría si me acompañas.

—¡No! ¡No lo voy a hacer!

—Baja la voz, Isabelle. Las paredes oyen.

—No me importa. No puedo con esto.

—¿Por qué? ¿Por la estúpida regla impuesta por tu madre? Entiendo la lealtad que le tienes, pero esto es una emergencia.

—No es solo por lealtad a ella.

Iba a necesitar irme por otro camino.

—Isabelle. Eres adulta. Eres libre de tomar tus propias decisiones. ¿Qué tan malo puede ser? ¿La verdad? ¿Vas a vivir toda tu vida sin conocerlo? ¿Solo sabrás de él por la descripción de lo que tu madre vio con su único ojo? ¿O por sus libros? Cuando me mostraste la colección aquella primera vez, fue obvio que deseabas conocer al hombre detrás de ella. Estás reprimiendo tu curiosidad natural y eso no es bueno. ¿Y si él no los ha buscado por respeto a los deseos de tu madre? Aquella inscripción que me mostraste: «Para los que escaparon». ¿Y si se trata de ti? Nunca lo vas a saber. Aunque tu madre tenga razón sobre él, ¿qué tal que ha cambiado? La gente cambia. Tan solo la curiosidad debería valer más que la lealtad en esto. ¡Yo ni soy su hijo y quiero conocerlo!

Isabelle respiró profundo y luego exhaló de a poco, temblorosamente.

—Sé que quizá mi madre exagera, claro que lo sé. Y sí, me da curiosidad y pienso en eso. Mucho. Pero... esta no es la forma en que quería verlo por primera vez en veinte años.

—Entonces deja que yo lo conozca.

—¡No!

—¿Por qué? ¿Por qué no me acompañas? ¿Te da miedo que pueda decepcionarte? ¿O rechazarte? ¿Te da miedo que realmente sea el Gran Lobo Malo que dice tu madre?

Isabelle al fin me miró y vi en ella una vulnerabilidad que no había notado antes.

—No me da miedo que sea una persona horrible. Me da miedo que no sea una persona horrible. Me da miedo que no sea un monstruo. Me da miedo que pueda agradarme. Que sea un tipo brillante, atractivo y encantador al que querré conocer y que él me querrá conocer, y que mi madre resulte ser una mentirosa y me odie por saber la verdad y que ya no pueda verla nunca más.

Eso no lo había considerado. Estaba demasiado perdido en mis propias elucubraciones para pensar en algo así, y leí mal la resistencia de Isabelle. En

ese golpe de carácter la vi bajo una luz distinta. Su aversión a la rebeldía, su incapacidad para ser deshonesto, características que tanto me molestaron cuando la conocí, ahora la hacían más atractiva.

—Okey. Pero en algún momento tendrás que liberarte. Mira, Isabelle, sé que crees que soy un oportunista. ¿Cómo lo dijiste? «Dispuesto a decir lo que haga falta para conseguir lo que quiero». Quizá eso tiene algo de verdad. Quizá es completamente cierto. Pero necesito que me ayudes. No quiero que Joe vaya a la cárcel y, sí, quiero que este negocio se concrete.

—No soy buena para mentir. Ma lo descubrirá.

—Deja que sea yo quien mienta. Me he vuelto bueno para eso en los últimos meses.

—De todos modos, yo sería una mentirosa.

—Solo es una mentira blanca.

—Las mentiras son mentiras. No tienen colores ni tonos.

—Ni siquiera será tan mentira. Si acaso una omisión. Diré que la FWA quiere hacerte unas preguntas. Lo cual probablemente sí querrán hacer. Podemos matar a todos los patos en fila.

Al menos la hice sonreír con mi frase al estilo Joe.

—¿Y si le decimos la verdad?

—Si le decimos la verdad no lo permitirá. Y Joe terminará en la cárcel.

—No quiero creer eso.

—No seas Cordelia, Isabelle. A veces una mentirilla, «Yo creo que eres genial, papá, no importa lo que digan los otros dos», puede evitar muchos problemas.

Mi astucia se la estaba ganando. Sin pensarlo, comenzó a reacomodar los libros y abrió el que quedó encima de la pila.

—Creo que ya sabía que esto iba a pasar.

—¿Qué?

—Que las mariposas nos llevarían de vuelta a él. Cuando comencé a interesarme en la colección, ma me dijo que no me apegara demasiado pues podría provocar que quisiera conocerlo. Siempre decía eso: no creas que esos hermosos bichos te dirán cómo es él.

—Pues ahí lo tienes. Puedes descubrir si eso es verdad.

—Si lo hacemos, tendré que decírselo. En algún momento.

—Está bien. Pero no puedes decírselo todavía. No hasta que Joe esté libre. ¿Isabelle? ¿Sí? ¿Aceptas?

Isabelle negó con la cabeza. Y luego asintió.

Tres días después, nos fuimos a buscar a su padre.

Para minimizar la posibilidad de que Isabelle revelara el plan antes de irnos, le dije que evitara estar en la misma habitación que su madre y que me dejara las mentiras blancas a mí. Edith estaba tan distraída con terminar el enorme pedido para Cleveland que no hizo ni un gesto cuando le conté que tenía que llevar a Isabelle a las oficinas de la FWA. Una mañana me fui en el Chuck por comida y llamé a la Universidad de Princeton. Fingí ser un periodista interesado en entrevistar al gran lepidopterista estadounidense, el profesor Shelby Wolff, y confirmé que el profesor estaba ahí. La secretaria del Departamento de Entomología me informó que, además de sus clases semanales de siempre, estaría a cargo de la Conferencia Anual Von Humboldt en la capilla de Princeton ese viernes («Los boletos estarán disponibles en la entrada»). Pensé que sería una buena manera para verlo antes de conocerlo.

Para cuando salimos de la casa, Isabelle ya no podía con el engaño. Tenía ojeras por la falta de sueño y se veía más pálida de lo normal. Iba tensa en el asiento del pasajero y parecía alguien que quiere que todo termine lo más pronto posible. Aun sin tanto secreto habría sido un día importante para ella, así que la dejé en paz hasta que salimos del campo de control de su madre (un campo que se extendía hasta donde terminaban los Apalaches).

—¿Estás bien?

—Me mareo en los carros.

—Trataré de manejar despacio. ¿Quieres que abra la ventana?

—Okey.

—Gracias por hacer esto. Sé que es mucho.

—No lo hago por ti.

—No.

Isabelle no despegó la mirada del camino frente a ella para no vomitar. Pensé en preguntarle lo que realmente estaba en mi cabeza.

—¿Por qué no te agrado?

—No lo sé.

Me reí. Por algún motivo, su candor ahora era adorable.

—¿O sea que en serio no te agrado?

—¿Qué quieres que diga?

—No sé. ¿Que no soy tan malo como creo que crees?

—No creo que seas malo.

—Eso no fue lo que dijiste la otra noche. ¿Qué fue? ¿Que no hay nada que no diría para conseguir lo que quiero? Eso es muy malo.

—Estaba molesta. No debí decir eso.

—Pero era verdad. Busco la aprobación de los demás diciendo lo que creo que me la dará. O lo que los hará felices. Por lo general, ambas. Soy así de superficial. Y si no puedo ganarme la aprobación de alguien, pienso que esa persona no me agrada. Es una especie de protección. Eso me dije cuando te conocí. Pero la verdad es que sí me agradas. —Y al decirlo realmente lo sentí, y sentí cómo iba creciendo.

Isabelle no dio señal de que esa información hiciera alguna diferencia. Siguió mirando al frente e intentando no vomitar.

—No sé qué pensar sobre ti, Rip.

Asentí, animándola a intentarlo.

—Cuando Joe te «encontró» volvió todo emocionado, diciendo que había conocido a alguien interesante que quería que trabajara con nosotros. Dijo que estabas un poco perdido, un poco deprimido. Pero que eras inteligente y encantador. Cuando llegaste pensé que todo eso era verdad, aunque no estaba segura de por qué trabajarías con una familia como la nuestra. Pero, aunque el encanto y la inteligencia pueden impresionar a Joe, e incluso a ma, a mí no me convencen del todo. No lo digo con presunción. Simplemente es así. Se me resbalan.

—Pensé que te caí mal. Parecías enojada conmigo.

—Vi cómo mirabas a Mary, como lo hacen muchos hombres, y pensé: «Okey, eso es lo que quiere».

—Me gustaba... me gusta lo obvio. Aunque Mary me engañó. ¿Qué harías si descubrieras que Mary tenía razón? Sobre lo de que tu padre no es su padre.

—Pase lo que pase, seguirá siendo mi hermana.

Kilómetro a kilómetro me iba encariñando de Isabelle. En ese viaje comencé a ver que no era mi necesidad generalizada de aprobación lo que quería de ella, sino algo específico. Quería complacerla porque me agradaba y, siendo honesto conmigo mismo (que siempre es lo más difícil), no me había permitido demostrárselo, no solo por su distractora hermana, sino por miedo a su desprecio. Tenía la idea de que Isabelle contaba con una especie de poder redentor, que si reconocía mis pecados, ella me aceptaría y quizá hasta me salvaría.

—Joe tenía razón. Estaba deprimido y un poco perdido cuando me encontré.

Al notar mi franqueza, Isabelle me miró y asintió para que continuara. Realmente era como si ese fuera el único lenguaje en el que ella se podía comunicar.

—¿Por qué crees que era eso?

—Mi padre había muerto unas semanas atrás. Estoy en un país desconocido. Estaba solo. Me perdí en mis pensamientos.

—¿Eran cercanos? ¿Tu padre y tú?

—Lo suficientemente cercanos como para que me diera tristeza, pero no lo suficiente para saber exactamente por qué o para que me doliera.

—Quizá estabas en un periodo de luto.

—Si le estaba guardando luto a algo era a la falta de una relación.

—¿Cómo era tu padre?

No le respondí durante un rato. En parte porque era incómodo pensar en alguien cuya imagen me apesadumbraba. Sí, pesadumbre es exactamente lo que sentía cuando mi padre me venía a la mente. También me quedé callado porque sentía que él pertenecía a otro mundo. Es decir, el mundo del que salí ya me parecía irreal, y no estaba seguro de que quisiera regresar ahí.

—Está bien si no quieres hablar de eso.

Pero sí quería hablar de eso y sin buscar nada a cambio.

—Murió dos semanas antes de mi vuelo para acá. Cuando mi madre me llamó para contarme, me dijo que no debía cambiar mis planes. «Tu padre hubiera querido que fueras». Por cortesía hacia ella y por respeto a los muertos, no la corregí en su revisionismo. Meses antes, cuando le conté a mi padre sobre el viaje, su entusiasmo no fue muy aparente. Esa noche tuvimos

lo que resultó ser nuestra última cena juntos. Cuando le mencioné el viaje me preguntó por qué había dejado mi trabajo (creía que trabajaba en una editorial). Le dije que era un paréntesis y él dijo «¿Entre andar de arriba abajo y del tingo al tango?». Así me veía. Como alguien que todo lo desperdicia. Y era verdad: yo no tenía certeza vocacional (en sus palabras). A diferencia de mi hermano Michael, quien ya es doctor, o mi hermana Fran, quien no solo es abogada sino que está casada, yo no tenía nada que diera razón de mis caros estudios universitarios ni sabía bien adónde ir, solo tenía la sensación de que en algún momento el universo me apuntaría en la dirección correcta. Para mi padre los estudios debían ser un peldaño para alcanzar un empleo respetable. Era un abogado conservador. Valoraba el vigor, la inteligencia, los planes y a la gente que tenía estas tres cosas. Yo no era la oveja negra de la familia, sino más bien algo así como el caracol. Somos una familia competitiva y creo que el valor se medía en términos darwinianos y el éxito se reducía a una exclusiva lista de buenas calificaciones, universidad, una carrera en la ley, las finanzas o la medicina, y una hipoteca antes de los veinticinco. Ponme en una familia promedio y se pensaría que he tenido un éxito moderado, pero entre los Jones era una basurilla. Mis calificaciones no eran suficientemente buenas y tenía algo así como un leve problema con las drogas. En parte por eso tenía tantas ganas de hacer el viaje. Tenía la idea de que en Estados Unidos sería posible una especie de reinención.

La historia me fue acalorando y tuve que encender el aire acondicionado.

—¿Te molesta?

—Sigue. Estabas buscando reinventarte. Una razón para venir.

—Cuando le conté a mi padre sobre el viaje, me lanzó una cita de Shakespeare. «No os daré ni un penique». Cuando dije que no le estaba pidiendo dinero, dijo «Solo es una cita: es lo que Falstaff le dijo a Pistol. “No os daré ni un penique”. Luego Pistol le responde: “El mundo es mi ostra y la abriré mi espada”». Soltar citas era el deporte familiar y mi padre fue el campeón. Me enfurecía que lo hiciera. Se sentía como si usara las palabras de otros para decir lo que él no se atrevía. Podía lanzarme sus Shakespeares, azotarme con Virgilio, destruirme con Donne, pero solo estaba tomando lo que otros habían dicho para que hicieran el trabajo sucio por él. Dijo algo

como «Un día tendrás que elegir una profesión real, Lew. Cuando tenía tu edad, ya estaba comprometido con tu madre. Tenía responsabilidades. Antes de que te des cuenta ya tendrás treinta. Debes estar listo para hacer cosas que no te gustan si quieres lograr algo en la vida. El punto de esa cita, la parte que se le pasa a la gente, es que el mundo no solo es *tu* ostra. Es la de todos. Y todos están luchando por conseguir la perla. Debes decidir: ¿qué harás para sobresalir, Lew?». Y fue en ese momento cuando, tontamente, le compartí mi perla. Le dije que tenía una idea para un libro. Un diario de viajes en versos épicos. Se rio. Fue la risa de un hombre que ha leído a los clásicos y cree que, a menos que puedas sumarle algo, no tiene caso. Para él la literatura era algo que llegó a nosotros completamente formado, creado por los grandes que ya están todos muertos. «Sueña», dijo. Esas fueron las últimas palabras de mi padre para mí: ¡sueña!

Tuve que parpadear varias veces para controlar las lágrimas que hacían que se me multiplicara la carretera. Durante meses me guardé esos pensamientos, esos sentimientos, y me perdí en la inmediatez de mis aventuras. Pero no estaban tan lejos de la superficie. Volvieron sin previo aviso y sin control, fluyendo sin trabas, sin vacilación ni consideración sobre cuáles partes eran ciertas.

—Como verás, tener un padre no necesariamente es mejor para tu salud y tu felicidad. Incluso he pensado que necesitaba que se muriera para lograr algo. Ya sabes, así como le fallé en vida, le demostraría quién era tras su muerte. Un padre muerto puede ser una excelente motivación. ¿Es horrible que diga eso?

—Parece que es cierto.

—¿Se me torció la boca?

Isabelle se rio.

—No lo vi... Bueno —continuó—, quizá deberías convertir ese «te lo dije» en «te lo demostraré».

—¿Cómo?

—Escribiendo tu libro.

—Quizá.

—¿Es en serio lo de que quieres ser escritor?

Me encogí de hombros.

—Lo era cuando llegué a este país. Ahora ya no estoy seguro. —Eso sonó blandengue. Si hay algo que no debería descansar jamás es la ambición, pero al menos estaba siendo honesto—. He estado tan metido en lo que está pasando que no he tenido tiempo para eso. Escribí unos cuantos versos. La otra noche escribí una estrofa sobre mi padre. Pensé que sería un buen inicio.

—¿La traes aquí?

Asentí, cayendo de pronto en la timidez.

—Está en mi libreta, en mi mochila. Allí.

—¿Puedo ver?

—Claro.

Isabelle buscó la libreta negra en mi mochila y leyó en voz alta:

Regué sus cenizas
entre mariposas
y luego me fui
como todas las cosas...

—No es mucho. Pero es un inicio.

—Hay más.

—Preferiría que no lo leyeras.

Isabelle cerró la libreta respetuosamente y la devolvió a mi mochila.

—Gracias por dejarme verlo.

—Creo que... me da miedo fracasar.

—¿No es ese el riesgo que todos tomamos cuando intentamos decir la verdad?

Asentí. Una confesión honesta es como una canción, comienza con un verso y los demás fluyen a ritmo.

—Pero, más que eso, creo que lo que realmente me asusta es que todo esto termine.

—¿Esto?

—Esto... este momento. Esta aventura. Con Joe. Contigo. No quiero que termine. Mi pensamiento constante en estos meses ha sido «¿Cómo puedo hacer que siga?». Que esta historia sobre ruedas no se detenga. ¿Cómo puedo ser esta persona, Rip van Jones, que está viviendo estas cosas increíbles? Tengo miedo de volver a mi antigua vida. A mi antiguo yo.

—¿Tu antiguo yo?

—¿Mi yo ligeramente cínico, perdido y deprimido? Creo que por eso me interesé tanto en Joe. Se necesita mucha seguridad, mucha fe, para carecer de cinismo como él. Yo solía portar mi cinismo como una medalla de honor, pero en secreto lo odiaba, sabía que era un manto para cubrir la incertidumbre fundamental de mi ser. Envidio su esperanza, su fe. Y la tuya. Me gustaría tener un poco de eso. ¿Cómo se hace? Para mí es un misterio.

Ya tenía todo el interés de Isabelle.

—Pues no es magia. Es difícil de explicar. Es un poco como una mariposa. Es hermosa y real, pero evasiva... y frágil.

—Y en cuanto la atrapas, ¡la matas!

—Sí. —Sonrió ante esto. Estaba muy complacida con la metáfora, pues combinaba a dos de sus grandes amores.

—Quizá esa es la respuesta. No hay que atraparla ni intentar explicarla. Hay que dejarla volar.

Qué agradable era poder hablar sin una agenda. Y tener, después de Joe y Mary, a alguien que me escuchara. Ese viaje fue, ahora lo sé con seguridad, el momento en el que me nació un nuevo respeto por Isabelle. Y lo mismo pasó en ella hacia mí.

—Creo que te juzgué muy duramente —dijo—. Lo siento.

—No lo sientas. Yo también te juzgué mal. A propósito.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tu falta de necesidad de ser admirada me frustraba; le arrancaba la utilidad a una de mis principales cualidades: decir justo lo que creo que la gente quiere escuchar en vez de lo que quiero decir.

—Debe ser terrible andar intentando ser todo para todos.

—Lo es.

—Siempre terminas mintiéndole a alguien. Lo cual dificulta que escribas algo honesto.

No se equivocó para nada al juzgarme.

—Eres una entre mil, Iz. Una chica estadounidense que no es susceptible a los halagos. Que no maneja, que conoce el argumento ontológico y sus limitaciones y que, hasta donde sé, no está interesada en los chicos.

—Me estás avergonzando.

—Me gusta cuando cambias de color. Es como lo opuesto al camuflaje.

Isabelle ya se veía mejor. Le había regresado un poco de color al rostro y yo me sentía como si hubiera recuperado una parte de mi alma.

Íbamos pasando por nuevos lugares históricos del país pero, si había algo que ver, me lo perdí. No sé durante cuánto tiempo hablamos, pero no nos dimos cuenta de que ya estábamos en otro estado y que ya era tarde, demasiado tarde para llegar a Princeton ese mismo día. En algún punto de Nueva Jersey, Isabelle se quedó dormida y yo comencé a sentir los párpados pesados por estar mirando el ir y venir de las señales y las luces de los carros y camiones. Al fin me detuve en una parada de camiones para descansar un poco. Cubrí a Isabelle con mi chaqueta y la miré dormir durante unos minutos. No mucho después me quedé dormido en el asiento trasero, y aquel fue uno de los mejores sueños de mi vida.

En el que nos encontramos con el Malvado Wolff

La universidad me devolvió a esos tiempos que intentaba olvidar y que felizmente había dejado atrás: el pequeño mundo de la academia al que le fallé y el cual me falló. El hecho de que todo estuviera hecho a imagen y semejanza de mi propia universidad solo me desconcertó más. La arquitectura del siglo XIV de la capilla de Princeton me generó la sensación de haber sido transportado a un momento y un espacio con los que solo tenía asociaciones tristes. Nos detuvimos en el centro y desde ahí alcancé a ver a un par de personas comenzando la fila para la cátedra que el padre de Isabelle iba a impartir dentro de una hora más o menos. Insistí en que comiéramos algo, así que buscamos un café y tomamos una mesa cerca de la ventana principal, desde la cual podíamos ver la calle. Pedimos café, crema y pay de manzana. Isabelle, valiente y decidida hasta ese momento, comenzó a ponerse nerviosa. El temblor en su voz volvió. Tosió e intentó aclararse la garganta, que tenía tapada por un nudo de emociones y miedos.

—Me siento mal.

—Estoy seguro de que son los nervios, Iz. Hasta yo estoy nervioso.

Pero, claro, mis nervios tenían una causa distinta. Para mí, ese viaje se trataba de salvar el trato, liberar a Joe y saciar una curiosidad; para Isabelle era algo que podía cambiarle la vida. Intenté animarla explicándole que no pasaba nada.

—La primera cátedra universitaria a la que asistirás será impartida por tu padre. No muchas personas pueden decir eso.

—No creo que pueda hacerlo, Rip.

—Nos sentaremos hasta atrás. No sabrá que estamos ahí.

—Siento que me voy a desmayar —dijo.

—Pase lo que pase y sea como sea, sigue siendo tu padre y tienes derecho a escucharlo. Más que cualquier otra persona en este lugar. Vamos, cómete tu pay.

La triste realidad de sus veinte años sin padre pareció conjugarse en el momento de comprar los boletos para escucharlo hablar, junto con el hecho de que esa gente, esos desconocidos, probablemente lo conocían tanto o más que ella. Su padre sin duda movía a las masas. Era difícil identificar un tipo en específico de personas en la fila. Parecía ser una mezcla de estudiantes, maestros, académicos, entomólogos, lepidopteristas, amateurs y profesionales. Un póster afuera de la capilla mostraba su foto bajo la frase: «Cátedra Anual Von Humboldt». Y el título de su charla: «Señales del fin de los tiempos».

Intenté bromear una vez más.

—No es el fin del mundo.

Pero Isabelle ya no me estaba escuchando.

Adentro, las primeras filas ya estaban ocupadas, pero Isabelle quería mantenerse al fondo, en donde no pudiera ser vista. Tenía un miedo comprensible pero irracional de que su padre pudiera encontrarla entre la multitud. Tomamos nuestros asientos y esperamos. Miré el escenario con ansiedad mientras Isabelle jugaba con sus uñas, incapaz de mirar. Le puse una mano en la espalda y continué diciéndole que todo iba a estar bien.

Exactamente al mediodía, dos hombres entraron por un costado del escenario. Uno de ellos llevaba una toga académica y el otro iba vestido como si preocuparse por qué ponerse fuera una molestia. El hombre de la toga se acercó al atril.

—Bienvenidos sean todos a la vigesimocuarta Cátedra Anual Von Humboldt. Es un placer para mí presentar a nuestro orador del día de hoy. Conozco a Shelby desde hace veinte años. Puedo decir que íntimamente, pues alguna vez compartimos una casa de campaña en Colombia durante tres meses. Es considerado por muchos como uno de los mejores entomólogos que ha dado este país. Ustedes lo conocen por su libro *Lepidopterista americano*. Pero su reputación en la ciencia se ha forjado por su enorme y aún inconcluso trabajo. Sabe más de la vida en esta tierra que cualquier

persona que yo conozca. También le interesa el tiempo y la manera en que la gente lo usa. Así que, sin perder un segundo más, le dejó el escenario. Señoras y señores, el lepidopterista americano, el profesor Shelby Wolff.

Mi imagen del padre estaba distorsionada, era como un retrato hablado, como el rostro en un póster de «Se busca» hecho de distintas partes: la desquiciada energía y la esperanza de Joe, la seriedad intelectual y la calma de Isabelle, el fuego de Mary. Mi idea de él había sido alimentada por las largas quejas medio ciegas de Edith y las historias fantásticas de Joe. Claro que todas eran exageraciones, las versiones con las que necesitaban vivir, y yo esperaba que la realidad estuviera en algún punto entre la fantasía de Joe y el prisma amargo de Edith. Pero ninguna de las dos funcionaba para el hombre que se acercó al atril. Supe que era el padre de Joe antes de que pronunciara palabra. Tenía su tipo. Estaba extremadamente bronceado, con ese tono de quien ha pasado largos periodos bajo el sol. Tenía el largo cabello rubio con mechones plateados. Y, para ser un hombre que se pasaba los días examinando de cerca las chamarras con puntos bermellón, los calcetines con manchas esmeralda y los sacos a rayas blancas de las criaturas mejor vestidas de la naturaleza, al profesor parecía importarle poco su propia apariencia. Se veía como si hubiera comprado su ropa en una tienda de segunda mano en 1970 para nunca volver a pensar en eso. Sin duda su desinterés por la interacción humana respondía a su ocupada y hermosa vida interior. Su presencia física se volvía más intrigante por su brazo izquierdo, que colgaba sin vida (resultado, como luego explicó, de un reumatismo por dormir directo sobre la tierra durante mucho tiempo). Claramente no solo era admirado, sino además amado; los aplausos no fueron menos que eufóricos.

Todo esto provocó que Isabelle golpeteara nerviosamente el suelo con el pie, cada vez con más ímpetu. La miré a ella y luego a su padre y pensé que podía encontrar sentimientos diametralmente opuestos en la expresión de aquella mujer: orgullo, arrepentimiento, posesividad y pérdida. Rabia también.

Al igual que su hija, el padre no parecía querer ni necesitar aprobación. Hizo que los aplausos cesaran con tres sutiles movimientos de karate y comenzó su charla. Habló con perfecta fluidez, sin excederse en ningún momento, a diferencia de su hijo. No había nada casero ni rústico en él. De

inmediato se notaba que era un hombre preciso. Y pedante. Cada palabra pronunciada había sido calculada y era a prueba de errores. Si Joe era un enorme *bulldozer* de palabras que andaba por ahí volteando la tierra en busca de cualquier cosa que sirviera como vocabulario, su padre usaba las palabras como si fueran valiosas gotas. Era tan preciso y frío como un copo de nieve. Decía cada palabra en serio y no había tiempo suficiente, se notaba, para que dijera todo lo que necesitaba decir. Habló sin notas y sin detenerse para respirar durante una hora. Desde el principio me sentí atraído hacia él.

—El mes pasado cumplí cincuenta y ocho años. He pasado la mitad de esos cincuenta y ocho en el extranjero. He pasado diez de esos cincuenta y ocho en mi estudio, estudiando. O escribiendo. Escribir libros es un trabajo más duro que andar por la selva al pie de los Andes buscando mariposas. Y mucho menos disfrutable. Me gusta viajar y pasar el menor tiempo posible en este país. Nuestra cultura es un peligro para la concentración. Tenemos más artistas, compañías de drogas, fábricas de comida, autos, marcas de comida para perro de las que necesitamos. Demasiados empresarios. Demasiados predicadores. Y no los suficientes científicos. En cualquier caso, la ciencia depende de las sobras del capitalismo. Sin su apoyo, yo no podría hacer mi trabajo e instituciones como esta no existirían. Quizá algún día la riqueza y el conocimiento no serán codependientes, pero hasta ese día debemos ser agradecidos. Podrían pensar que lo que les digo tiene algo de exageración. Es verdad que suelo escribir textos con títulos como «Las mariposas del algodoncillo y su reproducción». Pero el título nace de la convicción de que estos días que estamos viviendo pueden ser los últimos... los últimos de esta generación. Y a veces necesitas llamar la atención de la gente. Cuando me convertí en entomólogo no estaba buscando señales. Quería encontrar, ordenar, comparar, no predecir el futuro. No soy astrólogo ni ando buscando señales en un sentido supersticioso. No estaba buscando signos del fin de ninguna era. Pero, como suele suceder, es cuando no estamos buscando que descubrimos algo. La gente que busca señales suele encontrarlas. Y nunca es solo una. Y fue mientras estaba ocupado haciendo lo mío, estudiando a las mariposas, que lo empecé a notar. La gente, es decir, el *Homo sapiens*, siempre ha observado a las mariposas y las ha visto como señales. Una mariposa solitaria en el monte Fuji es una geisha. Dos mariposas significan

felicidad conyugal en Java. En Costa Rica, cuatro mariposas son de mala suerte. En la parte este del Congo, las mariposas son brujas. Para los antiguos griegos, una mariposa es un alma o un espíritu. En Madagascar, la mariposa es el Creador, que va volando por el mundo en busca de lugares donde el hombre pueda vivir. Las mariposas son las portadoras de los sueños en Córcega. En Umbría nacen de las lágrimas de la Virgen María. Las mariposas amarillas en migración son peregrinos de camino a La Meca. En Inglaterra las mariposas se roban la mantequilla. En Sudán, el polvo de las alas de mariposa hace que tu vello púbico crezca más fuerte. Una mariposa negra es señal de muerte. En India las hordas de mariposas anuncian hambruna. Las mariposas blancas vaticinan un verano lluvioso en Maine. Una persona enamorada tiene mariposas en el estómago.

Pude sentir cómo la banca se sacudía. Isabelle no podía quedarse quieta y toda su tensión se acumulaba en el pie tamborileante que tuve que detener con el mío. «¿Todo bien?», le pregunté con una mirada. Pero no me respondió.

—He de confesarles que en algún tiempo menosprecié todo aquello con una altanería antropológica, considerándolo charlatanería. Claro que era porque la criatura que estudio se presta tanto a la poesía, a la imaginación, a la metáfora, que tomaba mis precauciones. Pero con el tiempo he aprendido a no menospreciar la poesía. No todo el folclor es basura. He descubierto que algunas de las llamadas supersticiones locales logran predicciones altamente acertadas. Cuando el cielo está rojo por la mañana, hay un ochenta y siete por ciento de probabilidades de que sea un día húmedo y lluvioso. Cuando un montón de mariposas vuelan hacia el Ganges, es porque hay escasez de agua en el sur, lo que indica poca lluvia. Después de todo la poesía tiene algo de visión profunda. Y aunque no soy ningún poeta, y con gusto desaparecería la superstición de este mundo, confieso que he llegado a reconocer la verdad en algunas de esas observaciones. Las mariposas, como cualquier persona que trate con lepidópteros les dirá, siempre nos han dado pistas sobre el estado del medio ambiente, y si decidiéramos crear un reporte del tiempo basándonos en la información actual, sin duda concluiríamos que el mundo está en un momento crítico. Quizá terminal. A lo largo de mi vida he descubierto ciento setenta y cuatro nuevas especies de mariposa. Y

polillas. No nos olvidemos de ellas. Pero he sido testigo de la extinción de doscientas treinta y cinco... en el último mes. Este año la azul de Palos Verdes se declaró extinta. Y aunque las criaturas vienen y van, siempre ha sido así, el ritmo de la extinción está aumentando. Y está claro que el *Homo sapiens* es el responsable. Las mariposas en las zonas neotropicales están emigrando al norte en desbandada, aparentemente en busca de temperaturas más frescas. Las mariposas salen más pronto de lo normal en la primavera. En la sierra nevada de California las mariposas se van a un punto más alto para escapar del calor. Y las que ya estaban en la cima, sin tener adónde más ir, se fueron al cielo. Así que, aunque quizá sientan que el título de esta conferencia es un tanto dramático, yo les diría que más bien se queda corto. Si las mariposas nos están diciendo algo, eso es «No nos queda mucho en este mundo».

Yo estaba hechizado. Y no solo porque estaba mirando al precursor más intelectual de Joe. Su padre atrapaba tu atención en una forma casi opuesta a la de Joe. Hablaba con un tono lúgubre y autoritario sostenido en un enorme y gélido conocimiento y haciéndote sentir que apenas veías la punta. En toda justicia, Edith dijo que era brillante; a regañadientes lo describió como alguien con un cerebro demasiado grande para su cabeza, pero no dijo nada sobre que fuera encantador, carismático, astuto e incluso humano. Y mucho menos que fuera, a su desaliñada manera, un hombre bastante hermoso. ¿Alguna vez un monstruo fue tan atractivo tanto en lo físico como en lo intelectual?

La audiencia lo escuchaba perdida en sus palabras. Joe hubiera apreciado su sermón, aunque quizá no su teología. Interpreté el nerviosismo de Isabelle como estimulación, inquietud y quizá antagonismo. En aquella visión el hombre no era el centro del mundo, ni siquiera su guardián. Y la misma idea de ser el esposo del planeta o tener algún dominio era la distorsión que provocó que el hombre creyera que podía hacer lo que quisiera con el mundo. La tierra no nos necesita, dijo ese hombre. Fue un discurso estremecedor, claro, brillante y convincente. Al terminar simplemente dijo «¿Preguntas?».

Mientras las respondía íntegra e inteligentemente, pensé en Joe. ¿Qué hubiera pensado él? ¿Qué pregunta le habría hecho? Claro que yo tenía

muchas. Aunque la mayoría no eran entomológicas en el sentido estricto. Estaba desesperado por preguntarle: ¿por qué abandonó a su esposa e hijos? ¿Qué pasó realmente hace veinte años?

Isabelle se sostuvo de la banca frente a ella como si estuviera a punto de desmayarse. Tenía el mismo tic nervioso que su hermano, doblar una mano en puño y rascarse el dorso con la otra. ¿Qué estaría pensando? ¿Estaba pensando lo mismo que yo: «Mira a ese hombre, escucha a ese hombre, contempla a ese hombre, ¡es brillante y es tu padre!»?

Tras la quinta o sexta pregunta, Isabelle se levantó y salió del lugar.

La encontré dentro del Chuck. Sus lágrimas podían ser por distintas razones, claro: por la impresión de ver a su padre, por la impresión de que era magnífico, por la impresión del encuentro que pudo ser y por tener que reconsiderar tanto de lo que creía. Por descubrir que su padre era tan interesante, tan encantador, y que llevaba una vida tan maravillosa y plena... sin ella. O por darse cuenta de que su madre dio falso testimonio.

—Ya veo de dónde te vienen la belleza y la inteligencia —dije, incapaz de encontrar las palabras correctas.

—No puedo hacerlo.

—¿No?

—No.

—Pero... deberías alegrarte, Iz: tu padre es un hombre brillante y muy bueno en lo que hace.

—No le digas así.

—No entiendo.

—No puedo conocer a un hombre así. —Isabelle parecía estar en pánico.

—Pero necesito que me acompañes, Iz. No podrá irse si estás tú ahí.

Isabelle metió una mano en su bolsa y sacó uno de los fenómenos. Lo retiró de la caja y lo puso en un sobre de papel glassine junto con la tarjeta original en la que su padre había escrito la fecha, el nombre y el lugar unos veinte años atrás: «03.11.67. *Morpho wolffii*. Los Perdos. Col.».

—¿Le digo que viniste conmigo?

—No estoy lista para verlo.

—¿Y si él quiere verte?

—No querrá.

- ¿Cómo podría no querer?
- Simplemente lo sé, no querrá.
- Bueno. Yo voy.

En la visualización de mi heroica misión para sacar a Shelby Wolff de su madriguera, me imaginé un largo viaje hasta el norte del mundo, seguido de un transcurso en canoa y una peligrosa caminata por un bosque lleno de osos hasta una cabaña solitaria donde encontraría al genio científico, hirsuto por los años de encierro, gruñón por la falta de contacto humano, con su vida destruida por una obsesión y una ambición incumplida, atacándome en el intento de echarme de sus tierras. Pero el Gran Lobo Malo, el Malvado Wolff, vivía a veinte minutos de Princeton en una casa suburbana de fácil acceso detrás de un jardín bien cuidado con arbustos de azáleas. La casa parecía algo que Celeste pudo haber dibujado: tres ventanas arriba, dos a cada lado de la puerta principal. Su auto era el de alguien a quien no le importaban los autos, un Datsun Cherry rojo óxido. Para llegar a la puerta de aquel monstruo, el héroe tenía que cruzar la calle. Con sus topes y cruces peatonales, la posibilidad de muertes inesperadas era reducida. No había un pantano impenetrable que cruzar y el camino no estaba cubierto por una niebla que lo confundiera todo. El mayor peligro que enfrentó el héroe fue el rocío de un aspersor de jardín que alguien acababa de podar. Había un buzón con el texto «Wolff. S.» escrito en letras negras a un costado. El perfecto orden en todo sugería que se trataba de alguien que vivía solo. Un lobo solitario pero tranquilo.

Toqué el timbre y miré hacia arriba, anticipando su altura. El fenómeno me pesaba en el bolsillo, era mi tarjeta de presentación si todo lo demás fallaba. Quizá lo mejor sería ahorrar tiempo y mostrárselo de entrada, como una placa de policía. La puerta se abrió y el rostro oscuro y oriental de una persona bajita me miró desde abajo. La mujer llevaba un mandil negro como la camarera de un hotel grande y elegante.

- ¿En qué le ayudo?
- ¿Puedo hablar con el profesor Wolff?
- Profesor *tabajando*.
- ¿Está bajando?

—*Tabajando*. Siempre *tabajando* en la tarde.

—¿Podría decirle que es urgente, por favor?

—No molestar.

Saqué el fenómeno de mi bolsillo y se lo entregué.

—Por favor, muéstrela esto. Él entenderá. Muy importante.

La mujer miró la mariposa y se encogió de hombros. «¿Qué tiene de especial ese bicho?», pensó.

—Espere.

Entró a la casa y me cerró la puerta. Me quedé ahí, pensando que no debí haberle entregado algo tan valioso a una completa desconocida. El minuto que esperé se sintió como diez.

Luego apareció el padre de Joe. Por un instante me quedé petrificado. De cerca, era igual a su hijo. La misma altura, la misma envergadura. Pude ver sus arrugas y los tonos grises en su barba. Llevaba sus lentes de leer sobre el cabello, como diadema. Me mostró el fenómeno en la palma de su mano.

—¿De dónde sacó esto?

—De Isabelle, su hija.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Rip van Jones. Una disculpa por aparecerme sin avisar, pero tengo que hablar con usted urgentemente. Es respecto a su hijo, Joe. Y las mariposas que usted atrapó hace veinte años.

—¿Está muerto?

Casi solté una carcajada.

—No. Está muy vivo. Pero... está en problemas.

—¿Y eso por qué debería importarme?

Esta vez sí me reí.

—Pues porque... es su hijo. Aunque... entiendo la historia. No. Lo arrestaron por vender unas mariposas que usted atrapó antes de que eso fuera ilegal.

El cerebro del profesor parecía capaz de pensar en varias cosas al mismo tiempo. Miró la morfo. Miró su reloj. Parecía estar esperando que la segunda manecilla alcanzara el doce.

—De acuerdo.

Por dentro la casa era la pura esencia de la limpieza y el orden. Cada

objeto, desde el abrecartas hasta los libros en las repisas, estaba en el lugar correcto. Hasta las cortinas tenían los dobleces perfectos. Si aquello era indicativo del carácter del hombre, era superficialmente fácil ver lo incompatibles que eran él y Edith. El lugar hubiera sido un tiro libre para Joe. Si me dieran a escoger entre el caos de Joe y el orden de su padre, sé cuál habría elegido. La ultraperfección me daba ganas de tirarlo todo. Lo seguí hacia un estudio que tenía otro tipo de orden, un orden que quizá solo el profesor entendía. Había libros de texto abiertos y marcados (con postales). Curiosamente, no pude ver ni una mariposa por ninguna parte.

—Siéntese a menos que prefiera estar de pie.

—Gracias.

El profesor dejó el fenómeno en su escritorio y lo movió un par de centímetros hacia un lado. Luego lo devolvió al primer lugar en el que lo dejó. Luego giró su reloj de arena.

—Es un temporizador de treinta minutos, por si se lo estaba preguntando. Actualmente tengo un déficit de ciento cuarenta y seis horas de escritura, gracias a algunas charlas, cátedras y un viaje de tres meses a Papúa Nueva Guinea. A todo eso súmele los momentos de socialización y las interrupciones inesperadas y tendrá como resultado lo que se está comiendo mi tiempo cual gusanos.

—O polillas. ¿*Arrivenum sarnicus*?

El profesor pareció impresionado.

—Exactamente.

—No desperdiciaré ni un segundo, profesor.

—No soy profesor. Me quitaron mi título. Pero es vergonzoso explicarlo cada que hablo. El mundo de la entomología tiene más Torquemadas que la Iglesia católica. Y yo soy un hereje, señor Jones. Un hereje que merece la hoguera.

—¿Tiene... opiniones controversiales?

—A lo largo de mi vida he descubierto y descrito muchas nuevas especies... este amiguito incluido. —Le dio unos toquecitos a la morfo—. Paradójicamente, he descubierto muchas más que están siendo destruidas por el ataque despiadado al ecosistema. El hombre de hoy está demasiado embobado con las curiosidades económicas para comprender las

consecuencias de su avaricia. En resumen, estamos destruyendo al planeta.

—¿Por qué le quitarían su título por decir algo así?

—Boicoteé a la institución que me pagaba mi sueldo. Pero no nos desviemos del tema.

El temporizador y el hecho de que estaba frente a un hombre cuyo rostro contenía huellas de al menos dos personas que conocía y que tenían mucho más que veinte minutos de preguntas por responder hacía difícil que fuera al grano. Para entonces ya había usado media cucharadita de arena.

—Soy amigo de su hijo, Joseph Bosco, y de su hija Isabelle. Llevo unos meses trabajando en el negocio familiar.

—¿Qué negocio es ese?

—Mmm, pues venden, vendemos, mariposas comunes en cajas de cristal para tiendas de regalos y florerías.

Wolff me miró con gesto sorprendido.

Y de pronto comencé a vender a Joe ante su padre.

—El sueño de Joe es convertir a este país en una nación de amantes de las mariposas. Es como un predicador en ese sentido, y convierte los corazones más indiferentes, el mío incluido, en fervorosos creyentes. Su sueño es llevar una mariposa a cada hogar de Estados Unidos. Popularizar un interés que se ha vuelto... digamos, académico. Quiere ser algo así como el Henry Ford de la entomología.

Shelby Wolff no se lo estaba tragando.

—Sé que mi presencia aquí podría parecerle inapropiada con todo lo que ha pasado.

—¿Por qué?

—Pues por la separación. Ya sabe, por el... enojo.

—¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Bueno, verá. Joe intentó venderle unos especímenes a un coleccionista. Eran las mariposas que usted atrapó. Mariposas raras, del Apéndice I. La FWA lo arrestó. Y ahora tiene que demostrar su procedencia o terminará en la cárcel. Entiendo, por su libro, que lleva un registro manual de cada mariposa que ha atrapado en su vida. Y espero, por el bien de Joe, que tenga los registros de las mariposas en cuestión.

El hombre no dijo nada. No dijo nada por unos veinte segundos. Un

segundo por cada año que había estado ausente. Le echó una mirada al fenómeno en la mesa con los ojos entrecerrados. Parecía estar perdido en sus pensamientos, como un jugador de ajedrez que recuerda viejos movimientos en vez de pensar en los que está por hacer.

—O sea que están padroteando a las mariposas.

—No. Para nada.

—La madre siempre me quiso convencer de venderlas.

—¿Se refiere a Edith?

—Sí. ¿Cómo está? La madre.

—Está bien.

—Con la vitalidad de una malaquita y la volatilidad de un duendecillo. La Cleopatra de los Apalaches. Viene de una familia que te dispararía antes de discutir contigo. Pero tiene esa tolerancia sureña a los anormales... como yo. ¿Sigue siendo fanática? Se la pasaba queriendo convertirme.

—No.

—Nunca debí atarme a esa mujer, a ninguna mujer. Fue un error casarme con ella. También lo fue tener hijos.

Le lancé una mirada al temporizador de arena. Había cosas que debía saber y parecía que Wolff me estaba abriendo un poco las puertas.

—¿Por qué fue un error?

Tomó al fenómeno y le dio vueltas en su mano.

—Hace veinte años, mientras buscaba esto, tuve lo que algunos podrían llamar una revelación. Me di cuenta de que, si iba a lograr mi sueño, no podría responderle tanto a la familia como al trabajo. Tenía que poner a estas criaturas por encima de todo lo demás. Esposa. Hijos. Fortuna y salud. Edith no era la persona equivocada. El matrimonio era la idea equivocada. Esos niños fueron el resultado de una mala idea. Literalmente un error.

No supe si eso era una confesión o solo remordimiento. Lo dijo todo sin emoción alguna. No parecía un hombre que llevara veinte años empujando la piedra del arrepentimiento montaña arriba. Pero comencé a entenderlo.

—¿Por qué no podía... hacer ambas cosas?

—Los entomólogos son como los alpinistas. No lo hacen solo por hacerlo. Es todo o nada. Para mí no era un *hobby*. Así que lo elegí todo. Y, desde entonces, he podido dedicarme a mi trabajo sin interrupciones ni un falso

sentido del deber. El hombre que crea o descubre cosas no lo hace por casualidad. No atrapé esta mariposa por casualidad, señor Jones.

—Comprendo —dije.

Me criaron para venerar la inteligencia por encima de cualquier otra cosa («¿Es inteligente?», preguntó mi padre cuando le dije que si podía llevar a un amigo a casa. Su idea del paraíso era una biblioteca llena de gente que podía terminar el crucigrama del *Times* en una sentada). Así que pude perdonar sin problemas las deficiencias de Wolff. Podemos perdonar mil defectos en una persona si genera algo magnífico. Pasamos por alto sus obsesiones, infidelidades, narcisismos e ineptitudes sociales si demuestra ser mejor que los demás al lograr algo que nadie más pudo. Y Shelby Wolff hizo justo eso. Estaba con el «mejor entomólogo vivo de Estados Unidos». Entre más hablábamos, más me convencía de que Edith lo había descrito deficientemente y a conciencia, negándoles a sus hijos una conexión que bien podrían haber disfrutado.

El hombre se levantó de pronto, fue al otro lado de la habitación y comenzó a buscar algo en las repisas. Sacó un libro y luego otro, y luego metió una mano en el espacio que abrió y sacó una botella de whisky. Tomó un vaso y se sirvió uno triple. En otro vaso me sirvió uno sencillo. Tapó la botella y volvió a sentarse.

—Pese a lo que diga la gente, las mezclas son más interesantes que los de una sola malta.

Levanté mi copa, pero él simplemente se le quedó viendo a la suya. Gastó otro valioso minuto de mis treinta con un silencio contemplativo. Supuse que tenía mucho en qué pensar. Luego se levantó de nuevo y trajo varios libros de contabilidad. Los revisó y tomó uno de ellos. Lo abrió y pasó las páginas hasta encontrar la que estaba buscando, y me la mostró.

—Ahí. Al fondo de la página. Esa es la mariposa que trajo.

Y ahí estaba: «Morfo azul. (Abb) Marzo, 11. 1967».

—¿Por cuáles mariposas lo arrestaron?

—¿A Joe? Por las Cuatro Grandes. Y un conjunto de azules de Palos Verdes. Las cuales mencionó hoy en su cátedra. Estuve ahí. Con su hija Isabelle.

Esperé a ver si mordía ese anzuelo.

—Ni siquiera tengo que buscar las Palos Verdes azules —dijo—. Las atrapé en el verano de 1966 cerca de Long Beach. De las Cuatro Grandes sí tendré que revisarlo, pues atrapé varias, en distintos momentos y países, claro.

—Entonces ¿sí puede demostrar que usted capturó las mariposas que Joe vendió?

—Claro. ¿Dónde están ahora esas mariposas?

—En la casa. En las Catskill. Traje un catálogo de la colección. Lo hizo su hija mayor, Isabelle. Durante los últimos años se ha encargado de prepararlas y montarlas para la colección.

De nuevo, no mordió el anzuelo de la hija. Pero ojeó el catálogo con la ayuda de una lupa. Se quitó los lentes y los limpió distraídamente, con los ojos entrecerrados, abriéndolos apenas lo suficiente para ver.

—Las montó al estilo antiguo.

—Isabelle hizo así toda la colección, señor Wolff.

—Están bien conservadas —dijo—. Veo que usó el antiguo método británico.

—Sí. ¿Tiene un lepi favorito? —pregunté, notando lo vulgar que debió sonarle mi pregunta, pero quería un poco de información para llevarle a Isabelle.

—La castor angulada. *Ariadne ariadne*. Una criatura fea y sin gracia.

—Bueno, «La belleza está en los ojos de quien la mira», como dijo Shakespeare.

—Creo que fue Margaret Wolfe Hungerford.

—Claro. Sí, es cierto.

—Ha hecho un buen trabajo.

Pensé en Isabelle, que estaba a unos minutos de ahí, y deseé que estuviera presente para recibir ese reconocimiento.

—Está aquí, señor Wolff. ¿Quiere conocerla?

—¿A quién?

—A su hija mayor, Isabelle.

—Solo tengo una hija. Hasta donde sé.

Pude sentir el «te lo dije» de Mary como un susurro que me erizó el cuello, seguido de una oleada de tristeza por ella. Pero decidí no entrar en esa discusión en un momento tan delicado.

—Sí. Me refería a Isabelle. ¿Le gustaría conocerla?

—Quizá cuando se haya establecido la procedencia de las mariposas.

—Claro. Entonces ¿nos ayudará?

—No queremos que esas mariposas terminen en las manos equivocadas.

Le entregué la tarjeta de Moroni y el número de caso de Joe.

—Este es el agente de la FWA responsable de arrestar a Joe. La audiencia es el 5 de noviembre. Lo llamarán como testigo a favor de Joe. Si puede demostrar que las mariposas que tienen son las de sus registros, Joe quedará libre.

Miró la tarjeta.

—Esto... es maravilloso, señor Wolff. De verdad. Isabelle y Joe estarán muy agradecidos. Gracias.

Finalmente, sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿De qué estaban hechas? ¿Arrepentimiento? ¿Rabia? ¿Tristeza? No importaba. ¿Era suficiente con que estuvieran ahí! Sí tenía corazón después de todo.

Luego me devolvió el fenómeno.

—Creí que nunca volvería a verlos —dijo.

XXII

*En el que regresamos a casa y las
buenas nuevas se vuelven malas*

—¡Nos va a ayudar, Iz!

Mi emoción hizo eco en la nave de la cavernosa capilla en la que encontré a Isabelle con una actitud que podía ser de oración o de desesperanza. Iz abandonó de golpe la conversación que estaba teniendo con su Creador y me miró. En ese momento era como una niña, esperando cosas buenas y creyendo en la promesa de un final feliz. Me di cuenta de que, en ese momento, había hablado más yo con su padre que ella. De hecho, sabía más de él que ella.

—Aún tiene las libretas con registros de cada mariposa que ha atrapado. ¡Hasta me mostró el registro de este pequeño fenómeno! Y quedó muy impresionado con lo que has hecho con la colección. Supo de inmediato qué método usaste y todo. Y luego, justo al final, dijo que estará encantado de conocerte después de la audiencia. O sea, sí, es excéntrico a su brillante manera, y no hay duda de cuáles son sus prioridades, sin duda el trabajo es lo primero. ¡Me puso un temporizador, por Dios!

—¿Te agradó?

—Pues no fue el hombre que esperaba. Ni el hombre que tu madre ha descrito. Es obsesivo, pero reconoció que puso el trabajo por encima de todo. Dijo que no tuvo lo necesario para ser esposo o padre. Dio indicios de arrepentimiento... por no haberlos visto crecer, justo al final, después de que le pregunté si te conocería. Dijo: «Creí que nunca volvería a verlos».

—¿Eso dijo?

—Eso dijo.

Si me quedaban dudas sobre la exactitud de mis palabras, la expresión en el rostro de Isabelle bastó para convencerme de que había hecho lo correcto al decir eso.

—No es un monstruo, Iz.

Parecía que estaba a punto de llorar, pero contuvo las lágrimas. Puse mi mano sobre la suya, y ella la dejó ahí. Esa pequeña mano fue el mundo entero por unos instantes; la tomé y le di un suave apretón que, para mi deleite, ella me respondió haciendo lo mismo. Ese contacto fue más hermoso, más significativo, que la unión total de la carne que viví con Mary, quien nos hubiera asesinado a ambos de habernos visto, pero ya no me importaba su prohibición. Llevé la mano de Isabelle hasta mi boca y la besé, a la antigua.

—Todo estará bien, Iz.

No mentiré, la sensación de ser el héroe de mi propia aventura vivió su momento más alto en el camino de vuelta a las Catskill. Había matado a casi todos los patos en fila: logré que el padre de Joe fuera a la audiencia; iba a ayudar a la liberación de Joe, no solo de la cárcel, sino de los años de ir de pueblo en pueblo al salvar el trato del millón de dólares que ese obstinado Moroni amenazaba con destruir; iba a liberar a Isabelle de su madre, y facilitar una posible reunión de ella y Joe con el padre que les había sido negado por las retorcidas prohibiciones maternas. Mi corazonada sobre que Edith había secuestrado la historia, negándoles a sus hijos el acceso a la verdad y a una posible relación con el hombre (cuyo único crimen era su dedicación al trabajo) por amargura, demostró ser correcta. Mientras manejaba, hablé con emoción de lo que podría significar todo eso, lo bueno que sería para todos. Presenté un escenario de reconciliación, donde todos los malentendidos se aclaraban, todos los errores se corregían y todos quedaban libres de la cárcel del pasado. Sí, una parte de mí se preguntaba si quizá había exagerado la profundidad del arrepentimiento del padre de Isabelle en un esfuerzo por decir lo que me parecía que ella quería escuchar, pero creía que había hecho lo correcto y que las cosas saldrían bien. Pese a mi papel de cínico, tenía una fe (y esperanza) muy básica en el gran final feliz.

Mientras le describía aquel nuevo mundo, Isabelle estaba en silencio, pálida de nuevo y triste por el melancólico reconocimiento de que las cosas habían cambiado.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por ayudar a Joe. Por pedirle ayuda a mi padre. Por ir sin mí. Creo que sí necesitábamos a alguien «del exterior» para que nos ayudara a liberarlo.

—¿Crees que lo vas a conocer?

—No lo sé.

—Me parece que le gustaría conocerte. A los dos.

—¿A los dos?

—A ti y a Joe.

—¿No mencionó a Mary?

Casi se me olvidó ese detalle.

—Cuando te describí como su hija mayor, dijo que solo tenía una.

—¿No sabía?

—Habló sobre el «comprensible enojo» de Edith por sus largas ausencias. Me pareció que estaba dando a entender que no la culpaba por no haber querido saber más de él. Quizá sabe, pero no lo dijo. Pero Mary tenía razón.

—Pobre Mary. —Isabelle pareció aceptar aquello como confirmación.

—¿Lo sospechabas?

—Me parecía posible. Pero elegí creerle a ma. Es una de las principales razones por las que no quería conocerlo. No quería saber.

—¿Se lo dirás a Mary?

—No me corresponde a mí decírselo.

—¿Qué piensas hacer cuando volvamos?

—Tarde o temprano, ma tendrá que saber dónde estuvimos. Y si mi padre va a la audiencia y ella se entera, y se enterará, lo mejor es que la confrontemos desde ahora.

—No tiene que saber que viniste conmigo. Podemos decir que lo hice por mi cuenta. Después de todo, en realidad no lo conociste.

—Ya no puede deshacerse.

Pensé en convencer a Isabelle de guardarse sus convicciones hasta después de la audiencia, pero estaba decidida. Su tolerancia y su lealtad ya no podían guardar esas verdades por más tiempo.

—Se acabaron mis días de gracia para ma.

Me estiré para tomar su mano, y ella me permitió mantenerme así mientras

manejaba con la otra. Iba mirando hacia el frente y de reojo podía ver su hermoso cuello, tan pálido contra su cabello negro, y las pequeñas pecas sobre su nariz. Todas esas cosas que notas y disfrutas cuando te acercas a alguien.

—Eres un espécimen raro, Iz. Lamento haberme tardado tanto para darme cuenta.

—Hay especímenes más deslumbrantes por ahí.

—Ya no estoy deslumbrado por ella.

—No estaba pensando en Mary.

—¿No?

—Estaba pensando en Joe. Creo que a quien realmente amas es a él.

Me reí. No podía negarlo.

Esas horas en la carretera con Isabelle, antes del desastre que se vino después, fueron algunas de las más dulces de mis días entre mariposas. Hicimos una conexión inesperada y sutil; nuestras necesidades y deseos individuales se encontraron en el medio y reconocieron sus mutuas raíces. Sé que el tema subliminal de los padres perdidos fue lo que nos unió, pero era más que eso. Al fin pude apreciarla por quien era y no como quien yo quería que fuera. Después de las manipulaciones y los juegos de Mary, la honestidad y la calma de Isabelle eran liberadoras, y fue esa libertad la que concibió al deseo. No la satisfacción inmediata y superficial de la lujuria, sino un sentimiento más profundo de alegría de estar con ella y la esperanza de seguir así en los días por venir.

Al día le quedaba una hora de luz cuando llegamos a las Catskill. El paisaje estaba en llamas, con las montañas encendidas bajo aquellos hermosos colores naranja, rojo, púrpura y los mil tonos entre ellos con nombres que los escritores fingen usar en el día a día, pero que tienen que buscar cuando necesitan describir el fenómeno de espectros que es el otoño estadounidense: ocre, magenta, pérsimo (ya saben cuáles). Las hojas rojizas estaban en su mejor momento, en los puntos ideales a cada lado de la carretera para fotografiar aquel esplendor. Claro que sería una negligencia de mi parte no hablar de que las hojas muertas, que cobraban nueva vida gracias al viento, parecían mariposas revoloteando por ahí. ¿Buena suerte? ¿Problemas por

venir? ¿El fin de mundo? Dejé su significado a interpretación de los adivinadores; nosotros seguimos avanzando, directo al corazón de esa hoguera de hojas.

Cuando llegamos a la entrada, una silueta se iba acercando hacia nosotros. Era Clay. Levantó una mano para detenernos y fue a la ventana del copiloto para hablar con Isabelle. Cuando ella bajó la ventana, pude oler el tufo de aquel traidor.

—Señorita Isabelle.

—Clay.

—Será mejor que él no vaya a la casa. Hasta que las cosas se calmen.

—¿Qué pasa?

Clay le lanzó una mirada a la casa en un intento de explicación.

—La señorita Edith amenaza con ponerse violenta.

—Nada nuevo —dije.

—Parece molesta por algo que *él* hizo y ha estado maldiciéndolo con todas sus fuerzas desde hace unas horas. Estoy seguro de que el señor tiene una explicación, pero no sé, porque la señorita no parece estar con ganas de oír nada.

Clay no me miró ni me habló directamente al decir todo eso.

—Estoy aquí, Clay. Puedes hablar conmigo, ¿okey?

El viejo me ofreció una sonrisa conspiratoria y de arrepentimiento, como diciéndome que estábamos juntos en eso.

—Dios sabe que cuando está así no se le entiende nada, y Joe no está para calmarla. Y se encendió más con los vinos. No soy juzgón, ni siquiera me cae mal usted y creo que no es malo; yo solo vine a avisarles.

—¿Por qué está enojada conmigo?

Al principio no quería responder.

—¿Clay? —dijo Isabelle—. ¿Qué pasa?

—La señorita Edith dice que ha estado causando problemas. Metiendo ideas donde no van. La señorita Edith cree que está complotando. Y sabe adónde se fueron.

—¿Y cómo sabe eso? —pregunté, convencido de que él sabía y se lo dijo.

Se tensó ante mi tono agresivo. Su lado canalla estaba apenas por debajo de su lado amable.

—La señorita Mary le dijo.

Mis nervios volvieron, y volvieron con fuerza.

—¿Y ella cómo sabía? —preguntó Isabelle.

—Quizá tú le dijiste, Clay. Te he visto escuchando detrás de las puertas.

Clay no pudo disimular su reacción lo suficientemente rápido a mis ojos, dijeran lo que dijeran sus palabras.

—Creo que es mejor que no vaya a la casa. Ya la he visto así. No es bueno.

—Me arriesgaré.

—Trae a Besse.

—¿Besse?

—Su pistola.

—No tengo tiempo para sus amenazas —dije.

—Déjame hablar con ella primero —pidió Isabelle.

Vaya que Edith sabía cómo darle de dramatismo al momento. Estaba sentada en el porche sobre la mecedora, con una copa de vino en una mano y la pistola sobre las rodillas. Y ahí estaba Mary también, sentada detrás de su madre, con las piernas colgando por la orilla, fumándose un porro y sonriéndome sin alegría ni candor, con esa sonrisita distante e indiferente de los drogados. Todo era demasiado familiar y ligeramente cómico en la superficie, aunque debajo no había nada de qué reírse. Me pregunté si Edith había coreografiado la escena a conciencia.

—Hola, Edith. Hola, Mary —dije. Iba a mantener esa actitud y a doblegarlas con mi civilidad (además de la nobleza de mi causa).

—Hasta ahí llegas tú, niño —dijo Edith en cuanto llegué al primer escalón.

Edith nunca me había dicho «niño». Tonto, inglesito, rufián, hijo de puta, tarado, sí, pero todos esos eran apodos que aprendí a recibir con buen humor y sin ofenderme.

—Ma, Rip no tiene la culpa de esto. —Isabelle también estaba envalentonada por saberse con la razón.

—Ya me encargaré de ti luego. Por ahora, voy a hablar con este metiche.

—No, ma. Esto no es su problema. Esto es sobre nosotros.

—¿Cómo pudiste, Isabelle Bosco? —Edith hizo un gesto de dolor y luego escupió.

—Diario te digo que no es la santa que crees, ma —dijo Mary—. Yo creo

que ya ni es virgen. No si se fue de viaje con Rip. Le gusta echarse a las chicas en la carretera.

Una Edith armada y borracha con una Mary pacheca pero herida como su porrista: las cosas no pintaban bien para mí. No podía ver bien el rostro de Edith porque estaba en penumbras, pero me pareció que estaba sonriendo. Isabelle estaba bajo la luz del porche, con un brazo cruzado sosteniendo el otro, recto. Aunque no era mejor que yo para la confrontación, sí estaba segura de lo que hacía.

—No teníamos otra opción, ma. Joe tiene que demostrar que esas mariposas las capturó... mi padre.

—No le digas así.

—Eso es lo que es.

Edith rellenó su copa con más vino tinto.

—Rip fue a pedirle que testificara en la audiencia. Que demostrara que las mariposas que Joe vendió eran suyas. Y él aceptó.

—No me digas.

—Sí te digo.

—Y ahora ya son todos grandes amigos.

—Ma. No lo conocí.

—Mandaste al metiche.

—¿Qué querías que hiciéramos, ma? ¿Dejar que Joe terminara en la cárcel?

—Tal vez no sería tan malo. Podría ser lo mejor para todos.

—Estás borracha.

—¿Qué mosca te picó, niña? Nunca te habías parecido tanto a él.

—Seguro se casaron o algo así. —Mary dio una fumada a su cigarro y luego soltó el humo en enormes volutas, como si fuera un dragón.

Celeste apareció y fue a abrazar a Isabelle, pero cuando iba hacia mí Edith soltó un aplauso para que se detuviera.

—Aléjate de él, Ceelee. —Celeste se detuvo a medio escalón—. Está enfermo, no te vayas a contagiar.

—Está bien, Ceelee —dije—. Estoy bien, pero haz lo que te dice ma Edith.

—¿Es verdad que fuiste a ver al hombre malo, con Izzy?

—Vete a la cama, Ceelee —ordenó Isabelle.

A Edith no parecía molestarle tener a una niña como testigo de todo eso.

—Quizá debería quedarse. Necesita ver quién eres realmente.

—¿Ceelee? —Isabelle apuntó hacia la puerta y Celeste la obedeció y entró. Edith chasqueó la lengua y le dio un trago a su vino.

—¿No te vas a acercar, metiche? ¿O te vas a quedar en las sombras, donde perteneces?

La situación estaba tan inflamable que decidí hacer lo que fuera necesario para prevenir el incendio. Fui a sentarme en la silla. Mary se acomodó y levantó una pierna, mostrando los calzones. Me sentí triste por ella, por lo que aún no sabía. Pobre Mary. Su sangre tenía más culpa que ella.

Isabelle fue a sentarse en el escalón, con la mitad de su cuerpo adentro y la mitad afuera de la casa.

—¿Y tú, señorita? ¿Eres demasiado santa para tomar con nosotros? —le preguntó Edith.

—No tengo ganas de tomar.

Edith me sirvió un vino y me lo pasó. Había trozos del corcho flotando en el vaso y tuve que sacarlos con un dedo. Edith levantó la copa.

—Sangre de Cristo.

Yo también levanté la mía. Isabelle no quitó la mirada del jardín, pues no quería meterse en aquello.

—El sacerdote dijo que ya no puedo comulgar por estar divorciada. Pero bueno, metiche. ¿Cómo está?

—¿Cómo está quién? —¿Quería que dijera su nombre!

—No me obligues a dispararte desde ahora.

La luna iluminaba la boca metálica del arma. Me sentí seguro de que Edith no la usaría conmigo, pero una pistola es una pistola, una mujer despechada es una mujer despechada y una mujer despechada con un arma es algo que debe tratarse con mucho cuidado.

—Ah, ¿se refiere a Shelby?

Edith se estremeció al escuchar su nombre.

—El sarcasmo no me va a conquistar en este momento, metiche.

—Aceptó venir a la audiencia.

—¿Qué le dijiste, metiche? Ya sé que eres una víbora lengua larga, pero no va a venir por amor a sus hijos.

—Quizá no, pero sí dijo que le gustaría conocerlos.

—Mentiras.

—Eso dijo. Dijo que creyó que nunca volvería a verlos. A mí me suena a arrepentimiento.

—Como dije: hace falta un corazón para arrepentirse.

—Bueno, yo solo le digo lo que me dijo. Le gustaría conocer a sus hijos.

No me pareció justo ni correcto que tuviera que ser yo quien le dijera a Mary las noticias de su paternidad, pero quise darle una oportunidad a Edith. Ella miró a Mary. Fue breve, pero inconfundible. Luego no dijo nada. Estábamos tan cerca que podía ver su ojo puesto sobre mí; me tenía en la mira.

—Desde que llegaste tuve la sensación de que ni eras bueno ni traerías nada bueno. Parece que has estado creando problemas.

—Señalando los problemas.

—Señalando los problemas. Qué considerado. —Edith me observó de arriba abajo desde su lugar—. Mary me contó lo que hicieron en el viaje. Te aprovechaste de ella. Podría matarte solo por eso, por abusar de mi hija. Eres de lo peor.

Dejé que describiera por qué era de lo peor (y algo de aquello era verdad).

—Te haces el encantador. Como si no supieras bien qué está pasando. Y luego haces que la gente te aprecie. Luego comienzas a crear problemas. Crear problemas donde no deberías. Plantando tus semillitas de maldad. Diciendo que soy esto y aquello. Tirana. ¿No fue eso lo que dijo, Mary?

—Eso dijo, ma. Esa fue la palabra exacta que dijo. Y otras.

—El tiempo es un tirano y es lo que la gente necesita. No me molesta la descripción. Me molesta que se me describa. Me molesta que me ataques por la espalda. Creando problemas, metiéndote donde no te llaman, sembrando.

—Ma, por favor, ya basta. —Isabelle extendió una mano en un gesto de súplica que Edith ignoró.

—¿Te cayó bien, metiche? «El Profesor».

—Fue bastante cortés.

—Conozco a ese anormal más que nadie. Más de lo que él se conoce a sí mismo. Puedo ver que te conquistó.

—No sé si me conquistó, Edith, pero sé que vendrá a la audiencia.

Edith intentó servirse más vino, pero la botella estaba vacía y era la última

de la cosecha de Roth.

—Esto es lo único bueno que hiciste, metiche. Este vino. Te recordaré por esto.

—Estoy seguro de que cuando cerremos el trato podrá comprar más.

Edith se rio. La descripción que hizo Shelby de ella como una forajida me pareció correcta en ese momento.

—El trato se cancela. Estás despedido.

Edith cortó cartucho. Es curioso cómo una acción tan precisa y delicada es el preludio a un gran caos.

—¡Ma! —Isabelle se paró entre su madre y yo.

—¡Mira, mira! —Se burló Mary—. ¡Daría la vida por ti, Rip! Puro amor.

Mary fue a pararse junto a su madre para que no quedara duda de qué lado estaba.

Debí haber tenido miedo, como lo tuve cuando salieron las armas en Iowa, pero me sentía locamente envalentonado. La adrenalina era como cien *shots* de café directos en mi sistema. Quizá el estar a un tirón de la muerte fue lo que me dio el impulso final.

—Ya basta, Edith. Basta de su control. De su autoconmiseración. De su dominio. Y de su reinado del terror. De su rabia cansada y su amargura. De la forma en que se la pasa minimizando a Joe, de la forma en que trata a Mary como tonta y de cómo se aprovecha de Isabelle. Sí es una tirana. Y malvada. Es una mártir en llamas. ¡Una mártir maledicente que fue quemada! Y quiere que todo el mundo lo sepa. Todo ese mundo de los que puede controlar.

Tuve la sensación de estar fuera de mi cuerpo al decir eso, de ver la escena y preguntarme por qué estaba siendo tan valiente cuando la cobardía hubiera sido la mejor opción. No sé qué se me metió. En mi familia, los desacuerdos se suprimían y luego se disfrazaban de silencios, de manera que la persona más paciente y contenida (que por lo general era mi padre) ganaba la discusión. Las amenazas nunca eran físicas, siempre psicológicas. Claro que con Edith te enfrentabas a las amenazas emocionales con el peso de su ferocidad física y animal. Además, tenía una pistola. Pero seguí hablando y cavando felizmente la tumba de Rip.

—No es solo Joe quien tiene el monopolio de la exageración aquí. Esa

historia medio cegatona que cuenta sobre haber estado casada con un hombre egoísta y criar a sus hijos sola, esa historia está muy bien, pero tiene otro lado. Y eso no lo contó. Pero ¿sabe qué, Edith? El problema real es que él no es el monstruo en todo esto. Usted lo es.

Hubo una pausa, y fue como la pausa entre el momento que un niño se cae y se lastima y el grito de dolor que sigue a eso; entre más larga es la pausa más grande es la herida. Pasaron unos segundos antes de que se escuchara el disparo. Me miré el pecho para comprobar si Edith había puesto la bala donde puso sus palabras. Pero la ausencia de sangre, las astillas de madera y la humeante boca del arma apuntada al techo me informaron que había sobrevivido. Y luego vino el segundo sonido. Ni siquiera me gusta recordarlo. Un rugido bajo que se convirtió en palabras pronunciadas entre susurro y grito.

—Lárgate. De. Mi. Casa. O te mato.

Dadas las circunstancias, ni siquiera me molesté en ir por mis cosas. Me fui al Chuick con Edith soltando una ráfaga de vituperios a mis espaldas. No fue hasta que llegué al carro que me di cuenta de que Isabelle me había seguido.

—¿Rip? —Me di la vuelta, preguntándome si querría irse conmigo—. ¿Adónde te irás?

—No sé. Quizá pueda quedarme en casa de mi tía. Tengo al Chuick. ¿Y tú? ¿Vendrías conmigo?

Isabelle miró a su madre y a su media hermana. Estaba tentada de hacerlo. Estoy seguro de eso.

—Tengo que estar aquí.

—Lo entiendo.

Luego tomó una de mis manos entre las suyas.

—Gracias. —Y me besó, en la mejilla, aún sosteniendo mi mano, apretándola con una gratitud apasionada y una tensión que llevaba la promesa de que aquel no era el fin.

Me fui en el Chuick a toda velocidad. Mientras recorría el sinuoso camino que cruzaba el bosque, los faros iluminaron el reflejo de miles de ojos que me miraban desde los árboles. Sentí que aquel entorno, tan leal a sus habitantes

nativos, estaba listo para lanzarse en defensa de Edith. Estaba tan acelerado por la adrenalina del enfrentamiento y la amenaza que seguí manejando como si me persiguieran miles de perros salvajes hasta que salí de las montañas. Manejé hasta donde la gasolina me lo permitió, y finalmente me detuve en un pequeño motel en el Hudson. En ese momento me sentí tan orgulloso de mí. Me enfrenté a la tirana y lo hice frente a la gente que quería liberar, incluyendo a la que más quería impresionar. Pero, aunque ser echado con una amenaza de muerte que me rozó los pelos de la nuca sí que fue emocionante, no tenía intenciones de volver para poner a prueba la sinceridad de la amenaza. Ahora me doy cuenta de que Edith hizo su mejor esfuerzo para no matarme esa noche. Si me pongo en sus zapatos, sabiendo lo que ella sabía y yo no, creo que aquella noche yo sí hubiera jalado el gatillo.

XXIII

En el que Joe conoce a su padre en el juicio

¿Es posible sentir que extrañas tu casa, pero respecto a una persona? Porque así me sentí en los días previos a la audiencia. Era verdad que pensaba más en Joe que en Isabelle o Mary. Más que en cualquier otra persona. Lo extrañaba con tal nostalgia que me di cuenta de que Isabelle tenía razón: era Joe de quien estaba enamorado. Pensar en que pasaría cuarenta días en la cárcel me angustiaba, no porque él no pudiera con eso, y ni siquiera por su insólito talento para enfurecer a la gente y meterse en problemas, sino porque para Joe el encarcelamiento era el peor castigo imaginable. Veinticuatro horas habrían sido complicadas; ahora imaginen no poder andar de aquí para allá durante cuarenta días y noches, y no tener permitido extender sus enormes alas.

Cuando llegué a la corte, Joe estaba en el estacionamiento con su guardia. Llevaba el corbatín y el traje con los que fue arrestado y su rostro hizo un esfuerzo por iluminarse al verme.

—Hola, Rip.

—Hola, Joe. Te ves bien. —Eso no era cierto. La verdad, se veía acabado y débil.

—Estaba pensando que cuando él vea este traje creerá que me ha ido bien. Que soy un hombre inteligente y con estilo que puede comprarse un buen traje.

No estaba seguro de si Joe hablaba de su padre o del juez, pero no tuve el corazón para aclararlo. Luego se distrajo con algo en el suelo y se acuclilló

para ver qué era.

—Mira esto, Rip. Qué maravilla.

Ahí, junto a sus brillantes zapatos negros, había dos mariposas monarcas dándose un banquete en una caca de perro.

—Estas criaturitas deben haberse perdido la migración. El viento las arrastró al este de camino a México.

Ambos observamos las mariposas comemierdas.

—¿Cómo interpretarías esta señal, Rip? —me preguntó con tono burlón

En cuanto a las señales, yo no era exactamente el mejor.

—Yo diría que es una señal de que nos deberíamos ir a México cuando terminemos con esta mierda.

—Eso estaría bien, Rip —dijo Joe—. Me gustaría mucho.

Cuando se levantó noté que, pese a sus ropas conocidas, se veía diferente. Había perdido peso y el volumen de todo su cuerpo había bajado un poco. Tenía arrugas de ansiedad entre las cejas. Había unas cuantas canas en sus sienes y tenía el labio hinchado. De cerca era muy claro que los cuarenta días y cuarenta noches en la cárcel habían cobrado factura.

—¿Cómo fue, Joe? Estar encerrado.

—Superinteresante, Rip. Una reflexión sobre la condición del hombre y el estado de esta nación.

—¿Cómo mataste el tiempo?

—Hice algunas *meditabaciones*. E interesé muchísimo a mis compañeros reclusos en los insectos.

—¿Ese labio es de algo que te pasó ahí adentro?

—Nah. No es nada.

—¿Una discusión teológica?

—Un tipo quería violarme, Rip. Y ese cheque no pensaba cobrarlo.

—¿Te defendiste?

—Lo golpeé una vez. Jamás había golpeado a una persona.

—Me imagino que una vez fue suficiente.

—Es cierto, no se levantó en unas cuantas horas. Pero lo hice cambiar. Lo convertí en un amante de los lepis. Luego también convertí al guardia. Me dio unos materiales. Me dejó tener una caja de metal con tapa de cristal. También algo de algodón para hacer unas fundas. Les di algunas lecturas a

mis compañeros. Les enseñé cómo criar sus propias mariposas. Y estaban hambrientos como orugas, pero de conocimiento. Les dije que pensarán en la cárcel como una especie de crisálida previa al momento en que podrían volar y ser libres.

—Bien. ¿Estás listo para «Joe Bosco contra Estados Unidos»?

—Estoy listo, Rip.

—No me parece una competencia justa. Terminará en unos segundos.

—Ya sé —dijo. Pero no sonaba convencido.

—¿Cómo te sientes con lo de conocer a tu padre?

—¿Qué?

—Tu padre. ¿Estás listo para conocerlo?

—Agradezco que venga para *exonerizarme*.

—¿Estás nervioso?

Se acomodó su corbatín.

—¿Es broma? No conozco los nervios, Rip.

Justo en ese momento, Moroni se apareció en su Plymouth, estacionándose junto al Chuick. Nos saludó a los dos, «Señor Jones. Señor Bosco». Sus ojos estaban escondidos detrás de los lentes oscuros, pero sonreían. Yo lo sabía. Me pareció que estaba desconcertantemente tranquilo; ya no era un hombre sufriendo por atrapar, matar, rellenar, montar y colgar a Joe en la pared de su oficina. Más bien era un hombre seguro de que las cosas saldrían como él quería. Lo observamos yendo hacia la corte con pasos presuntuosos.

—Parece que lo ascendieron —dijo.

—Ángel espurio.

«Joe Bosco contra Estados Unidos» merecía una mejor arena que aquella sucia corte en Hudson. El lugar estaba apenas vaciándose de la audiencia anterior y dos guardias iban escoltando a un criminal esposado que mascullaba «No hay justicia en este país».

Al entrar, nos encontramos en una habitación con una docena de sillas de plástico plegables y unas luces que parpadeaban y zumbaban. Un guardia que llevaba una camisa manchada de comida, gordo hasta para los estándares estadounidenses, era lo único que se interponía entre los criminales iracundos y las sentencias del juez. Un juez que parecía tener otras cosas (y más importantes) en la cabeza, como un picor en la punta de la nariz, ya

estaba en su escritorio revisando la documentación. Joe y yo tomamos nuestros asientos a la izquierda. El fiscal ya estaba sentado en el lado del novio. Moroni no estaba en el lugar, y tampoco el padre de Joe.

—Parece que la *tarditud* es cosa de familia —le dije a Joe, que estaba tarareando en un intento fallido por parecer tranquilo.

La audiencia estaba agendada a las 11:00 a. m., y el juez comenzó puntualmente.

—Bueno. Comencemos. Llamo al señor Joseph... ¿Bosci? Bosco. Perdón. Por favor, acérquese. Bien. Buenos días, señor Bosco. Se le han levantado cargos por vender mariposas del Apéndice I, violando con ello la Ley Lacey. ¿Entiendo que usted será su propio abogado?

—Solo así puedo estar seguro, su *magistrancia*.

—Dígame «señor». Y debo sugerirle que no repita su anterior desacato ante las decisiones.

—Mis disculpas, señor. Creo que ya aprendí mi lección. Y aunque sostengo que la tierra de la libertad está siendo aplastada por los legalismos y los fanáticos religiosos, quiero que eso quede en el pasado más olvidado posible.

—Muy bien. Y llamará a su propio testigo.

—Sí, señor. Quiero agradecerle por darme la oportunidad de aclarar las cosas aquí y demostrar mi inocencia en este negocio de vender especies protegidas, y estoy seguro de que cuando llegue mi testigo y suba al estrado, podrá *exonerizarme* y aclarar este caso como un vidrio empañado.

El juez Breece le echó un vistazo a su libreta, leyendo con los ojos entrecerrados, antes de hacer un gesto. Era el gesto de un hombre que no había dedicado más de unos segundos de preparación y que tenía muchos casos por resolver solo en ese día.

—¿El testigo está aquí?

—Aún no, señor.

—Entiendo que su testigo podrá demostrar que las mariposas que vendió fueron capturadas antes de la creación de la ley.

—Claro que sí, señor. Este testigo es uno de los más importantes entomólogos del mundo, respetado en todos los continentes por su *erudización*; él capturó esas mariposas hace veinte años y puede demostrarlo.

—Pues ya quiero ver esas evidencias. ¿Entiendo que es su padre?

—Ajá.

—¿Confirmó la hora con él?

—Oh, no, señor. No he hablado con él en veinte años. No desde que se fue a Colombia a buscar las mariposas en cuestión. Aunque recuerdo plenamente la última conversación que tuve con él, señor. Estaba por tomar un avión en LA. Llevaba shorts. Siempre andaba en shorts. Traía todo su equipo para cazar mariposas. Entonces se agachó y dijo: «Joseph. Voy a traerte algo que ningún hombre ha visto jamás». Y yo le pregunté qué y él me dijo que sería una mariposa con cinco alas. Y luego me dijo: «Cuídalas». Eso fue antes del incendio en el que se destruyeron casi todas las mariposas de mi padre. Menos las más valiosas, que teníamos protegidas en un baúl. Fue el baúl que saqué del fuego, señor. —Joe le mostró sus muñecas al juez para que viera las cicatrices—. Eso fue en 1967, señor. Hace veinte años. O un Van Winkle completo, como diría aquí mi amigo Rip.

—Entiendo. Y son las mariposas que ha estado vendiendo recientemente las que dice que fueron de su padre. Las que se atraparon hace años. Antes de que la Ley de Especies Protegidas las volviera ilegales.

—Correcto, señor. Un set de las Grandes Cuatro. Una azul de Palos Verdes.

—¿Y su padre puede demostrar que eran suyas?

—Lleva registros de todo, señor. Es el Einstein de la contabilidad entomológica.

—Bueno. ¿Se sabe dónde podría estar ahora?

El fiscal levantó la mano.

—¿Sí, señor Kelly?

—El señor Wolff está con los agentes de la FWA revisando sus libros de notas, intentando encontrar el inventario contrabandeadado en sus registros. El agente Moroni ha pedido quince minutos más.

—Bien. Podemos esperar hasta las 11:15, señor Kelly. Señor Bosco, ¿tiene algo que agregar antes?

—Puedo compartirle algunas reflexiones sobre el sistema penal, señor. Podrían serle de interés y quizá hasta faciliten un poco su trabajo.

Breece sonrió juguetonamente.

—Soy todo oídos, señor Bosco.

—Verá. Debo decirle que los cuarenta días y cuarenta noches que viví en esta prisión estatal no fueron de grandes carencias y que, a diferencia del Señor, recibí comida y agua y ni un solo demonio me ofreció la tierra. Pero me parece que tienen muchos tipos *'teligentes* y útiles encerrados aquí sin hacer casi nada por haber hecho lo mismo. Por *ejemplosidad*, compartí celda con un hombre que hizo una bomba con cerveza solo para ver si podía. Ese tipo estaría mejor trabajando en el gobierno o en el ejército en vez de estar «Sentadito haciendo nada», que es una canción que compuse allá adentro. Va con la tonada de «Singing in the rain», por si quiere que se la cante.

—Le pido que continúe con su análisis penal, señor Bosco.

—Claro. Digamos que aun en este breve encarcelamiento he aprendido lo que es ser un hombre libre y que eso hay que apreciarlo. Fue una experiencia que me abrió los ojos, señor. Un recordatorio de que todos estamos rotos. Debo decirle que la presencia del Señor es fuerte detrás de los barrotes, señor. Yo diría que lo encontré con más claridad ahí que en cualquier congregación a la que haya pertenecido. Fue iluminador.

Me alivió escuchar al Joe que conocía y amaba, con todas sus palilogias, exageraciones y escaladas, además de la conjugación y revoltura de palabras que no deberían ir juntas, declarando esto y aquello sobre la ley y el estado de la nación y los planes del Espíritu Santo. Era una pena que su padre no estuviera para escucharlo.

A las 11:15 y con un Joe en su mejor momento discursivo, la puerta se abrió para dar paso al padre, seguido del agente Moroni, que aún parecía demasiado complacido para mi gusto. El padre de Joe se sentó sin lanzarle ni una mirada a su hijo ni a mí. Miró directamente al juez con gesto decidido. Su expresión no mostraba emociones, ni siquiera el reconocimiento de que su hijo, al que llevaba veinte años sin ver, estaba sentado a unos metros de él. Tenía la misma expresión con la que me recibió cuando fui a hablar con él: un gesto de impaciencia por el valioso tiempo que se estaba consumiendo y lo inconveniente que era todo aquello.

La entrada de su padre dejó mudo a Joe.

El agente Moroni le dijo algo en voz baja al fiscal, quien sonrió con malicia.

El juez estaba esperando que Joe dijera algo.

—Por favor, continúe, señor Bosco. Quizá podría presentarnos a su testigo.

Pero Joe estaba trabado. Cuando comenzó a hablar de nuevo, lo hizo con unos balbuceos que solo yo alcancé a escuchar. Su semblante se derritió, sus músculos faciales se aflojaron como los de alguien a quien le está dando un derrame. Su brazo, en una imitación subconsciente del de su padre, también se soltó, quedando colgado. La chispa que lo hacía brillar desapareció. Fue como si esos veinte años sin padre lo hubieran aplastado de pronto con la fuerza de un tren.

—¿Señor Bosco? ¿Está bien?

—Señor.

—Ahora que llegó su testigo, ¿le gustaría presentárnoslo?

Vamos, Joe, pensé. ¡No dejes de ser Joe en este momento! Muéstrale a tu padre la extraordinaria persona, la criatura única que eres. ¡Muéstrale de lo que se ha perdido! Tuve la horrible idea de que la Joesidad de Joe era solo una compensación por un enorme vacío emocional que ya no podía llenar, un personaje para compensar su vida sin padre y el ser un Joe simple y nada extraordinario. Miró a su padre y su expresión fue patética, su pequeña sonrisa y el movimiento de mano como un conmovido intento de encontrar un vínculo familiar. El hecho de que esa seña se quedara sin responder, que su padre no le ofreció ni un parpadeo, hizo que todo aquello fuera aún más doloroso de ver. Si el tiempo se detuvo para mí en ese momento, para Joe debió ir hacia atrás, viajando a toda velocidad hasta ser aquel niño de cinco años que despidió a su padre antes de la expedición de la que no volvió.

—Las cuidé, pa.

—¿Puede hablar más alto, señor Bosco?

Joe seguía canalizando a su yo de cinco años, mascullando las palabras tan bajo que solo yo podía escucharlas.

—Las cuidé, pa. Hice lo que me pediste. Las cuidé. Dijiste que eran lo más valioso. Por eso no saqué a ma completa. Sí la saqué un poco, pero luego me acordé de lo que dijiste. Arrastré el baúl hasta sacarlo de las llamas. Ma lo inició, pero fue un accidente. Ma dijo que debíamos quedárnoslas después de eso, dijo que ya eran nuestras. Que eran nuestra herencia. Tuve que venderlas. No teníamos otra opción. Nos ayudaron un poco. Pero nunca vendí las de cinco alas. Jamás. Hasta hace poco.

—¿Señor Bosco? Está hablando entre dientes. ¿Qué dice?

Joe se despegó el corbatín y se desabrochó el primer botón. Se quitó el saco, dejando ver las manchas de sudor en sus axilas y una columna en su espalda. Estaba ardiendo. Creo que el recuerdo tan vívido del incendio le hizo creer que estaba en medio del fuego. Sacudió los brazos en un intento por enfriarse. Yo quería apagar las llamas, tomar un extintor y rociarlo con él.

La paciencia de Breece con las idiosincrasias de Joe (impresionante hasta ese momento) al fin se acabó, lo cual fue de ayuda, pues no sé adónde iba Joe y creo que él tampoco.

—Sería bueno para su caso que presentara al testigo, si realmente quiere demostrar su inocencia, señor Bosco.

Luego salieron más palabras sin sentido de su boca, una vez más demasiado rápidas y demasiado bajo para escucharlas. Edith tenía razón: Joe sufría de una enfermedad de las palabras, pero así como casi siempre pude escuchar la poesía y el humor entre el caos, supe que aquello era el sonido de una persona a punto de romperse. Joe se enredó entre palabras y recuerdos, atorándose en el intento de comunicarle algo a ese padre que, para colmo de males, no parecía ni remotamente conmovido sino más bien indiferente al desplome de su hijo. Joe iba cayendo. Pude escuchar los gritos de «¡Cuidado abajo!». Quise atraparlo, pero ya era demasiado tarde. Me levanté, pero el fiscal ya tenía una mano alzada.

—¿Me permite, señor?

—Adelante, señor Kelly.

Me senté y animé a Joe a hacer lo mismo. Lo hizo y se limpió el sudor de la frente. Cuando puse una mano sobre su espalda para tranquilizarlo, fue como tocar a un hombre que acababa de sudar la malaria.

—El señor Wolff les mostró pruebas de la procedencia al agente Moroni y al personal de la FWA. Y estamos de acuerdo en que los objetos del contrabando fueron capturados antes de la ley y, por tanto, el señor Bosco no cometió ningún delito al venderlos.

Apreté un puño, celebrando en silencio.

—¿Oíste, Joe?

Joe no pareció escucharlo.

—Pero el señor Wolff nos pidió decir unas palabras. ¿Señor Wolff?

Shelby Wolff se levantó y fue al frente. Joe le lanzó una mirada rápida a su

padre para luego volver sus ojos al suelo. Su padre seguía sin mirarlo, pero yo no le quité la vista de encima, como lo hice aquel día en la capilla de Princeton.

—Confirmando que las mariposas por las que arrestaron al señor Bosco son especímenes que atrapé en distintas expediciones hace veinte años. En 1964, 1965 y 1967. Ya le mostré mis registros al agente Moroni de la FWA, y están convencidos de que mis notas coinciden con las mariposas en cuestión. Quiero agradecerle a la FWA por su importante labor para detener el tráfico ilegal de especies en peligro de extinción. Juegan un papel fundamental en la lucha contra la descarada destrucción del planeta a manos de personajes sin escrúpulos que solo quieren ganar unas monedas por aquí y por allá, o, en este caso, un dineral. Entiendo que el señor Bosco planeaba venderle la colección a un tal señor Truman Roth, un hombre cuya familia hizo su fortuna destruyendo al planeta que supuestamente ahora quiere salvar. Quiero que conste que las mariposas que el señor Bosco tenía planeado venderle al señor Roth no son, y nunca han sido, suyas. No fueron dejadas como herencia. La única razón por la que esas mariposas permanecieron en manos de la señora Bosco es que al momento de nuestra separación ella me mintió, diciéndome que se habían destruido en el incendio que el señor Bosco sugirió en sus balbuceos que ella misma inició. Un incendio en el que creí haber perdido alrededor de cinco mil especímenes, incluyendo un set de veinticuatro morfos azules de cinco alas, que constituyeron un gran descubrimiento científico en su momento.

«¡Creí que nunca volvería a verlos!».

—Esta colección incluye veintitrés nuevas especies, además de las diecinueve mariposas más raras en el mundo. Fueron capturadas con el apoyo financiero y el encargo del Museo Smithsonian, y es ahí donde deben estar. Es verdad que esas mariposas no le pertenecen al señor Bosco. Tampoco a mí. Le pertenecen a la nación. Y es mi deseo expreso que la colección se vaya con sus verdaderos dueños. Sé que esta disputa de pertenencia está fuera del alcance de esta audiencia, señor, pero me comentaron que la FWA tiene la capacidad de decidir a quién se le devolverán las mariposas decomisadas. Y el agente Moroni me aseguró que la colección completa volverá a quien debió ser su dueño desde siempre con efecto

inmediato.

Joe comenzó a mecerse de atrás hacia adelante en su silla. Pensé que estaba a punto de explotar o de salir corriendo.

«Ay, Joe. ¿Qué hice?».

—Gracias, señor Wolff. Parece que todo está muy claro. Se levantan los cargos y el señor Bosco podrá abandonar esta corte como un hombre libre. La FWA liberará lo contrabandeado para entregarlo al dueño original de la colección en un momento que convenga a ambas partes. ¿Tiene algo más que agregar, señor Wolff?

—No, señor.

—¿Señor Bosco?

Pobre Joe. Se había acabado todas sus palabras. A veces, cuando recibes malas noticias, no puedes procesar la información. Solo se queda ahí, atorada. Creo que así estaba Joe en ese momento. Se quedó como un tonto, y su antiguo yo no estaba por ninguna parte. Su padre era, como Edith bien dijo, un hombre carente de cualquier sentimiento, compasión, remordimiento y todas las características de un corazón sensible que mueve a quien es como ustedes o como yo. Sentí el rechazo a su hijo como si fuera un rechazo a mí y a todos los demás. Nunca le creí realmente a Edith cuando decía que si volviera a ver a su esposo le dispararía, pero cuando Shelby Wolff terminó de hablar, yo mismo lo hubiera matado de haber tenido un arma.

Dejé esa crisálida aplastada que era mi amigo en su silla y fui a seguir a su padre, corriendo hasta alcanzarlo en el pasillo.

—¡Señor Wolff! —Parecía histérico. Con razón Moroni fue a pararse entre nosotros.

—¡Ni siquiera lo volteó a ver! A su propio hijo.

—Me parece que ya terminamos con esto, señor Jones —dijo Moroni. Parecía incapaz de contener su sonrisa de superioridad.

—¡A la mierda con usted!—grité, sintiéndome de pronto muy británico.

—Con cuidado, señor Jones.

—No pasa nada, agente Moroni. Déjelo hablar. —El padre de Joe me miró. ¡Con todo gusto le quitaría veinte años de su tiempo!

—¿Cómo pudo hacer eso? Después de todo lo que me dijo cuando nos

conocimos. Y todo lo que yo le dije. Y ahora simplemente lo ignoró. ¡Es su hijo!

—El señor Bosco recuperó su libertad. ¿No fue a verme para eso?

—¡Joe! ¡Se llama Joe!

—No entiendo su enojo, señor Jones.

—Dijo que cuando terminara la audiencia querría conocer a sus hijos.

—Dije que lo pensaría. Y ya lo pensé. Concluí que sería una mala idea. Solamente lo haría por un sentimiento falso y una culpa equivocada. Y esas nunca son buenas razones para hacer nada, señor Jones.

—De verdad es un monomaniaco.

—Son los monomaniacos los que hacen las cosas.

Puede que una mariposa aletee en un lugar y provoque un huracán en otro, pero mis aleteos no tenían ningún efecto en ese hombre. Una piedra habría sentido más remordimiento.

—Su... su hijo está en ese lugar. ¿Y ni siquiera quiere hablar con él?

—No quiero.

Me le quedé viendo al padre de Joe, impactado. Ese hombre, que pasó toda su vida buscando y estudiando las hermosas aberraciones de este mundo, no quería ver la más bella de todas.

—Piense lo que quiera, señor Jones. Pero ¿es tan difícil de entender? Vine a recuperar aquello que creí perdido y que jamás volvería a ver.

XXIV

En el que vuelvo a la casa por última vez

Estoy consciente de que me infecté con la enfermedad de la exageración de Joe, pero jamás he estado tan furioso como lo estuve en el momento en que su padre se fue tras haber conseguido lo que quería y dejando a su hijo hundido en una silla, desheredado y abandonado por segunda vez. Dicen los sabios que no debemos actuar movidos por la rabia, pero sus proverbios y aforismos, astucias y sabelotoderías, no sirven de nada cuando estalla la ira. Claro que mi enojo no era por pura nobleza. Reconozco que era tanto por mi pérdida como por la de Joe. También estaba enojado conmigo mismo, pues aquella situación había sido mi culpa. Por la vana necesidad de complacer, la tonta creencia de que podría sacar a Joe de la cárcel y un deseo orgulloso de demostrar que podía mantener vivo el trato, creé un desastre. Sin mi intervención, los eventos que siguieron pudieron haberse contenido, la mierda se habría mantenido bajo el tapete, los perros seguirían dormidos, el cíclope en su cueva, etc. Una vez más había estado un paso atrás de lo que estaba pasando y, una vez más, interpreté mal las intenciones de alguien. Mi conciencia mojugata tenía todo esto muy claro, diciéndome (a gritos) que arreglara las cosas y (con una voz más baja, que elegí no escuchar) que lo hiciera apegándome a la ley.

Cuando volví a la sala de juicios prácticamente ya estaba llorando. El guardia me dirigió a la entrada.

—Saqué a su amigo. Parece que se descompuso de la cabeza.

Encontré a Joe sentado en una banca con vista al estacionamiento. Estaba echado hacia delante, con los codos sobre las rodillas, y jugueteaba con sus uñas. Tenía la mirada clavada en sus pies. ¿Alguna vez Joe había mirado

hacia abajo? Siempre estaba ocupado viendo hacia arriba. Las cosas no andaban bien.

—¿Joe? Lo siento. En serio. No sé qué decir.

Joe no respondió. Ni siquiera estoy seguro de que me haya escuchado.

Lo llevé al carro y lo ayudé a meterse al asiento del pasajero como se ayudaría a un anciano o a un veterano de guerra muy malherido. De camino a las Catskill, solté una perorata sobre su padre; cómo traicionó a Joe, cómo no cumplió la promesa que me hizo.

Joe seguía mudo. Ni un di di di. Un Joe acabado y silencioso era algo desconcertante: una criatura fuera de sí, como un tiburón que ignora las piernas flacuchas de un nadador o un tigre que le teme al antílope. Yo guardaba la esperanza de que en cualquier momento aparecería una sonrisa enorme en su rostro y diría «¡Es broma!». Me tomó varios kilómetros olvidarme de mí y comprender que era Joe quien necesitaba consuelo y que mi pesar era secundario. Intenté animar su corazón apagado, sacarlo de su catatonia. Lancé cuerdas de esperanza al pozo en el que había caído, esperando que tomara una y saliera de ahí. Hablé sobre la profunda injusticia de lo que había pasado. Que le habían robado su herencia... ¡su propio padre! Que él había sido el verdadero padre de la familia, el proveedor del pan y las mariposas. Enlisté todo lo que había de especial en él y le dije lo mucho que me enorgullecía, y mientras decía esas cosas, en verdad las creía. Pero él siguió en silencio, perdido en su interior. Desesperado, le canté su propia canción:

¿Me compras mis mariposas
que vienen de todas partes?
Las traje hasta aquí solo para ti.
¿Cuántas vas a comprarte?

Nada. Encontré una estación de radio con música country y canté con mi peor acento estadounidense, pero él seguía fuera de alcance. Antes quería que Joe fuera serio, pero no tanto. No así. ¿Adónde te fuiste, Butterfly Joe? Vuelve, por favor. Te necesito.

—¿Joe? Di algo.

Ni una palabra. Era un bicho pasmado. Una mariposa atrapada en un

frasco y yo no sabía cómo liberarla. Quizá no quería salir. Quizá necesitaba estar derrotado, acabarse. Quizá estaba cansado de ser el Gato, cansado de todo. Era fácil olvidar la cantidad de energía que debía necesitarse solo para ser Butterfly Joe.

Decidí dejarlo en paz por un rato. Ya volvería; siempre volvía de los tropiezos y las decepciones. Cuando lo conocí, pensé que padecía de una esperanza excesiva e irracional, algo que me parecía una condición estadounidense. Pero llevaba esa esperanza irracional adondequiera que iba, incluso cuando los demás no creían en él. Siempre fue el niño pobre pero optimista que dice: «Con tanta mierda de caballo, debe andar por aquí un poni».

Durante unos kilómetros más tararé una melodía inventada por mí. Cuando al fin habló, sonaba diferente.

—No dijo nada sobre mi traje.

Quería reírme, pero Joe lo dijo con el peso de una profunda revelación.

—Creí que al menos... lo notaría. Pero, bueno, no importa —dijo—. No valían la pena. Las mariposas no valían la pena. Después de todo eso.

—¿Qué quieres decir?

—Debí dejar que el baúl se quemara. Y debí sacar a ma en vez de volver por los bichos.

—No puedes culparte, Joe. ¡Tenías cinco años!

—Pude haberla salvado para que no se lastimara. Y debí hacerlo.

—Intentabas hacer lo correcto. Tu padre te dejó instrucciones.

—Resultó que no valía la pena escuchar a la persona que me las dijo.

Joe sonaba distinto porque no había trucos. No quería venderme nada. Su voz era más baja. Su tono suave, contenido, casi resignado. Era como si el encuentro con su padre lo hubiera obligado a soltar sus platos, a dejar de actuar.

—Quizá lo hizo para vengarse de ma.

—¿Por qué?

Joe comenzó a liberar otros recuerdos que tenía relegados en alguna parte, atrapados hasta ese momento.

—Porque ma se iba con otro hombre cuando él no estaba. No la culpo. Lo conoció en un bar. Un chofer. No era el tipo de ma, para nada. No me

agradaba, aunque era amable conmigo. Pero ella no quería estar con él. Yo creo que se sentía sola. La noche en que llamó para decirle que ya no iba a volver, ma intentó destruir el estudio de mi padre. No creo que haya querido comenzar el incendio, pero sí quería lastimarlo por dejarnos. Ma mintió sobre las mariposas. Le dijo que se destruyeron en el incendio y quizá eso no estuvo bien.

—Él no se las merecía. Tu madre no exageró. Es un monstruo. Debí confiar en ella. Caí en la trampa de ese hombre. Le creí —dije—. Soy un idiota.

—Estuvo bien que le creyeras, Rip. Tienes que creerle a la gente o te hundes en una espiral de cinismo.

—Pero tú las salvaste. Eso las hace tuyas, ¿no?

Joe negó con la cabeza.

—Quizá es hora de dejarlas ir.

Algo importante le estaba pasando, pero yo aún estaba tan perdido en las necesidades de mi propia saga y en construir el final que quería, que al momento no le di el peso que se merecía.

—No lo dices en serio, ¿o sí?

—Sí lo digo en serio.

—¿Vas a dejar que él se lleve la colección?

—Quiero liberarme de ellas. Han sido como una maldición.

Negué con la cabeza.

—Pero... No sería justo, Joe. Eso no es justicia.

—Las leyes del hombre no siempre aseguran la justicia, Rip. Se irán al Smithsonian. Quizá siempre debieron estar ahí.

—Y ¿qué vamos a hacer nosotros?

—Nada.

—¿Nada? ¿Solo nos aparecemos y le decimos a tu madre que le van a regresar las mariposas a ese hombre y lo olvidamos todo? Ella no las va a dejar ir tan fácil.

—No tiene otra opción.

—Vamos, Joe. Eso no es algo que diría el Joe que yo conozco.

Joe negó con la cabeza.

—Vi un destello de algo que no quiero volver a ver jamás, Rip. Sentí el fuego y luego el hielo. Y luego nada. Sentí lo que es no existir. ¡No ser nunca

más! En un sitio en el que no hay nada más que lo que nos inventamos y nuestra percepción de las cosas. Un lugar donde no hay mayor verdad en que creer y donde la Muerte y el Diablo ganan. Pero está bien. A veces tienes que ver el otro lado para comprender qué es lo importante.

La personalidad de Joe era lo suficientemente poderosa para darle forma a todo conforme a su voluntad y para el bien, que a su parecer coincidían la mayor parte del tiempo. Pero ahora parecía hartado de forzar las cosas para que encajaran en su narrativa perfecta, moldearlas hasta que tomaran formas cómicas. Quizá no era malo que Joe pensara, por un momento, que el universo era un espacio indiferente y sin Dios y que la comedia esencial de la vida era una ilusión que siempre sería destruida por rocas azarosas lanzadas por un cosmos al que no le importa nada. Porque es posible que en realidad eso sea. Pero yo necesitaba su esperanza. Y necesitaba que él creyera todo eso aunque yo mismo no lo creyera.

—No podemos dejarlo ganar, Joe.

—Estoy hartado de los bichos.

Yo no veía lo que realmente le estaba pasando a Joe; seguía acercándome a las llamas como una polilla idiota, pero él quería detenerse, ya no estaba dispuesto a luchar contra algo que no podía vencer ni seguir persiguiendo algo que no podría atrapar jamás. En las últimas horas de nuestra aventura, Joe Bosco vio las cosas con más claridad que yo.

Fue hasta que llegamos a las puertas principales que recordé que Edith me había prohibido volver a cruzarlas.

—Tu madre dijo que me mataría si volvía a verme, Joe.

—Has visto demasiadas películas, Rip. Es puro cuento. Ma no mataría ni a una mosca.

Quizá eso era cierto, pero no contábamos con que Edith iba un paso adelante de nosotros. Veinte años adelante de nosotros.

—Cielo rojo en la noche —dije.

Un resplandor anaranjado iluminaba las crestas de los árboles como una hoguera en medio de los morados, negros y marrones del cielo. Pero esas señales, de las cuales yo me creía un gran intérprete, no eran lo que parecían. Una vez más fallé en ver el bosque de la realidad por mirar los árboles de los

símbolos y las imágenes.

—Eso no es el atardecer —dijo Joe—. El sol está detrás de nosotros.

Tenía razón; podía ver el sol poniéndose detrás de las Catskill.

—Probablemente es una de las hogueras de Clay —aclaró Joe. Y luego se irguió de golpe.

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

Estaba señalando hacia el frente, directo sobre el cofre del carro. Una morfo azul había caído sobre el metal a la altura del radiador. Estaba ahí, con las alas abiertas, como la insignia de un automóvil nuevo. ¡Un milagro para ese momento del año y ese clima! La morfo solitaria se echó a volar hacia el aire frío, donde vimos el aleteo de otra morfo azul, y otra y otra. Volaban confundidas, buscando el sol. Una pequeña nube de mariposas liberada de su invernadero tropical para enfrentarse al duro clima nocturno en los Apalaches.

—¡Qué cosa más extraña! —dije.

Joe lo vio como lo que realmente era.

—Alguien dejó abierta la puerta de la granja de mariposas. Párate. Iré a ver. Tú sigue.

—Pero no puedo, Joe. No sin ti.

—No tengas miedo. Te veo en la mansión.

Joe se fue hacia el criadero de morfos, con sus largos pasos hundiéndose en la tierra, moviendo su enorme figura a un ritmo mayor que el de cualquier mortal. Mientras caminaba, extendió sus brazos y comenzó a arrear las mariposas hacia el invernadero, intentando salvarlas. Luego desapareció. Vi el vacío que dejó durante un rato y después seguí avanzando.

—Vamos, Chu —dije, dándome ánimos.

Apenas había avanzado unos cincuenta metros cuando vi dos siluetas que iban corriendo hacia mí. Eran Isabelle, que llevaba a Celeste de la mano, y Celeste, que llevaba a su muñeca por el cabello, como dos personas desterradas huyendo de la guerra. Salí a recibirlas y Celeste me abrazó. Estaba llorando.

—Mamá Edith se volvió loca.

Isabelle, sin aliento y con los ojos rojos por las lágrimas, y quizá también por

el humo, habló con una voz quebrada y ronca.

—Las está quemando. No pude detenerla. ¿Dónde está Joe?

—Está... Espera. ¿Está quemando la colección?

Isabelle asintió, recuperó el aliento y contuvo el llanto. Percibí el olor de los restos de mariposas chamuscadas en su piel. Lo razonable en esa situación, lo que Lew Jones habría hecho, hubiera sido subir a Isabelle y Celeste al carro para alejarlas, dejando a Edith y a los otros a su suerte. Pero lo razonable no había sido mi amigo ni mi confidente desde hacía un tiempo, y aún pensaba que podía ganar.

—Debo detenerla —dije.

—Es demasiado tarde. No vayas, Rip, por favor.

—¡No puede destruirlas!

—¡Rip! No puedes detenerla.

—Ve por Joe, yo voy para allá.

La idea de todos esos dólares ardiendo en llamas era dolorosa. Cada segundo perdido significaba otra rareza convertida en humo. Aún estaba tan seguro de mí, de mi capacidad para arreglar las cosas, que seguí manejando.

Al llegar a la casa pude ver la fuente del falso atardecer: la hoguera de Clay, ardiendo más fuerte y más alto que nunca. Parecía que estuviera quemando más que hojas, pues alcancé a ver una silla entre las llamas anaranjadas. La Ford de Clay estaba estacionada junto a la construcción exterior, con una lona sobre varios contenedores apilados cuyo peso había ladeado al vehículo y lo hacían parecer el auto de un okie. La ventana de la biblioteca estaba abierta y una columna de humo salía elevándose hacia el cielo púrpura. Una llama brilló desde el interior de la ventana abierta y le siguió el sonido de un cristal quebrándose. Era una operación de destrucción total o una estrategia incendiaria. Deja tus tierras, pero quema todo lo que sea de valor antes de que llegue el enemigo.

Respiré profundo. La Walther de Mary seguía en la guantera. Nunca había usado un arma, pero ¿qué tan difícil podía ser? Era un peso frío, sólido y satisfactorio en mi mano. Encontré el seguro. Corté cartucho. Abrí la recámara (aunque no estoy seguro de que esos fueran los términos correctos para lo que estaba haciendo). Tomé el arma y salí del auto. No había señales de los perros. Corrí a la casa y subí por las escaleras hacia los gritos, las cosas

rompiéndose y el olor a quemado, pistola en mano pero sin intención de usarla, imitando los movimientos aprendidos en las películas de policías y vaqueros, agazapándome y preparándome para atacar. Llegué a la planta alta, donde me encontré con Clay, que venía por el descanso con dos botes de gasolina. Cuando me vio se detuvo, bajó los contenedores y levantó una mano como un policía de tránsito que me bloqueara el paso.

—No es bienvenido aquí.

—No hagas esto, Clay.

—Más le vale que se vaya —dijo—. O lo voy a destazar como a una trucha.

Clay siempre había sido respetuoso conmigo, pero ahora ya había dejado el personaje del sirviente humilde y sumiso. Incluso prescindió de mi nombre y lo interesante es que, despojado de sus repugnantes tonos religiosos, sonaba mejor. De hecho, prefería al Clay desagradable pero real que al Clay falsamente amable.

Se escuchó otro estruendo desde la biblioteca.

—¿Por qué está haciendo esto? —Me aclaré la garganta intentando esconder el miedo en mi voz.

—No va a permitir que él se las lleve.

—La van a meter a la cárcel por esto. Todos podríamos ir a la cárcel.

—Usted no va a pasar de aquí.

Clay tenía el doble de mi edad, pero estaba en forma, era delgado y sabía defenderse a la mala. Fácilmente me derrotaría en un combate mano a mano. Pero, y esto es lo maravilloso, yo tenía algo que me hacía mucho más poderoso que él: ¡un arma! Sí. Joe tenía razón: las armas les dan superpoderes a los idiotas y los débiles. Y yo era al menos una de esas dos cosas. Apunté la pistola hacia la cabeza de Clay. Me gustaría contar que dije algo *cool*. Algo como «¡Hazte a un lado, bastardo!». Pero estaba demasiado nervioso para construir una frase decente, así que solo dije «¡Afuera!». Clay me tomó lo suficientemente en serio, levantó las manos y se hizo a un lado. Me alegró que así fuera, tanto por mi bien como por el suyo, porque la emoción de decir tan solo esa palabra mientras sostenía el arma me dio tal sensación de estar en lo correcto, que la más ligera señal de resistencia pudo haberme orillado a jalar el gatillo. Y eso me hubiera metido en más problemas que en los que de hecho me metí a partir de ahí.

—La señorita Edith tenía razón sobre *usted*. Es malvado. El Señor se vengará.

—Cuento con que Él tendrá un mejor sentido de la justicia que tú. Ahora vete de la casa o te mato. Y si sueltas a los perros, los mato a ellos. Lo cual me encantaría hacer.

Me gustaba escuchar mi versión empistolada. Las armas sin duda le dan a uno un valor temporal. Me sentía dentro de un campo de fuerza, proyectando poder y asertividad. Era una pena que solo tuviera un público de una persona. Esperé hasta que Clay bajó las escaleras, salió del lugar y cerró la puerta.

Aún no sé bien por qué entré a la biblioteca ni por qué estaba tan decidido (lo suficientemente como para arriesgar mi vida) a salvar a esas mariposas. Quizá tenía ese valor de caminar sobre el fuego que tienen los condenados. Sí tuvo algo que ver con salvar la colección por la colección misma: la idea de que se hiciera cenizas y que la gente nunca la viera y que todo el trabajo de Isabelle se hiciera nada. Creo que también quería salvar a Edith. Tanto de sí misma como de la ley. Y, claro, aún tenía la loca esperanza de salvar el trato. Pero lo que realmente quería salvar era a mí. Mi reputación. De algún modo empalmé el rescate de esas mariposas con el rescate de mi nombre en esos últimos momentos de desesperación.

Qué escena: Elijah, en lo alto de la escalerilla, sacando los cajones de arriba para echarlos al piso con un estruendo; mariposas sin montar por todo el suelo, algunas bocabajo, otras bocarriba; Edith parada junto a un bidón de petróleo que Clay debió haber arrastrado desde el patio trasero, levantando los especímenes liberados para echarlos en el barril como hojas sueltas en la fogata, con sus colores brillando una última vez antes de desaparecer en la pira. El olor de aquello era algo muy especial, un aroma fuerte como a pino machacado, y el calor era increíble. Edith, con el cabello recogido en un fular a cuadros, llevaba guantes de jardinería y un chaleco que dejaba ver sus hombros desnudos y la piel quemada por el fuego que ella misma inició veinte años atrás. Nunca se había visto más apalache. Apoyada en el bastón y con su ojo parchado, parecía una pirata pirómana enloquecida, disfrutando como una demente de lanzar los especímenes al fuego, deteniéndose a veces para arrancarles las alas y decir unas últimas palabras. Los sonidos de los cristales rompiéndose y el crujir de cientos de tórax en llamas le daban el

toque de dramatismo extra al caos.

—¡Edith!

Estaba tan perdida en su ritual que no me vio ahí, en la puerta, hasta que grité su nombre por tercera vez. Cuando al fin me miró, pareció no preocuparle para nada.

—Metiche, ¿eres tú?

Lanzó una mariposa rosa con negro al fuego.

—Pareces un poco sorprendido, metiche. Un poco decepcionado. Como si no hubieras conseguido lo que querías, como si no hubieras sabido con quién te estabas metiendo.

—Edith, por favor. ¿Por qué hace esto?

—Debí dejar que estas desgraciadas ardieran hace veinte años.

—No lo haga, Edith. Irá a prisión. Es destrucción deliberada de la propiedad. No vale la pena. ¡Ese hombre no vale la pena! Tenía razón sobre él, Edith. A Shelby no le importan las personas. Salvo él mismo. Pero usted no es así. A usted sí le importan, yo sé que sí.

—Mira, mira, ahora ya entiendes todo. Pero no se trata solo de ese hijo de puta. Se trata de estas mariposas malditas.

Claro, no se trataba solo de Edith negándole los insectos a Shelby. Quizá estaba quemando lo máspreciado para él, pero también era una pira para su propia infelicidad, para deshacerse de la fuente de sus problemas y sus penas. Al destruir las mariposas estaba rompiendo la maldición y liberándose del pasado.

—Hay algo por lo que te quiero dar las gracias, metiche.

Esperé el elogio inesperado.

—Quiero darte las gracias por iniciar este incendio.

—Yo no soy responsable de esto —dije, débilmente.

—Oh, esto te lo voy a colgar a ti, metiche. Definitivamente tú lo iniciaste. Tengo testigos.

Podía ver a Elijah mirándome desde arriba. Parecía abrumado y confundido sobre qué debía hacer.

—¡Elijah! Detente, por favor.

Me miró y luego a Edith y luego el arma que yo estaba ondeando. Parecía asustado y eso me asustó aún más a mí. Algunas personas pueden manejar

un arma como si fuera algo tan común como un cepillo de dientes, pero yo no era una de esas personas, y el brazo me temblaba y mi mano ya no podía sostener esa pistola que tenía apuntada hacia mi antigua anfitriona, la madre de mi buen y querido amigo Joseph Bosco, una mujer que, pese a todo lo que sabía sobre ella y lo que estaba haciendo, admiraba mucho, y por la que incluso sentía cierta simpatía. Ella sabía que yo no iba a usar el arma, y aunque hubiera pensado que sí podría hacerlo, creo que no le habría importado. Ya había cruzado esa línea, tanto que mi orden de que se detuviera fue ignorada por completo y mi repetición de la misma solamente la hizo reír. De cualquier manera, ya era demasiado tarde. Todos los cajones estaban vacíos. Todas las cajas rotas. Y mil especímenes ya estaban en la hoguera. El calor y la creciente falta de aire hacían difícil pensar. Nunca había considerado el tamaño de la rabia de Edith y de su incapacidad para perdonar, pero en ese momento supe que nada la apaciguaría. Ni la restauración de su rostro arruinado. Ni siquiera volver en el tiempo. Creo que la rabia se había vuelto parte de su ser. Era su identidad. Y quería que eso ardiera también.

No podía dispararle. Lo único que podía hacer que no implicaba matarla era patear ese maldito bote en llamas para que ya no pudiera quemar lo que quedaba de la colección. Eso parece una secuencia lógica de pensamiento ahora, pero en el momento no fue así. Me imaginé pateándolo y luego, en el mismo segundo de pensarlo, ya lo estaba haciendo. Corrí hacia allá y lo pateé de lado para que no cayera sobre ella. Como resultado se fue hacia la ventana y el contenido (madera, mariposas chamuscadas, papel) se regó por la alfombra y corrió hasta las enormes cortinas de seda. No tuve tiempo para evitar que el fuego las consumiera porque Edith se lanzó contra mí con un trozo del cristal de una caja rota. Me eché hacia atrás intentando lucir como alguien que realmente dispararía el arma y aún seguía, penosamente, apuntándola con el seguro puesto.

—Lo haré —dije.

—No tienes los huevos.

Es verdad lo que dicen, que cuando alguien enfrenta una situación de vida o muerte el tiempo parece alentarse y casi detenerse. Quizá fue el intenso calor y la inminencia del desastre total, pero tuve algo como lucidez terminal,

esa claridad profunda que se dice que experimentan los enfermos en las horas previas a su muerte. Pese a mi peligrosa posición (o quizá gracias a ella), me sentí seguro de que estaba ahí, en ese lugar, en ese momento, por una razón, que todo ese desastre se arreglaría, que la violencia y la destrucción se transformarían en algo bueno, que de las cenizas renacería la belleza. Y luego, casi al mismo tiempo que tuve esa revelación, vi colores y estrellas brillando sobre un telón de terciopelo negro.

—¿Rip?

—Lew.

—¿?

—Volví a ser Lew. Le pediré al capellán de la prisión que me desbautice.

—Okey. Lew.

—Ya sé. A mí tampoco me suena bien. Pero pensé que quizá mi suerte cambiará si vuelvo a mi antiguo nombre. Si recupero mi antiguo y aburrido yo. Rip era puros problemas. Creía que podía salvar a todos. Creía que sus acciones no tenían consecuencias serias.

—Yo creo que Rip intentaba hacer el bien, ¿no?

—No realmente. Se metió y se quemó. Tu madre tenía razón sobre eso. Pero bueno. Qué gusto verte, Iz.

—Lamento que haya pasado tanto tiempo desde mi última visita. Ha sido difícil. Con lo de Ceelee. Pero le encontré una escuela y mi prima nos recibirá durante un tiempo, al menos hasta que me vaya a la universidad.

—¿Conseguiste lugar?

—En Yale.

—Qué maravilla, Iz. ¿Con beca y todo?

—Sí.

—Vaya, eso es... perfecto.

—Gracias. En parte eres responsable.

—¿Cómo?

—Me retaste. Cuando dijiste que debía dejar de ser la madre de todos. ¿Ves? Rip no era del todo malo. Y a Ceelee le caía bien.

—¿Cómo está esa duendecilla?

—Ha estado dibujando mucho desde que nos fuimos de la casa. Sobre todo incendios y mariposas. Te hizo un dibujo.

—Veo que me puso tras las rejas.

—Pero te dio una pluma.

—¿Es para abrir la cerradura?

—Quizá es profético.

—¿Tengo que sacarme de aquí escribiendo? Como uno de tus rusos.

—Sí parece un poco ruso. Con tu cabello rojo y ese bigote despeinado.

—¿Tolstói o Dostoyevski?

—Más bien Gógol.

—¿Un tipo guapo?

—Astuto. Encantador.

—Esas cosas no son las que te conquistan.

—...

—Siempre estuviste fuera de mi alcance, Iz. Y también Mary, a decir verdad. No merecía a ninguna de las dos. Y a ambas las traté con... con descuido.

—Lo siento.

—No lo sientas. Si hay algo que la prisión te quita es el ego. Te muestra lo que realmente eres. He tenido tiempo para descubrir algunas cosas sobre mí... y para dejarme la barba.

—¿Qué has descubierto?

—Que puedo dejarme la barba.

—De hecho te queda bien.

—La otra gran cosa de la prisión, además de dejarme la barba y reflexionar sobre la mugre de mi alma, es el tiempo que he tenido para leer. Ya leí a tus grandes rusos. «¡El hombre es una criatura que puede acostumbrarse a cualquier cosa!».

—Dostoyevski.

—Sí. Y es verdad. Me he adaptado. Me estoy convirtiendo en una de esas polillas que me mostraste, las que se mimetizan con la mugre.

—¿Eso que está ahí en la mesa es tu confesión?

—Sí.

—Has escrito mucho. ¡Casi parece ruso!

—Joe tenía razón. Hay un tiempo para leer las historias y un tiempo para hacerlas, pero también hay un tiempo para escribirlas.

—¿Ya terminaste?

—Casi. ¿Por qué?

—Tengo noticias. ¿Me puedo sentar?

—Perdón. Mis modales se han deteriorado en este lugar.

—Mary se apareció... en casa de mi prima.

—Oh.

—Quiere declarar diciendo que tú no provocaste el incendio.

—¿En serio?

—En serio.

—Es más perdón del que merezco.

—Ese es el punto del perdón.

—¿Qué la hizo cambiar de opinión?

—Nos hicimos la prueba de sangre. La que tú sugeriste.

—¿Y?

—Tenemos distintos padres. No es que eso importe realmente. Lo que importa es que ya sabe la verdad. Sabemos la verdad. Pero eso ablandó un poco su lealtad a la versión de los hechos de ma.

—¿Está dispuesta a apoyar mi versión?

—Quiere decir que las mariposas se destruyeron en el incendio y que fue un accidente. Quiere que tú hagas lo mismo. Si decimos que fue un accidente, mi padre no nos demandará y nadie irá a la cárcel.

—Qué basura de tipo. ¿Lo has visto?

—No.

—¿Lo perdonaste después de lo que hizo?

—No tengo otra opción. Ya sabes qué es lo que creo.

—Pues qué impresionante. Yo no podría creer en un Dios que perdona a alguien así.

—¿En qué clase de Dios te gustaría creer?

—No sé. Uno que lanza fuego, se venga o empareja las cosas.

—Ya pareces uno de esos predicadores con los que Joe siempre se pelea.

—Joe.

—Lo extraño.

—Sí lo extraño. De una forma en la que nunca había extrañado a nadie. Se me aparece en sueños. Casi cada noche y sin invitación. Como diciendo «Qué sueño más aburrido, lo voy a hacer interesante».

—Yo también lo extraño.

—Extraño su esperanza. Era completamente incapaz de resistirse a la

esperanza. Salvo quizá por esa vez después del juicio. Todo es mi culpa, Iz. Nada de esto hubiera pasado sin mí... si no hubiera intentado arreglarlo al final.

—No puedes culparte por lo que pasó.

—Sí puedo. Provoqué un desastre. Lo arruiné para todos ustedes.

—Nos ayudaste a liberarnos.

—Menos a Joe. Puede que lo haya matado de verdad.

—No lo mataste.

—Me metí en una situación de la que necesitaba ser rescatado. Y él me rescató.

—Sí.

—Pero no crees que esté vivo, ¿o sí?

—No lo sé.

—No encontraron el cadáver.

—No.

—Y Joe tiende a desaparecer.

—Supongo.

—Y alguien me salvó.

—Es cierto.

—Esa es mi esperanza. Está vivo. Voy a seguir creyéndolo hasta que encuentren su cadáver. ¿Sí?

—Sí.

—Sí.

—En serio lo amabas, ¿verdad?

—Lo amo. En presente. No hay pasado en el amor.

—Sí. Lo amas.

SEXTA PARTE

Hay un fuego ardiendo
al centro de esta casa,
y sus flamas abrazan
a los más amados
y queman los corazones
de los que fueron olvidados
convirtiendo sus tesoros
de oro en cenizas.
Es parte demonio
y parte madre,
dos medias hermanas
para un medio hermano.
Ruge y arde,
quema y grita,
incendia nuestros sueños
¡y nada lo debilita!
En ese fuego
lo vi perderse
para salvarme el pellejo,
ya que no mi corazón;
para rescatar algo
que vale más que un millón
y dejar que esta historia
llegue a su conclusión.

EPÍLOGO

Había pasado un año desde que me encontré por primera vez con Joe Bosco y su media hermana, Mary-Anne, en las cataratas de Kaaterskill, y seis meses desde que desperté en la prisión de Hudson, en el estado de Nueva York. El golpe en mi nuca (que me dio Mary con la culata de Besse, la pistola) provocó un hiato en el tiempo, convirtiendo los segundos en años y haciendo que los años parecieran segundos. Durante varios días estuve confundido e incapaz de entender lo que había pasado, como envuelto por el velo de aquella niebla mística de las Catskill. Mi mente estaba llena de las visiones de esos últimos segundos enloquecidos en la mansión. Un momento estaba frente a Edith y el trozo de cristal en su mano, al otro estaba tirado en la entrada, de costado, con la casa en llamas y emanando tal calor que alcanzaba a oler los pelos chamuscados de mis brazos. Vi a un hombre, o la silueta de un hombre, entrar a la casa; intenté decirle lo que era más que obvio, que la casa estaba en llamas y que muy probablemente moriría si entraba, pero las palabras se ahogaron en mi garganta. Cuando recuperé la conciencia, en el ala médica de la prisión de Hudson, me dijeron que grité el nombre de Joe varias veces e insistí en que los médicos evitaran que mi amigo se metiera a la casa en llamas. Un doctor me dijo, y quise creerle, que esa visión probablemente era el resultado del golpe en mi cabeza y que seguro no vi a nadie entrando a la casa. Tras ser tratado por el traumatismo y la conmoción, me dijeron que estaba detenido por sospechas de haber provocado el incendio y por la destrucción intencionada de la propiedad gubernamental. La FWA y Shelby Wolff me acusaron de destruir la colección, una acusación apoyada por el hecho de que yo fui la única persona que se encontró en la escena del crimen y que se me escuchó diciéndole a Shelby Wolff durante la audiencia de Joe que, si por mí fuera, nunca volvería a ver

esos bichos. En la cárcel los días pasaron lentamente y las semanas rápido hasta que, durante el sexto mes de mi encierro, Clay fue visto por el tenaz agente Moroni en un parque de remolques de Tucson, donde Edith y él comenzaron un nuevo negocio de flores secas. Tras algunos interrogatorios, Clay sugirió que probablemente el incendio había sido accidental. Una declaración que Elijah apoyó al superar su monosilabismo y testificar, diciendo que creía que el fuego había sido provocado por la combustión de los materiales para preservar las mariposas. Pero todos los cargos que pendían sobre mi adolorida cabeza fueron al fin levantados cuando Mary (contra toda expectativa y todo lo que yo merecía) testificó que el fuego ya había iniciado cuando yo llegué a la casa, y me soltaron casi exactamente un año después del día de mi llegada a Estados Unidos.

Estando en la cárcel soñé mucho con la libertad, ¡y frecuentemente me confundía con esos sueños! Cuando la liberación real llegó, no me parecía cierta. Me habían indultado, pero no me sentía feliz. No sentí que reviviera en mí la esperanza después de la desesperanza, o *reesperanza* (la palabra que usó Joe cuando me visitó en mi sueño). En la prisión al menos había encontrado mi propósito, mi razón, escribiendo mi confesión, y tuve tiempo para reflexionar en los eventos y lo que decían sobre el estado de mi alma. Y, aunque no estaba conmigo en persona, mantuve vivo a Joe en mi imaginación y a través de las palabras en mi declaración. En verdad, Joe estuvo tan presente para mí en mi reconstrucción diaria de los hechos que, cuando terminé, inmediatamente sentí su ausencia como una muerte; estaba solo y abandonado, y estuve tentado a inventar y escribir nuevas aventuras solo para volver a estar con él. En la prisión creía que Joe se me aparecería en cualquier momento para liberarme una vez más de las cadenas de mi frustración existencial o incluso de la prisión misma. Me negué a aceptar la posibilidad de que mi amigo estuviera, como las autoridades declararon, desaparecido y probablemente muerto, e incluso durante los primeros momentos de mi libertad lo estuve esperando. Al cruzar las puertas de la cárcel pensé que lo encontraría en el Chuick, pisando el acelerador y anunciando nuestra nueva aventura. Pero no estuvo ahí.

Algunos creen que, si corremos con suerte, nos toca una gran aventura en la vida. Al tomar el camión de vuelta a la casa de mi tía en las Catskill sentí el

peso de saber que yo ya había tenido la mía y que la persona que me la dio ya no estaba ahí para que le agradeciera y para recordarla juntos. Mi tía me recibió con dulzura. Su amabilidad atolondrada me ayudó a reflexionar sobre el tiempo que pasé en la cárcel y las cosas que acontecieron. Hizo lo mejor que pudo para hacerme sentir que casi no estuve ausente y que esos seis meses en una prisión estatal fueron una buena experiencia y abono para el campo de las letras.

—Qué cosas viviste, Lew. Espero que no te hayas decepcionado de Estados Unidos.

—Amo este país. Soy un estadounidense converso. Estados Unidos y yo tenemos cosas pendientes.

—Sabes que puedes quedarte aquí conmigo. Escribir más libros.

—No lo sé. Me refiero a lo de los libros.

—Pero ¿sí terminaste el que estabas escribiendo?

—Casi.

—Quizá podría dárselo a alguien. Conozco gente en el mundo literario.

—Qué amable, Julia. Pero no estoy seguro de que les vaya a gustar. Ni siquiera sé si cuente como «libro».

—Me gustaría leerlo.

Una copia de mi confesión, amablemente mecanografiada por el taquígrafo de la prisión de Hudson, estaba en el escritorio del Granero de los Diez Mil Libros, junto a la Remington en la que comencé mi Americodisea. No la había leído desde que me liberaron y había ido retrasando ese momento por miedo a odiar a ese joven jactancioso que le creó tantos problemas a aquella familia y que tuvo la soberbia de pensar que podía salvarla. Cuando me acerqué al manuscrito, me sorprendió que todas esas palabras hubieran salido de mí. El encierro al menos me había dado una cosa que ni los billonarios pueden comprar: tiempo. Tiempo para pensar, para recordar, para aclarar mi historia. Aunque tras intentarlo, no sé si es posible escribir una historia clara, ser honesto con lo que esencialmente son hechos vagos y verdades evasivas. Probablemente se me acusará de ser uno más de esos narradores que no son de fiar (¿como si realmente hubiera narradores confiables!). Sé que al escribir silencié algunas voces, en especial la de mi padre, que eran trabas que me impedían avanzar. Exorcicé aquel fantasma;

estaba escribiendo para salir de un agujero de pena y depresión tanto como de las expectativas (muchas de ellas imaginarias) que me ataban al fondo. También sé que fue un acto de conservación. Me dolía que la magia y la maravilla de ese tiempo y la brillantez única de Joe pudieran perderse sin ser conocidas por el mundo. Al escribir mi declaración intentaba conservar algo de sus palabras, de sus acciones, así como también de esa familia extraordinaria. También intentaba representar la gloria de este país. Estados Unidos, aún no termino contigo. Tu lado salvaje, tu locura, tus maravillas. Joe siempre dijo que la tierra de la libertad y el hogar de los valientes no era realmente un lugar sino un estado mental, y yo seguiré buscando ese estado. Y en cuanto a la «Verdadera Libertad», bueno, lo único que sé es que se necesitó que me encarcelaran para liberar algunas cosas de mi interior. Todos estábamos en nuestras propias prisiones cuando nos conocimos, y se requirió un fortachón de circo para que separara esos barrotes hasta que pudimos salir. También sé, por sobre todo, que esta confesión es un acto de autoconservación, una forma de dejar mi huella. Sí, ¡la vanidad es grande! Algunas noches en la celda me sentía como uno de esos dibujos antiguos en las paredes de una cueva que hablaban de los sueños e intentaban capturarlos para que los descendientes pudieran conocer su historia en los siglos por venir. Recuerdo el día en que lo terminé. Larson me llevó un café y un pan, y me dijo que me veía diferente; aunque no dije nada sobre esa transformación, sí me sentía diferente. Se me había retirado el peso de los hombros y me sentía ligero y ágil como una cola de golondrina, feliz de ir adonde el viento me llevara. Mirando el manuscrito en el granero de mi tía, me di cuenta de que no me importaba lo que pensarán los demás: si les gustaba, si lo creían, si lo admiraban. Era, como me dijo Larson, una historia que solo yo podía contar.

En mis últimos días en Estados Unidos terminé de escribir mi historia y luego intenté escapar a otras, llevándome libros a mis caminatas por las montañas durante el día. Pero era demasiado fácil encontrar el fantasma de Joe en esos lugares, y cada vez que abría un libro podía escucharlo diciéndome que lo dejara y fuera a vivir el siguiente capítulo de mi vida.

Una mañana, unos días antes de volver a casa, recibí una carta con timbre

de Jamaica, dirección de México y fechada quince días antes. La carta estaba escrita con una letra angular e infantil, con las mayúsculas bien marcadas y las barras de las «t» en lo alto, visionarias (eso, o era la letra de un loco). Las palabras eran estadounidenseamente optimistas: generosas, sentidas y con una cadencia de predicador, y presentaban esas declaraciones que despiertan la esperanza falaz. La ortografía era creativa y también algunas palabras. Pero no requerí de un grafólogo para que me dijera quién la había escrito ni cómo era su autor; tampoco un entomólogo que me revelara el nombre de la enorme mariposa azul de cinco alas que venía en un sobre de papel glassine pegado al interior de la carta.

México, por ahí.

¡Rip!

Aleluya. No estoy muerto. Te va a dar el patatús al enterarte de esto, yo sé que sí. Ya puedo ver esa sonrisa cínica que nunca pude quitarte. Y escucho tu voz, ¡cómo extraño tu voz! Escucho cómo dice «¿Dónde diablos está Joe Bosco?». Me imagino que pensarás que esta situación es una de esas en las que «¡Las palabras están de más!». Te envió esta carta a la casa de tu tía porque me imagino que así te llegará de algún modo. Bueno, por razones que no necesito *explicantearte*, no te puedo dar una dirección exacta. La que puse ya debe ser vieja. Solo quiero que sepas que estoy en alguna parte de la región neotropical, y que tiene la segunda mariposa más grande del mundo como emblema nacional.

Lamento que te hayan encarcelado y todos los problemas con los que te dejé. No esperaba que te culparan de todo. Pero supongo que las familias siempre tienen que salir al quite, y Clay es leal como un perro. Cuando Iz me encontró en el criadero y me dijo que habías ido a detener a ma, no le creí; especialmente por lo que te acababa de decir sobre que esos bichos no valían la pena (al menos no todos). Qué locura fue esa. ¿En qué estabas pensando? Tuviste suerte de que ma me dijera que estabas ahí. No creo que te hubiera dejado morir ahí en el fuego, así que tampoco te sientas muy rechazado. Espero que puedas perdonarla. ¡Tienes que perdonar para poder seguir volando!

Resulta que no eras el único que necesitaba ser salvado del fuego. Moví a

los fenómenos el día en que Moroni me arrestó y los puse en un lugar en el que nadie los buscaría. Iz y yo siempre bromeábamos con que, en caso de incendio, uno de nosotros agarraría a las aberraciones. Tengo aquí a las veinticuatro criaturillas. Menos la que te envié. Confío en que ese fenomenito llegó sano y salvo en esta carta y que lo tendrás en algún lugar donde nadie podrá encontrarlo. Cuídalo, Rip. Haz lo que quieras con él. Quizá podrías dárselo a tu Museo Nacional de Historia en Londres. O venderlo. O guardarlo como un momento conmemorativo en honor... ¡a mí!

Algo que debes saber es que creo que encontré una esposa. Mientras te escribo esto, Amelia está junto a mí. No solo es hábil y bonita sino que tiene una mente entomológica, Rip. Su lepi favorito es el mismo que el mío (actualmente, el albatros chocolate). ¿Crees que el Señor me hizo pasar por todo eso solo para ayudarme a encontrar una esposa? ¿No dije que debía medir al menos un metro con setenta y seis, de unos cincuenta y nueve kilos, que no debía tener intenciones de asentarse y sí buena teología? Se ruborizó cuando le dije lo que estoy escribiendo ahora mismo, así que lo tomaré como un sí. Le he estado enseñando sobre las cinco regiones faunísticas, los estadios de vida y las clasificaciones.

No te sientas mal porque no pude reencontrarme con mi padre. Algunas cosas no pueden pasar de este lado del cielo. Claro que siempre me pregunté cómo sería y sabía que ma le daba un giro negativo. Pero también sabía que ella no mentía. Nos estaba protegiendo. No digo que lo que ma hizo estuviera bien, ni entonces ni ahora, pero lo entiendo. En sus zapatos, creo que yo habría hecho lo mismo. Tú esperabas que él hubiera cambiado y te felicito por pensar así; muy poco cínico para un europeo como tú eso de creer que una persona puede cambiar. No dejes eso. Aunque recuerda que cuando san Francisco convirtió al lobo, el lobo siguió siendo lobo. ¡Mi padre seguía siendo el mismo Wolff!

Hay algo gracioso en todo esto. La verdad, me partí de risa pensándolo. No es por ser cruel, pero ¡ganaste más de lo que esperabas! Confío en que cumplirás tu promesa de escribir la historia de nuestras aventuras y sé que será mejor por haberme conocido. Casi lloro de risa cuando pienso en que no me hubieras conocido y que sí hubieras escrito ese libro que estabas

planeando. Un libro lleno de cosas que impresionarían a los tipos que nunca van a las montañas ni les da el sol. Asegúrate de que este libro contenga todas las cosas que dije. Estados Unidos, las mariposas y la búsqueda de la Verdadera Libertad, para lo que creo que ya estás calificado. ¡Escríbelo en Panavisión!

Este no es el final de la historia, Rip. Ambos lo sabemos. No siento que nuestros días entre mariposas hayan terminado. Es una llama que debe seguir encendida. ¡No dejes que los vientos turbulentos la apaguen, Rip! ¡Eso! ¿Fue una de tus similitudes épicas? Sé que te gustan las metáforas como a algunos les gusta la comida chatarra. Así que aquí te va otra. Recuerda que la vida es una manzana y tienes que comértela a mordidas, ¡no pelarla y partirla y hacerla rebanaditas!

La otra noche soñé algo, y ya sabes que no me importan mucho los sueños, pero me visitaron. Es en serio. ¡No temas! Esta visita divina no tuvo ningún mensaje en especial y no hay nada que agregar a lo que el Señor ya dijo sobre casi todo lo que tiene que decirse. Pero se me apareció como una morfo azul. Me dijo que mi tarea en la vida es ayudar a los a los perdidos, a los abandonados, a los maltratados y a los olvidados, y hacer que las personas vean lo maravilloso que es vivir. Le dije que contara conmigo. Y luego desapareció. Fue tan real, Rip. Más real que la vida misma. Cuando desperté, pensé: ¿Me estoy volviendo loco? ¿Fue uno de esos ángeles espurios queriendo fundar otra religión? Tienes que poner a prueba a los espíritus, eh. Tienes que saber diferenciarlos. Voy a tener que sopesarlo, pero me inclino a creer que sí era el Todopoderoso.

Las cosas se arreglan, Rip. La vida está demasiado llena de alegrías y cosas maravillosas como para renunciar a ella. Algo con lo que siempre puedes contar: las estaciones cambiarán, de los huevos saldrá vida, las pequeñas orugas crecerán hasta volverse pupas y luego emergerá de ellas una mariposa, se secará las alas y, muy pronto, volará por primera vez. La gente dice que los finales felices son para los tontos y para los locos. Entonces soy uno de ellos. Esta historia aún no se acaba, y pase lo que pase en el camino, va a terminar bien.

JOE

Estaba tan sorprendido que me tomó un rato llegar al final de la carta. Joe por escrito no era sustituto de Joe en persona, maldito, ¡tenía razón en eso!, pero sus palabras eran todo lo que tenía. Leí la carta varias veces, casi como un amante intentando capturar la esencia del remitente; leí las líneas y las líneas entre líneas y las palabras y los espacios entre las palabras, intentando conjurar la presencia de Joe. Cuando al fin dejé de leer, sentí el peso de la añoranza por la compañía de su autor.

Tres días después, llevé mi traje de baño y mis *Historias clásicas de América* a las cataratas de Kaaterskill para lanzarme por última vez al agua helada y terminar la historia de Rip van Winkle. Gracias a la bibliocleptomanía de Mary, no había logrado terminarla, y mi completista interior necesitaba ponerles un punto final a mis aventuras por Estados Unidos. El día estaba nublado pero lo suficientemente cálido como para que un tipo del Reino Unido considerara nadar un rato. Quizá yo mismo me desbautizaría en el agua ya que estaba ahí, cambiando de piel y volviendo oficialmente a ser Llewellyn Jones, dejando las ropas de Rip flotando al pie de la cascada. Llegué cuando el sol se abrió paso entre las nubes. Había un gran flujo de agua, más que el año anterior, por las fuertes nevadas que, gracias a mi encarcelamiento, me perdí por completo. Todo estaba como lo recordaba. Menos la náyade en el agua, menos el coloso en la piedra. Vi la plataforma vacía donde estaba acostado el día en que Joe se me apareció por primera vez y fui a sentarme ahí con mi libro. El sol casi estaba en el punto en el que Joe lo tapó. Comencé a leer la historia de Rip van Winkle de nuevo, desde el punto en el que Rip despierta, pero no pude concentrarme en las palabras. Tras varios intentos, me rendí. Me di cuenta de que no quería terminar la historia de Rip porque no quería terminar mi historia, así que puse el libro en el suelo y dejé que mi homónimo durmiera cerca de las frías aguas junto a la cascada de Kaaterskill. Y en ese momento me sobrecogió una profunda somnolencia y acomodé mi cabeza sobre la roca, con los ojos casi cerrados pero con las pestañas tocándose para permitirme un poco de visión, dejando que el sol me calentara el rostro casi hasta quemarme. Me quedé ahí, hundido en la nostalgia. No mentiré: esperaba una señal, una mariposa que pasara revoloteando como lo hizo una el día en que conocí a Joe; sin

embargo, no llegó ninguna mariposa y la falta de señales despertó esa dulce pero triste melancolía por lo que ya no era y lo que fue, y al ceder a esos sentimientos, las lágrimas comenzaron a correr como las aguas del río Catskill derritiéndose al pasar el invierno. Era bueno soltar, y me quedé ahí tendido, multiplicando al sol en las refracciones de mis lágrimas, escuchando el siseo de la cascada, imaginándome que Joe se me aparecía con aquella maravillosa expresión que contenía asombro, gratitud y la promesa de nuevas aventuras. Y entonces, mientras lo imaginaba, sentí una vibración en el suelo y creí escuchar, por encima de la fuerte música del agua, el sonido de un hombre canturreando para sí mismo y riéndose del mundo a carcajadas.

AGRADECIMIENTOS

Escribí esta novela solo, pero no podría haberlo hecho sin la inspiración, el apoyo y la presencia de algunas personas especiales.

Joseph Simcox, quien un día me ofreció un trabajo como vendedor de mariposas y me prometió que conocería Estados Unidos.

Adam Leyland, quien aceptó ir de copiloto y me dejó manejar aunque no tenía licencia.

Harry Armfield, quien me animó a escribir este libro y ayudó a que la trama encontrara su camino mientras caminábamos por Richmond Park.

Los dos Steves, «Silent» Steve Matthews y Steve Robinson, por permitirme presentarles mis malas ideas en momentos impropios.

Mi agente, Caroline Wood, por apoyar mi decisión de escribir un libro un tanto diferente al pasado.

Mis editores, Kris Doyle y Paul Baggaley, por tomar el libro cuando aún era una crisálida y tener fe en que se desarrollaría hasta poder volar.

David Kosse, por involucrarse y conectarse con esta historia desde que era huevo hasta convertirse en imago. Y quizá hasta otro estadio.

Mi hijo, Gabriel, y mi hija, Agnes, por aguantarme mirando al vacío durante la cena y ofrecerme elegantes soluciones a los acertijos.

Mi esposa, Nicola. No alcanzan las palabras.

El Autor de Todas las Cosas.

Acerca del autor

RHIDIAN BROOK es un galardonado autor de ficción. Su primera novela, *The Testimony of Taliesin Jones*, ganó diversos reconocimientos, incluyendo el premio Somerset Maugham. Su tercer libro, *El día que vendrá*, fue un *bestseller* internacional que ha sido traducido a veinticinco idiomas y fue llevado a la pantalla grande.

Brook ha escrito para la televisión y el cine, y es colaborador en el programa *Thought for the Day* de Radio 4 de la BBC. Alguna vez trabajó como vendedor de mariposas en cajas de cristal.

Ilustración de portada: Diego Martínez
Fotografía del autor: Nikki Gibbs

Título original: *The Killing of Butterfly Joe*

© 2018, Rhidian Brook

Traducido por: Graciela Romero Saldaña

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2019
ISBN: 978-607-07-6018-1

Primera edición en formato epub: agosto de 2019
ISBN: 978-607-07-6022-8

Rhidian Brook declara ser el autor y afirma ostentar los derechos del presente libro, de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE